

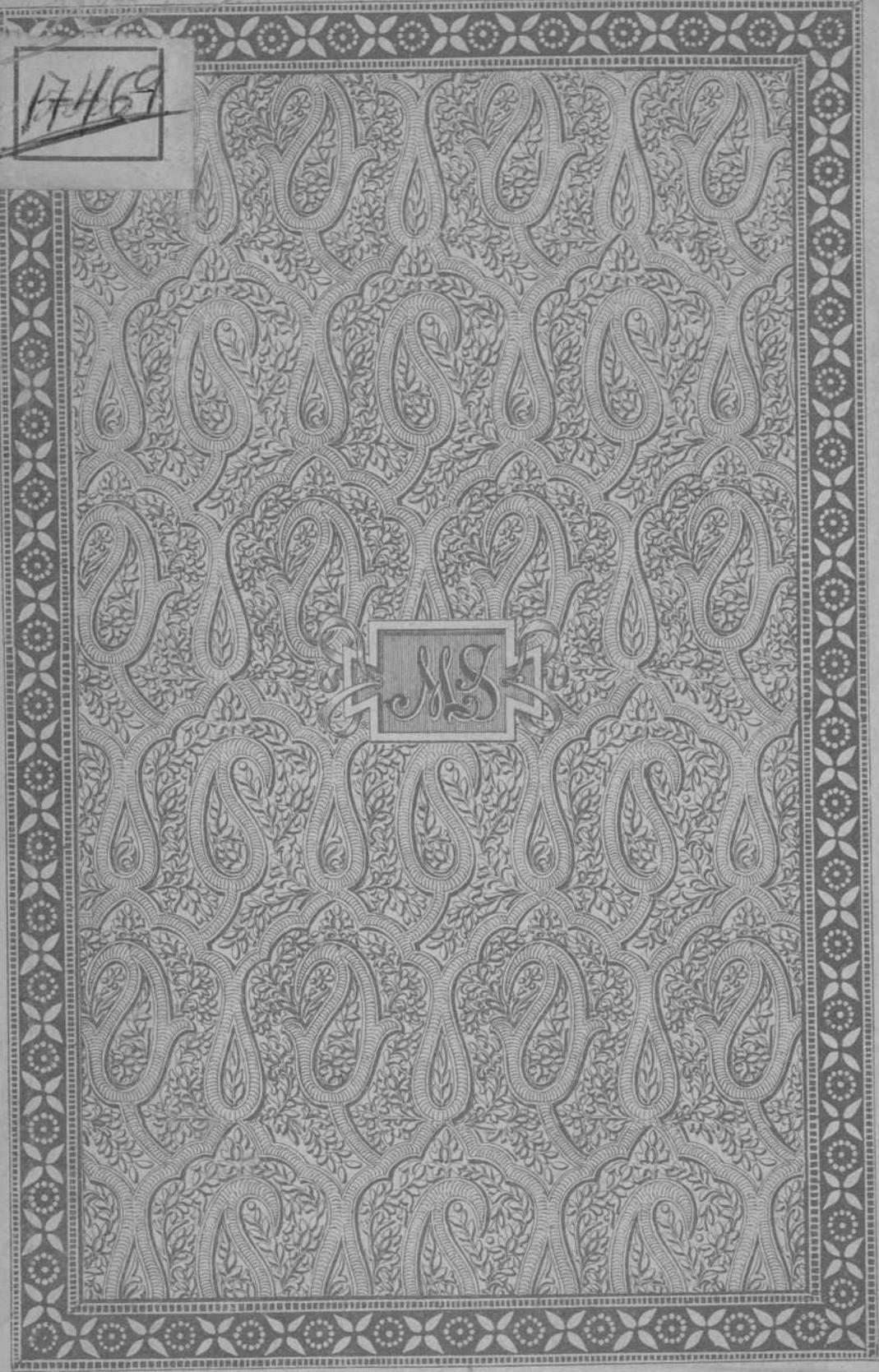
LAS
CIVILIZACIONES
DE LA INDIA

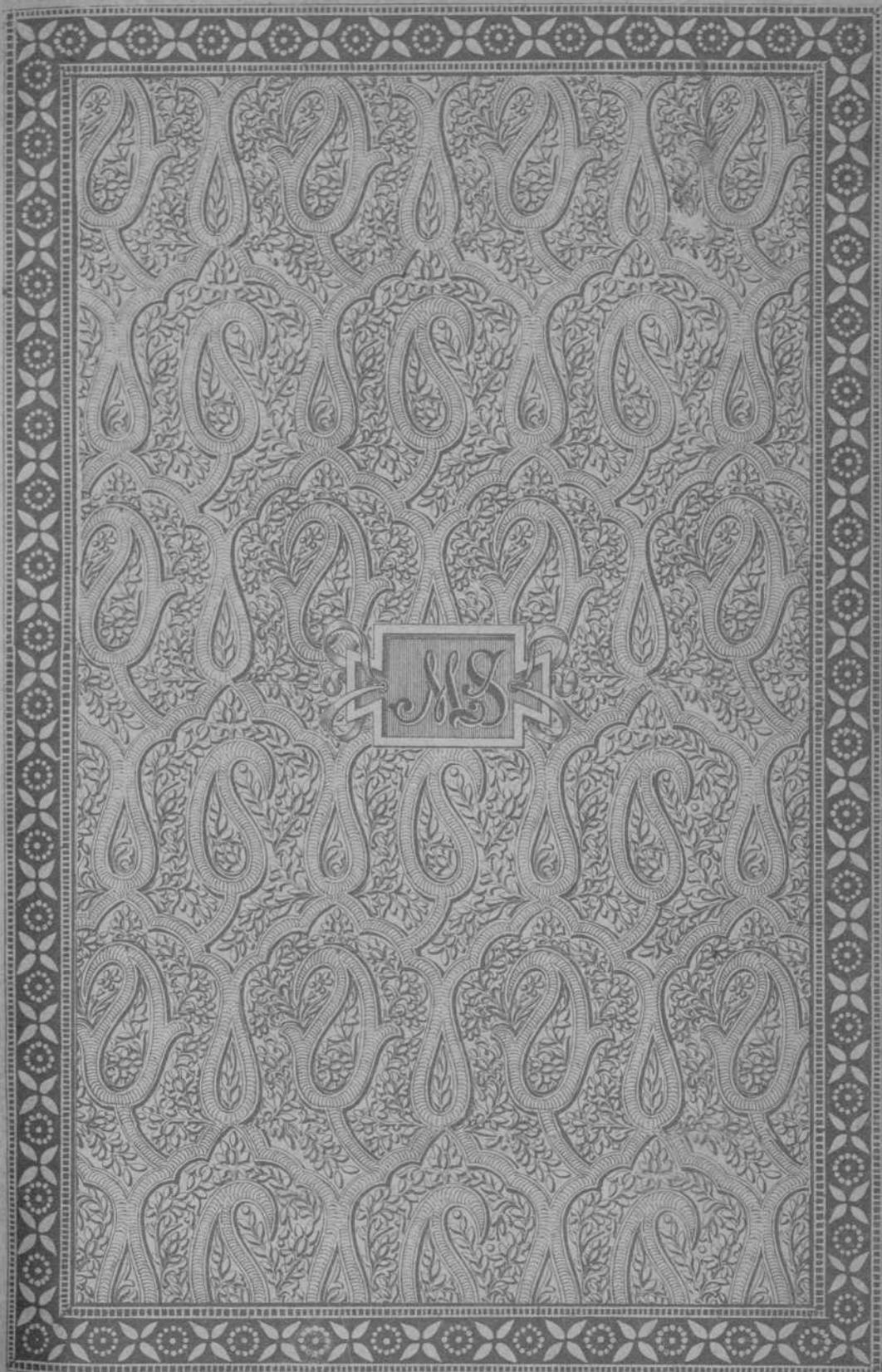


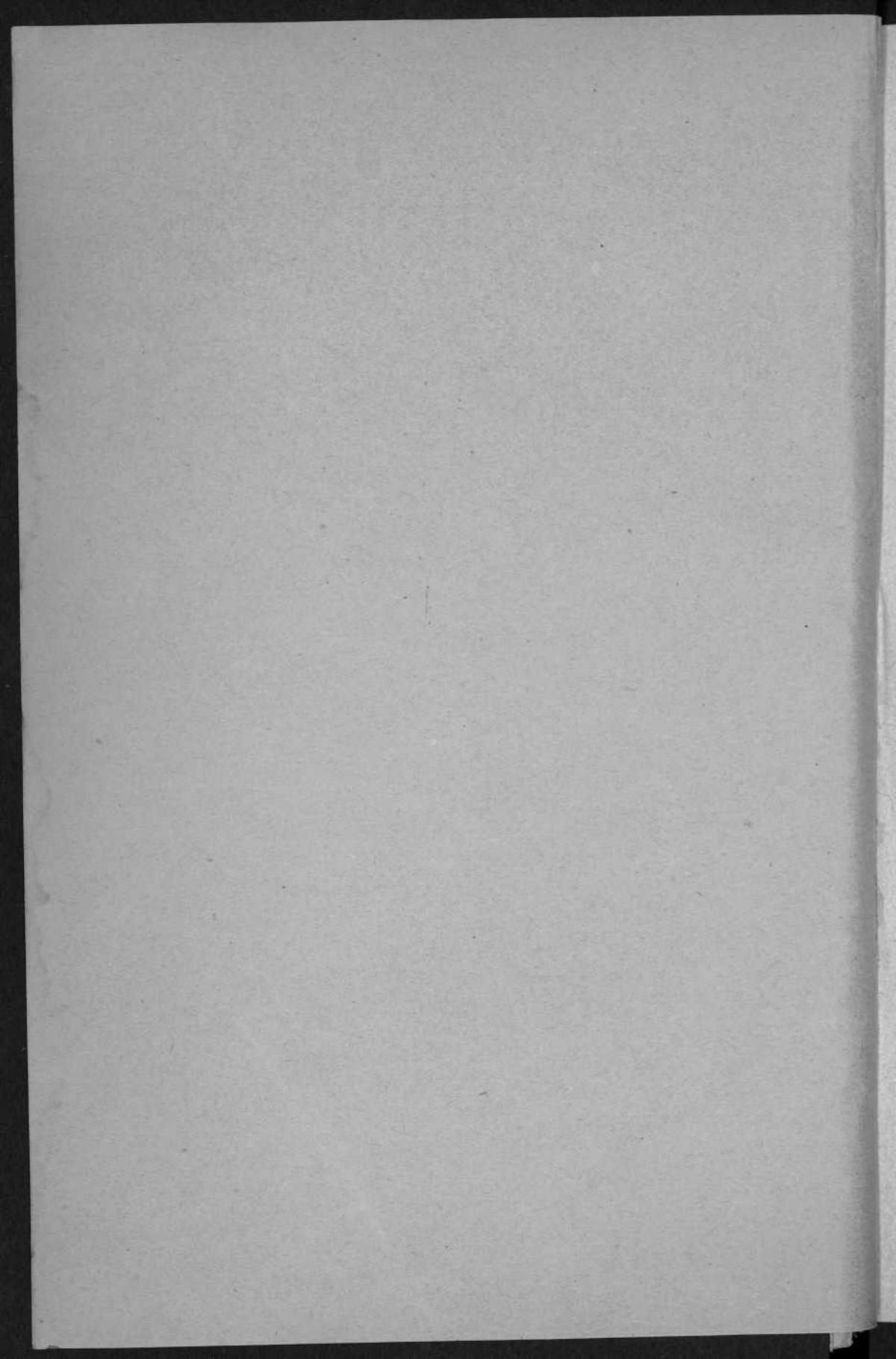
EMIRDO

17469

MS

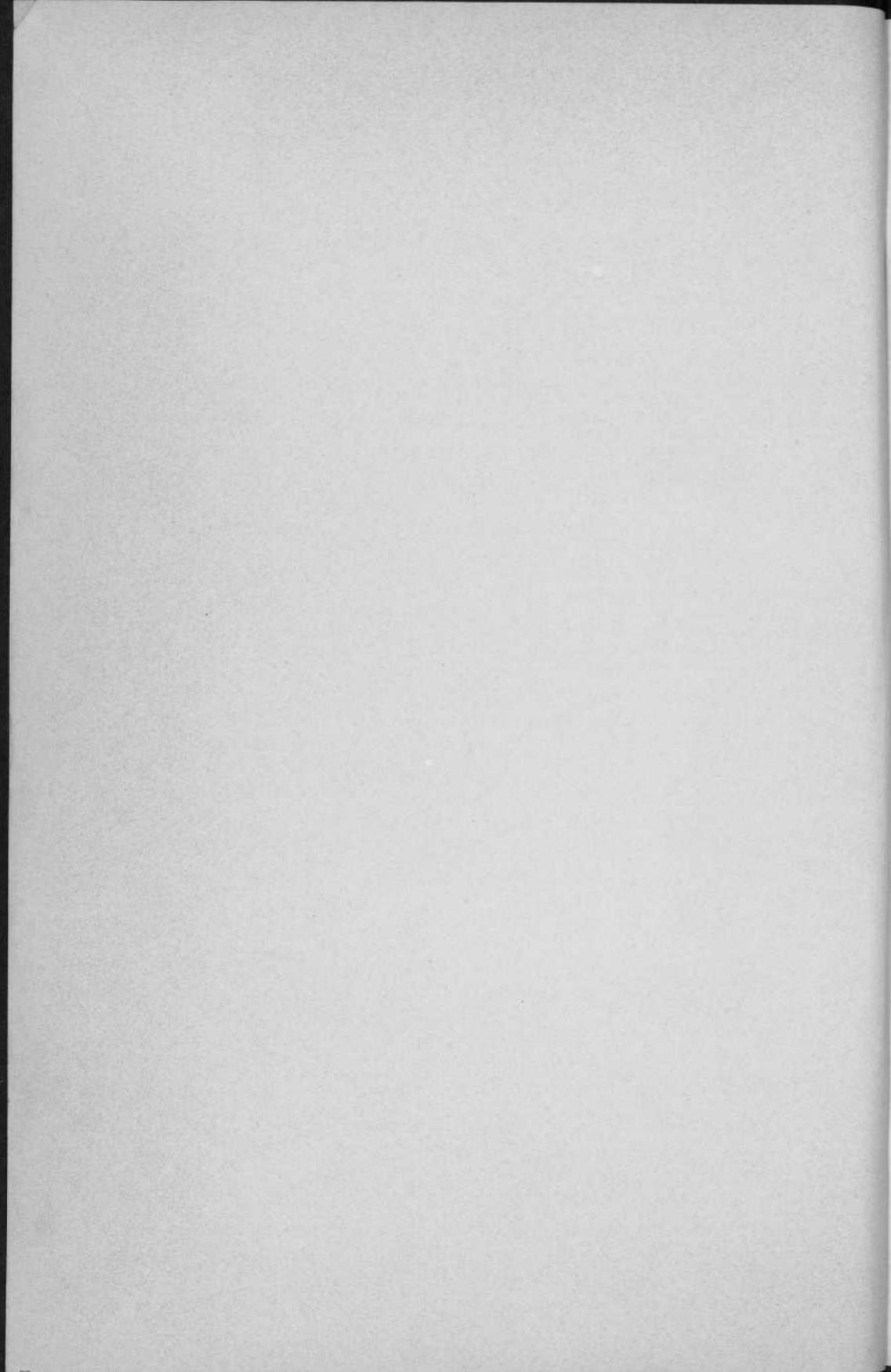






St

12469002



LAS CIVILIZACIONES

DE LA INDIA



LAS CIVILIZACIONES
DE LA INDIA

POR

GUSTAVO LE BON

TRADUCIDA POR FRANCISCO PÍ Y ARSUAGA

EDICIÓN ILUSTRADA

TOMO I

D.P. BURGOS
REP.
N.T. 118402
C.B.
20325
(1)

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NÚMS. 309 Y 311

1901

DE LA INDIA

ES PROPIEDAD

INTRODUCCIÓN

I

Es la India una de las comarcas que más vivamente ha excitado en todos los tiempos la curiosidad de los sabios, de los viajeros, de los artistas y de los poetas. Por su clima y por su suelo, por sus creencias, sus instituciones, su literatura y sus artes forma un mundo muy diferente del nuestro.

Ese mundo extraño ofrece al observador un viviente resumen de todas las fases de la historia, un cuadro fiel de las largas etapas que han conducido á las primeras tribus humanas de la barbarie primitiva á la civilización moderna.

Esas etapas sucesivas que nuestra vieja humanidad ha debido ir salvando laboriosamente, quedaron ocultas durante mucho tiempo bajo el polvo de los siglos. Comenzamos apenas á levantar el espeso velo bajo el cual duermen nuestros antepasados y á resucitar las edades desvanecidas, durante las que se establecieron los fundamentos todos de las creencias, de los sentimientos y de las ideas que han hecho de nosotros lo que somos.

Sólo estudiando los pueblos llegados á fases diversas de evolución, ha venido la ciencia á enseñar por qué serie de transformaciones sucesivas las naciones de Occidente han adquirido su actual constitución mental y social.

Una sola región del globo reúne hoy aún sobre el mismo suelo razas que presentan casi todos los períodos de evolución del

pasado. Esa región es la vasta y maravillosa comarca á cuyo estudio está consagrada esta obra. Su historia es la de la humanidad, pues en ella reaparecen todas sus edades. Todas las formas de las civilizaciones se hallan allí, ya vivas aún, ya en vestigios grandiosos. Descúbrese la mayor parte de las fases antiguas de nuestras instituciones, de nuestras costumbres, de nuestras creencias.

Para resucitar el más remoto pasado de la India, faltan casi enteramente los documentos históricos propiamente dichos. No lo lamentemos demasiado. Los relatos de batallas, de conquistas, de sucesiones de dinastías que llenan los libros de historia no sirven ordinariamente sino para ocultar el verdadero curso de la existencia de los pueblos.

Lo que importa al pensador conocer son las grandes corrientes generales de ideas, de creencias, de sentimientos que dominan cada edad, y la influencia respectiva de los diversos factores que las han engendrado.

En la obra destinada á servir de introducción á nuestra *Historia de las civilizaciones del Oriente* (1) hemos demostrado cuán potentes son esos factores y cómo, no obstante su aparente diversidad, todos los pueblos han debido pasar por fases de evolución semejantes. Los contrastes á veces tan patentes que se observan entre las naciones, obedecen sobre todo á que se encuentran en períodos de desenvolvimiento diversos.

A falta de crónicas históricas propiamente dichas, que nos faltan casi por entero, sobre la India antigua, nos quedan monumentos religiosos, artísticos y literarios de un período que comprende cerca de tres mil años. Estos monumentos permiten entrar en la vida íntima de los pueblos. Tienen otra importancia que los relatos de los historiadores.

Los bajos relieves de un templo en ruina nos dicen ordinariamente más sobre el pensamiento de los antiguos indos que

(1) *El hombre y las sociedades. Sus orígenes y su historia.* Dos volúmenes en 8.º, 1881.

todas las crónicas reales que hubieran podido éstos dejar escritas.

Las obras de los escritores, poemas y leyendas, nos revelan también ese pensamiento.

En las producciones literarias es donde puede estudiarse mejor la psicología íntima de un pueblo. Excesivamente impresionables poetas y narradores, sienten más que los pensadores y los sabios la influencia de los medios, es decir, de su raza y de su siglo. Son sus vivos y elocuentes espejos. Deforman y exageran sin duda á menudo el mundo que representan; pero esas deformaciones mismas están llenas de revelaciones para nosotros. Sienten y cantan los dolores, las alegrías y las esperanzas de los hombres de su sangre y de su edad. Traducen los estados de conciencia de los pueblos, las grandes corrientes de fe y de pasión de una época; encarnan, en una palabra, el alma de su tiempo. Cuando los hombres conservan en su memoria los cantos de los poetas y las leyendas de los narradores, ninguna civilización puede sernos completamente desconocida.

Pero para comprender el verdadero sentido de los monumentos literarios y artísticos de un pueblo, los de los indos sobre todo, es preciso ir á estudiarlos sobre el terreno. Sólo sobre el suelo mismo donde una civilización ha nacido y se ha desenvuelto podemos penetrar su espíritu y aprender á no juzgarla con nuestras ideas modernas. Jamás examinando los libros de una biblioteca podrá un sabio europeo comprender y describir el verdadero carácter de un pueblo asiático.

El abismo que separa el pensamiento de un hombre del Occidente moderno del de un hombre del Oriente es inmenso en verdad. La precisión y la fijeza de contornos del pensamiento del primero difieren notablemente de las formas fugitivas y ondulantes del del segundo. En vano de la inmutabilidad de las costumbres de los orientales se deducirá la inmovilidad de su pensamiento. Para el indo en particular, las ideas y las creencias forman una masa nebulosa de líneas de tal modo indecisas y flotantes, que en nuestras lenguas latinas, pobres en los más precisos epítetos, falta á menudo el término para expresarlas.

II

Hasta el presente, todos los estudios históricos de los sabios europeos sobre la India se han reducido, poco más ó menos, á traducir documentos sánscritos, religiosos en su mayor parte. El sánscrito es, empero, para los indos una lengua hace bastantes siglos muerta y que representa apenas entre ellos el papel del latín en Europa. Juzgar de la evolución de la India únicamente á través de sus viejas epopeyas religiosas ó literarias, sería tan imposible como conocer la antigüedad limitándose á estudiar las leyendas de la Biblia ó los cantos de Homero.

Las brillantes poesías de los Vedas, las especulaciones filosóficas de los antiguos sabios, los dioses innumerables, los ritos monstruosos y feroces, no puede comprendérselos con la sola ayuda de los libros. Los esplendores, como sorprendentes visiones de civilizaciones refinadas y grandiosas, deben ser estudiados sobre el suelo mismo de la India. El secreto de los misterios de que está llena la literatura india, sólo puede hallarse en las ruinas de las antiguas ciudades, sobre los bajos relieves de los palacios y de las pagodas que desde las heladas mesetas de las cumbres del Himalaya á las ardientes llanuras del Dekkán yerguen entre una naturaleza imponente y brillante sus vestigios apenas explorados. En esos libros de piedra, que no saben mentir, se conserva intacto el pensamiento de los pueblos.

Hasta época bien próxima no ha sido esa última fuente de información sospechada. En esta época en que la literatura sánscrita es objeto del estudio de muchos sabios y produce un número considerable de volúmenes, en que en todas las grandes capitales de Europa se consagran cátedras á su enseñanza, el estudio de los monumentos de la India, por tantos conceptos interesante sin embargo, comienza á ser bosquejado apenas.

Es verdad que ha sido á este efecto creada una comisión especial por el gobierno inglés; pero esta comisión, preocupada sobre todo en descifrar inscripciones, no ha publicado apenas

sino planos geométricos de un corto número de monumentos, en vez de mostrar representaciones tan necesarias para que nuestra imaginación occidental pueda concebir artes de tal modo diferentes de las nuestras.

El conocimiento completo de esos monumentos es tanto más útil cuanto que los conquistadores europeos los dejan desmoronarse á los agravios del tiempo, cuando no contribuyen por sí mismos á destruirlos. Juzgando por lo que sucede hoy, puede con seguridad predecirse que antes de cincuenta años no quedará nada de esas maravillas cuya construcción exigió tantos siglos. Como ejemplo entre mil de esta incuria citaré la antigua ciudad, hoy desierta, de Khajurao: aproximadamente un tercio de los sesenta templos que hace sólo cuarenta años que la adornaban ha desaparecido en la actualidad.

«Es imposible — escribía hace algunos años el general inglés Cunningham — atravesar la India sin sentirse impresionado por la negligencia con que han sido en su mayor parte tratados los restos arquitectónicos. Durante un siglo de dominación inglesa nada ha hecho casi el gobierno por la conservación de los monumentos antiguos. A falta de historia escrita, forman la sola fuente de información sobre la antigua condición de la comarca. Muchos desaparecerán para siempre, á menos que por claras descripciones y por dibujos no se los conserve.»

Si como todo parece hacerlo prever, la amenaza del general Cunningham se cumple, la humanidad sufrirá una pérdida irreparable. En la nueva vía á que el progreso de las ciencias la ha lanzado, con los numerosos y rápidos medios que hoy posee para expresar y fijar su pensamiento, no consagrará más siglos á incrustarlo en joyeros de piedra pacientemente labrados. No veremos más elevarse los maravillosos edificios de las edades de la ignorancia y de la fe. Las pirámides y las iglesias góticas no tienen más razón de ser en el siglo de la electricidad y del vapor.

Las reproducciones de monumentos de la India, fuera de aquellos edificadas en las grandes ciudades frecuentadas por los europeos, son desgraciadamente de una insuficiencia extrema.

No sabría uno orientarse, dado lo difíciles que son los medios de comunicación en la India así que se separa uno de las grandes vías. Es preciso, pues, llevar todo un material de campamento, y aparte de los instrumentos científicos, cargarse además de todas las cosas necesarias á la vida, desde la harina destinada á fabricar el pan, hasta las provisiones de todas suertes indispensables en parajes desiertos, infestados de bestias feroces y envenenados por terribles miasmas.

Las dificultades de tales exploraciones son muy grandes. A ellas atribuye uno de los más intrépidos viajeros que han recorrido la India, el inglés Eastvick en su libro *Handbook for Madras Presidency*, la insuficiencia de documentos relativos á los monumentos. «El calor intenso y las fiebres — dice — constituyen grandes obstáculos para los más celosos exploradores de antigüedades. En gran número, las más interesantes localidades de la India están situadas en espesos bosques infestados de vapores dañinos, poblados de bestias feroces y de reptiles peligrosos. En parte por esta razón son en general tan vagas y tan inexactas las descripciones de los viajeros.»

Vagas é inexactas, no se podrá decir mejor, y por eso los monumentos de la India son en realidad tan mal conocidos, su ornamentación maravillosa tan poco apreciada, y las innumerables estatuas de que están cubiertos, consideradas ordinariamente como la producción de un arte semibárbaro (1).

No poseemos aún nosotros en Francia una sola obra dedicada al estudio de los monumentos de la India, cuando tenemos centenares consagradas á los monumentos de la época gótica ó del Renacimiento. Basta además examinar las obras generales

(1) Es preciso confesar también que los arqueólogos con sus dibujos verdaderamente primitivos son los que han contribuído más á esparcir ideas muy falsas sobre el estado de la estatuaria de la India. Sus obras merecen toda nuestra admiración por su riqueza en monumentos literarios, pero no la merecen en absoluto por los dibujos que contienen. Cuando se quiera estudiar las estatuas de la India con documentos exactos, se reconocerá que muchas de ellas son muy notables. Los bajos relieves y esculturas representados en esta obra serán suficientes, así lo espero, para justificar esta aserción.

sobre la historia de las artes para comprobar hasta qué punto son desconocidos en nuestro país los monumentos de la India. Las pocas páginas que cada autor se cree en el deber de consagrarles abundan en errores. En sus cuatro volúmenes de su excelente *Diccionario de Arquitectura*, M. Bosc les dedica solamente tres páginas y atribuye ocho mil años de existencia á los templos de Elefanta, contemporáneos en realidad de Carlomagno y que ciertamente constituyen los monumentos de la India más conocidos. La mayor parte de nuestros críticos de arte no están mejor informados.

El gobierno francés, comprendiendo de cuánta importancia sería, así para los artistas como para los historiadores, el conocimiento de los monumentos de la India, nos confió la misión de ir á estudiarlos sobre el terreno. Un volumen (1) comprensivo de más de cuatrocientos grabados, acompañados de un texto explicativo, fué el resultado de nuestra misión. Parte de los documentos que contiene ese volumen está reproducida en esta obra.

Apoyándonos sobre todo en el estudio de los monumentos, hemos podido dar una base sólida á nuestra historia de LAS CIVILIZACIONES DE LA INDIA (2). Hemos visitado todos los edificios importantes de la península, incluso los de las regiones menos exploradas, tales como el misterioso Népal, donde ningún francés había aún penetrado. Nuestras observaciones nos han permitido esclarecer con toda evidencia extremos hasta aquí oscuros de la civilización y de la historia religiosa de los indos. Citaré un ejemplo: gracias al estudio de los monumentos, hemos podido demostrar que el budismo, del que los sabios europeos habían querido hacer una religión sin divinidades, basándose en escritos de sectas filosóficas seis siglos posteriores á Buda,

(1) *Los monumentos de la India*. En folio, 1893, de la casa Didot.

(2) Los grabados de LAS CIVILIZACIONES DE LA INDIA, á excepción de los consagrados á la reproducción de tipos de razas ó de escenas pintorescas, han sido ejecutados según mis fotografías. Son, pues, de rigurosa exactitud. He evitado las interpretaciones de los grabadores, haciendo casi exclusivamente uso de la heliografía.

fué por el contrario el más politeísta de todos los cultos. Gracias también á ese estudio, hemos evidenciado el modo como esa religión ha desaparecido del país mismo que la vió nacer, problema cuya solución había sido en vano perseguida por los sabios que la emprendieron.

Hemos continuado en esta obra la aplicación de los principios que nos guiaron en nuestras precedentes publicaciones históricas: apoyarnos únicamente sobre testimonios precisos, los monumentos sobre todo; demostrar las transformaciones sucesivas de las instituciones religiosas y sociales y los factores de estas transformaciones; estudiar los fenómenos históricos como si se tratase de fenómenos físicos; seguir un método y desconfiar de las doctrinas. Tomando por base estos principios, hemos ensayado seleccionar de la masa confusa y grandiosa de las concepciones filosóficas, religiosas y sociales de la India su sentido luminoso y profundo, y devolver á las antiguas divinidades sus trazos reales, velados por las sombras de la muerte, que acaban por envolver á los dioses mismos.

III

Aparte del interés histórico, filosófico y artístico que presenta la historia de la India, un interés práctico surge para nosotros los franceses del estudio de su situación actual. En una época en que tanto se habla de colonización, reviste gran importancia conocer cómo un pueblo europeo ha llegado á gobernar con un millar de funcionarios y un ejército de 74.000 hombres un imperio que cuenta hoy 287 millones de habitantes. Las relaciones del autor con los grandes funcionarios ingleses durante su estancia en la India, le han permitido penetrar los detalles de esta notable organización y apoderarse de su mecanismo, tan poco conocido en Europa.

Consideraciones que pueden ser más graves aún, aconsejan el estudio minucioso de la India moderna. Ha sonado la hora en que la electricidad y el vapor ponen frente á frente dos mundos,

el Oriente y el Occidente, cuya vida y cuyo pensamiento habían estado hasta aquí separados por abismos. En el formidable conflicto próximo á estallar, no sobre los campos de batalla, sino sobre el terreno más ardiente aún de las luchas industriales entre pueblos iguales por sus aptitudes medias, pero de los que unos sienten grandes necesidades, mientras los otros las tienen reducidas, el porvenir del Occidente, es decir, de la civilización, está comprometido. ¿Cuáles serán los resultados de este conflicto? ¿Hasta qué límite debemos seguir suministrando á los pueblos del Oriente las armas físicas é intelectuales que tan próximamente han de volver contra nosotros? Cuestiones tales revisiten interés demasiado grande para que hayamos podido en esta obra pasarlas en silencio.

La historia de LAS CIVILIZACIONES DE LA INDIA no es, por lo tanto, solamente la historia de un pasado desvanecido para siempre, sino la de un pasado que encierra en sí temibles incógnitas.

La primera obra, este libro, consagrada á un estudio de las civilizaciones de la India en conjunto, presentará forzosamente muchas lagunas. Llenará, sin embargo, el fin que nos hemos propuesto si en las series de reconstituciones de la sociedad inda de hace tres mil años hemos conseguido evocar el cuadro viviente de las sucesivas edades transpuestas por uno de los últimos pueblos cuyas viejas civilizaciones aún viven.

Llenará igualmente nuestro objeto si hemos conseguido despertar en los hombres de Estado, en los filósofos y en los artistas el deseo de visitar un mundo tan lleno de enseñanzas. Los primeros aprenderán á gobernar á los hombres; los segundos, á comprender las ideas de los pueblos. Hallarán los artistas la revelación de un arte que no ha sido hasta aquí desdeñado sino porque se lo ignoraba.

Hemos intentado resucitar por el grabado y la pluma algunos aspectos de ese maravilloso mundo en que nacieron tantas civilizaciones y tantas creencias. Mas ¿qué lápiz ni qué pluma reproducirán el encanto de esa lejana tierra donde, desde las plantas que huella el viajero europeo con sus pies hasta las constelacio-

nes que centellean sobre su cabeza, todo le indica que ha sido transportado á un mundo enteramente nuevo para él? ¿Cómo describir esas ciudades maravillosas como encantamientos, á las que ciñen con cinturón de nieve las más gigantescas montañas del mundo, ó esas ciudades muertas, vastas como nuestras grandes capitales europeas, y en que las pagodas monstruosas, los hoy desiertos palacios de granito, apareciendo súbitamente por encima de los bosques, harían creer al viajero que se encuentra delante de ciudades de titanes, heridas por la celeste maldición? ¿Cómo pintar la impresión producida por esos templos misteriosos que se hunden hasta lo infinito en las profundidades de las montañas y en que los millares de estatuas de piedra, surgiendo en las tinieblas á la luz de las antorchas, parecen mudos esclavos del dios de los muertos? Apenas podría el pincel del colorista más brillante reproducir los esplendores de esos palacios de mármol blanco incrustados de piedras preciosas, dominando un recinto de muros de granito, rojos como sangre y sobre que se destaca la masa formidable esplendente bajo un cielo cuyo limpio azul no mancha ni una nube. En ninguna parte la visión del pasado se presenta con tan intensa vida á los ojos del viajero como sobre el suelo de la India. En ninguna parte se adquiere más clara conciencia de las sucesivas edades transpuestas por la humanidad, ni de las diferencias que las separan y las líneas que las aproximan. Sólo allí puede comprenderse hasta qué punto arranca el presente del pasado y prepara el porvenir; cómo nuestras ideas, nuestras costumbres, nuestras concepciones son herencia de generaciones que podemos ignorar, pero de las que nada alcanzaría á atenuar la potente influencia. Sólo la evocación de las pasadas edades puede hacernos descubrir la génesis de nuestras instituciones y de nuestras creencias, y demostrar la acción de esas potencias formidables que por una serie de lentas evoluciones conducen fatalmente todas las cosas á un misterioso fin.



LOS MEDIOS

CAPITULO I

EL SUELO Y LOS CLIMAS

1.º — FISONOMÍA GENERAL DE LA INDIA

La India forma, desde el punto de vista físico, un mundo aparte en el universo.

Defendida por una gigantesca muralla de montañas poco menos que inaccesibles y por el furor de océanos que baten sus costas inhospitalarias, parece condenada por la naturaleza á un eterno aislamiento. Basta considerar sus límites para presentir que sobre su suelo ha podido desenvolverse y establecerse una civilización casi inmutable y que los elementos extraños que la invadieron han debido perderse en su seno. Se ha conservado la tierra misteriosa y sagrada de que hablan sus antiguos poetas. Aun hoy, después que el cebo de sus incomparables riquezas ha atraído durante siglos, á despecho de todos los obstáculos, veinte conquistadores diversos; después que las facilidades de comunicación debidas á las ciencias modernas parecen haber borrado las barreras y acortado todas las distancias, la India continúa en una enorme extensión de sus fronteras inaccesible. Ni

una vía importante atraviesa el Himalaya, ni un puerto verdaderamente favorable se abre á lo largo de sus costas. Es el país más cerrado de la tierra. Es en él tan difícil salir como entrar. Ninguna de las antiguas razas que lo poblaron tuvo jamás, por esta razón, la idea de abandonarlo después que en él se hubo establecido.

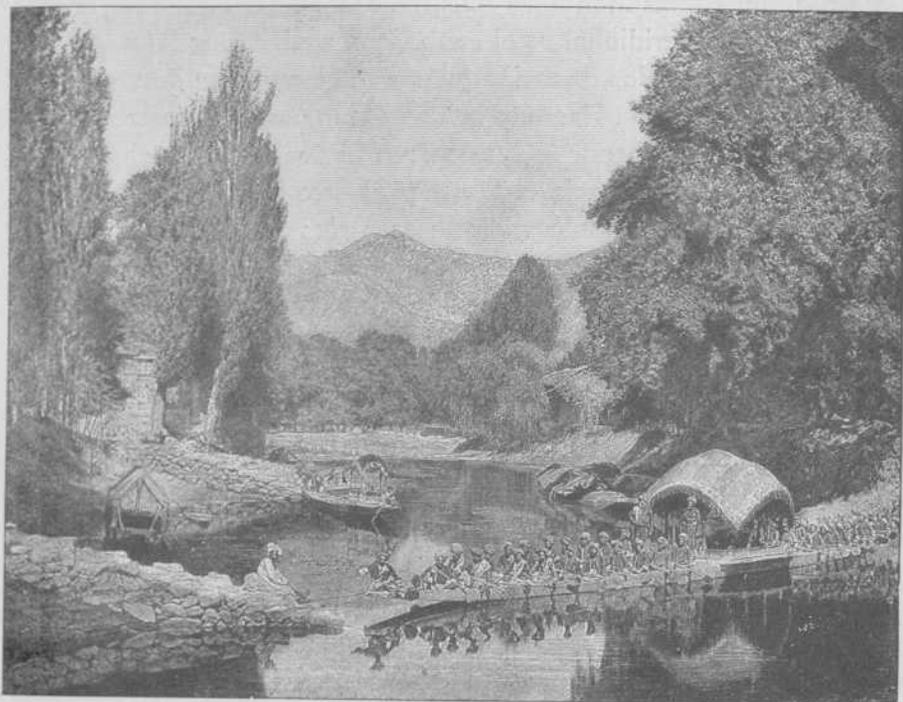
Así, aislada, esta comarca única parece, por la infinita variedad de sus aspectos, un compendio del universo. Se encuentra en ella de nuevo todos los climas, gracias á su extensión y sobre todo á las diferencias de altitud que existen entre sus numerosas regiones. Mientras reinan calores tropicales en las costas bajas de Malabar y de Coromandel y devoran las llanuras del Pundjab, una primavera eterna encanta los primeros grupos de montañas; pero un viento helado arrasa las altas mesetas del Norte, y sábanas de nieve, sólo comparables á las de las tierras polares, cubren como un sudario los gigantes macizos del Himalaya. Al principio del mes de junio, en el instante en que torrentes de agua tales como el cielo no los arroja en ninguna otra parte, precipitándose sobre las costas del Sudoeste, las inundan y acrecientan sus corrientes que ruedan impetuosas é hinchadas hacia el mar, los campesinos de Orissa ó de la cuenca del Indo, desolados por la sequía, interrogan con angustiosa mirada al azul implacable de su cielo y buscan en la ardiente arena el surco de los grandes ríos agotados.

País de todos los espectáculos grandiosos como de todos los contrastes, ofrece la India no lejos de los tristes desiertos del Thar las llanuras maravillosamente fértiles del Ganges; entre las áridas y desnudas planicies del Dekkán se cruzan valles donde se desborda una vegetación lujuriosa y casi indomable. Más arriba del oasis delicioso de Cachemira, esa joya del universo, se alza el más espantoso erizamiento de picos informes y salvajes que los trastornos geológicos hayan jamás levantado sobre la superficie del globo.

Dos causas bastan á explicar lo que se siente uno desde luego tentado á calificar de conjunto de gigantescos caprichos de

la naturaleza en la India: por una parte el poderoso relieve del suelo, por otra parte la desigual distribución de las aguas.

Estas dos causas han hecho así nacer mil países en uno solo y han reunido, á algunos kilómetros apenas los unos de los otros,



Orillas del Jhelum en Cachemira

los parajes y los climas que generalmente vemos en el mapa del mundo separados por millares de leguas.

Importa, pues, ante todo conocer la India en sus diferencias de altitud sobre el nivel del mar, después en el número, en el valor y en la dirección de sus corrientes de agua. Al estudio de las cuencas de sus ríos se añadirá el de la distribución de las lluvias que la riegan y del fenómeno de los monzones. En esta extraña comarca los torrentes del cielo, no menos importantes por sus efectos que los que se deslizan en la superficie del suelo, tienen también su geografía especial.

La forma general de la India es la de un cuadrilátero, dividido en dos triángulos con poca diferencia iguales y con una base común.

El vértice del triángulo septentrional es el macizo del Nanga Parbat, una de las montañas más majestuosas del Himalaya; el del triángulo meridional es el cabo Comorín. La línea que sirve de base común á los dos triángulos está claramente determinada desde el golfo de Cambay hasta el Ganges por la estrecha y profunda depresión por la que corren el Nerbudda y el Sone, el uno dirigiéndose hacia el Oeste y el otro hacia el Nordeste.

No solamente la doble valla de esos ríos marca el límite entre las dos grandes divisiones naturales de la India; dos cadenas de montañas, los montes Vindhya al Norte de la depresión y los montes Satpura al Sur, bordean y dominan el estrecho foso. Se halla, pues, toda la parte meridional de la península protegida por una triple barrera contra las invasiones exteriores, por lo menos por el lado del continente. Más adelante veremos cómo sus costas marítimas no están menos bien defendidas.

El triángulo septentrional constituye el Indostán propiamente dicho. Este nombre, que significa «tierra de los indos,» deriva evidentemente de la palabra India, que se halla ya empleada en los más antiguos relatos de los griegos. El río Indo ha dado para los occidentales su denominación á toda la comarca misteriosa, y siempre por ellos codiciada, que se extiende más allá de sus márgenes. No está, empero, esta etimología rigurosamente aplicada; puede más bien que sea preciso ver en la India la tierra de Indra y que el nombre del dios haya venido á ser el del país. Como quiera que ello sea, esta denominación se ha extendido á buen número de diversas regiones. La ambiciosa imaginación de los europeos, que les pintaba la India como la tierra de las maravillas y el manantial de todas las riquezas y que los impelió á buscar obstinadamente su camino, les indujo en este punto á errores frecuentes. Cristóbal Colón mismo, ¿no creyó estar en ella cuando anclaron sus barcos en las desconocidas tie-

rras del Nuevo Mundo? Sin contar las Indias Occidentales, en Asia misma, en Oceanía, un considerable número de islas y de costas han sido designadas con el nombre reservado por los griegos en otro tiempo á la cuenca del Indo.

En el curso de este trabajo llamaremos India solamente á la península que limitan los montes de Aássam, Himalaya, Karakorum, Indo-Kuch, Suleimán y el mar. Y reservaremos, al interior de ella, la denominación de Indostán á uno de los dos triángulos que la componen, al del Norte; en tanto que designaremos al del Sur, siguiendo un uso secular, con el nombre especial de Dekkán.

2.º — EL INDOSTÁN

Forma en gran parte los límites del Indostán el Himalaya, la más alta cordillera del globo, aquella á que los indos llamaban, contemplando respetuosamente de lejos sus sagradas cimas, el «techo del mundo.» Este enorme macizo forma en su conjunto, con su estribo y sus ramificaciones, como un gigantesco plano inclinado, cuyo borde superior llega y pasa de 6.000 metros de altitud con una altura media de 4.000 metros. De esa formidable barrera surgen gigantes de 8 y 9.000 metros de altura.

Presenta, sobre todo, esta disposición el Himalaya en su parte occidental. Sobre los orígenes de los grandes ríos, Indo, Ganges, Jumna, Satledj, se extiende, se desparrama, se confunde con las altas mesetas del Thibet y pierde completamente ese aspecto de línea serpenteada que toma generalmente en un mapa toda cadena de montañas. A alturas, se entiende esto, que superan las de las más elevadas cimas de Europa, mesetas inmensas que no pertenecen geográficamente ni á la India, ni al Turkestán, ni al Thibet, sobre las que no se desarrolla vegetación alguna, donde se estanca á veces el agua sin encontrar salida ni declive por que deslizarse, donde no es siempre el aire respirable para el intrépido viajero que á llegar allí se aventura. Es el horrible «País de la Muerte,» como lo llaman los indígenas.

Las imponentes cimas del Karakorum que le dominan no han sido medidas jamás, y acaso un día alguna de ellas destronará al soberbio Gorisankar, el rey de los montes, que ha destronado á su vez al Chimborazo, el volcán de los Andes, considerado durante mucho tiempo como la más alta montaña del globo.

Esta cima del Gorisankar se eleva hacia la otra extremidad de la cordillera entre el Himalaya oriental. De este lado la serie de altas cimas, el Davalaghiri, el Gorisankar, el Kintchinjinga, forma una línea más continua apoyada contra el Trans-Himalaya, que, sin comprender las principales cimas, es en su conjunto más elevada y puede ser considerada como la verdadera espina dorsal de este colosal sistema; entretanto que al Norte y al Sur se extienden paralelamente otras dos cordilleras: los montes Gang-dis-ri, que dominan el Thibet, y el Sub-Himalaya, menos grandioso, hundiéndose poco á poco entre los afluentes septentrionales del Ganges.

La masa del Himalaya, que se desenvuelve sobre una extensión más considerable que la de Francia entera, es la más sorprendente muralla que la naturaleza haya colocado entre dos comarcas y entre dos pueblos. Es difícil que entre las altas tierras del Norte y los anchos y profundos valles del Mediodía se halle jamás relación alguna, sea entre los habitantes, sea entre las costumbres.

Sólo dos caminos aún no concluidos y poco frecuentados, el de Simla y el de Darjeeling en las dos extremidades de la cordillera principal, unen la India á la China. Sin embargo, viajeros aislados, mercaderes, se arriesgan á pasar del Thibet al valle del Ganges, colocando á veces su ligero bagaje sobre el dorso de un cordero ó de una cabra, únicos animales cuya planta es bastante segura para seguir los senderos peligrosos que serpentean sobre los flancos de las montañas.

Generalmente están estos senderos trazados á lo largo de un río. Pero las corrientes de agua que tienen su origen en el Himalaya pocas veces presentan orillas que puedan remontarse có-

modamente. Ruedan de ordinario en el fondo de sombríos desfiladeros, sobre lechos que desgastan la roca á profundidades increíbles y se prolongan entre muros cortados perpendicularmente; se oye á veces su murmullo que se eleva del fondo del abismo donde no puede distinguírseles; se los franquea sobre troncos de árbol ó con la ayuda de una cuerda, y uno se ve elevado en seguida sobre una estrecha saliente de peñasco cuya sola idea produce el vértigo.

Sin embargo, se ha visto muchas veces la India invadida por conquistadores venidos del Norte. Desde los más remotos tiempos han soñado todos los príncipes aventureros del Occidente penetrar en esa rica comarca que les pintaba la leyenda cuajada de piedras preciosas y maravillosamente fértil.

En el formidable cinturón de fortificaciones naturales que rodea la India existe una puerta al Noroeste. Esta puerta está abierta por el río Kabul. Bordeándolo, Alejandro, los mogoles, los afganos, etc., penetraron en la península.

Siguieron sin duda la misma ruta que habían antes seguido los antiguos arios. Ninguna otra da fácilmente acceso á la tierra de Indra; todavía más allá de esa abertura el cinturón de montañas se modifica, pero aunque mucho menos considerable, aún es suficiente para evitar las invasiones. Nos referimos á la cordillera del Suleimán, continuada por los montes Khirthar.

Así, salvo esa puerta única, defendida hoy por la guardia avanzada de Peshawer y la fortaleza de Attok, todas las fronteras continentales de la India son punto menos que infranqueables.

La extremidad oriental de la gran curva en forma de cimitarra que dibuja el Himalaya, parece por tanto ofrecer la brecha enorme que vacía el Brahmaputre. Por ahí es, en efecto, por donde pueblos de la raza amarilla pudieron en apartada época penetrar en la India. Pero eso debió ser á cambio de muchos esfuerzos, pues tal como podemos hoy representárnoslo, cierra irrevocablemente de nuevo todos los años el alto valle del Brahmaputre, apenas explorado todavía, el diluvio ocasionado por el

monzón del Sur. Las formidables lluvias que caen sobre esta región y destruyen toda apariencia de camino transitable, transforman los ríos en torrentes, las llanuras en lodazales y desarrollan una vegetación desordenada que detiene el paso del hombre: mortales miasmas emponzoñan el aire en todo tiempo. Por tales obstáculos, en ninguna otra parte de nuestro globo pueden hallarse tan próximos á regiones civilizadas países tan mal conocidos.

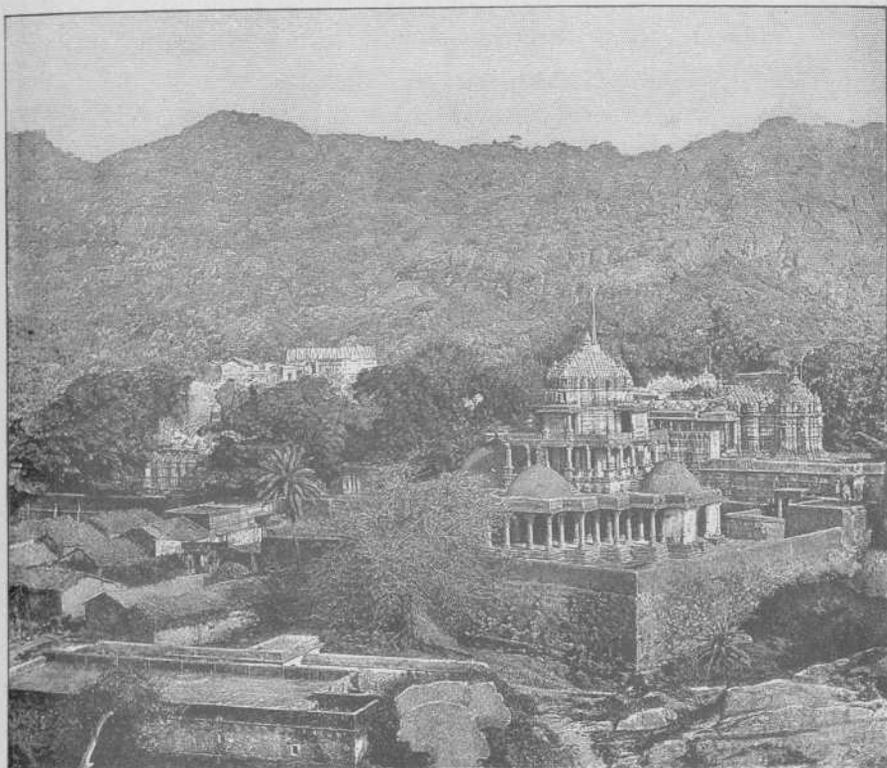
Sobre la margen izquierda del Brahmaputre se levantan las montañas de Assam y el lecho del río se encorva al pie de los estribos avanzados de los montes Khasi y Garro. Estos constituyen los últimos anillos de la inmensa cordillera que rodea toda la India al Norte.

Protegida por esta temible muralla, la gran llanura indo-gangética, que forma el Indostán propiamente dicho, desciende suavemente por una parte hacia el golfo de Bengala y por otra hacia el mar de Arabia. Las dos cuencas del Indo y del Ganges la dividen en dos regiones muy distintas la una de la otra y de muy diferente aspecto. Hacia el Sur marcan la separación los montes Aravulli, á los cuales se une la base del monte Abu, en tanto que hacia el Norte es apenas sensible.

La cuenca del Ganges es una de las regiones más pobladas, más fértiles y más magníficas de la tierra. No podría decirse otro tanto de la del Indo, que sólo encierra, por el contrario, el gran desierto de la India, contraste fácil de explicar por la dirección del curso de los dos ríos, los cuales fluyen el uno paralela y el otro verticalmente á la cordillera de montañas en que nacen. A cada paso de su curso recibe el Ganges del Himalaya, cuyas curvas flanquea, nuevos afluentes alimentados por inagotables depósitos de nieve; cuanto más avanza, más pródigamente riega los campos que recorre. Respecto al Indo pasa todo lo contrario. A medida que se aleja de las montañas, sus afluentes son más raros y más pobres; muchos de ellos se pierden en los arenales y no tienen fuerza ni para formarse un lecho. En el Pundjab, el país de los cinco ríos, la riqueza del suelo es aún

grande; pero poco á poco estos cinco ríos van formando no más que uno, que se dirige solitariamente hacia el Sudoeste, dejando á su izquierda inmensos espacios infecundos, inhabitados, sombríos.

Es probable que toda esa cuenca del Indo estuviera en otro



Vista tomada en el monte Abu (Rajputana)

tiempo recubierta por el mar, hundida en un vasto golfo. Las llanuras del Norte de la India y las capas que recubren el flanco meridional del Sub-Himalaya son de formación reciente; los gneis y los esquistos no aparecen sino en la región media del Himalaya y del Trans-Himalaya, cuyas partes centrales están compuestas sólo de granito y de rocas metamórficas.

En las proximidades de las más altas cimas han sido encontra-

dos restos lacustres y depósitos salinos que hacen pensar en grandes masas de agua marina que han descansado largo tiempo sobre las mesetas.

Las numerosas pequeñas cordilleras que prolongan el sistema himalayo en el alto Pundjab son tan curiosas por su formación como por su aspecto. Una de ellas, llamada por los ingleses *Salt-Range*, ofrece además las enormes cantidades de cristalizaciones salinas que le han valido su nombre, las variedades de todas las rocas, desde las silúricas hasta los estratos, de la época terciaria, y encierra igualmente los yacimientos de numerosos metales. Las olas del mar que en otro tiempo batían sus flancos y las lluvias que luego han destrozado sus cimas, las han recordado de la más curiosa manera, dándoles el aspecto de una serie de torres y de fortalezas cuya perfecta regularidad parece obra de la mano de los hombres. Estuvo por lo demás esta región cubierta en otros tiempos de construcciones defensivas, de las que aún se ve levantarse imponentes ruinas sobre la cima de rocas cortadas á pico. Creeríase, viéndolas, contemplar los restos de las fortalezas de que la Edad Media erizó nuestro país del Occidente. La analogía es tan real como admirable. En el Pundjab, en el Bundelkund, los temibles fosos que fueron desde luego construídos para poner el país al abrigo de extranjeras incursiones, sirvieron después para sujetarlo y contribuyeron á fortalecer la tiranía de los jefes señoriales, lo mismo que pasó en Francia después de la invasión de los normandos.

Al Sur de la cuenca del Ganges se eleva el suelo con las mesetas de Malwa y las del Bundelkund. Después surge, en fin, la cordillera de los Vindhya.

Esta cordillera de los Vindhya es el «diafragma de la India.» Su importancia es grande como barrera entre dos civilizaciones, dos climas, dos naturalezas de suelo y sobre todo dos razas. En tanto que en la llanura indo-gangética domina el elemento invasor, es decir, la raza aria más ó menos pura, sobre la gran meseta del Dekkán, al abrigo del profundo foso del Nerbudda y de una doble cadena de montañas, la población primitiva, esto

es, la raza dravidiana, se ha conservado casi, casi, sin mezcla, con su carácter propio, sus rasgos exteriores distintivos y sus antiguas creencias, que los siglos no han apenas transformado.

3.º — EL DEKKÁN

El Dekkán formó en otro tiempo una comarca casi insular cuando las aguas del Océano recubrieron en gran parte la llanura indo-gangética. Las olas debieron batir entonces el pie de las montañas que rodean ese país como una muralla. Al retirarse después, dejaron al descubierto á todo lo largo de esas mismas montañas una estrecha faja de playas que la antigua meseta domina desde una altura de 400 á 600 metros.

Deben, pues, considerarse en el Dekkán dos partes muy diferentes por su aspecto, sus producciones y también por las razas que las habitan. Estas son, de un lado las costas bajas que llevan sucesivamente los nombres de Konkán septentrional, Konkán meridional, Costa de Malabar, sobre el mar de Arabia, y de Costas de Coromandel, de Circar y de Orissa, sobre el golfo de Bengala; de otro lado una vasta meseta inclinada del Oeste al Este, rodeada por los montes Satpura y su prolongación y por el muro de los Ghates, que la separa poco menos que completamente de la región marítima.

La doble cordillera que separa el Dekkán del mar ha recibido el nombre de Ghates. Hácese la distinción de Ghates occidentales y Ghates orientales. Estos últimos son menos elevados que los primeros y soportan la parte más baja de la meseta; están abiertos por los numerosos ríos que, siguiendo la pendiente general del país, van todos á verter sus aguas en el golfo de Bengala.

Los Ghates occidentales, mucho más regulares, se componen de una serie de eslabones orientados perpendicularmente á la dirección de la ribera, pero reunidos por una arista continua.

En tanto que del lado del mar los Ghates occidentales yerguen arrogantemente sus cimas abruptas y sus puntas destroza-

das por las lluvias tempestuosas del monzón, parecen poco imponentes si se los contempla desde la meseta que apenas dominan.

Aun sobre la playa no se elevan apenas á más de 1.200 metros. Son seguramente antiguas riberas escarpadas que han conservado su fisonomía, y en ciertos sitios donde la playa se estrecha sumergen aún sus escollos en las olas. Desfiladeros de acceso más ó menos fácil interrumpen acá y acullá la barrera que forman entre las altas mesetas y los países costeros. El más importante es el Bhor Ghate, en otro tiempo llamado la llave del Dekkán.

Hacia el Sur, los Ghates occidentales se ensanchan de pronto en un macizo de aspecto menos severo: es el de los Nilghirris ó Montañas Azules, á las que sus maravillosos paisajes y su delicioso clima han valido el nombre de Suiza dravidiana.

Todavía más allá de los Nilghirris se abre el paso del Pal Ghate, la más importante depresión de la cordillera, que por lo demás se termina para reaparecer más lejos bajo otras denominaciones hasta el cabo Comorín. Esta brecha del Pal Ghate constituye la gran vía de comunicación entre los dos litorales; un camino de hierro une hoy Madras á Calcuta. Cuando el monzón del Nordeste sopla sobre el golfo de Bengala, los Ghates detienen la fuerza del viento y los navíos bogan dulcemente sobre el mar de Arabia; pero al llegar delante del Pal Ghate encuentran de golpe un mar agitadoísimo: es que el huracán penetra en el desfiladero, que le abre paso por donde vaya á encrespar las olas del otro lado de la península.

Todas las costas bajas que rodean el Dekkán pueden ser consideradas como conquistas hechas al mar en una época relativamente próxima á nosotros. El acrecentamiento del suelo se ha detenido después, y recientes observaciones tienden á probar que en ciertos puntos de la India se ha producido un movimiento inverso; han sido descubiertos no lejos de Bombay los restos de un bosque sumergido; en la embocadura del Ganges, una región de islas pantanosas de formación reciente, designada con

el nombre de Sanderband, y el territorio mismo sobre el cual se levanta Calcuta, parecen destinados á hundirse un día en una inmensa sima que se forma en el seno de las olas y en la cual la sonda se pierde, en tanto que se determinan fácilmente sus bordes. Se ha comprobado como un deslizamiento del suelo en dirección á ese espantable abismo.

La meseta del Dekkán es una tierra primitiva, en la cual se abrieron en otro tiempo cráteres que la cubrieron enteramente de olas de lava. Sería el suelo en absoluto improductivo si las abundantes lluvias que lo inundan en ciertas épocas del año no hubieran, sobre muchos puntos, llegado á disgregar, á pulverizar, á arrastrar esa dura costra. Abundantes corrientes de agua han realizado trabajo igual. Resulta así que completamente al lado de extensiones absolutamente áridas, infecundas, ofrece el Dekkán valles en que la abundancia de las aguas, combinada con lo cálido del clima, ha dado origen á una vegetación de pujanza y riqueza extraordinarias.

Al abrigo de su parapeto de montañas, que al Norte se extiende sobre una doble línea y se fortifica con el profundo foso ahondado por el Sone y por el Nerbudda, las altas regiones del Dekkán han debido resistir mejor que las llanuras del Norte la oleada de las sucesivas invasiones y conservar una fisonomía muy particular. Al Sur, en efecto, de los Vindhya se encuentran aún los restos de las primeras poblaciones de la India; el elemento dravidiano domina; focos de resistencia contra el extranjero se han formado allí repetidamente.

El punto extremo de la India es el cabo Comorín. Al lado se encuentra la isla de Ceylán. Aunque no entra en nuestro plan describir su población ni estudiar su historia, diremos de ella algunas palabras desde el punto de vista geográfico, así como de las islas vecinas de la India, y terminaremos de este modo la descripción de las grandes líneas que forman el relieve del suelo, lo que podría llamarse el esqueleto de la península.

La isla de Ceylán, equivalente por la superficie á una docena de departamentos franceses, está apenas separada del continen-

te. Una serie de islotes, de los que los más importantes son los de Ramesweram y de Manaar, prolongan hasta sus costas la saliente que tienen delante en el continente indiano. El centro de esta cadena está formada por una serie de eslabones y de bancos de arena apenas recubiertos por algunos pies de agua y conocidos con el nombre de Puente de Rama. Tres pasos, de los cuales uno ha sido recientemente convertido en practicable para las embarcaciones menores, se abren en este portazgo natural.

Al Norte y al Sur del Puente de Rama hay en las indianas costas dos golfos, uno de los cuales ofrece á los navíos alcanzados por el monzón el refugio de sus aguas generalmente apacibles.

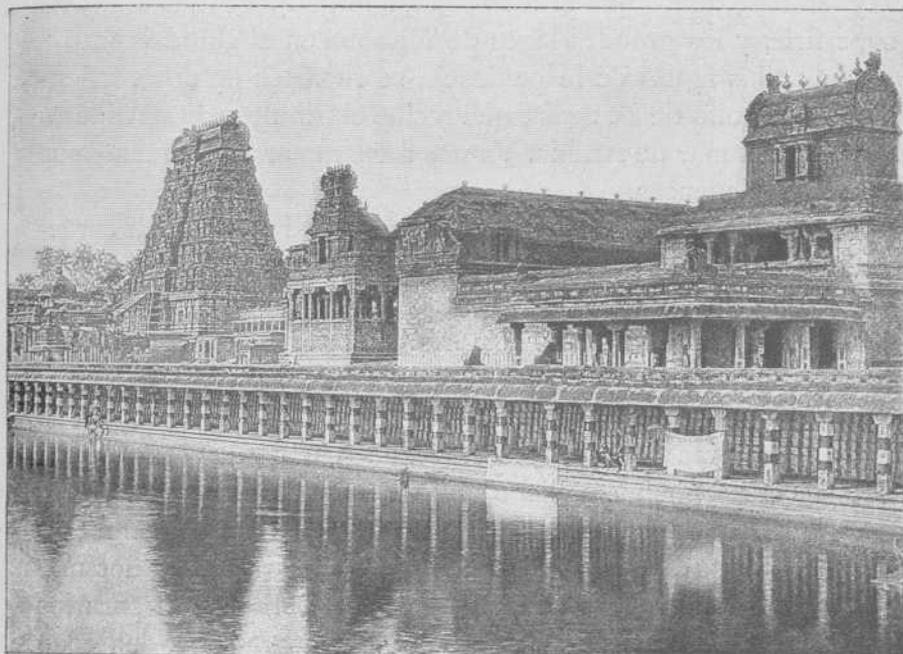
La isla de Ceylán se divide en dos partes: la del Norte, compuesta por llanuras cubiertas por la vegetación de los trópicos; la del Sur es montañosa. La más célebre cima, aunque no la más elevada de la isla, es el pico de Adam, alto de más de 2.200 metros y sobre la cual el indo crédulo contempla aún la huella sagrada del pie de Buda.

Al Sudoeste de la India aparecen en el Océano centenares de islas pertenecientes á los grupos de las Laquedives y de las Maldives. Las últimas sobre todo son curiosas, y su formación ha dado lugar á muchas conjeturas de las que es la más célebre la de Darwin. El ilustre sabio supone que indican el lugar de las cimas de una cordillera desaparecida. Deben su origen casi enteramente á la acumulación de políperos, y presenta cada una la forma de un círculo de eslabones encerrando un lago; sus diversos grupos afectan igualmente la figura de un círculo, y su conjunto ofrece una disposición general idéntica.

4.º — FISONOMÍA DE LAS GRANDES CUENCAS DE LA INDIA

Aunque la India sea uno de los países mejor regados de la tierra, los raudales que ruedan sobre su superficie no bastan á fertilizar por todas partes su suelo. No solamente sus corrientes de agua están distribuidas de una manera desigual; hasta su ali-

mentación, según los años y las estaciones, no es siempre semejante á sí misma. Un río largo y profundo en la estación lluviosa, se empobrece y corre plano durante el período de sequía, y si las nubes del monzón han sido menos abundantes que de ordinario, se empobrece aún más y no da sino una cantidad insuficiente para los campos que recorre. Son frecuentes los cambios



Lago sagrado en una pagoda del Sur de la India

de lecho de los ríos de la India; transportan así de un paraje á otro los manantiales de la abundancia y la prosperidad; sobre las orillas que abandonan la soledad y la aridez se enseñorean, y las ciudades quedan pronto desiertas, pues sus poblaciones corren en montón á establecerse sobre las nuevas márgenes.

Para suplir la insuficiencia de las corrientes de agua, remediar enormes desviaciones en su menoscabo y defenderse contra sus caprichos, los indos han debido recurrir en todo tiempo á los procedimientos artificiales de irrigación. Barreras deteni-

do las aguas y rechazándolas hacia canales ó hacia lagos cavados por la mano del hombre, receptáculos inmensos formados algunas veces obstruyendo todo un valle, tales son los trabajos á que se entregaban los más antiguos pueblos de la India. Ejemplos de ello son el dique de las aguas del Cavery, obra que data de quince siglos y todavía existe; los receptáculos lacustres de Hyderabad, de los que el más grande mide 4.000 hectáreas de superficie, y los grandes lagos de Mahoba en el Bundelkund.

Todas las aguas de la península se reparten en dos vertientes: la del golfo de Bengala, que recibe el tributo más considerable, y la del mar de Arabia. Vamos á examinar rápidamente sus principales cuencas.

Cuenca del Ganges. — Cada río tiene para los indos un carácter divino, fundado en los bienes que por doquiera que pasa reparte; pero ninguno es más sagrado que el Ganges, ó quizá mejor el Ganga, que bajo este nombre lo adoran los indígenas como una verdadera deidad.

El Ganges, como la mayor parte de las corrientes de agua de su cuenca, toma su origen en el Trans-Himalaya y atraviesa el Himalaya propiamente dicho antes de entrar en el llano. Dos torrentes, el Alaknanda y el Bhagirati, brotando de las neveras á 4.000 metros de altitud, se juntan para formarlos. Esos dos manantiales y las montañas que los dominan constituyen para los indos lugares sagrados; se halla aquí la primera señal del trono de Siva. ¡Dichoso el que logra á costa de mil fatigas escalar sus gradas!

Europeos han sido los primeros que han realizado hasta el fin esa peligrosa ascensión y visto el Bhagirati Ganga brotar de su arca de hielo. Los peregrinos indos, que hasta el comienzo de este siglo se detenían á la entrada de los desfiladeros, se han aventurado más alto aún tras los arriesgados exploradores del Occidente. A riesgo de su vida, empero, van por peligrosos parajes á cumplir sus ritos hasta los orígenes mismos del río sagrado.

El paraje donde el Alaknanda y el Bhagirati juntan sus aguas

es el «confluente divino.» Elévase allí uno de los más frecuentados santuarios. Un poco más abajo los de Hardwar atraen cada año en marzo y en abril centenares de miles de peregrinos que acampan á su alrededor; se ha calculado á veces la concurrencia en dos millones de individuos. No guía á todos, por lo demás, la sola idea religiosa; se halla entre ellos buen número de mercaderes que aprovechan esa aglomeración para ejercer su comercio.

Uno de los más grandes afluentes del Ganges, el Jumna, toma no lejos de él su origen, pero en la cordillera del Himalaya propiamente dicha. Este río es también casi tan sagrado como el mismo Ganges. En su confluencia se levanta Allahabad, «la ciudad de Dios.»

No lejos de Allahabad, bajando el Ganges, se halla la célebre Benarés, que se eleva en anfiteatro sobre la margen izquierda del río. Es la villa santa por excelencia, el centro religioso de la India, la metrópoli del culto brahmánico.

El respeto de los indos al Ganges, su «Madre Ganga,» es tal que los ingleses estuvieron á punto de promover levantamientos populares cuando comenzaron el canal de navegación y riego del Doab y desviaron sus santas aguas dentro de ese nuevo cauce. Ese canal, que arranca de Hardwar y halla su fin en Kanpur, es en su género el más considerable del mundo; ha sido preciso para cavarlo remover tanta tierra como para abrir el istmo de Suez.

No hubieron de vencer los conquistadores europeos menos preocupaciones cuando intentaron impedir á los indos arrojar á las aguas del Ganges sus cadáveres. Es esta especie de sepultura tan de estimar para esos pueblos, que á despecho de todas las prohibiciones la practican siempre que pueden burlar la vigilancia de sus vencedores. Atan al muerto sobre una especie de canoa en la que fijan una luz, y después la abandonan á la corriente. Por la noche se ve á lo lejos brillar esas pálidas estrellas sobre la superficie negra de las aguas.

Antes de encontrar el Ganges, engruesan el Jumna en su curso importantes afluentes, entre otros el Chambal y el Sindh.

El Ganges, que hasta su reunión con el Jumna, ha seguido la dirección del Sudeste, corre ahora al Este, para volver en seguida bruscamente hacia el Sur. Hacia arriba de ese recodo recibe sobre su margen derecha al Sone; refuérzanlo sucesivamente por la izquierda los numerosos ríos que se escapan del Himalaya, ó más bien que atraviesan esa cordillera después de haber salido del Trans-Himalaya; los principales son el Gogra, el Gandak, Baghmati y el Kosi.

Antes de penetrar en las llanuras donde la abundancia de sus aguas desarrolla una fertilidad incomparable, todos esos ríos franquean la siniestra zona del Terai. Designanse con este nombre los terrenos pantanosos que se extienden al pie de las montañas. El muro inmenso del Himalaya, deteniendo las nubes del monzón lluvioso, las obliga á vaciarse sobre las pendientes meridionales. Resulta de ahí un exceso de humedad para la baja región que rodea esas pendientes, una vegetación inextricable la recubre, fangosos pantanos la corrompen y el aire se recarga allí de mortales miasmas. Sería imposible residir en el Terai, y sólo atravesarlo es ya peligrosísimo. Aparte, sin embargo, esta estrecha faja de país improductiva é inhabitada, es la cuenca del Ganges la región más fértil de la tierra.

Como todos los demás ríos de la India, el Ganges, según las estaciones, cambia totalmente de aspecto. Durante la época de las inundaciones sus aguas desbordadas cubren inmensas extensiones de país. Los agricultores retroceden ante ellas y preparan más lejos campos para obtener una recolección intermedia, que los ocupe hasta que el río vuelto á su lecho les devuelva de nuevo las tierras por su limo fecundadas.

Las derivaciones del Ganges varían con bastante rapidez; no sería fácil determinar rigurosamente el curso de este vasto río ni el lugar de sus confluencias. En cuanto á los numerosos brazos por los que se derrama en el mar y en las islas pantanosas que rodean, sufre la geografía transformaciones casi después de cada inundación. Puertos que recibían otras veces grandes navíos no pueden apenas dar abrigo á los barcos de pesca. Sólo

en el de Calcuta han empleado los ingleses mucho dinero y trabajo para mantenerlo siempre abierto á la navegaci3n, y a3n no lo han logrado sino á costa de esfuerzos gigantescos renovados constantemente.

La capital del Delta superior del Ganges estaba en otro tiempo en Gor. Esta antigua capital de un gran imperio fué abandonada por sus habitantes cuando el río la dejó, y no presenta hoy sino ruinas informes invadidas por las selvas.

Cerca de su embocadura se divide el Ganges en numerosos brazos. Uno de los más importantes es el Padmah. Se junta este río con el Jamuna, que es el verdadero Brahmaputre. Pero el brazo más sagrado es el Bhagirati. Una parte del Bhagirati, bajo el nombre de Hugly, pasa por Calcuta y forma el gran canal marítimo que enlaza esta villa con el mar.

La masa más considerable que cae en el golfo de Bengala no es la del Ganges, sino la que arrastra el Meghna, especie de golfo del Brahmaputre. La navegaci3n es en él poco menos que imposible á causa de la violencia de la corriente, de los obstáculos formados por los bancos de arena y sobre todo del reflujo violento del mar que lo remonta en una ola de muchos metros de altura y que se desploma batiendo las orillas con un estruendo semejante al de las descargas de artillería. Las arenas arrastradas por el Ganges y que representan anualmente muchos cientos de miles de metros cúbicos se aglomeran en parte alrededor de las islas del Sanderband y contribuyen á acrecentarlas; sin embargo, todo el territorio del Delta, lejos de ganar sobre el mar, parece destinado á hundirse más y más. En este punto, frente á esas numerosas bocas es donde se abre en el mar el abismo que semeja atraer ese territorio para tragárselo, abismo á que los ingleses llaman *swatch of no ground*.

Un remolino semejante al que acabamos de mencionar se forma delante de las bocas del Indo, al otro lado de la península. Ese otro gran río, hermano del sagrado Ganga, es uno de los que arrastran consigo las mayores masas de arena, pero las dispersan en gran parte las corrientes submarinas que reinan más

arriba del *swatch*. El río Ganges recorre 2.420 kilómetros.

Cuenca del Indo.— La cuenca del Indo presenta caracteres bien diferentes á la del Ganges. Regada menos abundante y menos regularmente que ésta, está lejos de ser tan fértil y cubre más de la mitad de su superficie el inmenso desierto del Thar que la separa del resto de la India. Estaría poco menos que aislada del todo de la península, si una franja de tierras cultivadas, bordeando la región montañosa, no la uniese á la llanura del Ganges. Esto es, el Pundjab ó «país de los cinco ríos,» gran vía de comunicación por la cual todos los conquistadores bajando el río de Kabul han penetrado en la India. Solamente allí se vuelve á encontrar villas populosas y ricas campiñas semejantes á las que riega el Ganges. En cualquiera otra parte, en la cuenca del Indo, los estíos son secos y calurosos y las corrientes de agua insuficientes para la prosperidad ó para la existencia. Presentan la particularidad excepcional de irse empobreciendo á medida que se alejan de las montañas, y corren menos rápidos y menos abundantes cuando se aproximan al mar. Muchos de ellos, como el Sarasvati, no llegan siquiera hasta el Océano y se pierden en las arenas del desierto. Los otros no acaban su curso sino reuniéndose entre sí antes de verterse en el Indo.

Los famosos cinco ríos que han valido al Pundjab su nombre son: el Satledj, el Chinab, el Bias, el Jhelum y el Ravi. Tienen su origen en el Himalaya occidental.

El Satledj, el más considerable de los afluentes del Indo, nace, lo mismo que este río, del gran macizo central que da también origen al Ganges y al Jumna; pero el Satledj y el Indo pertenecen al flanco septentrional del Trans-Himalaya y bordean toda la cordillera antes de lanzarse á la llanura. Originan estos ríos zanjas profundas. Detenidos á veces por desprendimientos de rocas, se acumulan formando enormes balsas hasta que adquieren fuerza para romper su dique y se precipitan entonces raudamente por encima de los obstáculos vencidos, inundando el país inferior y arrastrando algunas veces en su caída ciudades enteras.

Corre el Indo hace mucho tiempo del Este al Oeste, rodea el Nanga Parbat y dirigiéndose hacia el Sur sale de la región montañosa en Haripur. Poco después recibe á la derecha el río de Kabul, cuya importancia es grande, pues abre la entrada de la India á las invasiones y al comercio. Plazas fuertes, Attok y Peshawer particularmente, se levantan sobre el Indo y sobre su afluente como centinelas avanzados del imperio anglo-indiano; un camino de hierro atraviesa el río y se prolonga hasta la frontera.

La llanura que forma la cuenca del Indo es de tal horizontalidad que los ríos que la riegan, no estando dirigidos por ninguna pendiente, vagan casi sin curso determinado y cambian de lecho al azar del menor obstáculo. Los ríos secos que interceptan con sus lechos vacíos los vastos espacios hoy desiertos y en otro tiempo por ellos fertilizados, son tan numerosos como los que corren aún; una multitud de canales, de ordinario vacíos, pero transformados rápidamente en ríos en la época de las inundaciones, enlazan entre sí los diversos afluentes del Indo y forman una red complicada y siempre distinta.

Las bocas por las cuales el río se precipita, en fin, en el mar no son menos variables en su aspecto. Las arenas que arrastra en cantidad prodigiosa las obstruyen y le obligan á abrirse sin cesar nuevas salidas. La navegación es por esta causa poco menos que imposible sobre el Indo; ningún puerto puede prevalecer en su embocadura, y todos los que se ha habilitado han desaparecido sucesivamente por la retirada de las aguas. En cuanto á sus afluentes, tan pronto constituyen cursos de aguas considerables capaces para grandes navíos, tan pronto balsas corrientes que los viajeros pasan á vado.

Además de los cambios caprichosos de sus derivados, el Indo se desvía poco á poco del todo hacia el Oeste. Es de suponer que en otro tiempo sus aguas se repartían con más igualdad en su cuenca, que recibía el tributo de un mayor número de ríos, y que la región hoy desierta era mucho más reducida. Los antiguos libros indos nos enseñan, en efecto, que el antiguo nombre

del país era el de «siete ríos,» y no el de «cinco,» cual hoy; esos mismos libros describen como anchos ríos, corrientes que no existen ó que apenas se encuentra; hablan del tiempo en que el Sarasvati era un río imponente que rodaba hasta el Indo la masa de sus ondas, y se lamentan de la huída de la deidad. Desaparece hoy efectivamente en las arenas del desierto. Otras corrientes de agua alcanzan la misma suerte, pero no se pierden por completo; se filtran y se prolongan aún durante algún tiempo en una especie de lecho subterráneo, como lo prueba la existencia de pozos hallados en la dirección que esas corrientes siguieron, ordinariamente demasiado lejos del paraje en que desaparecieron.

El Indo es el más largo de los ríos de la India: tiene 2.900 kilómetros de longitud.

Cuencas del Nerbudda y del Tapti.— Los dos ríos que separan, con las montañas entre las cuales corren, las dos grandes regiones del Indostán propiamente dicho y del Dekkán, son el Nerbudda y el Tapti. El primero tiene 1.280 kilómetros de curso, el segundo 700 solamente.

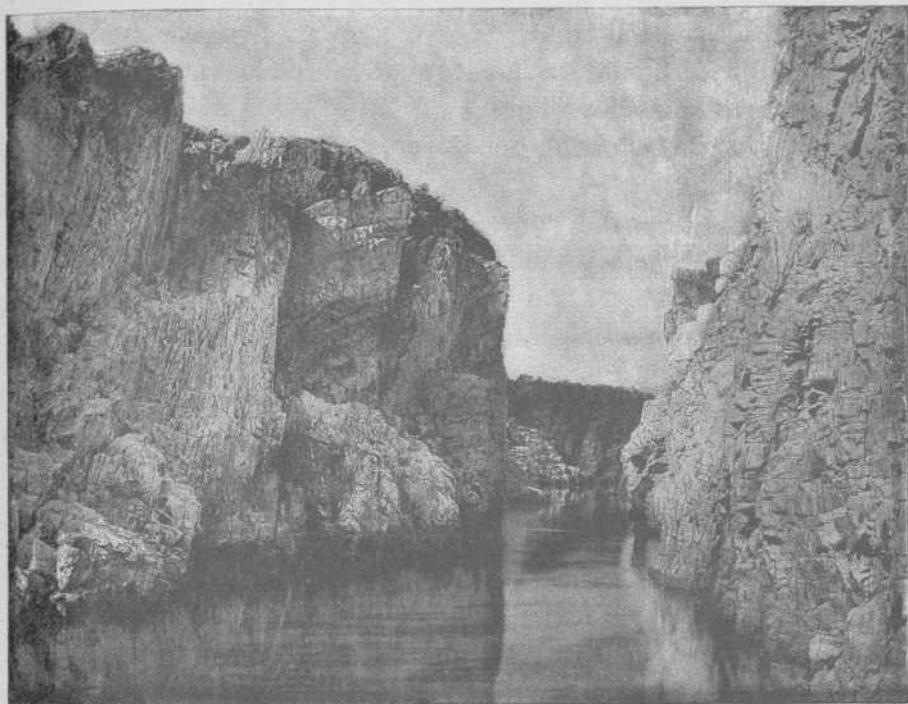
El Nerbudda nace en el macizo del Amarkantak, el nudo del sistema montañoso del centro de la India. Corre rápidamente del Este al Oeste hacia el mar en un cauce estrecho y profundo encajado entre la doble cordillera de los Satpura y de los Vinthya.

No es navegable á causa de las numerosas caídas que lo cortan, pero ofrece dos puntos de vista notables, entre otros el famoso desfiladero de las «Rocas de mármol,» no lejos de su nacimiento. Sus aguas, muy puras, corren á ese paraje entre altos derrumbaderos de mármol blanco que los rayos del sol, durante la mañana y la tarde, matizan de maravillosos colores.

El Nerbudda es para los indos el río más sagrado después del Ganges. Vienen de lejos á hacer abluciones en sus aguas y recoger sobre sus bordes guijarros que se llevan en seguida como amuletos preciosos y potentes. Los numerosos peregrinos que en todo tiempo se han aglomerado sobre sus márgenes han

contribuido más que la fuerza de las armas á abrir el Dekkán á las influencias exteriores.

El Nerbudda desagua en el golfo de Cambay, no lejos del Tapti, río menos importante, pero cuyas inundaciones son terribles. Surate, levantado á la embocadura de este último río,



Desfiladero de las rocas de mármol sobre el Nerbudda cerca de Jubulpore

debe sin cesar defenderse contra las aguas por medio de diques conservados cuidadosamente.

Hay al Norte del Nerbudda tres pequeños ríos que descienden de las montañas que encuadran la llanura del Guzerat. Desaguan en el golfo de Cambay; los dos más importantes son el Mahi, cuyo curso es de 530 kilómetros, y el Sabarmatti, que atraviesa la célebre ciudad de Ahmedabad. Su longitud apenas pasa de 300 kilómetros.

Cuencas del Dekkán occidental. — Desde la embocadura del Tapti hasta el cabo Comorín ningún río importante desagua en el mar de Arabia; los Ghates occidentales están demasiado próximos á la costa para que las corrientes de agua que ruedan por sus cuevas pasen de arroyos; el monzón del Sudoeste los transforma en torrentes.

La brecha del Pal Ghate da paso á un río algo más digno de este nombre, el Ponani, que nace al oriente de las montañas; sobre este punto las dos grandes vertientes del Dekkán se confunden, y ciertos afluentes del Cavery toman su origen al Oeste de los Ghates.

La ribera al Sur del Ponani está llena de albuferas (1) ó curiosas lagunas que siguiendo paralelamente la costa del mar y comunicando las unas con las otras, forman un largo canal natural muy á propósito para la navegación; los barcos prefieren seguir sus apacibles aguas antes que arriesgarse sobre el Océano. Casi todo el comercio del país de Cochín y Travancore se hace por la vía de estos estanques.

Cuencas del Dekkán oriental. — El Dekkán no tiene otras vastas cuencas que las que se inclinan hacia el golfo de Bengala. El primer río que se encuentra después de la embocadura del Ganges es el Subanrika. Desciende de las alturas del Chota Nagpore y desagua en el mar después de un recorrido de 500 kilómetros. El más importante de los ríos que se observa en seguida es el Mahanuddi, que tiene 830 kilómetros de longitud. Reunido á otros dos ríos, el Baiterami, que tiene 550 kilómetros de curso, y el Brahmani, que tiene 650, corta sobre la costa de Orissa un vasto delta que se extiende lejos sobre el mar y que los sedimentos de los aluviones tienden á acrecentar constantemente. El suelo volcánico del Dekkán se esteriliza bajo la acción de las lluvias y las inundaciones; los ríos, volviendo á sus lechos, arrastran consigo los restos y las arenas y las depositan sobre el litoral, que elevan así poco á poco. Una faja formada

(1) *Marigots* dice el original. (N. del T.)

por esos aluviones encierra cerca de la embocadura del Mahanuddi un lago, ó más bien, una bahía, pues un estrecho canal establece la comunicación con el mar. Ha recibido el nombre de lago Chilka.

Esta costa de Orissa que atraviesan las diferentes bifurcaciones del Mahanuddi es una de las peor distribuidas de la India, y por consecuencia, la población que la habita es miserable y poco menos que salvaje. Terribles sequías la desuelan, y á veces, en el momento en que emigra, se ve arrasada por una inundación; los ríos, antes casi secos y ahora desbordados, cubren las tierras con sus aguas. Además es el país tan bajo y tan plano que el mismo mar lo invade á menudo y causa espantosos estragos. En 1866, después de un hambre producida por la sequía y que hizo perecer la cuarta parte de la población, el mar arruinó las aldeas y ahogó 1.200.000 individuos.

La sequía es el azote de Dekkán, y para remediarlo, se dedican por medio de diques y de receptáculos á reservar el exceso de agua durante cierto período del año, mientras las lluvias acrecientan los ríos. En las embocaduras del Mahanuddi, del Godavéry, del Kistna, se establecen malecones que en el momento de las crecidas desvían las aguas y las echan en los canales de irrigación ó en los estanques artificiales. Todos esos ríos son venerados por los indos y sobre las márgenes de cada uno de ellos se celebran ritos sagrados.

Más abajo del Mahanuddi se encuentra el Godavéry. Es el más considerable de los ríos del Dekkán; su longitud es de 1.440 kilómetros. El Kistna, que le sigue, tiene 1.300 kilómetros de curso, el Pennar 950 y el Cavery 755.

El Kistna, que corre en un cauce demasiado estrecho, no es navegable; sus aguas, por esta razón, piérdense casi de igual modo para el riego de sus márgenes. Pero este río es importante como separación de dos regiones y dos civilizaciones. Corta la península entera por una línea dirigida del Oeste al Este. Al Sur de ese límite es donde debe irse á estudiar las costumbres, la lengua y la raza dravidianas, y donde se las encuentra menos

alteradas que en ninguna otra parte por elementos extranjeros.

A pesar de la triple muralla de los montes Vindhya, del Nerbudda y de los Satpura; á pesar de la cordillera que prolonga ese sistema hasta la embocadura del Ganges, no dejando á los invasores sino el estrecho paso de las Termópilas de los Circar sobre la costa de este nombre, muchos conquistadores han avanzado hasta el Kistna, pero no han franqueado apenas este límite supremo ó por lo menos no lo han franqueado en gran número para que su mezcla con los vencidos haya podido variar la fisonomía de las antiguas razas dravidianas del Sur.

Lo que el Occidente supó desde luego sobre esta región tan bien atrincherada, fué lo que le relataron los mercaderes que fueron á comerciar á sus costas. Sus entusiastas narraciones llenaron la imaginación de maravillas. Era ciertamente para ellos la India propiamente dicha la tierra donde el sol parecía acumular el ardor de sus rayos en las ardientes especias y su brillo deslumbrador en los reflejos de las piedras preciosas.

Costas y puertos de la India. — Durante largo tiempo no se llegaba al Sur de la India sino por mar, y aun esto era difícil. La península que rodea una tal extensión de costas desde las bocas del Indo hasta las del Ganges no presenta un solo punto fácil de abordar, ni una región favorable para la apertura de un puerto. Bombay, Madras y Calcuta son las solas grandes poblaciones marítimas de la India, y no son tales sino por la voluntad y la labor de los hombres.

A pesar de la etimología del nombre de Bombay, que se quiere hacer derivar de «buena bahía,» el desembarco de pasajeros y de mercancías no se realiza siempre sin dificultad en esa metrópoli occidental del comercio de la península; la rada es soberbia, pero está falta de muelles. Madras no ofrece ningún refugio á los navíos, que anclan á distancia y envían sus mercancías y su gente á la costa en barcas ó balsas con las que enormes olas juguetean de modo poco tranquilizador. Hoy posee esta población una escollera de 335 metros que ha sido destruída muchas veces, y ahora se emprende la construcción de una rada. En

cuanto á Calcuta los abordajes son siempre muy difíciles y sólo á fuerza de incesantes trabajos puede mantenerse abierto su puerto y navegable el Hugli.

Aparte de la costa de Malabar, que presenta algunos pequeños puertos á propósito para el cabotaje, todas las riberas de la India son inhospitalarias y siempre peligrosas para los navíos. Ni un puerto favorable á este objeto se ofrece en el golfo de Bengala; Kalingapatam, entre el delta del Mahanuddi y el de Godavéry, es el solo apostadero aceptable sobre una extensión de 600 kilómetros.

5.º — LOS CLIMAS

La India es una de las comarcas más calientes de la tierra. Las grandes diferencias de altitud que se notan entre las regiones, dan sin embargo á cada una su clima particular y hacen que el viajero pueda pasar en algunos días por toda la serie de temperaturas terrestres.

En el Himalaya es donde, sobre todo, pueden observarse tales transiciones. En tanto que sus majestuosas cimas conservan eternamente su corona de nieve y de hielo, gozan sus pendientes del clima templado de Francia ó de Italia y son abrasadas las llanuras que se extienden á sus pies por los ardores de los trópicos.

El límite de las nieves persistentes es elevado en esas montañas. Puede calcularse en un promedio de 4 á 5.000 metros; más abajo de esta altura cae poca nieve, y la que cae se funde rápidamente. Las más grandes neveras se encuentran en el Himalaya occidental, donde vastas mesetas retienen la nieve y la dan tiempo de formarse, mientras que las pendientes más abruptas del Himalaya oriental dejan rodar las aglomeraciones de nieve.

Los inmensos campos de hielo que se encuentran al Oeste de la cordillera principal y en el Karakorum sólo son comparables á las de las regiones polares; algunos tienen 25, 30 y hasta 50 kilómetros de extensión: son notables por la cantidad de restos

que arrastran en su continuo resbalar; sus partes inferiores están á veces completamente recubiertas; la tierra vegetal se amontona entre los fragmentos de roca, retoña pronto la hierba y el triste heladero desaparece bajo un manto de verdura.

Entre 3.000 y 1.000 metros de altitud media, sobre todas las faldas himalayas se extienden regiones que recuerdan por su clima y por su producción los países más favorecidos de Europa. Allí es donde los ingleses buscan todos los años un refugio contra los terribles calores del estío indiano. Han levantado un largo cordón de villas que llaman «villas de salud;» el descanso que con regularidad hacen allí entona su constitución enervada y debilitada por las temperaturas excesivas del llano. Las principales son: Simla, Masuri, Dargeeling.

A Simla es adonde se trasladan todos los altos funcionarios desde el principio de la estación cálida. Conviértese esta villa entonces por algunos meses en capital del gobierno. Por el aspecto de las ciudades, por los bosques de robles y de hayas, por los verjeles cuajados de frutos del Occidente, por la temperatura dulce y saludable pueden creerse allí sus invasores en Inglaterra.

Muchos puntos de la India ofrecen semejanzas con esta admirable región: el más importante es el macizo de los Nilghirris, que forma al Mediodía como la prolongación de los Ghates occidentales. Allí también se elevan saludables ciudades, de las que la principal es Utakamund; reina allí asimismo una temperatura deliciosa, más igual aún que la de las pendientes himalayas: se halla allí una verdadera primavera eterna con todos los frutos del estío. Los pájaros de Europa, la curruca, el ruiseñor, gorjean en los matorrales; los ingleses han llevado además gorriones que se han multiplicado y pululan con su osada familiaridad alrededor de las viviendas.

Fuera de estas regiones especiales, la India tiene una temperatura que oscila entre 0° y 52° centígrados.

Estos puntos extremos de frío y de calor se los encuentra en la misma región, el Pundjab, que representa en la península el

verdadero clima continental, es decir, aquel cuyas oscilaciones son más considerables. A medida que se descende hacia el Sur las diferencias entre el estío y el invierno disminuyen. Hacia el punto extremo de la península la influencia del mar tiende á igualar la temperatura durante las diversas estaciones. Se eleva en razón de la latitud, pero refrescada por las brisas. Oscila durante todo el año entre 26° y 28° centígrados.

Distínguense en la India tres estaciones: la lluviosa, que dura de mayo á octubre; la fría, de noviembre á fin de febrero; y la calurosa, desde el principio de marzo al principio de junio. La época de cada estación varía ligeramente de un país á otro; pero de un modo general puede decirse que para toda la India la estación sana, aquella durante la cual los europeos pueden viajar ó residir sin inconveniente, se extiende desde el mes de octubre al mes de abril.

Durante el mes de abril y el mes de mayo el calor se hace cada vez más insoportable y los mismos indígenas sufren á veces cruelmente. En la cuenca del Indo y sobre las costas del Dekkán es también tan fuerte como en la región que más del globo. Seca los grandes ríos y agosta la vegetación. Los ojos se levantan al cielo implacablemente puro, y ese mismo cielo acaba por alterarse como todo el resto de la naturaleza: se cubre de una ardiente niebla formada por una fina y abundante polvareda, á cuyo través aparece el sol como un disco siniestro de metal rojo desprovisto de rayos. La impaciencia gana entonces el corazón de todos, pues aproxímase el fin del suplicio y se acechan con ansiedad los primeros signos en el lado Sur del horizonte. Es el monzón lluvioso á quien se debe ese fin. Al cabo llega, impetuoso, pavoroso y bendito.

Monzones. — Ningún fenómeno es más imponente en su aparición ni más bienhechor en sus efectos que el de los monzones.

Durante uno ó dos días se ve reunirse y como apilarse en el cielo enormes masas de nubes que vacilantes y con lentitud recubren la mitad del horizonte de un inmenso velo fúnebre, en tanto que se destacan aún sobre la otra las casas blancas de los

lugares y los promontorios de las riberas. Al fin todo se oscurece. Entonces los relámpagos comienzan á sucederse sin interrupción, acompañados de truenos tan lúgubres ó tan formidables que no se los oye sin emoción. Al mismo tiempo revientan las nubes y se vacían como odres muy llenas; un verdadero diluvio cae sobre la tierra, llena en un instante los lechos secos de los ríos y los transforma en torrentes. El suelo, quemado por una larga sequía, bebe ávidamente el agua bienhechora. Parece que una vida nueva descende con las olas del cielo y circula en las venas del mundo rejuveneciéndolo.

Esa primera violencia de la tempestad no tarda por lo demás en apaciguarse; las nubes se disipan y dejan ver el riente azul y la fresca vegetación que ha surgido de golpe como por milagro. Vuelven los seres vivientes á su actividad, todo se ha transformado en el espacio de algunos días. Pero, durante cinco ó seis meses, el monzón del Sudoeste, el viento que subiendo del mar viene á traer la humedad necesaria á la existencia de todos, continuará soplando y la lluvia caerá más ó menos abundante y con intervalos más ó menos largos. Esto es lo que constituye la estación lluviosa.

Sobre las costas que vuelven hacia el Sudoeste su aparición tiene lugar tal como acabamos de describirla. No se presenta enteramente en el mismo instante ni con las mismas circunstancias en las otras regiones de la India.

Véanse, según las teorías modernas, el origen y la marcha de este fenómeno:

Dos vientos contrarios soplan sobre la India, repartiéndose por igual el año: el uno del Nordeste, de noviembre á mayo, y el segundo del Sudoeste, durante los restantes seis meses. El primero, llegando del Asia central y no habiendo recorrido sino continentes, no lleva una gota de lluvia: este es el monzón seco; se confunde con los vientos alisios, y no forma, á decir verdad, un fenómeno especial. El segundo, que ha atravesado el mar de las Indias, se ha cargado de vapores cuya condensación produce un período de aguaceros continuos: este es el monzón lluvioso,

el monzón propiamente dicho, cuya naturaleza no es de orden cósmico como la de los alisios, pero compensa la desigual repartición de los continentes y de los mares, y muy particularmente le excesiva temperatura de la península indiana durante los tres meses de estío.

Al final de la estación cálida, en efecto, las capas de aire que descansan sobre la India, dilatándose cada vez más á causa de la alta temperatura que alcanzan, comienzan á elevarse en la atmósfera y toda la comarca se convierte en foco de alarma. En ese momento las masas saturadas de humedad que cubren el mar de las Indias vacilan y avanzan para llenar el vacío producido, y continúan este movimiento hasta restablecer en la atmósfera el equilibrio tan profundamente turbado.

Cuando las nubes del monzón del Sudoeste llegan sobre las riberas de la India, detiéndelas el muro de los Ghates, que las fuerza á derramarse en su mayor parte sobre el flanco occidental. A fuerza de batir estas montañas las lluvias han acabado por desmoronarlas, por recortarlas en torres y agujas y darlas el pintoresco aspecto que les es peculiar.

Cuando logran franquear esa muralla, los vientos están mucho menos cargados de humedad y derraman una cantidad de agua dos ó tres veces menor sobre la vertiente oriental de los Ghates y sobre las mesetas del Dekkán. Impotentes para atravesar los Ghates orientales, remontan hacia el Nordeste, sin llevar por consecuencia una gota de agua á la costa de Coromandel. Para esta última región es, por el contrario, el monzón del Nordeste el que, después de haber recogido algunas nubes sobre el golfo de Bengala, se encarga más tarde de regarlo; papel que llena sin embargo de modo muy insuficiente. La sequía es el azote de la costa de Coromandel, y en ninguna parte de la India los estanques artificiales son tan precisos: por eso ha debido multiplicárselos. Cubren á veces una superficie tan grande como la de las tierras cultivadas que deben regar.

Cuando el monzón del Sudoeste llega encima del Bengala, ha atravesado nuevamente el mar y su dirección se encuentra

desviada por las montañas de la Birmania y del Assam; sopla perpendicularmente á las costas del Sanderband y parece venir directamente del Sur. Cargado de nuevas masas de nubes penetra con violencia en el alto valle del Brahmaputre, y aquí, en las montañas del Assam y á la extremidad oriental del Himalaya, es donde se producen las más formidables caídas de agua medidas en la superficie del globo. En 1861 se evaluó en 20 metros la altura de la lluvia caída en Tcherra Pondji en los montes Khasi; todas las cimas de esta región están recortadas como las de los Ghates por la fuerza de furiosos chaparrones.

A partir de este punto el monzón cambia completamente su marcha, y no pudiendo franquear el Himalaya, sortea esta cordillera dirigiéndose hacia el Noroeste. Reparte aún á su paso los acuosos tesoros que lleva consigo, y viene á verter sus últimas nubes sobre el Pundjab, donde son ansiosamente esperadas.

Hasta el final de junio no ve esta región, en fin, obscurecerse su cielo. Durante muchos meses el monzón recorre los mismos caminos, pero con una impetuosidad siempre menor. En esta grande distribución de las aguas, la cuenca del Indo y la costa de Orissa son las provincias menos favorecidas. Si por desgracia la cantidad de lluvia, ya insuficiente, se aminora aún, este capricho de los elementos tiene consecuencias más terribles que las de una epidemia ó una invasión; sobreviene el hambre, y los hombres perecen por centenas de millares. No sin razón han consagrado los indos un culto á los ríos y á los dioses cuya voluntad reparte sobre la tierra las ondas bienhechoras. «La lluvia, se dice en el *Mahabharata*, nos viene de Dios; ella nos da las plantas, de las que depende la ventura de los hombres.»

Pueden observarse en el Dekkán meridional las diferencias de aspecto que existen entre todas las regiones vecinas, pero variamente regadas. La lluvia, en efecto, se distribuye desigualmente á consecuencia del obstáculo que oponen las montañas ó por otras razones particulares. Allí donde cae en abundancia, una vegetación salvaje, indomable, se desarrolla; esto constituye la selva tropical en todo el esplendor de su rebosante vida. A al-

gunos kilómetros más lejos se extienden modestos campos en que apenas se ven sino algunos delgados bambúes. Algunas veces también la aridez más completa se enseñoera de ese suelo basáltico y rebelde.

Las hambres, resultado de las variaciones accidentales del orden de las lluvias, son el más terrible azote de las Indias; pero no es ese el único: es preciso añadir aún los ciclones, el cólera y las fiebres palúdicas.

Los ciclones, esos espantosos torbellinos que avanzan destruyéndolo todo á su paso y que á veces levantan las olas del mar y las lanzan á lo lejos sobre toda la extensión de una comarca, son producto de grandes desigualdades de densidad entre las masas atmosféricas. Se los observa sobre todo al final de la estación cálida sobre las costas de Coromandel, de los Circars y de Orissa. Los estragos que producen son terribles. En 1789 todo el país alrededor de Madapolam, cerca de las bocas del Godavéry, fué sumergido; millares de habitantes perecieron; un navío, el *Lévrier*, se halló transportado á una legua dentro de las tierras. Sobre la misma costa, en 1864, Masulipatam, una ciudad de mediana importancia, fué casi enteramente arrasada. Las Sanderband, esas islas de arena que forman las embocaduras del Ganges, están asimismo particularmente expuestas á ese azote repentino y terrible contra el cual es imposible toda defensa.

También en las Sanderband nació el temible cólera asiático en medio de las lagunas, entre los miasmas que se elevan del suelo húmedo, en las inextricables espesuras de plantas brillantes y malsanas. Reina allí, por así decirlo, permanentemente; en el resto de la India se deja sentir con irregularidad. En cuanto á las fiebres palúdicas, no menos peligrosas que el cólera, dominan sobre todo en la región inhabitable de Terai, es decir, sobre la larga franja de terreno pantanoso que se extiende al pie del Himalaya. Residir en esta siniestra zona, sólo penetrar allí, es ir á buscar la muerte; no siempre se la encuentra, pero espera sin cesar al viajero imprudente y es bien raro que no le alcance.

No puede, pues, de una manera general decirse que sea la India un país malsano. Los mismos europeos pueden residir allí sin peligro, sobre todo si se someten á un régimen prudente y si aprovechan los infinitos recursos que ofrece esta magnífica comarca para cambiar, según las estaciones, de residencia, de aire y de temperatura, y modificar completamente por consecuencia sus condiciones de vida. Pueden allí residir, pero no perpetuarse; y habiéndoles probado la experiencia que la aclimatación es imposible para ellos, han tomado el partido de enviar sus hijos á Inglaterra para que se los críe. Los que quedan en la India forman una raza ruin, profundamente degenerada y de una manera fatal destinada á desaparecer rápidamente. Por esta razón ha podido decirse que «en la India la primera generación de blancos se distingue por su debilidad de cuerpo y de espíritu; la segunda sólo produce casi raquíticos é idiotas; de la tercera jamás se ha oído hablar.»

Clima ardiente, convirtiendo en mínimas las necesidades de habitación, vestido y alimentación; suelo fértil, produciendo poco menos que sin trabajo la escasa suma de alimentos de que el hombre necesita para vivir: tales son, en resumen, los principales caracteres de la India. En semejantes condiciones la lucha por la existencia no exige grandes esfuerzos, y por tanto la iniciativa individual, el carácter y la energía no se desenvuelven apenas. Las razas sometidas á ese régimen están anticipadamente destinadas á la servidumbre. Fueron la presa de todos los conquistadores. Siempre dispuestas á resignarse, no lo están á obrar jamás.

CAPITULO II

FISONOMÍA GENERAL DE LAS DIVERSAS COMARCAS DE LA INDIA

Los límites de las diferentes comarcas de la India están generalmente señalados por la naturaleza: un río, una cordillera separa dos razas, dos gobiernos distintos, dos civilizaciones. Las necesidades políticas han allanado frecuentemente tales obstáculos substituyéndolos por otros. No siempre la conquista ni la alianza han podido unir de modo duradero las dos mitades de la península, separadas por los montes Vindhya, es decir, el Indostán propiamente dicho y el Dekkán. Esta cordillera ha constituido siempre el diafragma de la India, como tan justamente se la ha llamado. No sólo los climas y las producciones son diferentes en una y otra parte, sino asimismo las razas y las costumbres.

Los habitantes del Norte, acostumbrados á pasar de un extremo calor á un intenso frío, son de mayor estatura, más enérgicos y más fuertes que los del Sur; solamente los Mahrattes, en las provincias meridionales, pueden compararse á ellos. Los pueblos del Dekkán son de talla corta, más indolentes y menos fieros que los del Norte; la temperatura igual y elevada en que viven entorpece todo desenvolvimiento de sus fuerzas físicas ó morales. El color de la piel los distingue igualmente de los pueblos del Norte. Puede decirse de una manera general que van aclarándose desde el Sur, donde se encuentran pueblos del todo negros, hasta las regiones septentrionales, en que los habitantes son cobrizos y hasta casi blancos, como los Rajputes.

Vamos, comenzando por el Norte, á hacer algunas rápidas indicaciones sobre la fisonomía especial de cada comarca, las particularidades y las producciones locales de cada una de ellas.

1.º — HIMALAYA ORIENTAL (NEPAL, SIKKIM Y BHUTÁN)

El Himalaya oriental comprende dos Estados que, á despecho de las tentativas de los ingleses, han conseguido conservar su independencia: tales son Nepal y Bhután.

El Nepal es un extenso valle, situado entre las dos cordilleras paralelas del Himalaya y del Sud-Himalaya.

Esta última muralla no es la sola barrera que separa el Nepal de la India; es preciso agregar la temible región del Terai que la costea del todo al Sur y en la que los miasmas mortales para el hombre forman una segunda frontera natural.

Así aislado, el Nepal conserva una particular fisonomía. Muy celosos de su independencia, han debido los nepalenses, sin embargo, después de dos sangrientas guerras, soportar en su corte la presencia de un embajador inglés; pero éste es el único europeo que tiene el derecho de penetrar en el Nepal. Hemos necesitado de largas negociaciones diplomáticas para visitar ese curioso país que Jacquemont había en vano en otro tiempo intentado visitar y en que ningún francés había penetrado aún (1).

En el Nepal es donde la cordillera del Himalaya se muestra en todo su esplendor imponente y salvaje y levanta hacia el cielo sus más atrevidas cimas. El Davalaghiri al Oeste, el Kitchinjingá ó «montaña de cinco resplandecientes neveras» al Este, y en fin el Gorisankar, rey de los montes, hacia el centro, dominan el extenso valle del Nepal y dan á sus paisajes un majestuoso aspecto que no se encuentra en ninguna otra comarca. Desde el llano se distinguen sus nevadas é inaccesibles cimas, y si uno se aventura á trepar por los senderos que corren por sus flancos encima de sus precipicios, se estremece ante el contraste de los negros abismos que parecen hundirse hasta las entrañas de la tierra, con la altura desmesurada de las murallas de granito y de las aristas de nieve que parecen escalar los cielos.

(1) Consagramos una monografía al Nepal en el periódico *Le Tour du Monde* (abril, 1886).

La garganta más célebre entre los peligrosos pasos de la India en el Thibet, es la garganta de Nialo, que conduce al lago de Mansarar, al pie del monte Kailas. En los huecos de esta última montaña están, según la creencia de los indos, ocultos los misteriosos animales cuyas espumosas fauces vomitan los cuatro ríos de la India: el Tsang-bo (probablemente curso superior del Brahmaput্রে), el Indo, el Satledj y el Ganga.



Templos y columnas monolíticas, calle principal de Patán (Nepal)

Los afluentes del Ganges que le vienen del Nepal son numerosos; cortan este país perpendicularmente á sus fronteras naturales; algunos toman también su origen sobre la vertiente septentrional del Himalaya y no hacen sino atravesar el Nepal, thibetanos hacia arriba de su estrecho valle é indos hacia abajo. No pueden, por otra parte, servir de vías de comunicación, pues desgarran las montañas por desfiladeros sólo practicables á la violencia desordenada de sus aguas; al interior mismo del Nepal los hace su gran rapidez innavegables y no son útiles sino para la conducción de la madera y para el riego.

Todos esos ríos dividen el Nepal en muchas diversas regiones

habitadas por pueblos igualmente diversos. La diferencia de altitud en que estos pueblos residen contribuye sobre todo á diferenciarlos.

La influencia thibetana domina el Nepal sobre todo en la región montañosa. Ha sido sin embargo sensiblemente modificada por la mezcla de elementos arios de que hablaremos en el capítulo de las razas. Puede, en resumen, decirse que es el Nepal, tanto desde el punto de vista de las razas cuanto desde el de la arquitectura y las costumbres, un territorio de transición entre la India y el Celeste Imperio.

Entre el Nepal y el Bhután se encuentra un pequeño Estado, Sikkim, gobernado por un rajá, cuya capital, Tamlong, no es otra cosa que una aldea. La población de este Estado pasa apenas de 60.000 habitantes. Es casi exclusivamente thibetana.

Constituye Sikkim una región montañosa excesivamente húmeda y poco menos que inhabitable durante la mayor parte del año.

Los ingleses han disgregado del antiguo Estado de Sikkim la región más fértil. Forma un distrito cuya capital, Darjeeling, ha adquirido gran importancia como ciudad saludable durante la estación cálida. Forma la pendiente de Smila en el Himalaya occidental, pero le es muy inferior á causa de la humedad de su clima. Constituye una plaza comercial importante, donde los thibetanos y los indos cambian sus productos.

El Bhután, que no está separado del Nepal sino por el Sikkim, presenta con este último grandes semejanzas geográficas. Ocupa las pendientes meridionales del Himalaya oriental y se halla claramente dividido por tres zonas de cultura: vegetación tropical en el llano; producciones de los países templados sobre las pendientes; bosques de abetos sobre las alturas heladas. La vertiente meridional de las montañas es abundantemente regada por el monzón del Sur, y el Terai se extiende en su base. La población está sólo compuesta por montañeses, y las dos únicas ciudades un poco importantes que se encuentran en el Bhután están ya situadas á cierta altura.

2.º — BENGALA

Al Sur de las altas montañas del Sikkim y del Bhután se extiende la vasta llanura del Bengala. Para quien la contempla desde cualquier estribación del Himalaya, Bengala se extiende como una alfombra de lujuriente verdura por donde corren majestuosamente soberbios ríos y que riega además una complicada red de derivados y de afluentes. Podría allí distinguirse tanta agua como tierra en el momento de las inundaciones. Cuando se precipita el diluvio acarreado por el monzón del Sur, la humedad resulta extremada.

A decir verdad, pertenece el Bengala casi tanto al mar cuanto al continente; las corrientes de agua que circulan en su superficie no son más numerosas que los ríos y los lagos subterráneos que mojan el subsuelo; el aldeano, al remover la tierra con su azada, descubre á veces una superficie líquida á un pie ó dos de profundidad.

Los espacios habitados y cultivados del Bengala son disputados anualmente á la invasión de las aguas por el potente sol de los trópicos; sin la energía de sus rayos todo quedaría pronto sumergido. La combinación del extremo calor y la extrema humedad desenvuelve una riqueza de desenfrenada vegetación y origina también temibles miasmas, agentes activos de numerosas epidemias. Desde esa comarca es desde donde se ha lanzado el cólera sobre el mundo; reina allí permanentemente con la fiebre palúdica.

A pesar de estas calamidades, á las que hay que agregar las bestias feroces, los tigres de las selvas y los cocodrilos de los ríos, Bengala es uno de los países más poblados y mejor cultivados de la tierra. Apenas es necesario trabajar allí el suelo para que proporcione dos ó tres cosechas por año; además la mar que lo baña facilita la salida de sus productos. Las partes más bajas y más húmedas están cubiertas de arrozales; las más elevadas producen cebada, trigo, mijo, etc. Las plantas alimenticias é in-

dustriales, algodón, caña de azúcar, tabaco, cáñamo, adormidera, añil, brotan con facilidad maravillosa.

Ciudades numerosas y prósperas se han levantado á lo largo de las corrientes de agua que surcan Bengala; algunas, como Gor, florecientes mientras las atravesaba un río, se han arruinado desde que ese río ha desviado de ellas sus aguas. La más importante de las ciudades del Bengala es Calcuta, la capital del imperio anglo-indio y el mayor puerto de la península.

La población del Bengala está muy mezclada y compuesta de elementos múltiples. El tipo del indo en esta comarca es de los más desagradables, así física como moralmente, y es por lo tanto el que representa y resume á los ojos de los europeos todas las razas de la península, lo cual obedece á que la mayor parte de los viajeros no han visto otro. El bengalense es pequeño y delgado, tiene la tez morenuzca, los rasgos un poco deprimidos. Desde el punto de vista intelectual se asimila rápidamente lo que se le enseña. En cuanto al carácter es cobarde, astuto y ruin.

3.º — AUDH

Audh es una provincia que se encuentra al Noroeste de Bengala remontando el valle del Ganges. Sus habitantes difieren notablemente de los de Bengala y se aproximan mucho más que estos últimos á las razas europeas. Su talla es alta, su fisonomía regular y agradable, su tez escasamente coloreada. Habita esta bella y vigorosa raza una de las regiones más deliciosas de la tierra. Audh, situado entre el Ganges y el Himalaya, goza de un clima mucho más agradable que el de Bengala.

La humedad no es allí excesiva, pero sí del todo insuficiente para lo que exige la admirable fertilidad de la tierra. Los veranos son muy calurosos; pero durante el invierno, el termómetro baja á veces hasta el punto de congelación y el frío de la atmósfera renueva entonces y templea el vigor del hombre.

Magníficos bosques, abundantes en caza y cuyos árboles des-

prenden riquísimas esencias, cubren el país hacia las montañas, en tanto que las llanuras que descienden hacia el Ganges por una pendiente casi insensible producen cada año admirables cosechas. Sin duda el Terai ocupa una fracción harto importante de Audh; pero en muchos parajes la voluntad humana ha triunfado de la naturaleza y numerosas partes de esta región peligrosa han sido preparadas para la cultura y saneadas por consecuencia.

La belleza y la fecundidad de Audh son desde lejano tiempo legendarias entre los indos; bajo su antiguo nombre de Kozala, este reino y su capital hoy destruída, Adjodhya, han sido cantados por los poetas. El *Ramayana* comienza así:

«Hay una vasta comarca, sonriente, abundante en toda clase de riquezas, en granos como en rebaños, situada al borde del Sarayú y nombrada Kozala. Había allí una ciudad célebre en todo el universo y ya fundada por Manú, el jefe del género humano. Se llamaba Adjodhya.»

Esta ciudad populosa vino á ser más tarde la moderna Audh, nombre por el cual se designan igualmente hoy los países de que fué la capital; estaba situada sobre las márgenes del Gogra.

Como bastantes regiones de la India, Audh ha cambiado muchas veces de capital. Fyzabad, después Luknow, han disfrutado sucesivamente del primer rango. Esta última ciudad ha adquirido mucha importancia desde que el Audh, ese «jardín de la India,» ha venido á ser territorio inglés. Su maravillosa situación atrae un considerable número de europeos. Constituye un centro de elegancia; sus edificios, que de lejos producen algún efecto, sólo pueden ser citados como un interesante ejemplo del estado de decadencia en que ha caído el arte indo bajo las influencias europeas.

4.º — HIMALAYA OCCIDENTAL (CACHEMIRA)

El valle de Cachemira es una región más favorecida aún que la de Audh, más célebre en las tradiciones indas y puede decirse que en las del mundo entero. Sólo el Nepal le iguala en cuan-

to á lo pintoresco y á la dulzura del clima. Se abre entre las últimas ramificaciones del Himalaya occidental y los primeros macizos del Karakorum. Dominada por altas cimas cubiertas de nieve, cerrada por murallas de roca cuyas abruptas y sombrías pendientes desaffan el paso del hombre, desenvuelve en una atmósfera deliciosamente embalsamada sus verdes llanuras, el cristal de sus apacibles lagos, las agradables viviendas de sus aldeas, los blancos muros de sus palacios y de sus templos.

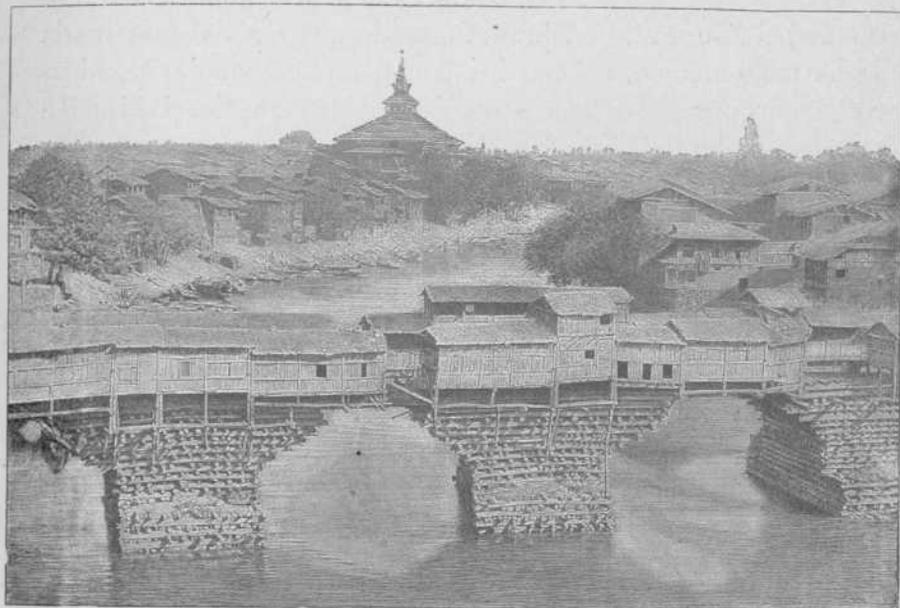
Caminando al acaso sobre la margen de su único río, el Jhelum, el Vitasta de los arios, el Hidaspes de los griegos, cerca aún del manantial y redoblando sus derivados entre cortinas de álamos temblones y de otras especies, se distinguen, cuando se levantan los ojos, las cimas majestuosas del Nanga Parbat, ese lindero angular del imperio indiano y del Dapsang, la segunda montaña del globo, de 8.660 metros de altura; si por el contrario se baja la mirada, un espectáculo menos imponente, pero más risueño y más dulce, nos admira; en el azul tranquilo de los hermosos lagos bañan soberbios edificios sus pies de mármol, mientras una encantadora vegetación los rodea de verdura y de flores.

Srinagar, la mayor ciudad de esta parte del Himalaya, ocupa el centro del valle de Cachemira; está situada sobre las dos márgenes del Jhelum. Los canales que la surcan le han valido el nombre de «Venecia indiana.»

Los techos planos de sus casas, cubiertos por una delgada capa de tierra donde crecen el césped y las flores, le dan el aspecto de un inmenso jardín suspendido; otros jardines no menos extraordinarios flotan sobre las aguas de los lagos y reposan sobre ligeras balsas; el ingenioso habitante de Srinagar cultiva allí cohombros y melones de agua.

En este «valle afortunado» la belleza del hombre responde á la de la naturaleza. Los de Cachemira son los hombres mejor formados y más blancos de la India; los graciosos rasgos de sus mujeres son célebres entre los comerciantes de esclavos del Oriente.

La fabricación de los chaes llamados de Cachemira ha constituido durante mucho tiempo la riqueza del país; pero las variaciones de la moda en Europa han disminuído sensiblemente su importancia. Otras industrias, como la fabricación de la esencia de rosa y sobre todo la de objetos diversos de metal incrustado, ocupan además á sus habitantes.



Puente de rimas de maderos en Srinagar (valle de Cachemira)

El valle de Cachemira forma una región completamente aparte en el conjunto de Estados cachemirianos. Estos Estados, cuya capital es Djammú, sobre el Chinab, comprenden los altos valles del Indo y de sus afluentes y todas las grandes llanuras que confinan con el Thibet. El Ladak y el Balti forman también políticamente parte de ellos.

La formación del valle de Cachemira es de las más curiosas. Está averiguado por la ciencia que este valle fué en otro tiempo un lago y que algún trastorno entreabrió las cordilleras inferiores y motivó la salida de las aguas. Las tradiciones del país

se ocupan con insistencia de este singular suceso que, sin embargo, debió producirse antes de la aparición del hombre sobre la superficie de la tierra.

5.º — INDIA MAHOMETANA (PUNJAB, RAJPUTANA, SINDH, ETC.)

Toda la cuenca del Indo, comprendiendo el Pundjad, el Rajputana, el Guzerat, el Sindh, forma lo que podría llamarse la India mahometana, así por los conquistadores que la dominaron, como por los numerosos monumentos que la civilización musulmana ha dejado allí.

Es preciso añadirle esa región de la alta cuenca del Ganges que los ingleses llaman provincias del Noroeste. El Jumna, afluente de la margen derecha del Ganges, forma el límite oficial entre el Pundjab y las provincias del Noroeste.

El Pundjab, extensa región populosa y cultivada que se extiende en la base del Himalaya, parece prolongar hasta más allá del Indo la rica llanura del Ganges y forma el punto de unión entre las dos grandes cuencas del Norte que sin él estarían totalmente separadas.

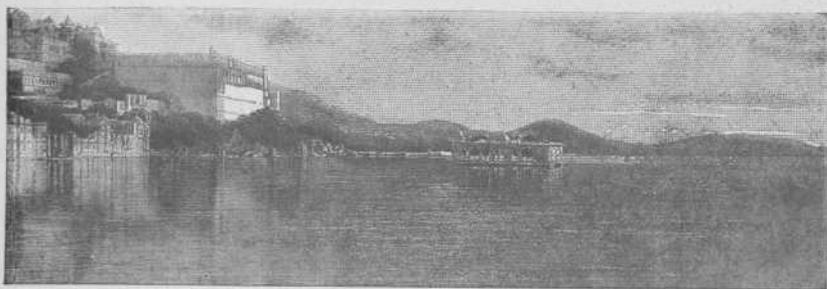
Se ven aún en el Pundjab campiñas bien regadas y por consecuencia fértiles, una población numerosa, ciudades brillantes y célebres, tales como Lahore, Amritsir, Delhi, etc.

Pero desde que se vuelve hacia el Sur, se distingue allá donde apenas alcanza la vista y adelantándose hacia el mar de Arabia la monótona extensión de los desiertos. Los grupos de habitaciones se desparraman ó desaparecen, toda cultura se hace imposible y secos pastos son la sola verdura y la sola producción de esas desoladas llanuras.

Es el clima de toda esta región notable por las enormes diferencias de su temperatura de una estación á otra; las variaciones del termómetro son allí de más de cincuenta grados. No sólo se distingue por esta particularidad el desierto del Thar, sino también las ciudades del Norte: Agra es en verano uno de los parajes más calurosos de la tierra habitable; en invierno, en cambio,

no es allí raro que hiele durante la madrugada y el crepúsculo.

En cuanto al desierto, lo atraviesan durante la estación de la sequía vientos tan calientes que parecen escaparse de la boca de un horno. Los animales mismos no pueden posar sin dolor sus patas sobre la arena calentada por el sol; los indígenas, montados sobre caballos ó sobre camellos, aprovechan esa circunstancia para cazar los lobos, faltos de valor para huir corriendo sobre ese suelo de fuego.



Gran lago de Odeypur (Rajputana)

Una región extraña forma al Sur la prolongación del desierto de Thar: tal es el Rann de Cutch. Una extensión perfectamente horizontal se despliega sobre una anchura de 60 á 100 kilómetros, seca y lisa como un cristal durante el verano, cubierta de un metro de agua aproximadamente durante el invierno. La isla de Cutch, un poco más elevada y sobre la cual aparecen algunas aldeas y una pobre vegetación, la separa casi completamente del mar.

Encima de esta lisa superficie, sobre la cual caen perpendiculares los rayos del sol, flotan sin cesar espejismos que fatigan al viajero y acabarían por enloquecerle. Esas obsesionantes alucinaciones, unidas á la brillante reverberación de la luz sobre la arena ó en los charcos de agua, hacen imposible durante el día atravesar Rann de Cutch. Solamente cuando el sol se pone puede el hombre aventurarse en esa inquietante y rara soledad.

Al Sudeste de la isla y de la laguna de Cutch se encuentra la península de Kattywar, que forma políticamente parte de la provincia del Guzerat.

Guzerat es uno de los países más civilizados de la India; su metrópoli Ahmedabad es una ciudad floreciente é industrial, su comercio es muy activo y los puertecillos de la península de Kattywar son conocidísimos de los barcos mercantes de todos los países.

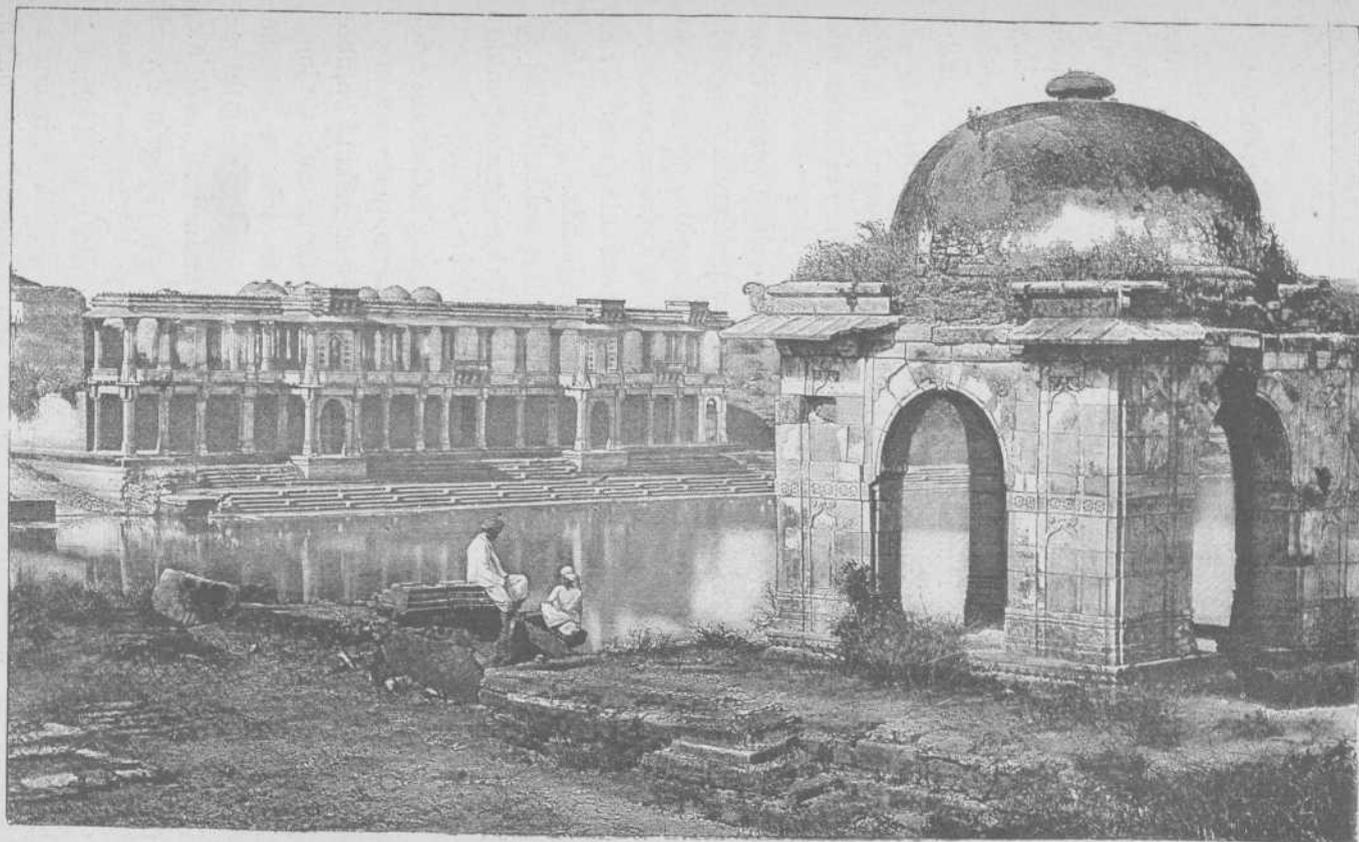
El golfo de Cambay, que baña sus costas, recibe el Nerbudda y el Tapti.

Al Norte de Guzerat y al Este del desierto de Thar se elevan los montes Aravulli, con el imponente macizo del Abú que se destaca. Esta última montaña es célebre en toda la India; se la mira como sagrada. Sobre sus flancos se elevan magníficos santuarios jainas donde los artistas indos han agotado su ingeniosa fantasía en esculturas grandiosas, monstruosas ó encantadoras.

Los Aravulli y la comarca montuosa que dominan están habitados por los Rajputes, una de las más antiguas razas de la India. Se han mantenido allí poco menos que independientes á través de todas las invasiones, gracias precisamente al carácter de su país, erizado todo de naturales fortificaciones. A menudo, de lejos, los bloques de rocas presentan el aspecto de murallas y de torres; y cuando están coronados por un fuerte, apenas se distingue dónde acaba el trabajo del hombre y comienza el de la naturaleza.

Al Este del Rajputana se encuentran las provincias de Bundelkund y de Bhagelkund. Estas regiones igualmente montañosas contienen minas de hulla y de hierro. Khajurao, antigua capital de Bundelkund, hoy enteramente desierta, posee templos que pueden ser considerados como los más maravillosos de la India.

Toda esta parte del Indostán se eleva para unirse, por la meseta de Malwa y los montes de Vindhya, al gran macizo de las provincias centrales, región culminante de la península.



Ruinas de' palacio de Sirkhej en las orillas de un lago de las cercanías de Ahmedabad

6.º — PROVINCIAS DE LA INDIA CENTRAL Y COSTA DE ORISSA

La parte de la India designada por los ingleses con el nombre de Provincias centrales era conocida en otro tiempo bajo el de Gondwana. Así desde el punto de vista geográfico como desde el de la fauna y la flora, constituye una región intermedia entre el Indostán y el Dekkán. Gondwana estaba antes cubierto de espesas selvas infestadas de miasmas mortales que las hacían impenetrables. Hasta el siglo XVIII ha formado entre la India del Norte y del Sur una barrera que los invasores no han podido franquear sino flanqueándola. Hace apenas treinta años esta parte de la India era tan desconocida como el centro del África.

Gondwana está formado por una serie de mesetas cuya altitud varía de 300 á 1.000 metros, cortadas por profundas gargantas y por valles. El punto culminante de esta región, el Amarkantak, cuya altura pasa apenas de 1.100 metros, forma una red orográfica importante, pues da nacimiento á seis grandes ríos, entre ellos el Sone, el Mahanuddi y el Nerbudda.

Gondwana está habitado en parte por una población salvaje muy interesante, los Gondes, que habremos de estudiar en otro capítulo.

Al Este de Gondwana se encuentra la costa de Orissa, región actualmente pobre y salvaje, una de las más expuestas á la vez á las sequías y las inundaciones y por consecuencia al hambre. Fué, sin embargo, en otro tiempo la capital de un pujante imperio cuyo esplendor se revela por la magnificencia de los templos que ha dejado. Los de Bhuvaneswar y de Jaggernoth pueden aún citarse entre los más célebres de la India. Los últimos atraen anualmente por centenares de miles los peregrinos venidos de diversas regiones de la India.

La costa de Orissa se continúa al Sur por la costa de los Circars. Más abajo del lago Chilka, después de pasada la importante ciudad de Berhampur, se ve entre las montañas y el mar un

estrecho paso conocido bajo el nombre de Termópilas de los Circars, que han debido franquear los invasores que han penetrado por este lado en el Dekkán. Forma este punto la frontera común de las lenguas arias y dravidianas. El Urya se habla al Norte, el Telegú al Sur.

7.º - DEKKÁN

El nombre de Dekkán, que en su antigua acepción se aplica á toda la parte meridional de la India por oposición á la parte septentrional ó Indostán, está sin embargo generalmente reservado á la región de los llanos, abstracción hecha de las Provincias centrales y de las costas.

Estos llanos de suelo volcánico son generalmente estériles y poco poblados, á no ser en la margen de los ríos, en los valles llenos de «tierra negra» y en la parte occidental, donde el monzón del Sur vierte cada año torrentes de agua bienhechora.

Todo el Noroeste de esta región está habitado por los Mahrattes, que formaron en otro tiempo un Estado pujante, esencialmente guerrero y temido de la India entera. Vencedores de los Bhiles, que representaban en esta parte de la India la población autóctona, los Mahrattes se establecieron sobre las dos vertientes de los Ghates, lo mismo sobre las altas mesetas que en las ricas llanuras del Konkán. Es éste uno de los pueblos cuyos levantamientos han sido más difícilmente sofocados por los ingleses. Aparte los Mahrattes, todas las poblaciones del Dekkán son dravidianas; cuando menos, el elemento dravidiano domina á pesar de todas las mezclas.

Entre los grandes imperios que ocuparon el suelo de la península y cuyas capitales famosas, Golconda, Bijapur, Bijanagar, han brillado tanto y han dejado tan fantásticos recuerdos en la imaginación de los europeos, los solos que subsisten aún son los de Mysore y de Hyderabad.

El reino de Mysore, situado sobre el flanco oriental de los Ghates occidentales, apoyado al Sur contra el macizo de los

Nilghirris, recibe de las nubes del monzón un abundante tributo después que han vertido sobre la costa de Malabar sus primeros furiosos chaparrones. Está, pues, cubierto en parte por una rica vegetación; sus bosques sobre todo son admirables: abundan en sándalo, esa madera perfumada que los indos esculpen é incrustan con tanta habilidad. El algodón, los cereales, las especias, son importantes objetos de exportación para Mysore. Su capital, que lleva el mismo nombre, es una ciudad elegante y sana; pero los europeos prefieren todavía la residencia de Utakamund, en los Nilghirris, la principal ciudad saludable de la India meridional.

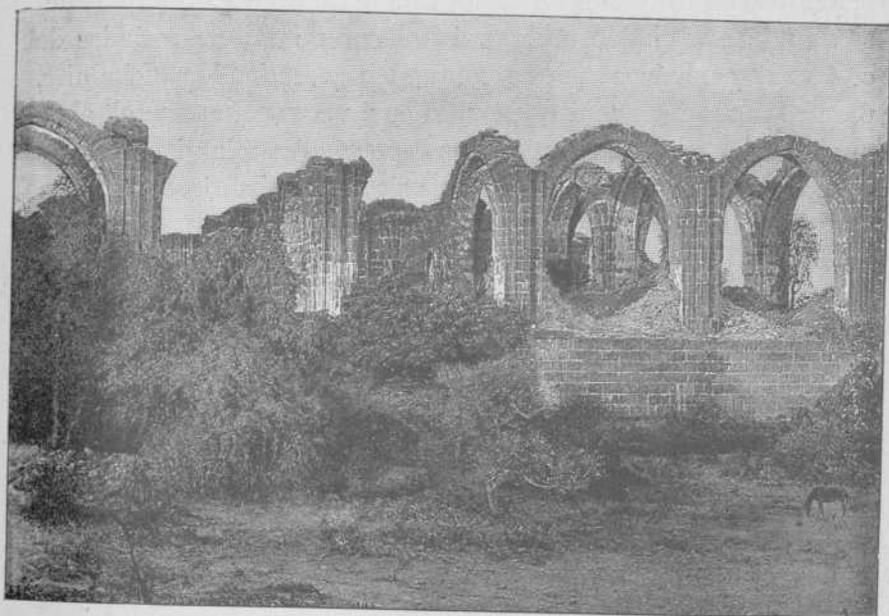
En Mysore, sobre el flanco oriental de los Ghates, toma origen el Cavery, el río más importante de la India meridional al Sur del Kistna. Deja bruscamente la región de las mesetas por una caída de más de 100 metros que en la época de la abundancia de aguas es una de las más hermosas cataratas del mundo. Su extremidad forma un vastísimo delta cuyo brazo más largo lleva el nombre de Coleroon. El Cavery es sagrado como la mayor parte de los ríos de la India; en la región que atraviesa en Tanjore, en Trichinopoli, en Rombakonum, y más abajo en Madura, se elevan templos célebres; su arquitectura difiere de la de los demás santuarios de la India y tiene por especial característico rasgo, como veremos, las grandes puertas piramidales ó «gopuras» cubiertas por millares de estatuas esculpidas, cuyo conjunto es de un efecto imponente en extremo.

La punta extrema de la India, al Sur del Cavery, forma una región montañosa y salvaje; los bosques abundan en ella y mantienen gran número de bestias feroces y de serpientes venenosas; el clima es malsano en los valles. Loables esfuerzos, empero, se han emprendido para sacar partido de las riquezas naturales que el suelo ofrece á la cultura, y sobre las pendientes de las montañas las villas de recreo comienzan á elevarse allí donde la altitud templada los ardores tropicales y soplan frescas y saludables brisas.

Toda la parte superior del Dekkán está ocupada por el gran

imperio de Nizam, el más extenso de los Estados semi-independientes de la India. Su población principal, Hyderabad, es una de las más curiosas ciudades de la India. Esta gran ciudad mahometana es de las que dan mejor idea de lo que debía ser una capital oriental, Bagdad, por ejemplo, en tiempo del apogeo árabe.

Muy cerca de Hyderabad se encuentra Golconda. Esta ciu-



Vista tomada en Bijapur (Dekkán)

dad en otro tiempo fastuosa y cuyo solo nombre evoca las maravillosas imágenes de palacios espléndidos donde se aglomeraban muchedumbres adornadas con tornasoladas telas y centelleantes pedrerías, no es más que una miserable aldea. Está dominada por una misteriosa fortaleza, verdadera llave de la comarca y donde muy pocos europeos lograron penetrar antes que nosotros.

Golconda no es, por otra parte, la sola antigua capital del Dekkán arruinada. Las capitales de antiguos reinos, desiertas hoy,

son comunes en la India. Las más interesantes que pueden observarse en el Dekkán son Bijapur y Bijanagar; se hallarán reproducidos en esta obra muchos de sus monumentos. Sobre un espacio casi tan vasto como París, Bijanagar presenta una aglomeración de pagodas y de palacios que no huella ningún pie humano y cuyos solos actuales huéspedes son las bestias feroces. Es preciso haber errado durante la noche, aprovechando la claridad de un rayo de luna, por el laberinto de los templos desiertos de esta ciudad muerta, á lo largo de galerías orladas de columnas y pórticos que se confunden y extienden al infinito, para comprender hasta qué punto es á veces elocuente el alma muda de las cosas. Sólo con tales espectáculos á la vista se logra hacer salir de entre el polvo de los siglos el misterioso fantasma de una civilización desaparecida.

CAPITULO III

FLORA, FAUNA Y PRODUCCIONES MINERALES

I.º — LA FLORA

Del mismo modo que presenta la India todos los diversos climas, presenta igualmente todos los géneros de producciones vegetales ó animales. Ninguna flora, como ninguna fauna especial la caracteriza.

Mientras las primeras pendientes de sus montañas están cubiertas de flores y de frutos de Europa, sus llanuras recuerdan frecuentemente por su aspecto las de la Persia y la China; al atravesar ciertas de sus regiones ardientes y secas se creería uno transportado al Africa central; y en fin, la rica y desordenada vegetación del Terai y de los Sanderband es muy semejante á la que se desarrolla en las islas de la Malasia.

En términos generales la India es con extremo rica y fértil y podría bastar fácilmente al mantenimiento de sus habitantes. Las espantosas hambres que desuelan á veces alguna de sus regiones obedecen en gran parte á la falta de medios de comunicaciones regulares, que permitan hacer llegar inmediatamente á la provincia cuyas cosechas sean insuficientes el exceso de las que han producido con abundancia.

Obedecen también estas hambres á la extrema pobreza de las clases inferiores, que con frecuencia faltas de la mínima cantidad necesaria para comprar un poco de arroz ó de trigo, perecen en masa, mientras se embarcan en los navíos enormes cantidades de grano que van á alimentar mercados extranjeros.

Cuenta, en efecto, la India los cereales como el primero y más importante producto de su suelo. El trigo, el arroz, el maíz, el mijo, se producen allí en abundancia y constituyen la base de

la alimentación de sus habitantes, á quienes el uso de la carne está por otra parte generalmente privado. El calor del clima, la falta de ganado vacuno, lanar y cabrío y las prescripciones religiosas se aunan para obligar al indio á vivir exclusivamente de alimentos vegetales.

La agricultura parece haber sido practicada siempre con actividad é inteligencia. Cuando los europeos han intentado mejorarla por los nuevos procedimientos que conocían, la prueba generalmente ha redundado en provecho de los indígenas; ha debido reconocerse que en muchos casos los antiguos procedimientos eran los mejores y que por consecuencia convenía volver á ellos. Falta aún, sin embargo, extender la superficie de tierras en cultivo, que apenas equivale todavía á un tercio de la superficie total de la India.

La cuenca del Ganges es la región más fértil, no sólo de la península, sino acaso del mundo entero. Campos admirables cubren por todas partes las llanuras más allá de donde la vista alcanza, y su horizonte monótono acabó por fatigar los ojos del conquistador mogol Baber. No es raro hacer allí tres recolecciones por año. Lo que sobre todo se cultiva es el arroz, en las márgenes del Ganges, en los terrenos que deja al descubierto después de la inundación; pero el trigo, el algodón, el tabaco, el cáñamo indio, el opio, crecen también abundantemente en este extenso valle, único sobre la tierra por su inagotable fecundidad.

Todas las partes de la India en que las tierras están bien regadas se muestran igualmente pródigas, y las provincias en las cuales serpentean numerosas corrientes de agua, ó que inunda regularmente el monzón del Sur, ofrecen poco más ó menos los mismos productos que Bengala. En las tierras bajas, cuya humedad es excesiva, se recogen con abundancia distintas especies de arroz; el trigo domina en los parajes más elevados y más secos.

El principal objeto de exportación para la India, después de los cereales que los navíos llevan en masas cada día más consi-

derables hacia el Occidente, es el opio. Se lo cultivó sobre todo en la llanura del Ganges, en el Pundjab y el Rajputana. El gobierno inglés se ha reservado el monopolio. Las cantidades prodigiosas de opio que consume China le son casi totalmente proporcionadas por Inglaterra, que las saca del suelo indo. Harto sabido es cuánta fué la indignación del gobierno británico cuando los soberanos del Celeste Imperio quisieron preservar á sus súbditos de los efectos de tan funesto veneno, é intentaron prohibirles su uso é impedir su introducción en sus Estados. Entonces estalló aquella famosa «guerra del opio,» después de la cual, vencedores los ingleses, forzaron á la China á recibir de nuevo el opio de las Indias, que mata allí cada año muchos miles de seres humanos.

El algodón ocupa el tercer lugar en importancia entre las producciones agrícolas de la India. Ciertas regiones en las tierras de Dekkán le son muy favorables. Es menos estimado que el de América; pero la guerra de Secesión dió durante algunos años á su cultura y á su comercio un desarrollo inesperado. Forma todavía una rama importante de la exportación, ya en fibra, ya fabricado. Las muselinas y las telas de algodón de la India fueron en otro tiempo célebres; pero las máquinas del Occidente han hecho concurrencia demasiado ruda á los obreros orientales. Hoy la mayor parte de «indianas» se fabrican en Europa, que las envía á su vez á Bombay y á Calcuta.

Otra planta textil, el cáñamo, es cultivada y exportada por la India en gran escala. Entre los productos de su suelo que este país exporta es preciso también contar los granos oleaginosos.

El tabaco, que se produce perfectamente, apenas si lo compran los europeos, que lo encuentran mal preparado; sirve sobre todo para el consumo de los indígenas. La ciudad de Trichinopoly, en el Sur, es sin embargo justamente renombrada por la calidad de sus cigarros.

La India es la comarca que, después de la China, produce más te; las plantaciones de te dan mediano resultado en el Assam. En cuanto al café, que fué allí introducido hacia la mitad de

este siglo, prospera de un modo notable sobre las colinas del Sur y sobre todo en Waynad, pequeño Estado al Sur de Mysore.

El índigo, el betel, la quina, recientemente aclimatada, y la morera de los gusanos de seda deben contarse igualmente entre los grandes cultivos de la India.

La India poseía antes admirables bosques. Por desgracia los desmontes á que se han dedicado desde luego los indígenas y después los conquistadores ingleses, antes que el gobierno lo haya previsto, han disminuído mucho esta fuente de riqueza.

En las provincias centrales usan aún los indos un sistema de desmonte deplorable. Derriban en una extensión dada de bosque los árboles seculares, los prenden luego fuego, y siembran en seguida entre las cenizas. Obtienen así dos ó tres excelentes cosechas, y cuando la pasajera fecundidad comunicada al suelo por las cenizas se extingue, van un poco más lejos á comenzar de nuevo la misma operación.

La codicia y la imprudencia de los amos europeos han continuado la obra de destrucción comenzada por los indígenas, y sólo hoy se advierte que sería útil poner un término á tan triste despilfarro.

Los dos reyes de los bosques de la India son el sal y el tek; el primero proporciona resina; el segundo constituye una excelente madera de construcción y sus delgadas ramas se transforman en carbón de calidad bonísima. Estos dos árboles gigantescos exigen terrenos distintos y jamás crecen juntos. El sal cubre las pendientes meridionales del Sub-Himalaya y se lo halla nuevamente en las provincias del centro; pero cesa completamente de hallárselo al borde de las planicies basálticas de Dekkán, que son, por el contrario, del dominio particular del tek.

En la India, como en todas partes, las montañas á una cierta altitud se revisten de un sombrío manto de pinos y de abetos. Debajo de la fría zona donde se hallan esos árboles, por tanto sobre pendientes aún elevadas, donde reina un clima templado que recuerda el de Europa, el roble, el haya, el álamo temblón, todos los árboles familiares de nuestros bosques occidentales

extienden sus gratas sombras; junto á ellos crecen igualmente todos nuestros árboles frutales y también nuestros arbustos; entre groselleros elévanse los manzanos, los perales y los ciruelos; la viña misma se halla á veces allí.

Si descendemos de esas alturas á los llanos, distinguimos una multitud de otros árboles útiles por sus frutos ó por su madera y con frecuencia magníficos por su follaje. Tales son: el banano y el mhowa, cuya flor alimenticia algunas veces ha servido de único recurso en épocas de hambre; tales el ligero bambú, el duro madera de hierro y el sándalo perfumado; tal en fin, y sobre todos, la palmera, ese árbol precioso del cual los indígenas han contado ochocientas una maneras de sacar partido, utilizando su fibra, su madera, sus hojas, su savia y su fruto. Las provincias meridionales son las más ricas en palmeras.

En las regiones á la vez muy regadas y muy cálidas de la India la flora tropical se desenvuelve con todo su esplendor. Sobre todo en el Assam surge con un vigor que desafía los esfuerzos del hombre. Los bosques son allí tan espesos que el fuego se hace indispensable; sólo el incendio durante la breve estación de la sequía consigue despejar un poco el suelo. Los árboles se elevan á 50 y 60 metros; un inextricable barullo de entrelaces los junta en una sola masa impenetrable. Extrañas flores brotan á sus pies. Se han contado sobre los montes Khasi doscientas cincuenta especies de orquídeas. Región alguna ofrece el ejemplo de vegetación más magnífica y más desordenada.

2.º — LA FAUNA

No cría la India ninguna especie de animal que le sea exclusiva; su fauna es variada como su flora y como su clima, y recuerda, según las regiones, la de la China, la del Africa, la de Malasia y la de Europa.

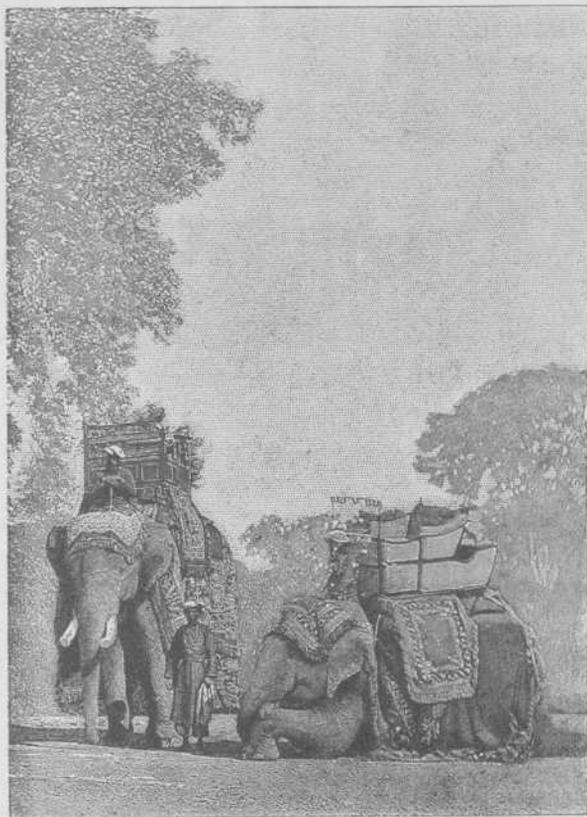
Todas las partes elevadas, secas y frías del Himalaya, más abajo de las nieves eternas, están pobladas por los animales del Thibet, los camellos, los corzos, los osos, los perros salvajes y

los lobos. Las regiones cálidas de Terai y de Assam, salvajes y cubiertas de árboles, conservan aún las principales especies de animales feroces que, perseguidos y acosados en las otras partes de la India, se han refugiado allí y pululan tranquilamente. En ese último retiro también es donde viven los elefantes por grupos y en libertad. Estos preciosos animales corrían el riesgo de desaparecer de la India si el gobierno inglés no los hubiese puesto bajo su protección prohibiendo su caza y declarándose propietario de todos los elefantes de la península. Se caza cada año aproximadamente un centenar; se los atrae por medio de trampas y después se los confunde con elefantes domesticados que los habitúan á la servidumbre. Se los emplea en una multitud de trabajos, sirven para la caza del tigre y son uno de los principales ornamentos de las pompas reales de los soberanos indígenas. En todo brillante cortejo se ve avanzar elefantes engalanados con caparazones de púrpura y oro, llevando sobre sus lomos á los rajas ó á los huéspedes ilustres á que se quiere rendir particulares honores.

El león casi ha desaparecido enteramente de la India; los últimos representantes de su especie se encuentran al Oeste en la península de Kattywar; son de pequeña talla y no tienen melena.

En cuanto al tigre es el animal feroz que se ha conservado mejor en la península; está todavía repartido por todas partes; pero donde más abunda es en los montes de jungles. Subsiste aún en gran número porque no siempre se le ha hecho la guerra; se lo respeta en algunas comarcas, más expuestas que las otras á los estragos de los jabalíes; estos últimos animales son particularmente temidos por los cultivadores, y los tigres los destruyen. Por otra parte, la presa más ordinaria del tigre es el animal salvaje de los bosques, el gamo, corzo ó jabalí; sólo cuando le faltan, agujoneado por el hambre, se aventura á acercarse á las habitaciones humanas y se apodera del ganado. Es más raro aún que ataque al hombre; pero cuando una vez ha probado de su carne, no quiere ya otra y enton-

ces se convierte en peligrosísimo. El tigre que, desdeñando toda otra víctima, declara la guerra al hombre, despliega en esta nueva caza una ferocidad y una astucia contra las cuales renuncian algunas veces á luchar poblaciones enteras. El país



Elefantes empleados en el transporte de carga

que él habita acaba por despoblarse después de haber perecido devorados por él cientos de infelices. Se convierte en un nuevo animal y se le da por tanto un nombre nuevo: el terrible de «devorador de hombres» (*man-eater*). Hunter consigna á este propósito las siguientes cifras: un *man-eater* mató en tres años 108 individuos; otro hizo un promedio de 80 víctimas por año; un

tercero produjo por sus estragos el abandono de 13 aldeas y transformó en desierto un espacio de 650 kilómetros cuadrados; un cuarto, en fin, en 1869, mató 127 personas y tuvo un camino completamente cerrado durante muchas semanas.

El gobierno inglés concede crecidas primas á los que lleguen á destruir tan temibles animales; pero los indígenas apenas se atreven á combatirlos, pues se une en los indos al natural temor que les inspiran un respeto supersticioso; cuando el devorador de hombres ha hecho un cierto número de víctimas se lo comienza á mirar como un dios.

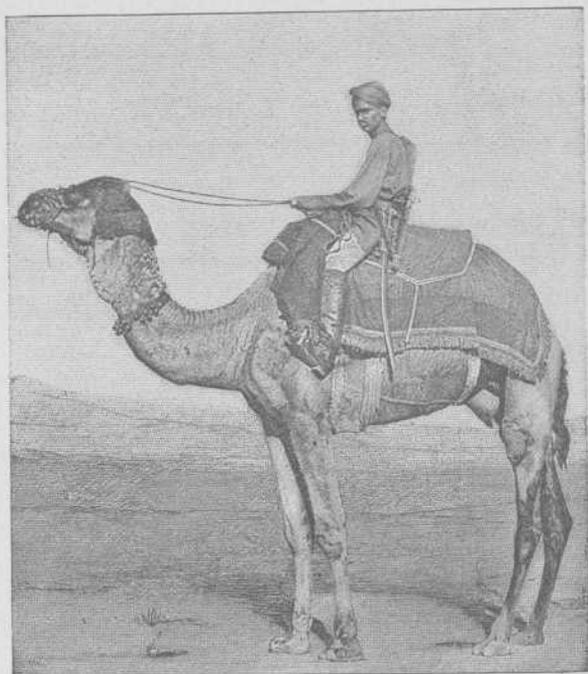
Un animal mucho más peligroso, y por tanto más venerado aún que el tigre por los indos, es la cobra, una de las serpientes más venenosas que existen. Ningún país del mundo ofrece, por otra parte, como la India tanta variedad de serpientes venenosas; se las ve surgir por todas partes, de su suelo y de sus aguas. Las serpientes de agua salada, las que se encuentran en las albuferas de la costa de Malabar, producen mordeduras envenenadas, en tanto que las que viven en las aguas dulces son inofensivas. Pero entre las serpientes de tierra, de las que gran número son peligrosas, la cobra es la más terrible. Las heridas que produce son siempre mortales. El tigre puede cazarse, y día vendrá en que el país se verá libre de él, pero casi es imposible defenderse contra las serpientes. Deslízanse silenciosamente por entre la hierba, salen de golpe de las grietas de la tierra, se introducen en las habitaciones y se multiplican con una rapidez prodigiosa.

A causa del espanto que inspira, la cobra se ha convertido para los indos en el animal sagrado por excelencia. Forma uno de los principales atributos de Vishnu; en todas partes, en las esculturas de los templos, está representada enroscando sus pliegues tortuosos y erizada de miles de cabezas de ojos amenazadores.

A veinte mil aproximadamente se eleva al año en las Indias el número de víctimas sacrificadas por los tigres y las serpientes venenosas.

Tigres y serpientes no son además los solos huéspedes temibles de la India. Las ratas, la langosta, los insectos de todas clases causan muchos más daños materiales.

Los lobos son muy numerosos en la India, que posee muchas especies; la pantera, el chacal, la hiena y el rinoceronte termi-



Camello de viaje

nan, con el cocodrilo, la lista de animales feroces. El rinoceronte se encuentra sobre todo en los Sanderband; los cocodrilos abundan en los pantanos y en los ríos é infestan las pequeñas corrientes de agua: el aligador y el gavial del Ganges constituyen sus dos principales variedades.

La India es un país muy pobre en pastos y por consecuencia en ganado. Los camellos, los caballos, los bueyes, los búfalos sirven sobre todo como animales domésticos; los caballos son de corta talla; los carneros se los cría sólo por su carne y las

ovejas por su leche. En cuanto al cerdo es abominable á los ojos de los indos. Las aves de corral son las mismas que en Europa. En los ríos se encuentran muchas especies de peces comestibles y otras recientemente aclimatadas que pueblan los viveros de los Nilghirris.

Los monos pululan en las Indias y son un azote para los aldeanos, cuyas cosechas destrozan y en las habitaciones de los cuales entran descaradamente á robar cuanto les place. El respeto del indo por el dios mono Hanumán le impide defenderse contra estos importunos animales. Convierten los monos ciertas ciudades, Muttra por ejemplo, en absolutamente inhabitables para los europeos. En Benarés han llegado hace algunos años á resultar tan incómodos que ha sido preciso deportarlos en masa al otro lado del Ganges.

Los pájaros de las Indias son muy notables por la belleza de sus plumas; pero muy pocos son pájaros cantores. Los agricultores los bendicen porque destruyen los insectos, en tanto que los habitantes de las ciudades tienen una consideración especial por los buitres que hacen desaparecer las materias animales en putrefacción y sanean así las calles. Los papagayos de la India son bellos y numerosos.

3.º — PRODUCCIONES MINERALES

Los exagerados relatos de los viajeros y la imaginación sobreexcitada de los occidentales han representado la India como una inagotable mina de piedras preciosas. Parecía que esta inmensa península fuese toda semejante á la sola isla de Ceylán, donde los rubíes, los zafiros, los topacios, los granates centellean en los bloques de gneis, rodando en las arenas de los ríos. Ha sido preciso rebatir muchas de esas maravillosas descripciones.

La India ha poseído, es verdad, ricas minas de diamantes; desgraciadamente están poco menos que agotadas hace largo tiempo. Las de Sambalpur en el alto valle de Mahanuddi y de Karnul, en el Sur, eran aún explotadas á principios del siglo.

En cuanto á Golconda, cuyo solo nombre parece hacer brillar ante los ojos un centelleo deslumbrador de pedrerías y donde los príncipes desplegaron en otro tiempo tanto fausto, no obtiene ya de sus minas sino algunas piedras sin valor.

Se encuentran amatistas en los montes Aravulli, granates en el Meywar, cristal de roca en el valle del Nerbudda. Al lado del mar, en el Guzerat, se recogen ágatas, ónices y cornalinas; en algunos parajes jade y corindón.

La pesca de la madreperla ha sido siempre para la India una fuente de riqueza; se la practica en el golfo de Cambay, sobre las costas de Madura y de Travancore y sobre todo en las aguas de Ceylán.

Se explotan en Rajputana canteras de magníficos mármoles blancos y rosados. Los asperones rosas del Bundelkund y del valle del Chambal son apreciados como piedras de ornamentación en los edificios.

Posee la India hulleras en una extensión considerable; ocupan una vasta región entre el Ganges y el Godavery, donde se encuentran repartidas en cuatro grupos.

Muchos depósitos no valen, sin embargo, la pena de que se los explote y los otros contienen un carbón muy inferior al de las minas europeas: deja al quemarse más residuos y no produce apenas la mitad del trabajo suministrado por una igual cantidad de carbón inglés.

Esta pobreza de la India en combustible hace presentir que será este país siempre más bien agrícola que industrial; lo ha dispuesto la naturaleza para ser exclusivamente una tierra proveedora de sustento con relación á otros pueblos; se han visto perecer rápidamente sus industrias así que el canal de Suez las ha puesto en competencia directa con las fábricas de Occidente.

Existe el hierro muy abundante en la India; los mejores yacimientos se encuentran en Salem, en la presidencia de Madras. Los indígenas lo han recogido y trabajado desde tiempo inmemorial; han sido encontrados instrumentos de hierro en informes monumentos semejantes á nuestros cromlechs célticos, que

constituyen los más antiguos vestigios de la presencia y del trabajo del hombre en la península.

Preparaban los indígenas el hierro aún muy recientemente con hornillos encendidos con carbón vegetal. Cae tal industria en desuso y apenas se puede sustituir el tratamiento de los minerales por las hullas indianas desgraciadamente insuficientes. Por esto los hierros ingleses son casi los únicos empleados hoy en la India.

El cobre y el oro se hallan en la India, pero en cantidad hoy demasiado escasa; el oro sobre todo, para que su explotación resulte muy productiva.

La única substancia mineral que posee la India en cantidades considerables es la sal. Podría durante siglos proveer de ella al mundo entero. Una cadena de colinas está allí completamente formada por aglomeraciones salinas; tal es el curioso Salt Range, en el Pundjab, sobre las márgenes del Indo superior. El gobierno inglés se ha reservado el monopolio de esta substancia.

Nuestro rápido diseño de la India física está terminado. Era indispensable para dar á conocer las condiciones de existencia de sus habitantes y hacer comprender las instituciones, las creencias y las costumbres que en seguida estudiaremos. No hemos podido dar en estas cortas páginas sino una pálida idea de la naturaleza magnífica y violenta de las regiones que tratamos de describir. Las fuerzas naturales son allí formidables en su furor y formidables aun en sus beneficios. En ninguna comarca del globo se siente de un modo tan profundo la influencia grandiosa de esas fuerzas bienhechoras ó nocivas, irresistibles siempre, fuente de necesidades que adiestrando y guiando al hombre son la primera causa de las civilizaciones cuyo paso registra la historia.



LAS RAZAS

CAPITULO I

ORIGEN Y CLASIFICACIÓN DE LAS RAZAS DE LA INDIA

I.º — CÓMO NACEN Y SE TRANSFORMAN LAS RAZAS

Antes de emprender la descripción de las razas de la India consagraremos algunas páginas á definir lo que constituye las razas; mostraremos cómo nacen y se transforman y cuáles son los caracteres que permiten clasificarlas.

Hemos tenido ocasión de desenvolver en muchas de nuestras últimas obras el estado actual de la ciencia y nuestras ideas personales sobre estas importantes cuestiones. Nos bastará aquí, por tanto, resumir lo que hemos precedentemente expuesto.

Las aglomeraciones de hombres esparcidos en la superficie del globo han sido divididas en un cierto número de grupos á los cuales se ha dado el nombre de razas. Hasta aquí esta palabra *raza* aplicada al hombre debe ser considerada como la equivalente de la palabra *especie* aplicada al animal. Las diversas razas de hombres están separadas, en efecto, por caracteres distintivos tan marcados como los que separan especies próximas de animales. Tales caracteres poseen la particularidad funda

mental de reproducirse por la herencia con regularidad y constancia.

Si el término raza es sinónimo de la palabra especie, no es de ningún modo equivalente al de pueblo. Un pueblo no es frecuentemente sino una aglomeración de razas diversas que la política, la geografía ú otras causas han reunido bajo un solo gobierno. Términos como los de indos, franceses, austriacos, etc., designan simplemente grupos de razas muy diferentes, pero habitando una misma comarca, poseyendo un cierto número de instituciones políticas comunes y teniendo por consecuencia comunes intereses.

Pueden comprobarse en todas las razas humanas, de igual modo, por otra parte, que en las diversas especies animales, dos órdenes de caracteres de importancia muy distinta. Tales son de una parte los caracteres antiguos legados por la herencia y aportados por consecuencia con el nacimiento; y de otra parte los caracteres adquiridos durante la corta duración de la vida del individuo, bajo la influencia del medio, de la educación y de diversas causas. Los primeros representan la herencia de toda una raza, es decir, la pesadumbre de un pasado de inmensa extensión. El individuo los aporta consigo al ver la luz; lo que podrá agregarles durante el curso de su existencia será bien poco. Las aptitudes nuevas adquiridas por cada generación no pueden luchar contra la formidable pesadumbre del pasado sino cuando han sido acumuladas en el mismo sentido durante siglos. A esas adiciones sucesivas, depuradas por la selección y por ella acumuladas durante el transcurso de las edades, se debe la evolución lenta, pero profunda de las especies.

En las obras á que más arriba aludimos hemos inquirido cómo las razas diferentes que por circunstancias políticas forman un solo pueblo pueden llegar á la larga á constituir una sola raza. Hemos visto allí que llegan solamente cuando el medio, los cruces y la herencia han fijado en ellas por la acción de los siglos un cierto número de caracteres físicos, morales é intelectuales comunes.

Hemos demostrado que son necesarias dos condiciones fundamentales para efectuar esa fijación: la primera, que los cambios se hayan lentamente realizado por la herencia; la segunda, que no sea demasiado grande la diferencia en la proporción de las razas mezcladas.

Esta segunda condición es de gran importancia. Un pequeño grupo de blancos transportado en medio de una masa de negros desaparece rápidamente. Así han desaparecido sin excepción todos los conquistadores que han invadido poblaciones demasiado numerosas, los árabes en Egipto, por ejemplo. Árabe por la lengua, la religión y las instituciones, el egipcio de nuestros días es en realidad el descendiente de sus antecesores primitivos del tiempo de los faraones, como lo demuestra su semejanza con las imágenes grabadas sobre los bajos relieves de los templos y de los sepulcros.

La influencia tantas veces invocada de los medios para explicar las transformaciones de las razas humanas es en realidad bien débil; apenas ha influido sino después de acumulaciones seculares que nos vuelven á aquellas lejanas edades de que no hay historia. La acción de los medios es demasiado débil para modificar los caracteres sólidamente fijados por la herencia; por esta razón conservan los hijos de Israel en todas las latitudes su tipo invariable.

Los caracteres fijados por la herencia son de tal modo estables, que si se transporta una raza antigua en un medio que exija transformaciones profundas, perece antes que transformarse. La aclimatación es una vana quimera. Jamás, á pesar de todas las reglas de higiene que observa, ha podido el inglés aclimatarsé en las Indias, y si no pudiera hacer criar sus hijos en Europa, la inmensa península no contaría un solo europeo después de la tercera generación. La herencia sólo puede luchar contra la herencia. Jamás los medios tuvieron tal poderío.

Por débil que sea, existe con todo la acción de los medios, pero solamente cuando la herencia le presta su poderoso concurso. Cuando, con arreglo á la segunda de las condiciones más

arriba indicadas para hacer posible la fusión de dos razas, los elementos aproximados no guardan desproporción, las influencias tan decisivas del pasado se encuentran disociadas por influencias hereditarias opuestas de un peso igual, y los medios, no debiendo luchar más que contra ellas, pueden influir libremente.

Llegamos, pues, á esta primera conclusión: que sólo por la mezcla de razas diferentes, y nunca por la acción del medio solo, pueden formarse razas nuevas.

Nos hallamos, empero, aquí ante una cuestión cuyo interés práctico es inmenso, pues de su solución depende con frecuencia el porvenir de un pueblo. Esta cuestión es la siguiente: ¿Cuál será el valor de la raza nueva así formada? Si es igual ó superior á la mejor de las razas aproximadas, es evidente que la mezcla es ventajosa. Evidente es también que será perjudicial, por lo menos para la raza superior, en el caso contrario.

Hemos examinado detalladamente esta cuestión fundamental en nuestras precedentes disquisiciones y no tenemos sino que recordar aquí las conclusiones. Apoyándonos en el estudio de los resultados producidos por esas mezclas en las diversas comarcas del globo, hemos hecho ver que pueden resultar, según las circunstancias, ventajosas ó perjudiciales. Son ventajosas si los elementos aproximados, en vez de estar en oposición, se completan de manera que formen un todo homogéneo: tales son los elementos cuya reunión ha formado la raza inglesa por ejemplo. Son del todo perjudiciales si los elementos que se unen son muy diferentes por su civilización, su pasado y su carácter: las mezclas del blanco y del negro, del indio y del europeo, se encuentran en este último caso.

En lo que concierne á los cruzamientos de indios y de europeos, habremos de insistir en el capítulo de esta obra consagrado al estudio de las castas sobre las consecuencias desastrosas de tales mezclas. Veremos que los resultados funestos engendrados por cruces entre pueblos muy diferentes eran perfectamente conocidos por los antiguos conquistadores de la India y fueron

probablemente el origen del régimen de castas, base de sus instituciones sociales.

Hemos estudiado en otra parte esas mezclas en sus consecuencias políticas y sociales, según los diferentes casos que pueden presentarse, y hemos demostrado que son los más enérgicos factores de la decadencia de las razas y de los imperios. Hemos inquirido igualmente el resultado de la aproximación de dos razas de las cuales una ha sometido á la otra y hecho ver por qué, con un cierto grado de relación existente entre los dos pueblos, la dominación extranjera puede fácilmente ser aceptada: así fué en el caso de los musulmanes en la India, pues que 50 millones de indos adoptaron la ley del profeta; y cómo, por el contrario, con un grado de relación diferente, es difícilmente soportada: este último caso es el de los ingleses en la India. A pesar de un siglo de ocupación, no han podido aún hacer aceptar á sus súbditos esos dos elementos por donde comienza siempre la asimilación de un pueblo: la religión y la lengua.

No he de insistir aquí sobre generalidades aplicables á todos los pueblos y desarrolladas suficientemente en la obra (1) que escribimos para que sirviera de introducción á esta historia de LAS CIVILIZACIONES. Dejando, pues, aparte lo que concierne á la formación de las razas, nos limitaremos á decir algunas palabras sobre los caracteres que permiten diferenciarlas.

2.º — PRINCIPIOS DE LA CLASIFICACIÓN DE LAS RAZAS. — VALOR COMPARADO DE LOS CARACTERES ANATÓMICOS MORALES É INTELECTUALES QUE PERMITEN CLASIFICARLAS.

Parece á primera vista que los más importantes caracteres que permiten diferenciar las razas humanas deben ser los caracteres anatómicos, el color de la piel, el de los cabellos, la forma

(1) *El hombre y las sociedades. Sus orígenes y su historia.* Dos volúmenes en 8.º He repetido y desarrollado esta cuestión de las razas en un tomito de la Biblioteca de Filosofía contemporánea: *Las leyes psicológicas de la evolución de los pueblos.* Tercera edición, 1898.

del cráneo por ejemplo. Esto parece evidente porque esos caracteres son inmediatamente visibles; pero cuando se trata de aquilatar su valor, se ha de reconocer bien pronto que no permiten sino divisiones imperfectísimas. Por el color de la piel y el de los cabellos se puede apenas dividir todos los habitantes del globo en cuatro ó cinco grupos. Por la forma del cráneo se subdivide cada uno de esos grupos en dos ó tres más y se hace en seguida imposible llegar más lejos. Dividir los blancos, es decir, todos los pueblos de Europa en braquicéfalos y doliocéfalos, en rubios y morenos, no nos dice sobre ellos casi nada, pues esas divisiones reúnen en el mismo grupo pueblos tan diferentes como los franceses, los ingleses, los rusos, los alemanes, etc.

Los caracteres anatómicos son, pues, absolutamente insuficientes para diferenciar las razas humanas. Lo que más arriba hemos dicho de la diversidad de razas que contribuyen frecuentemente á formar un solo pueblo, prueba que la lengua, la religión, los agrupamientos políticos no son mejores elementos de clasificación.

Esos elementos de clasificación que la religión, la lengua, los agrupamientos políticos, los caracteres anatómicos no podrían proporcionarnos, por sí solos nos los darán los caracteres morales é intelectuales. Son éstos la expresión de la constitución mental de un pueblo, constitución en proporción con una estructura anatómica especial del cerebro, demasiado delicada para poderse hoy apreciar con nuestros instrumentos.

Importa poco por otra parte, dado nuestro punto de vista, que podamos ver esa estructura, si llegamos á apreciar claramente las aptitudes intelectuales y morales que son su traducción.

Esos caracteres morales é intelectuales determinan la evolución de un pueblo y el papel que desempeña en la historia. Su importancia es por consecuencia fundamental. A su estudio más que al de los caracteres anatómicos debe, pues, aplicarse el observador que quiere conocer un pueblo.

No es la forma del cráneo ni su índice cefálico lo que nos per-

mitirá distinguir un valiente rajputano de un cobarde bengalés; sólo el estudio de sus sentimientos puede revelarnos inmediatamente lo profundo del abismo que entre ellos existe. Podrían compararse durante largo tiempo cráneos de ingleses y de indos sin llegar á descubrir cómo 250 millones de éstos últimos han podido dejarse dominar por algunos miles de los primeros. El estudio de los caracteres morales é intelectuales de los dos pueblos nos revela, en cambio, inmediatamente una de las principales causas de esa dominación, mostrándonos hasta qué punto la perseverancia y la voluntad están desarrolladas en los unos y debilitadas por lo contrario en los otros.

Las aptitudes intelectuales y morales representan la herencia de toda una raza, eso que he llamado algunas veces la voz de los muertos, y son, por lo tanto, los móviles fundamentales de la conducta. Están las instituciones creadas por esos móviles, pero no podrían formarlos. Son, sin duda, variables en los individuos de una misma raza, como son asimismo variables los rasgos de la fisonomía; pero la mayoría de los individuos de una raza posee siempre un cierto número de caracteres morales é intelectuales comunes tan estables como los caracteres anatómicos que permiten determinar una especie.

La anatomía nos enseña que el cuerpo de los seres vivos está compuesto de millones de células, cada una de las cuales tiene una vida independiente que se renueva sin cesar y cuya duración es, por consecuencia, siempre inferior á la del ser que contribuye á formar. Una raza puede asimismo ser considerada como un solo ser constituido por la reunión de millares de individuos constantemente renovados. Cada uno de esos individuos tiene su vida propia como una célula del cuerpo; pero el ser colectivo que forma una raza posee también una vida general de caracteres generales, y á ellos debe atenderse al estudiar su historia.

Quando esté constituida la psicología comparada de los pueblos, ciencia que todavía no existe, se dedicará el observador, sobre todo á deducir de los caracteres particulares los caracte-

res generales que permitan crear el tipo medio ideal, la encarnación de un pueblo; tipo medio de que todos los individuos se apartan más ó menos, pero al que por una ley fatal tienden siempre á aproximarse (1). El hombre no es sólo, en efecto, hijo de sus padres: es además, y sobre todo, heredero de su raza.

Los caracteres comunes á los diversos individuos que componen un pueblo son evidentemente tanto más numerosos cuanto ese pueblo está constituido por elementos homogéneos. Si los elementos son heterogéneos y débilmente mezclados, los caracteres comunes son naturalmente mucho menos numerosos. Aplicando nuestras comparaciones á las clasificaciones de la historia natural, diremos que los grupos de que se compone un pueblo poco homogéneo representan las especies más ó menos distintas de un mismo género.

(1) Podría suponerse que ese tipo medio debe formarse rápidamente por consecuencia de la selección que escoge los individuos superiores de cada generación y de la herencia que acumula sus cualidades en sus descendientes; pero la tendencia á la diferenciación progresiva de los individuos entre sí, que es, como en otra parte hemos demostrado, la consecuencia inmediata del progreso de la civilización, debe constantemente luchar contra las leyes de la herencia que tienden precisamente á hacer desaparecer, ó por lo menos á devolver al tipo medio del grupo más numeroso, todos los individuos que lo exceden. Uno de los hechos más interesantes y al mismo tiempo más tristes, puestos en evidencia por las modernas investigaciones, es el siguiente: que las capas sociales más elevadas — me refiero á las más elevadas por la inteligencia y el talento — se extinguen y desaparecen pronto, sea por falta de descendencia, sea sobre todo por una de esas evoluciones regresivas que han conducido tantas grandes familias á la imbecilidad y á la locura. Se explicará quizá este hecho admitiendo que una superioridad en un sentido no se obtiene sino á costa de una inferioridad y, por consecuencia, de una degeneración en otros sentidos. Este desequilibrio, agravándose rápidamente en la descendencia, produce fatalmente su desaparición. Demuéstranos la historia que parecen las sociedades igualmente sometidas á esa ley fatal de no poder traspasar un determinado nivel durante un largo período. Obedecen también á la ley suprema que rige todos los seres: nacer, crecer, declinar y morir. El desequilibrio eleva los individuos, pero tiende, cuando se acentúa, á rebajar las sociedades y destruirlas rápidamente. Cuando el desequilibrio se hace demasiado general, sea por la acción de causas morales, sea por consecuencia de cruces entre individuos demasiado diferentes, sea por la influencia de cualquier otro factor, la hora de la decadencia está próxima. Para ciertas naciones europeas esa hora va á sonar.

La reunión de esos caracteres comunes que se encuentra en el mayor número de individuos de que se compone un pueblo, forma el tipo medio de ese pueblo. Mil franceses, mil ingleses tomados al azar difieren mucho entre sí, sin duda, pero poseen caracteres comunes que permiten constituir un tipo ideal de francés y de inglés, análogo al tipo ideal que el naturalista se ha formado cuando describe de una manera general el género perro ó caballo. Aplicable á todos los perros y á todos los caballos, su descripción no comprende sino los caracteres comunes á todos, y de ningún modo los que permiten diferenciar sus numerosas variedades.

Expuestos los antecedentes principios fundamentales, podemos emprender la descripción de las diversas razas de la India. Tendremos en cuenta en tal descripción la situación geográfica de cada una de ellas. Después de haber descrito separadamente las poblaciones de las diversas regiones de la península, consagraremos un capítulo especial á determinar los caracteres comunes que los cruzamientos, combinados con la semejanza de medios, de instituciones y de creencias, han podido imprimir á las poblaciones diversas que habitan ese inmenso imperio.

3.º — FORMACIÓN DE LAS RAZAS DE LA INDIA. — SUS DIVISIONES FUNDAMENTALES

No hace aún mucho tiempo que se consideraba la India como un solo país que ofrecía en todas partes iguales caracteres generales y estaba habitado por una sola raza, cuya religión, cuya civilización y cuyas artes parecían en todos los lugares idénticas y siglos ha inmutables.

Esta opinión errónea no puede hoy subsistir. Hemos demostrado en nuestro capítulo de los *Medios* cuán grande es la variedad de los aspectos y de los climas de la India y de las condiciones de existencia en este vasto país. El hombre, con sus diversos tipos, sus ideas, sus costumbres, sus grados de civilización, es tan múltiple y diferente como los medios que le rodean,

y si hemos podido decir de la India que es por sus contrastes un compendio del universo, podemos añadir que sus habitantes actuales resumen y reúnen al lado unos de otros, entre contrastes no menos sorprendentes, todas las épocas sucesivas de la historia de la humanidad.

Presenta allí el ser humano sus más opuestos tipos, pues que se ve al lado de salvajes de negra piel pueblos casi tan blancos como los europeos. Pueden allí estudiarse todas las fases de la evolución del mundo, desde la barbarie primitiva de ciertas regiones montañosas del centro, hasta la brillante civilización de las ciudades suntuosas é instruídas de las márgenes del Ganges y hasta los refinamientos de los tiempos modernos aportados por los últimos vencedores.

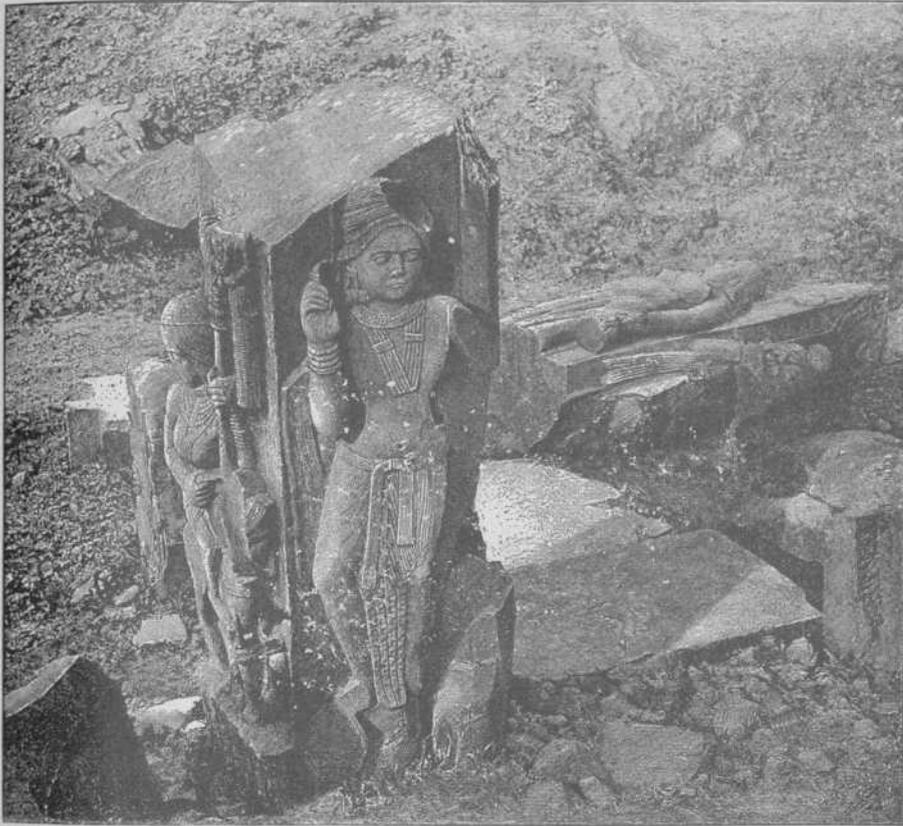
Los 250 millones de hombres que designamos en Europa bajo la denominación general de indos pueden ser agrupados en grandes familias de razas completamente distintas: la raza negra, la raza amarilla, la raza turania y la raza aria. Los cruzamientos, empero, en proporciones muy diversas de estos cuatro elementos fundamentales, combinados con las influencias de medios variadísimos, han dado origen en la India á una multitud de razas secundarias más numerosas y más distintas que las que pueblan, por ejemplo, Europa entera.

La palabra *indo* no tiene, pues, desde el punto de vista etnológico, absolutamente ningún sentido. En la India misma designa simplemente todo individuo que no es ni musulmán, ni cristiano, ni judío, ni persa y que puede tener conexión con alguna de las castas creadas por la religión bracmánica y reconocidas de hecho, si no en principio, por los mismos budistas.

Estas castas, que son innumerables hoy, no eran sino cuatro en su origen: la de los bracmanes ó sacerdotes, la de los kchatryas ó guerreros, la de los vaisyas ó mercaderes y la de los sudras ó agricultores. Sin corresponder absolutamente á las divisiones de raza, proporcionan, como más adelante haremos ver, indicaciones útiles sobre su origen. Veremos que el bracmán es más bien ario; el kchatrya, rajputano; el vaisya, turanio,

y el sudra descendiente de los turanios mezclados con los aborígenes.

Los más antiguos habitantes de la India eran negros. Parece que desde los tiempos más remotos se dividían en dos grupos:



Tipo indo del siglo XI antes de nuestra era. (De un bajo relieve de Bharhut.)

los negritos, de baja estatura, lanuda cabellera y facciones aplastadas, que habitaban el Este y el centro; y los negros ó tipo australiano, más grandes, más inteligentes, de cabellos más lisos, que habitaban el Sur y el Oeste. Se halla á los primeros aún en algunas regiones salvajes y montañosas del Gondwana, y á los segundos en los valles Nilghirris. Estas razas incultas y

primitivas, que no llegaron jamás al desenvolvimiento más elemental, ocuparon los bosques y las riberas de la India durante el período prehistórico; rechazados constantemente por los progresos de la civilización, tienden de día en día á desaparecer.

La India, como hemos hecho observar en otro capítulo, es un país cerrado, de acceso difícilísimo. El Himalaya y el mar la aislan casi completamente del mundo. Sus costas sobre el golfo de Bengala se han hecho inabordables por una formidable resaca; del lado del mar de Omán ó de Arabia, los vientos del monzón han podido alguna vez empujar hasta sus orillas las barcas de aventureros africanos; pero esos extranjeros se han visto detenidos á sus primeros pasos por el muro de los Ghates occidentales, al abrigo del cual las poblaciones, aun las más imperfectamente armadas, podían desde los llanos desafiar sin peligro.

Descartada en toda época la menor idea de una invasión marítima de la India, se ve que los conquistadores extranjeros sólo por el Himalaya han podido penetrar en la península. Esta gigantesca muralla la protege en una inmensa extensión, pero decrece en sus dos extremidades; dos valles, el de Brahmaputre al Este y el del río Kabul al Oeste, se ensanchan en su base y rodean su muro colosal; por ellos es por donde durante siglos oleadas de conquistadores asiáticos se han introducido en las llanuras fértiles del Indostán. Los más numerosos, los más terribles descendieron del Occidente, pues de las dos vías la más cómoda es la que forman las márgenes del río Kabul; el curso apenas conocido aún del Brahmaputre atraviesa regiones cuya salvaje naturaleza detiene por su vegetación desordenada y por su enervante clima el paso del hombre.

A pesar de esta diferencia entre los dos valles, los ingleses les han dado una doble denominación que, sin ser absolutamente exacta, indica de una manera notable su carácter tan importante desde el punto de vista geográfico de la India y el modo como ese gran país se ha poblado; los llaman la *puerta aria* y la *puerta turania*.

La *puerta turania* ó valle de Brahmaputre no ha dado nunca

pasaje á los turanios en el sentido restringido, sino en el general de esta palabra. La denominación de turanios, que designa más especialmente los pueblos del Turquestán ó Turán y los que se le asemejan, se ha extendido á veces, en efecto, hasta toda la raza amarilla. Fueron en verdad gentes de esa raza, imberbes, con los ojos oblicuos, los que franquearon la *puerta turania* de la India en una época prehistórica y llevaron á la pe-



Tipos indos del siglo II antes de nuestra era. (De un bajo relieve de Bharhut.)

nínsula el primer elemento extranjero. Los turanios propiamente dichos, de cabellos lisos, barba poblada y ojos horizontales, no llegaron sino más tarde; por la *puerta aria* precipitaron en los llanos el torrente de sus invasiones.

Antes, sin embargo, de hablar de estos últimos, veamos lo que fué en la India el elemento amarillo puro y qué huellas ha dejado allí.

Alejándose del valle de Brahmaputre y dirigiéndose hacia el Sur, se encontraron los primeros invasores de la India detenidos por el obstáculo que les oponía el macizo central. Esta región montañosa, poco culminante de la península, es la que lleva hoy el nombre de Gondwana. Sirvió de refugio á las poblaciones negras demasiado débiles para defenderse; debieron la seguridad del abrigo que allí encontraron, más aún que á la sal-

vaje naturaleza del terreno, á los peligros del clima, para los extranjeros mortal.

La invasión amarilla, detenida así, se dividió en dos ramas, una de las cuales remontó el valle del Ganges, mientras la otra continuó su marcha hacia el Sur siguiendo las costas del golfo de Bengala.

De los primeros cruzamientos entre los conquistadores asiáticos y los negros de la India resultaron las poblaciones llamadas protodraavidianas que se consideran como casi autóctonas, dada la preponderancia del elemento primitivo. Nuevas oleadas de invasores rechazaron á su vez estas poblaciones hacia las montañas y se esparcieron por toda la parte meridional, preparando otra serie de combinaciones entre las razas. No realizándose esta vez la unión directamente con los negros, sino con los protodraavidianos, dió origen á pueblos que se alejaron más del tipo primitivo y que se llaman dravidianos ó tamules.

Si se considera, pues, á grandes rasgos la influencia de la invasión amarilla sobre las razas de la India, se verá que esta influencia predomina al Norte, en el valle del Brahmaputre, donde se aglomeraron sin duda durante siglos las multitudes que envió el Asia oriental. Los habitantes de Assam, en número de dos millones, pertenecen á la raza amarilla casi absolutamente pura. Bengala, si bien ofreciendo una población mezclada en extremo, conserva huellas profundas de esas primeras invasiones que debieron esparcirse sin obstáculo por sus fértiles llanuras. A medida que se descende hacia el Sur, bordeando el golfo de Bengala, se ve el elemento amarillo perderse cada vez más en el seno de las antiguas razas negras; se lo reconoce mejor en el Norte, en los Sontales, por ejemplo, que en los países montañosos del centro, en que los khondas, los maleres y los gondas continúan más próximos al tipo primitivo y donde acaso se hallarían aún auténticos descendientes de los negritos de las antiguas edades.

En fin, en la India meridional, desde Godavery hasta el cabo Comorín, viven las numerosas poblaciones dravidianas, con sus

diferentes grupos, entre los cuales son los más importantes el grupo tamul y el grupo telegú. Representan la mezcla de los pueblos amarillos con los negros, á la que vienen todavía á unirse más tarde otros elementos y sobre todo el turanio.

Antes de hablar de las invasiones turanias venidas por el



Tipos indos del siglo II antes de nuestra era. (Copia de unas estatuas de Bharhut.)

Oeste de la India, y para acabar con las razas amarillas, diremos que los habitantes de las altas mesetas del Himalaya y de los valles situados entre esta cordillera y el Karakorum, si se exceptúa el de Cachemira, son thibetanos, muy análogos á sus vecinos de la China occidental. Aquí, empero, no tenemos que cuidarnos de los resultados de una invasión violenta y repentina. Esos valles y esas mesetas son menos parte de la India que

del Thibet desde el punto de vista geográfico, y los pueblos que los habitan tienen el mismo origen, las mismas costumbres, la misma religión que los de ese último país. El Ladak, el Dardistán, el país de los Baltis, el Bhután y una parte del Nepal están ocupados por thibetanos, de salientes pómulos y ojos rasgados.

Mientras no pueden referirse á ninguna época exacta las invasiones que penetraron en la India por la *puerta turania* y no se ve descender á ningún invasor desde el principio de los tiempos históricos por ese camino, se conocen la fecha y los detalles de muchas de las invasiones que vinieron del Asia occidental y franquearon la *puerta aria*. Piérdense también, sin embargo, las más remotas en la noche de los tiempos y no son conocidas, como las de los pueblos amarillos, sino por sus resultados etnológicos.

Los turanios son los invasores que más han transformado en lo físico las razas de la India, y los arios los que en ellas han dejado marcadas huellas civilizadoras más profundas.

Puede en general decirse que las poblaciones del Indostán tienen de los primeros la fisonomía, las proporciones del cuerpo y deben á los segundos su lengua, su carácter, su religión y sus costumbres. Ciento setenta millones de indos hablan lenguas arias, y no obstante sólo una escasa fracción de esta multitud tiene conexión por la sangre con la raza blanca pura.

Los turanios vinieron los primeros. Establecieron desde luego su dominación por toda la cuenca del Indo y en una parte de la del Ganges; después, á medida que se acrecentó su número por la llegada de nuevas expediciones, avanzaron más en el interior de la península y penetraron, en fin, en el Dekkán. Ante ellos, como en otro tiempo ante los pueblos amarillos, produjose un retroceso, y las poblaciones que atacaron, débiles para resistirlos victoriosamente, se refugiaron en masa en las regiones montañosas y en los bosques que forman el centro del Dekkán.

En el elevado macizo del centro es donde, ya lo hemos dicho, es necesario buscar los últimos representantes de los pobladores

primitivos de la India, protodravidianos ó negros puros. El más numeroso é importante de esos pueblos de antiguo origen lleva el nombre de Kole. Ocupa el Chota Nagpore en la alta cuenca del Mahanuddi y se divide en numerosas tribus más ó menos indianizadas; pero los verdaderos koles, en número de un millón aproximadamente, no han adoptado aún ninguna de las costumbres ni de las creencias de los dravidianos que habitan los valles y las llanuras.

Las denominaciones de *grupo kolariano*, *lengua kolariana*, tomadas del nombre del más notable entre los pueblos autóctonos, se extienden á la mayor parte de los habitantes y de los idiomas comprendidos en la región montañosa que atraviesa la península desde el golfo de Cambay hasta el Ganges. Hacia el Oriente de esta zona es sobre todo donde aparecen en gran número y sin mezcla los pueblos primitivos. Hacia los orígenes del Brahmani, al Norte del Mahanuddi, viven los duanges ó «gentes de la selva,» que se llaman á sí mismos los hombres más antiguos y son del todo salvajes.

Acabamos de hablar de la lengua kolariana. Apresurémonos á añadir que las lenguas no pueden servir aquí más que en otra cualquier parte para la delimitación de las razas; el pueblo que habla el más puro idioma kolariano no es de ningún modo un pueblo autóctono, es el grupo de los Sontales, influidísimo por el elemento amarillo. En cuanto á las lenguas dravidianas, dominan en el Sur, y, sin embargo, no es allí donde es preciso buscar los más numerosos representantes de la raza asiática oriental que las importó á la India. Hemos visto, en fin, que mientras los idiomas de origen ario son los más extendidos, los pueblos que pueden vanagloriarse de tener por antecesores á los arios son en cambio los menos numerosos.

Cuando la raza blanca, que designamos bajo el nombre de raza aria, penetró á su vez en la India, hubo de combatir, no á pueblos salvajes, tímidos y apenas armados, sino á los potentes Estados, organizados vigorosamente, que habían fundado los turanios. Sometió desde luego los de la cuenca del Indo y residió

allí largo tiempo antes de aventurarse en el Oeste ó el Sur de la península.

Quince siglos antes de Jesucristo, los arios no habían ido más allá de la región protegida por los montes Vindhya. Habían impuesto su yugo á los turanios del Norte, para los que crearon una tercera casta, la de los vaisyas, que sigue á la de los bramanes y los kchatryas, mientras que los indígenas entraban todos en una cuarta casta inferior, la de los sudras.

Quince siglos aproximadamente antes de Jesucristo fué cuando los arios emprendieron su expedición, que constituye el argumento del *Ramayana*, la *Iliada* india. Penetraron en el Dekkán bajo la dirección de su jefe Rama. Después de mil hazañas, llegaron á la extremidad misma de la península y obligaron hasta á los habitantes de Ceylán á reconocer sus leyes.

Cuentan los heroicos relatos del *Ramayana* que los arios tuvieron que combatir á formidables gigantes y derrocaron con la ayuda de los monos los tronos de los pujantes y magníficos monarcas de los Nagas ó adoradores de serpientes. Es preciso, sin duda, ver en esos Nagas los primeros conquistadores turanios que habían establecido en el Sur de la India brillantes imperios y que se entregaron en efecto, con las antiguas poblaciones dravidianas de que eran los amos, al culto de las serpientes, y puede creerse que los monos que tan utilísimo concurso prestaron á Rama fueron las poblaciones negras primitivas.

Esta expedición de los arios por el Sur de la India fué, por otra parte, más una marcha militar que una invasión y no dejó apenas huellas en el país invadido.

Hacia el siglo iv de nuestra era fué de nuevo invadida la India por un pueblo probablemente ario, los rajputes.

Estos rajputes, ó hijos de reyes, como lo indica su nombre, guerreros valientes, todos iguales entre sí, se hicieron reconocer como kchatryas y se establecieron en el país que se extiende al Este del Indo hasta más allá de los Aravulli y que aún hoy se llama el Rajputana.

Hemos visto que en el Nordeste y en el Este de la India, las

invasiones llegadas por la *puerta turania* habían hecho predominar la raza amarilla que se había mezclado más ó menos con los negros y había sufrido mas tarde, en la cuenca del Ganges y en el Sur del Dekkán, el contacto de los turanios. Resumiremos asimismo los resultados de las invasiones llegadas por la *puerta aria* diciendo que franquearon el Noroeste y el Oeste de la India á las razas turanias, sometidas bien pronto á una selección aria, y produjeron, tal como lo hemos indicado, efectos morales absolutamente distintos de los efectos físicos y materiales.

Si partiendo del Norte hacia la región occidental, como lo hemos hecho para la oriental, observamos el Pundjab, vemos que los jates, los gujares y los sikhes, que parecen ser pueblos turanios, forman más de tres quintos de la población, y que sólo el resto se aproxima por el color de la piel á los arios. Más abajo encontramos los rajputes, que se aproximan á la familia aria, pero no constituyen una rama pura. La población del Guzerat está muy mezclada, pero los turanios dominan allí. Las mesetas elevadas que encierran al Sur la cuenca del Ganges y los montes Vindhya, á los cuales tocan, marcan el límite del elemento ario. Más abajo de esta región desaparece casi enteramente; pero si no interviene más en la apariencia exterior de los pueblos, las instituciones y las creencias arias siguen con frecuencia preponderantes. Más allá todavía de Bombay, sobre el doble flanco de los Ghates, está establecido un pueblo belicoso cuyo papel fué muy importante, los maharattes, de origen turanio, en número de muchos millones. A medida que se avanza hacia el centro ó que se desciende hacia el Sur, la civilización aria y la fisonomía turania se confunden cada vez más con la masa de la población dravidiana. De las mezclas en proporciones muy diferentes de estos elementos han nacido: los bhiles, que la invasión rajputana rechazó á las montañas y que son protodravidianos muy poco modificados por los turanios: se encuentran asimismo en algunas de sus tribus tipos de poblaciones primitivas; ocupan los Vindhya occidentales y cuentan dos ó tres

millones de hombres; — los mheres, que tienen mucho de los jates turanios y habitan en la cordillera septentrional del Aravulli: su número es aproximadamente de 600.000; — los minas, que ocupan el reino de Jaipur en la alta cuenca del Ganges en número de 2 á 300.000; — los ramusis, los dhanges, que ocupan las vertientes de los Ghates occidentales y deben mucho sin duda al elemento dravidiano, que recuerdan su piel obscura, su nariz aplastada y sus pómulos salientes.

En el siglo xi de nuestra era comenzaron en la India las invasiones de los pueblos musulmanes. De muy diverso origen estos pueblos, árabes, persas, afghanos, mogoles, aumentaron la extrema confusión de razas que reinaba ya en el Norte de la India. Su dominación modificó considerablemente las costumbres, las creencias y la civilización en las cuencas del Indo y del Ganges; pero no se mezclaron ni muy completamente ni en gran número con las antiguas poblaciones para que su triunfo señalase el nacimiento de ningún nuevo grupo étnico.

Después de este rápido resumen y esta división á grandes rasgos de las poblaciones de la India en cuatro grupos principales, kolariano, dravidiano, turanio-ario y thibetano, vamos á proseguir el estudio de las razas secundarias cuya fisonomía es bastante distinta para haber merecido un nombre particular, y á entrar en algunos detalles sobre su apariencia exterior, su origen probable, sus costumbres, su religión, el papel que han desempeñado en las diversas épocas y el que aún desempeñan. Terminado el estudio de estas particularidades propias de cada uno de los pueblos de la India, podremos entonces en el curso de esta obra ocuparnos sólo de los usos, de las costumbres, de las instituciones y de las civilizaciones cuya descripción es aplicable á la mayoría del pueblo indo.

CAPITULO II

RAZAS DE LA INDIA SEPTENTRIONAL Ó INDOSTÁN

1.º — POBLACIONES DEL HIMALAYA

Las altas mesetas del Himalaya occidental y la mayor parte de los valles que dominan pertenecen geográficamente, no á la India, sino al Thibet. Tienen igualmente conexión con este último país desde el punto de vista etnológico.

Los pueblecitos que los habitan, y de los cuales muchos son antiquísimos, se han agrupado poco á poco en esas regiones difícilmente accesibles. Vinieron de ordinario del Thibet, alguna vez de la India, pero jamás como conquistadores, pues la naturaleza de esos países montañosos hace toda invasión armada imposible; por la misma razón han escapado hasta el presente al yugo de los extranjeros y conservan generalmente su independencia.

En los valles meridionales del Himalaya, allí donde el montañés se encuentra en contacto con el habitante de las llanuras, el tipo thibetano se borra cada vez más, la religión y las costumbres se indianizan y la dominación está generalmente ejercida por una aristocracia rajpute en la que están comprendidos los rajás.

Himalaya occidental (Ladak, Balti, Dardistán). — Las regiones montañosas en las cuales el Satledj, el Indo, el Chayok, corren del Este al Oeste antes de encontrar una salida á través del enorme macizo del Himalaya occidental, están habitadas por diversos pueblecitos thibetanos compuestos de hombres, de cara larga, ojos ligeramente oblicuos, cabellos negros y lisos y barba rala. El carácter de estos montañeses es dulce, servicial, activo y alegre á toda prueba. No tienen todos la misma religión; mien-

tras los ladakis, es decir, los habitantes del Ladak ó Thibet medio, son budistas y obedecen á sus sacerdotes, los baltis, es decir, los habitantes del Balti ó pequeño Thibet, han adoptado el islamismo y se dejan dirigir por jefes musulmanes.

Los ladakis practican la poliandria; la pobreza de sus valles ha introducido entre ellos tal costumbre; cinco ó seis hermanos se reúnen con frecuencia para mantener una mujer y crear una familia.

En cuanto á los baltis, aunque no más ricos, no han podido adoptar tal costumbre, que les prohíbe la ley de Mahoma. Muchos de ellos, arrojados del país por la miseria, descienden al llano del Ganges y se hacen obreros de los ingleses. Cuando han reunido algún dinero, vuelven á acabar sus días al seno de sus montañas, en la aldea natal. Ya bastante ricos practican la poligamia.



La región en que comienza el Indo á correr de Norte á Sur rodeando la masa colosal del Nanga Parbat, se llama el Dardistán. Está habitada por poblaciones muy diferentes de las anteriores. La elevada estatura, el tinte claro, la cara oval de los dardis revelan su origen ario. Aunque mahometanos, han adoptado el régimen de castas. Una de las más respetadas es la de los chins, que mencionan las leyes de Manú y el *Mahabharata*, y cuyo nombre ha hecho equivocadamente creer á los primeros comentaristas europeos en la existencia de alguna relación entre los habitantes del Dardistán y los chinos. Los dardis forman la clase dominante del país y mantienen en la esclavitud á los habitantes primitivos ó dums. Éstos constituyen un grupo autóctono de los más interesantes y que vuelve á encontrarse hasta en el Pundjab y la parte septentrional del Rajputana. Son tan negros de piel como los habitantes salvajes de la India central y están considerados como impuros por los indos brahmánicos ó mahometanos. Inveteradas costumbres de idolatría atestiguan la antigüedad de este pueblo; su país está erizado de piedras sagradas semejantes á los menhires de Bretaña. Los dardis, sus amos, son de carácter independiente y fiero; al Jaghestán,

ocupado por una de sus tribus, le llaman los ingleses «el país rebelde» y no ha podido jamás ser sometido.



Mujeres montañesas del Assam

Los idiomas del Dardistán se aproximan á las lenguas afganas.

Valle de Cachemira. — Todos los países que acabamos de enumerar forman parte de los Estados del rajá de Cachemira; pero

si descendemos al Cachemira propiamente dicho, es decir, á ese valle de una treintena de leguas ó más de extensión por una docena de anchura, célebre en el mundo entero por la belleza de sus paisajes y la riqueza de su vegetación, hallamos otra raza tan diferente de la de las comarcas vecinas como lo es el valle de Cachemira de las regiones que lo rodean. Sólo á los habitantes de este valle, con exclusión de las diversas tribus de los alrededores, debe reservarse el nombre de cachemirenses.

Puede citarse á los cachemirenses entre las poblaciones más notables de la India desde el punto de vista del tipo físico y al mismo tiempo entre los más blancos. La belleza de sus mujeres es célebre.

Los cachemirenses tienen la piel fina y poco coloreada, la nariz aguileña, la barba y la cabellera abundantes; no son de estatura muy elevada, pero son robustos.

Su carácter es más agresivo que intrépido; sus aptitudes artísticas, muy notables. Ellos son los que fabrican esos chales tan célebres en el mundo entero y los maravillosos vasos de cobre esmaltados, que Europa no ha conseguido imitar aún.

Desde el punto de vista etnográfico, puede considerarse á los habitantes del valle de Cachemira como descendientes de poblaciones arias muy débilmente mezcladas con sangre thibetana, por lo menos en las castas superiores.

Profesan en general el islamismo desde la conquista musulmana, pero conservando el régimen de castas. Su lengua, la cachemira, es una mezcla de persa y de sánscrito.

Tribus de las bajas regiones del Himalaya. — Si dejamos esas regiones cerradas por el alto Himalaya para penetrar en los estrechos desfiladeros que conducen desde allí á las vastas llanuras del Pundjab, atravesaremos una multitud de pequeños grupos de habitantes que, por graduales transiciones, nos conducen del thibetano de las mesetas salvajes al indo del fértil Pundjab, del discípulo de Buda al sectario de Mahoma ó al adorador de Vishnú.

Carecería de interés la enumeración detallada de todas las tri-

bus de esta región. Todas las razas y todos los cultos se confunden en los tchibalis, los paharis, los gaddis, los kulús y los gujares. Mientras el elemento amarillo se borra y desaparece, descubrimos á veces rasgos del elemento negro primitivo, pero ge-



Indígenas de Kulu Himalaya (alto valle de Bias)

neralmente la clase aristocrática está formada de emigrantes rajputes.

La mayor parte de esos pueblecillos son pastores; algunos son nómadas, algunos practican la poliandria; la religión de muchos es una mezcla de islamismo y brahmanismo; algunos adoran aún los antiguos ídolos y se entregan al culto de la serpiente.

El clima, las razas, los idiomas, todo tiene el mismo carácter de transición en esta región, por la que pasa la cordillera del Sivalik y que se encuentra entre las pendientes, con frecuencia

heladas, del Himalaya y las ardientes llanuras de la cuenca del Indo.

Nepal. — La región designada con el nombre general de Nepal presenta con Cachemira la analogía de que un estrecho vallecillo le ha dado su nombre y se mantiene el centro de la pujanza y de la civilización del país. Tal es el valle que rodea su capital Katmandu. Está situado en la parte oriental del reino de Nepal, que se extiende sobre una larga extensión de 700 kilómetros con una anchura de 125 entre la cordillera primitiva del Himalaya y las estribaciones que dominan la llanura del Ganges y bordea el Terai.

El Nepal está habitado por diversas tribus tan diferentes por sus tipos como por los dialectos que hablan. Las unas son de origen thibetano, las otras están formadas por cruzamientos de thibetanos ó de primitivos habitantes del terreno con poblaciones procedentes de diversas partes del Indostán. De esos últimos inmigrantes, los unos serían rajputes, es decir, representantes los más distinguidos de los pueblos de la India; los otros, por el contrario, poblaciones semisalvajes análogas á los koles del Chota Nagpore y de la provincia de Orissa. A las primeras mezclas pertenecen las poblaciones de que más adelante hablaremos bajo el nombre de Gorkhas; de las segundas provienen las tribus del Nepal contiguo al Sikkim.

La gran masa de la población que habita el valle de Nepal, es decir, esa reducida región rodeada de montañas donde se encuentran todas las grandes ciudades de ese imperio, está formada por dos grupos muy distintos. El primero, el de los newares, representa la más antigua raza; se mantuvo dueño del país hasta la conquista realizada por el segundo grupo, el de los gorkhas, á fines del siglo pasado.

Antes de hacerse dueños del valle de Nepal propiamente dicho, formaban los gorkhas una de las tribus guerreras del Nepal. Pretenden descender de los rajputes que inmigraron en otro tiempo en el país para librarse de la conquista musulmana. Son evidentemente de origen indo; pero he encontrado bien pocos que

no presenten rasgos de sangre thibetana. La palabra *gorkha* no representa de ningún modo, por otra parte, una raza determinada y designa simplemente en el Nepal los individuos de toda clase y de todo origen que en el último siglo dejaron la provincia de Nepal, llamada Gorkha, para conquistar el resto de la comarca.

Están divididos en muchas castas; la más distinguida es la de los kchatryas, que descienden de la alianza de los rajputes con mujeres de una tribu primitiva que lleva el nombre de khus.

Los gorkhas forman el núcleo de la población guerrera del Nepal; á ese núcleo se agregan otras tribus guerreras, magares, gurunges, etc., en quienes el tipo mongólico predomina mucho más que en los gorkhas.

Los hombres de las tribus guerreras del Nepal emigran en gran número para servir en las armadas inglesas, donde son designados con el nombre general, aunque impropio, de gorkhas.

A los conquistadores gorkhas, como más arriba hemos dicho, débese la reunión del Nepal bajo un solo soberano. Este pueblo, exclusivamente militar y que no es apto sino para las cosas militares, desdeña la industria, la agricultura, el comercio y está del todo desprovisto de sentimiento artístico. Sus aptitudes son enteramente opuestas á las de los newares.

La religión de los gorkhas es el brahmanismo, y su lengua, el parbatia, es un dialecto sánscrito mezclado de palabras thibetanas. Se escribe con caracteres sánscritos.

La población sometida por los gorkhas, los newares, forma la parte principal de los habitantes del valle. Fueron gobernados durante largos siglos por rajás pertenecientes á su raza, y bajo la dominación de estos últimos las ciudades del Nepal se llenaron de notables monumentos.

Los newares están formados como los gorkhas por cruzamientos de indos y thibetanos, pero en ellos se acentúa más el elemento thibetano. Cuando penetré en el valle del Nepal tenía entre las gentes de mi séquito un criado que acababa de recorrer conmigo las regiones más variadas de la India sin tener la menor noción de las comarcas á que le conducía. Apenas pusi-

mos el pie en la primera aldea nepalense de la frontera, me preguntó si habíamos llegado á la China; encontraba en las gentes del país una notable semejanza con los chinos que había tenido ocasión de ver en Bombay.

Los newares hablan el newar, lengua muy distinta de la de los gorkhas, el parbatia, aunque formada como ella de una mezcla de sánscrito y thibetano. Es la única lengua del Nepal que cuenta con una literatura.

Los newares están desprovistos del instinto guerrero de los gorkhas, pero poseen lo que falta á éstos del todo: aptitudes agrícolas, industriales y artísticas notables. A ellos se deben los templos tan curiosos, ornados de admirables esculturas, que cubren el valle, y de los que se hallarán varias reproducciones en esta obra. El arte de esculpir la madera está entre ellos á una altura que no he visto sobrepujada en Europa en ninguna parte. Desgraciadamente sus dominadores actuales, los gorkhas, los estimulan poco. Los artistas newares desaparecen gradualmente y no hay hoy en todo el valle más de una docena de individuos capaces de esculpir hábilmente la madera ó la piedra. Está en el Nepal en decadencia la arquitectura, y todos los trabajos notables son anteriores á la conquista gorkha.

Un tercio de newares profesa la religión inda y es secuaz de Siva, los otros dos tercios son budistas. Budistas y brahmanistas han adoptado el régimen de castas.

Bhután y Sikkim. — Al Este del Nepal se encuentran los dos pequeños Estados independientes del Sikkim y del Bhután. Están también situados en la región himalaya y su población se asemeja al mismo grupo que la de las altas mesetas. Son igualmente thibetanos, y el nombre de Bhután tiene la misma etimología que la palabra *bod*, equivalente á *thibetano*.

Son los habitantes de Sikkim considerados por los ingleses como superiores á los de Bhután por la animación y afabilidad de su carácter. Ningún pueblo de la India es más amable. Cultivan esas gentes semibárbaras ciertas artes de adorno y tocan la flauta con verdadero gusto. Particularidad curiosa de su len-

gua es que no encierra ninguna expresión injuriosa, lo que atestigua su extrema dulzura. Practican de ordinario la poliandria y profesan el budismo; las pendientes de sus montañas están cubiertas por numerosos conventos de lamas. Elévanse generalmente estos edificios religiosos en sitios admirables y dominan panoramas maravillosamente grandiosos.

Los habitantes del Bhután son menos alegres que sus vecinos del Sikkim, lo cual no deja de tener su motivo, pues la exigencia tiránica de su gobierno les reduce á una extrema y constante miseria. Cuantos quieren poseer en propiedad el producto de su trabajo abandonan su país para ir á ponerse al servicio de los ingleses. Su religión y sus dialectos son semejantes á los del Sikkim. Practican igualmente la poliandria. Están gobernados por un gran lama, jefe espiritual, y por una especie de lugarteniente temporal de aquél, cuya autoridad es menor, aunque lleva el título de rey.

Los dos últimos pueblos de que acabamos de hablar no conservan la fisonomía de puros thibetanos sino en las altas mesetas. A medida que se desciende hacia la llanura, se comprueban mezclas de aquéllos con los bengalenses, las cuales borran cada vez más los rasgos y las costumbres primitivas thibetanas.

2.º — POBLACIONES DEL ASSAM

El Assam es, como sabemos, aquella parte del valle del Brahmaputre que deriva del imperio anglo-indiano, exceptuada la intrincada red de la embocadura donde las aguas de ese río se confunden con las del Ganges y que pertenece al Bengala.

El curso superior del Brahmaputre se pierde en regiones inexploradas defendidas contra la civilización por un clima temible y que constituye el último refugio de la barbarie en esta parte del mundo. Hemos dicho ya en nuestro capítulo descriptivo de las comarcas de la India que en ninguna parte del antiguo continente caen torrentes de agua comparables á los que aportan al Assam las corrientes aéreas del monzón del Sur. Esta es

pantosa humedad, la vegetación desordenada que origina y los miasmas mortales que engendra, son los obstáculos que protegen aún la independencia de los pueblos salvajes del alto Assam. Pero esas violencias de la naturaleza les son á ellos mismos funestas; rechazados de día en día á las partes más malsanas y menos cultivables de su territorio, ven sin cesar disminuir su número y acabarán por desaparecer ante una civilización que su naturaleza inferior les impedirá asimilarse.

Todas esas hordas, los abores, los michmis, los singpos, que habitan sobre las márgenes del Brahmaputre; los nagas, los garros y los khasias, que ocupan el macizo montañoso situado sobre la margen izquierda del río, tienen aproximadamente el mismo tipo y son variedades de la misma raza.

Difficil es, empero, de determinar esa raza que parece poderse de igual modo conexionar con la familia mogólica que con la familia malasia. Los rasgos de la cara, la nariz aplastada, los labios gruesos, los ojos oblicuos, los cabellos lisos y negros y la barba rala son evidentemente caracteres de la raza amarilla; por otra parte, el color de la piel, que es en general absolutamente negra, y algunos signos menos importantes recuerdan distintamente el tipo malasio. El elemento thibetano mogul es, por lo tanto, el que domina, y es natural que se lo vuelva á hallar así definido en las proximidades del portillo del Nordeste, que debió durante siglos derramar sobre esas regiones oleadas de población amarilla.

Se encuentran además, en las partes montañosas, poblaciones que ofrecen absolutamente el tipo de los chanes de la Birmania, es decir, de puros asiáticos orientales, tales como los que pueblan el reino de Siam y toda la Indo-China, de donde quizá vinieron.

Un grupo poco numeroso, el de los khasias, que habita los flancos de los montes Khasi, presenta la notable particularidad, como en Europa los vascos de los Pirineos, de hablar una lengua sin relación con ninguna rama glosológica conocida; esta lengua monosilábica forma como un aparte extraño en medio de

los numerosos variados dialectos, pero fáciles de clasificar, que pueden oírse en la India.

De las numerosas hordas de que hemos citado los nombres, las más salvajes son las de los abores y las de los garros. Viven los primeros completamente desnudos, lo que no les impide ser



Naga-Raja y su pueblo adorando reliquias sagradas. (Disco de la cerca de Amravati.)

aficionados á las joyas y adornar á sus mujeres con cinturones y collares de metal que suenan al menor movimiento. No conocen la agricultura, viven de los frutos y de la carne de los animales, y no tienen otras armas que flechas, lanzas y espadas. Están además entregados al más grosero fetichismo y representan exactamente la imagen de nuestros antepasados de las primeras edades.

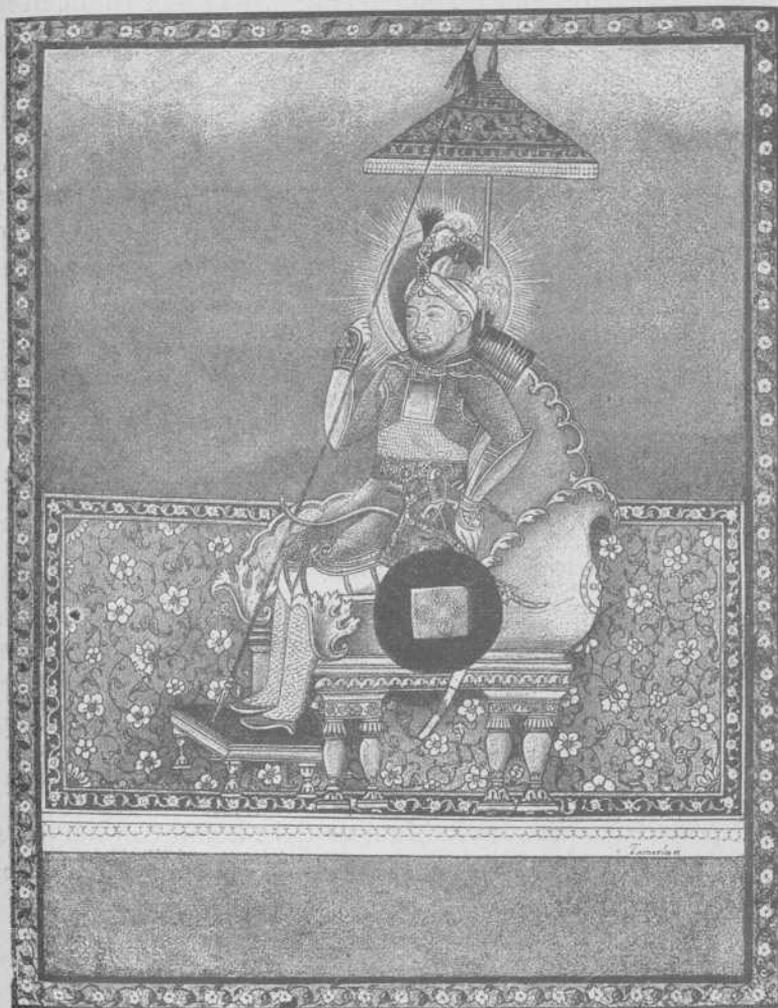
En cuanto á los garros, pueblo montañés, practican aún sacrificios humanos. Tienen, sin embargo, estos bárbaros algunas cualidades apreciables, tales como la lealtad con amigos y enemigos y un gran respeto á la palabra dada. Menosprecian profundamente la perfidia y la vileza de los bengalenses que habitan las mesetas más inferiores, y no hace aún mucho tiempo que para honrar á alguno de sus muertos descendieron y se apoderaron de algunos bengalenses que degollaron en seguida alrededor del cadáver.

Su veneración por los muertos es muy notable, hasta el punto de que, consistiendo la sola honrosa ceremonia fúnebre en la combustión del cuerpo y siendo esta ceremonia imposible durante la estación de las lluvias, conservan en miel el cuerpo de sus parientes difuntos durante esa estación para quemarlo más tarde cuando vuelva la sequía.

Los nagas, cuyo nombre significa «serpientes,» recuerdan á los antiguos dominadores de la India meridional mencionados en el *Ramayana* como adoradores de serpientes. Puede que exista alguna relación entre ellos y los protodravidianos, pues son absolutamente negros. Forman una horda guerrera que se mantiene en estado de completa independencia.

Los khasias constituyen el único de estos pueblos salvajes que mantiene alguna relación de comercio con los países vecinos, que cultiva su territorio montañoso y ha llegado á cierto débil grado de civilización. Habitan grandes aldeas, son buenos, honrados, alegres y saben silbar arias con una precisión extraordinaria para orientales. Mastican una hierba que les enrojece los dientes, y dan por razón de esta costumbre que «los perros y los bengalenses tienen los dientes blancos.» Una de sus curiosas costumbres consiste en tirar huevos contra el suelo para deducir presagios según se esparce la yema; las calles de sus aldeas están llenas de huevos estrellados cuyo olor no es de ordinario nada agradable. Los khasias se guardan muy bien de comer los huevos de sus gallinas, á fin de conservar estas fuentes preciosas de todo conocimiento del porvenir.

Todas las tribus salvajes de que hemos esfumado rápidamente las costumbres están entregadas al fetichismo; el matrimonio



Tamerlán, según un manuscrito indo. (Biblioteca de A. Firmín Didot.)

es entre ellas una de las instituciones menos respetadas; en general la autoridad en la familia, la transmisión de bienes y el reconocimiento de hijos pertenecen á la mujer, que no pocas veces desempeña papel importante en el gobierno.

Desde este punto de vista, los garros conservan aún antiguas costumbres que tendremos ocasión de describir más detenidamente al hablar de ciertos pueblos del Sur de la India. Están divididos en pequeños clanes llamados *maharis* ó maternidades. En otro tiempo una mujer ejercía el poder supremo en cada una de estas maternidades; hoy lo ejerce un jefe ó *laskar*, generalmente elegido de entre los más ricos poseedores de esclavos, pero siempre con el asentimiento de las mujeres y más ó menos sometido á sus consejos. A consecuencia del predominio de los usos de la antigua familia maternal, la doncella es quien solicita al hombre en matrimonio, y ordinariamente se procede antes de la unión á un rapto simulado del novio por las gentes de la *mahari* á la cual pertenece la esposa futura. Un hijo no hereda sino después de la hermana de su padre y de los hijos de ésta. Frecuente el divorcio, los hijos quedan con la madre y muchas veces no conocen á su padre ó viven no lejos de él considerándolo absolutamente como un extraño.

Todos estos vestigios de costumbres atrasadas que se extinguirán pronto con las razas perseguidas y debilitadas que las practican, pero que subsisten aún en las montañas del Assam, se desvanecen y desaparecen cuando se desciende á la llanura. Aquí la población es verdaderamente inda, y por el tipo, por la lengua, por la religión y por las costumbres difiere apenas de los bengalenses, con los cuales se confunde cada vez más.

Relacionando, pues, los habitantes del Assam con los del valle del Ganges, emprenderemos la descripción de estos últimos. Con ellos entramos en la verdadera India.

3.º — POBLACIONES DEL VALLE DEL GANGES

En el rápido apunte de las razas que precede no hemos encontrado ninguna, ni en el Himalaya, ni en el alto Assam, que pueda ser designada bajo la denominación de indiana, por general y vaga que sea, sin embargo, esta denominación.

Penetrando en el valle del Ganges nos encontramos, por el

contrario, en el corazón mismo del país de los indos, es decir, de los pueblos braemánicos, por cuyas venas corre, en proporciones muy irregulares y muy variadas, la sangre ya mezclada de los protodravidianos, la de los turanios y la de los arios.

La inmensa llanura surcada por el Ganges y por sus afluentes es una de las regiones más pobladas y más fértiles de la tierra. Ciento cuarenta millones de hombres hacen sin fatiga brotar del suelo manantiales de riqueza. Ese número considerable que representa con relación á la superficie ocupada una densidad de población difícilmente repetida en la superficie del globo, podría doblarse sin que en ese admirable país cesase la tierra de cubrir suficientemente las necesidades de sus habitantes.

Los conquistadores que afluyeron á la India, ya por el Noroeste, ya por el Nordeste, se esparcieron á porfía en tan maravillosa comarca, y por consecuencia hallaremos en el valle del Ganges los elementos más variados que entran en la composición de las numerosas razas de la península. Estos elementos están allí más estrechamente confundidos que en ninguna otra parte, y si su íntima fusión debiera jamás formar un tipo único, una nacionalidad distinta, se encontraría acaso ya este tipo en las aldeas de las márgenes del Ganges. Estaría representado por tal agricultor sudra del Behar ó del Audh, conservando de sus antepasados protodravidianos el tinte ligeramente obscuro de su piel, de los primeros dominadores turanios la forma un poco larga de su cara casi imberbe, la mayor parte de sus rasgos y la delicadeza de sus miembros, y guardando el aspecto ario en la fiereza de su carácter, en la vivacidad de su inteligencia y en su ideal religioso y social.

La raza mixta del valle del Ganges está, en efecto, compuesta de estos tres elementos principales; impídela ser homogénea la irregularidad con que están mezclados, dominando el elemento ario al Oeste en Audh y al Este el elemento amarillo en Bengala. Entre estas dos provincias se encuentra una tercera, Behar, tan alejada de los extremos por su posición como por el aspecto de sus habitantes. A medida que se remonta desde la boca-

dura del Ganges hacia su origen, el tipo indo se ennoblece más, así en lo físico como en lo moral.

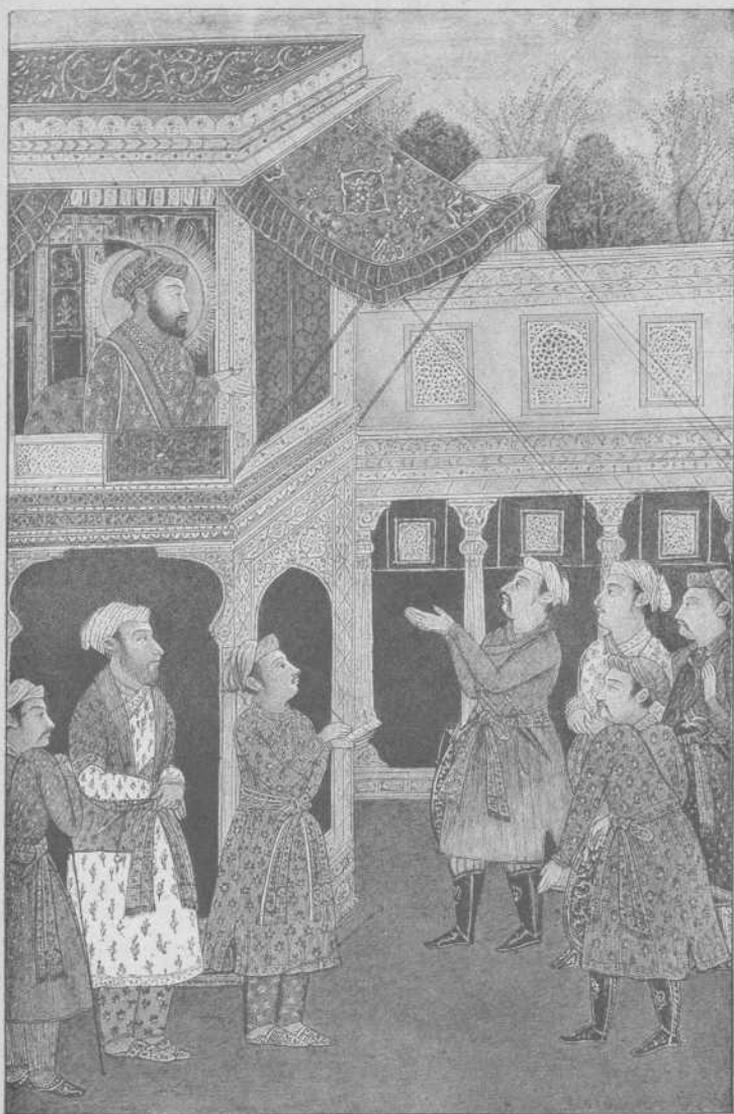
El bengalense representa la más inferior de las mezclas que acabamos de señalar. Es pequeño y delgado; tiene bronceada la piel, la nariz corta, á veces deprimida, ancha la boca, los cabellos negros, la barba poco poblada é irregular; su inteligencia es muy viva, por lo menos en el sentido de que se asimila rápidamente lo que se le enseña; pero su carácter está universalmente reputado como hipócrita, grosero y cobarde.

Los habitantes de Behar son de tinte oscuro, pero sus rasgos se aproximan mucho al tipo europeo; no son, como los bengalenses, cobardes ni hipócritas. Los pueblos del Audh forman, en fin, un grupo muy elevado, en el que frecuentemente se halla lo que se ha convenido en llamar tipo ario; su rostro es claro, de forma oval; sus facciones regulares, alta su estatura. Está orgulloso de su noble sangre.

En Audh, los bracmanes, es decir, los últimos representantes de los antiguos arios, componen un octavo de la población; los kchatryas ó rajputes son igualmente numerosos y poseen en gran parte las tierras, y los mismos agricultores se vanaglorían de pertenecer á la raza del dios Krichna.

En las tres provincias que acabamos de enumerar existen, como en todo el resto de la India, las castas; pero la más elevada de Bengala es objeto de menosprecio para la última de Audh. Cualquier mendigo de los arrabales de Benarés tendría á menos sentarse á la misma mesa con un brahmán de Calcuta, y ese mismo brahmán alimentaría un sueño ambicioso si esperase casar su hija con el más humilde labrador de las márgenes del Gogra.

La influencia musulmana se manifiesta en el valle del Ganges inversamente á la influencia aria, pues se la ve crecer del Occidente al Oriente, del origen á la desembocadura del río. Forman los mahometanos aproximadamente la décima parte de la población de Audh, la séptima de la de Behar y la tercera de la de Bengala. Pero los indos que han aceptado la ley del Islam no



EL EMPERADOR MOGOL SHAH JEHAN DANDO AUDIENCIA
(De un manuscrito indo. - Biblioteca de A. Firmin-Didot.)

están por esto profundamente separados de sus hermanos brahmánicos: como ellos, están divididos en castas, y las principales ceremonias religiosas reúnen frecuentemente los sectarios de las dos religiones.

Se ve por lo que precede que existen, en suma, en el valle del Ganges elementos bastante aproximados para llegar á formar un día por su fusión una población homogénea. Los tipos extremos están allí enlazados por transiciones tan numerosas que resultan casi insensibles. En todas las demás partes de la India se ve juntos pueblos completamente diferentes; en el valle del Ganges los elementos más contrarios casi se han fundido. Los bengalenses se consideran como pertenecientes á una misma nacionalidad, y el tipo de las clases superiores es allí, en efecto, casi uniforme, presentando semejanzas muy marcadas con el tipo de iguales clases de la Indo-China. El pueblo bajo se separa bastante de la raza amarilla y se aproxima más bien á las razas primitivas protodraavidianas y kolarianas.

Tribus salvajes del valle inferior del Ganges: Sontales, Male-res, etc. — En el seno de la población homogénea que acabamos de describir subsisten aún algunos islotes de pueblos primitivos casi salvajes. Etnográfica y geográficamente están en su mayor parte algo separados del valle del Ganges; los estudiaremos por esto cuando debamos ocuparnos de sus hermanos de las provincias centrales. Examinaremos aquí sólo las tribus de que por su situación es imposible prescindir en un párrafo consagrado á la descripción de las poblaciones del valle del Ganges.

El último refugio de las antiguas poblaciones bárbaras que ocuparon la península es, recordémoslo, ese macizo de las provincias del centro, que se extiende al Sur del Nerbudda y del Sone y que forma la separación entre la India del Norte y el Dekkán propiamente dicho. Comarca es esa feroz de aspecto y de clima en que la miseria, la rudeza y la peligrosa atmósfera ha rechazado á todos los conquistadores. Las primeras pendientes de estas tierras, apenas exploradas y aún no sometidas, descienden hasta las márgenes mismas del Ganges en el paraje donde el



ALI ADIL SHAH, REY MUSULMÁN DE BIJAPUR
(De un manuscrito indo.)

gran río se tuerce para dirigirse hacia el Sur; el ángulo que describe su curso está determinado por el macizo montañoso del Rajmahal, que forma como el centinela avanzado de la sombría armada de las alturas del centro. Aquí, en plena India civilizada, entre Behar y Bengala, es donde hallamos en estado casi salvaje y casi independiente los maleres, los sontales y, un poco más al Sur sobre los flancos del Chota Nagpore, los uraones, los mundahs, los koles, es decir, los pueblos acaso más primitivos del Asia. Dejando por el momento estos tres últimos, que hallaremos de nuevo más tarde, hablaremos solamente de los sontales y los maleres.

Los maleres habitan las partes elevadas del macizo del Rajmahal y se los designa en la llanura bajo el nombre de *paharis* ó montañeses; éstos son los *hillmen* de los ingleses. Puede considerárseles formados por la mezcla de poblaciones negras dravidianas y de poblaciones amarillas. No han sufrido poco ni mucho la influencia aria é ignoran lo que es una casta. Se parecen mucho á los dravidianos del Sur de la India. Sus costumbres son dulces y su franqueza proverbial. «Antes morir que mentir,» es uno de sus refranes favoritos.

Los maleres habitan grandes cabañas construídas con bambúes, y las decoran con gusto y adornan con muebles esculpidos con arte. Adoran los astros, las fuerzas de la naturaleza y los genios del bien, que suponen que habitan en los aires. Construyen para los jóvenes de cada aldea una gran casa común donde los futuros guerreros se ejercitan en juegos de destreza y vigor, y algunas veces habitan juntos. Debe el gobierno inglés la sumisión de este pueblo más á la astucia que á la fuerza; el dinero y las promesas han conseguido más contra ellos que las armas.

Los sontales son más numerosos y más interesantes que los maleres. Viven sobre las pendientes y al pie de las alturas habitadas por éstos. Les da su lengua una fisonomía muy particular, pues parece formar como la rama principal de todos los dialectos kolarianos. Sin embargo, este pueblo es á la vez entre los primitivos el que ha sido más vigorosamente influenciado

por el elemento amarillo. Está formado, como los maleres, de la mezcla de poblaciones negras y amarillas.

Los sontales son vivos, avispados, afables y muy hospitalarios. Delante de sus elegantes cabañas hay siempre un asiento llamado el banco del extranjero, donde todo viajante que se sienta puede estar seguro de que será bien acogido.

La familia está entre ellos sólidamente constituída. Los jóvenes se eligen libremente en matrimonio con la sola condición de pertenecer á dos clanes diferentes. La poligamia se practica sólo en caso de esterilidad de la mujer; el divorcio es muy raro.

Los sontales dedican muchas atenciones á sus mujeres; las embellecen con joyas y despliegan para agradarlas, cuidando su persona y cubriéndose de adornos, cierta coquetería. Su religión es muy sencilla y las ceremonias de su culto lo son igualmente. Adoran á sus antepasados y al sol. Cada padre de familia es el único sacerdote de su casa, y sobre su lecho de muerte inicia al hijo mayor en las plegarias que aplacan á los dioses y en los ritos sagrados que atraen las bendiciones del cielo.

Queman los sontales sus muertos, pero conservan siempre algunos de sus huesos para arrojarlos á las aguas santas del río Damudah. El sentimiento del honor está en ellos muy desarrollado. Prevaricar constituye el más grande de los crímenes. Lo castigan con la expulsión del clan de que el culpable formaba parte.

Los sontales son buenos agricultores; tienen, con todo, gustos nómadas. Cuando la tierra está esquilhada en un paraje, lo abandonan y van más lejos á desmontar la selva. El espacio, empero, por que pueden extenderse se limita de día en día á consecuencia de las usurpaciones de los ingleses, y por otra parte, los sontales se multiplican con gran rapidez. Su creciente miseria decidió, hace algunos años, á ese pobre pueblo á ir en masa á presentarse al gobierno de Calcuta, que creían los desgraciados que encontraría un remedio á su triste situación. Así que llegaron á un paraje propicio se los ametralló tranquilamente. Muchos sontales abandonan ahora sus montañas para buscar

trabajo en la llanura; algunos se expatrian y van á trabajar lejos.

Los sontales y los maleres son los únicos pueblos primitivos que viven formando nación en el valle del Ganges; pero en todo el valle se encuentran aborígenes que bajo el nombre de *colies* sirven como domésticos, obreros ó empleados inferiores en las administraciones del gobierno. Están algo dispersos por todas partes.

Antes de abandonar el valle del Ganges, haremos notar que todas las ciudades de importancia que encierra, excepto Calcuta, se hallan en la mitad occidental de la cuenca. La región oriental, la que comprende todo Bengala, es exclusivamente agrícola; la población está allí dispersa en pintorescos caseríos situados entre los árboles y no se aglomera en grandes centros como los que se encuentran en la dirección del curso superior del río.

4.º — POBLACIONES DEL PUNDJAB

Comprende la cuenca del Indo, cuyas poblaciones vamos ahora á estudiar, tres divisiones: el Pundjab al Norte, el Sindh al Sur y el Rajputana al Este. Están habitadas por pueblos muy distintos.

El Pundjab, que ha sido el gran camino de todas las invasiones de la India, ofrece una población muy mezclada y mucho menos fusionada que la del valle del Ganges. Los elementos ario, turanio y musulmán aparecen allí distintamente. En cuanto al elemento dravidiano ó aborígen, casi ha desaparecido por completo. La religión que allí domina es el islamismo; ha influido sobre los indos brahmánicos mismos, que escandalizan por la tibieza de su fe á sus hermanos del resto de la India.

El núcleo de la población del Pundjab es turanio. Está formada la población principalmente por los jates. Sobre esta ancha base se sobreponen la capa aria, mucho menos considerable, y una exigua minoría mahometana.

Los jates turanios eran probablemente los dueños del país en el momento de la invasión aria, aunque el general Cunningham,

en su *Archeological Survey of India* — una de las fuentes más seguras que pueden consultarse, — quiera ver en ellos indo-escitas venidos al país en una época posterior á la conquista de Alejandro. Lo que no deja lugar á duda es que ese pueblo, turanio primitivo ó indo-escita, no se mezcló gran cosa con los dravidianos, que rechazó á las montañas, ni con los arios, á los que se sometió más tarde. Sobre todo, como que aunque en pequeño número y excepcionalmente se han formado alianzas entre las razas, resulta que entre los jates se hallan tipos muy diversos. Mientras tienen algunos la piel oscura y casi negra, la tienen otros casi tan clara como los rajputes.

Antes de estudiar este grupo, muy notable entre los pueblos de la India, diremos algunas palabras de los arios del Pundjab, que, aunque inferiores por el número, no han dejado de hacer triunfar su influencia y su lengua.

En el Noroeste del Pundjab, cerca de la brecha llamada *puerta aria* de la India, es donde naturalmente se halla el tipo ario más puro. Está allí representado por afghanos iránicos que llevan el nombre de pathanes. Se parecen mucho á los habitantes del Dardistán y del Kafiristán, y no dejan de recordar á los del valle de Cachemira. Son de tinte claro, nariz aguileña, cara oval, los cabellos ordinariamente castaños y algunas veces rubios, los ojos generalmente claros, particularidades muy raras en la India, donde el color oscuro de la cabellera y de las pupilas es la regla general.

A lo largo del Himalaya están establecidos los awanes y los gakkares, que se ha querido hacer remontar hasta los griegos. Este origen es más que dudoso; pero es evidente que ese pueblo es de pura raza aria. Los drogas y algunas otras tribus pertenecen igualmente á la raza conquistadora; en fin, hacia el Sur, los rajputes son bastante numerosos. Dejaremos á un lado por el momento la gran masa de ese último pueblo que ocupa una extensa región á la que ha dado su nombre y que describiremos más adelante.

La parte del Himalaya que domina el Pundjab y los valles

que de ella descienden están ocupados por poblaciones tibetanas que ya hemos descrito. No haremos, pues, sino recordarlas y llegaremos á los jates, el grupo más importante del Pundjab y de todo el valle del Indo.

No obstante la existencia de algunos tipos extremos, resultado de mezclas por otra parte bastante raras, véase cuál es la conformación general de los jates: grandes, proporcionados, la fisonomía inteligente, la piel algo oscura, la nariz larga y remangada, algunas veces también aguileña, los ojos pequeños y horizontales, los pómulos poco salientes, los cabellos negros y abundantes, la barba fina y poco poblada. Sus mujeres son de elevada talla y de bella presencia; avanzan con andar majestuoso y como abrumadas por el peso de los ricos aros que cargan sus tobillos; llevan unas amplias enaguas á pliegues y se envuelven graciosamente la cabeza y las espaldas en un elegante *sari* que algunas repliegan sobre su cara á fin de taparla.

Forman los jates desde el punto de vista religioso tres grupos: los musulmanes, que dominan en la parte inferior de la cuenca del Indo; los sikhes ó sectarios de Nanak, en el Pundjab; los que han aceptado la religión brahmánica y pertenecen á la casta de los vaisyas, en el Rajputana.

Cuando ese pueblo, que poseía entonces toda la India occidental, se vió atacado por las belicosas hordas de los arios, se sometió probablemente muy pronto y fué bien tratado por los vencedores. Crearon éstos para él una nueva casta, la de los vaisyas, que comprende aún en general en la India la clase media y sobre todo los comerciantes, mientras que la población aborigen fué toda incluida en la casta menospreciada de los sudras.

Así se hizo, sin duda, por una especie de compromiso ó de convenio que estableció desde luego sobre las poblaciones turánicas del Oeste la dominación de los arios. Aún subsisten huellas de tal convención en ciertas ceremonias de coronamiento en que el príncipe rajpute parece recibir el cetro de manos de los jates sus causantes.

Hacia el fin del siglo xv se produjo entre ellos una especie

de reforma religiosa que dió origen á la secta de los sikhes. Éstos, después de haber formado desde luego simplemente un grupo de fieles, no tardaron en resultar un pueblo.

Su profeta Nanak intentó reunir, enlazándolas por sus principios comunes, las religiones de los musulmanes y de los indos, y fundir igualmente las razas, demoliendo las barreras de las castas y proclamando la igualdad de los hombres. Todos los que aceptaron sus doctrinas constituyeron los sikhes ó los «discípulos.» Se los reclutó casi todos entre los jates, pero también se juntaron á ellos arios y elevaron el tipo de la raza. Algo más tarde, los sikhes, habiéndose convertido en un pueblo esencialmente guerrero, mejoraron físicamente, gracias á sus hábitos marciales, y acabaron por formar una admirable raza, tipo de gracia y de fuerza, juntando la nobleza de los rasgos á la vivacidad de la expresión y á la armonía del aspecto y de la estatura. El guerrero sikhe es, en verdad, uno de los más hermosos ejemplares de la raza humana.

Su décimo jefe ó *guru*, Govind Singh, fué quien les dió su organización militar. Nanak les había inspirado una fe elevada y espiritual que reconocía un solo dios; Govind Singh les dió una especie de símbolo material, el acero, el metal con el que se fabrican las cotas de malla y las hojas de las espadas; todo guerrero sikhe, aunque vaya desarmado, debe llevar sobre sí como talismán un objeto cualquiera de acero.

Obedecían los sikhes á un jefe elegido y se reunían en asambleas nacionales para deliberar sobre las cuestiones de importancia. Formaron bien pronto una fuerza temible con la que los soberanos mogoles primero y más tarde los ingleses debieron contar. A principios de este siglo habían establecido en el Pundjab un imperio temible; su jefe Rungit Singh, rey de Lahore, trató de igual á igual con los ingleses é hizo reconocer un rey de su gusto para el trono de Afghánistán. Hoy han vuelto á ser los sikhes lo que eran al principio: una secta religiosa, cuya capital y centro espiritual es la importante ciudad de Amritsir.

El amor á la instrucción está entre ellos muy desarrollado;

tienen asociaciones científicas importantes, entre ellas la de Lahore, que cuenta en su seno hombres notables. Las aficiones belicosas, que, sin embargo, no se han extinguido entre los sikhes, hacen de ellos con los gorkhas los mejores soldados de la armada inglesa; los que se han dedicado á la agricultura son los trabajadores más pacientes y más activos de la península. Todo el suelo cultivable del valle del Indo está en manos de esta raza, que representa el grupo agrícola más elevado de la India entera.

Gran número de jates se han dedicado al comercio y lo practican con el genio que les es peculiar. Estos son los comerciantes designados con el nombre de *multanis*, tomado de la villa de Multán, el gran mercado situado entre el Pundjab y el Sindh. Los multanis no son sólo conocidos en la India, sino en todas las ciudades del Asia central, por las cuales viajan y trafican en gran escala. Son los que las llevan las noticias importantes y los rumores de guerra.

En la India, así en el Pundjab como sobre las márgenes del Ganges ó en el Dekkán, los banqueros, los usureros, los cambistas son marwaris, es decir, jates de Marwar, región que se encuentra al Sur del Pundjab y que forma parte del Rajputana. *Marwari* en la India es sinónimo de judío en las demás comarcas. Estos prestamistas al por menor, que se enriquecen arruinando á los pobres indos apremiados por el fisco, son temidos y odiados en todas partes, y nada puedo hacer mejor, para pintar su característica fisonomía, que tomar algunas frases de un curioso libro escrito recientemente por un indio de Baroda, M. Malabari, sobre las poblaciones del Guzerat. En esta región como en todas las de la India el marwari se instala como dueño, y vuelve, cuando ha hecho su fortuna, á tomar mujer y á acabar sus días al lugar de su nacimiento.

«El marwari, dice M. Malabari, no emprende ningún negocio que no le proporcione un ciento por ciento de beneficio.

»Gusta de las cuentas á largo plazo; presta y presta aún, hasta que un hombre esté completamente en su poder; cuando ya no puede sacar nada de un pobre diablo le decide á robar. Degra-

da á sus víctimas tanto como las arruina, y la mitad de las prostitutas de Bombay son hermanas ó mujeres de desgraciados que comenzaron á conocer al marwari comprándole á crédito una libra de azúcar y que acabaron por su ruina física y moral. Aunque el marwari sea un sectario de Vishnu, no tiene respeto alguno por sus dioses y prefiere al más venerando de todos la menor moneda con la efigie de la reina.»

No todos los jates se dedican á la agricultura, á la usura ó al comercio. Continúan algunos en estado semibárbaro y nómada, pues pueden comprenderse en la misma raza que los cultivadores y los mercaderes del Pundjab, los bandjaris de la India que parecen hermanos de nuestros cingaros de Europa. Se parece esta tribu del todo á nuestros bohemios, posee la misma belleza salvaje y ejerce los mismos oficios. Va de ciudad en ciudad y de caserío en caserío, campa ó habita en sus carros, negocia en pequeños objetos, canta, baila y dice la buenaventura.



Mercader ambulante de Benarés

5.º — POBLACIONES DEL SINDH Y DEL RAJPUTANA

Si dejando el Pundjab descendemos por el curso del Indo, llegamos á Sindh, donde encontramos en gran número los jates, musulmanes, sikhes ó jainas. El otro elemento principal de la población está formado por los belutchis, pueblo montañoses análogo al que habita el Beluchistán, con el cual confina el Sindh.

Los belutchis son todos musulmanes y pertenecen á la secta sunnita. Se dividen en multitud de tribus: las unas que se dicen árabes y presentan, en efecto, el tipo semítico; otras en las que el cabello rubio no es una particularidad absolutamente rara; algunas que resultan de una mezcla de belutchis con jates.

Todas las poblaciones que ocupan la cuenca del Indo hablan generalmente lenguas de origen sánscrito; las principales son el pundjabi, el sindhi y el marwari, que no ofrecen entre sí diferencias muy profundas.

El Rajputana es la vasta comarca que se extiende desde el Indo hasta la entrada de Agra y desde la frontera meridional del Pundjab á los Estados maharates que hay de Baroda á Gwalior. Toda su mitad occidental está ocupada por el gran desierto del Thar, en el cual vagan tribus semisalvajes; su mitad oriental está surcada por numerosos ríos, entre cuyos valles se extienden llanuras y se levantan montañas. Las más importantes de esas montañas son la cordillera de los Aravulli, de donde se destaca al Sudoeste la imponente masa del monte Abu.

Estas irregularidades del suelo en el Rajputana han impedido que las razas se fusionen como en el valle del Ganges y del Indo. Se han mantenido bien diferenciadas y correspondiendo á las distintas regiones de los valles, de las mesetas y de las montañas. Agrúpanse en las márgenes de los ríos las cabañas de los jates turaníos y agricultores; sobre las mesetas se levantan los castillos fortificados de los belicosos rajputes arios; en fin, sobre las pendientes elevadas y en el fondo de las selvas inaccesibles, los bhiles aborígenes defienden aún sus antiguas costumbres y su libertad salvaje.

Los rajputes han dado su nombre al país porque han sido sus dueños y forman aún un grupo étnico muy importante; se los encuentra, empero, repartidos por toda la India del Norte, sea puros, sea mezclados á poblaciones diversas.

Aunque la historia no esté siempre de acuerdo con sus leyendas en cuanto á la antigüedad de su origen, es evidente que por su tipo los rajputes representan la raza más bella y la más pura

de la India. Son altos y elegantes, tienen clara y mate la piel, los ojos grandes y bien colocados, amarillo-oscuros ó grises, la nariz aguileña, las ventanas de la nariz finas y muy movibles, el cabello negro, abundante y ensortijado, la barba larga y bien poblada; muchas veces se dejan crecer desmesuradamente la barba ó más bien las patillas, que vuelven hacia la coronilla para anudarlas con los cabellos. Sus mujeres son generalmente muy hermosas.

Encuétrase entre los rajputes la más antigua nobleza del mundo. El rajá de Odeypur es el solo soberano que puede decir que sus antepasados reinaron hace más de mil años.

La historia de los antiguos rajputes nos es tan desconocida como la de los demás Estados antiguos de la India; pero las leyendas indas están llenas de las hazañas de sus héroes; y las luchas formidables que sostuvieron contra los musulmanes, los sitios terribles que sufrieron, particularmente el de Chittor, en el cual las mujeres se quemaron por millares antes que caer en manos del enemigo y los defensores se hicieron matar hasta el último antes que rendirse, prueban el antiguo valor de esta raza. Resalta por su energía sobre la masa de los indos, generalmente bastante pusilánimes.

Cuando los musulmanes invadieron la India, encontraron á los rajputes establecidos en todas las ciudades del Norte y en la llanura del Ganges hasta el Bengala actual. Reinaban en Lahore, Delhi, Kanudje, Adjodhya, etc. La región que ocupaban se extendía al Norte del Indo y del Satledj hasta el Jumna, cerca de Agra al Sur hasta los montes Vindhya; en una palabra, sobre todo el Noroeste de la India.

Rechazados de estas regiones fértiles, se refugiaron en la comarca menos accesible y más fácil de defender del Rajputana actual.

Su territorio se divide hoy en diez y nueve Estados, de los que diez y seis están poseídos por clanes rajputes y gobernados por los jefes de esos clanes. El que ocupa el lugar más preeminente es el Estado de Odeypur.

Hasta el siglo XIV los rajputes lucharon con éxito contra los musulmanes; no estuvieron seriamente amenazados hasta la pérdida de su capital Chittor. Hasta el tiempo de Akbar no fueron, con todo, incorporados al imperio mogol, y aun esa incorporación fué más nominal que real; su situación se redujo á la de grandes vasallos semi-independientes. Akbar les dejó su organización, dió á sus jefes grandes dignidades en sus armadas, desposó doncellas rajputes, y sus sucesores le imitaron.

La antigua constitución de los Estados rajputes es la única que ha sobrevivido en la India á las vicisitudes políticas que se han sucedido á través de los siglos. Sus costumbres son las únicas que no han sido más ó menos alteradas por influencias extranjeras. Por la descripción de esa constitución y de esas costumbres procuraremos en otro capítulo reconstituir la civilización de una gran parte de la India hacia el siglo X de nuestra era. Sería, pues, inútil entrar aquí en más detalles sobre este interesante pueblo.

Aparte de los rajputes que acabamos de describir y de los jates de que hemos hablado precedentemente, el Rajputana contiene aún poblaciones semisalvajes, que merecen un estudio particular y de que vamos desde luego á ocuparnos.

Poblaciones semisalvajes del Rajputana, Bhiles, Minas, etc.

— Los bhiles, que se encuentran no solamente en el Rajputana, sino aun en las regiones vecinas, constituyen uno de los más antiguos pueblos de la India. Contra ellos conquistaron los turanos el Norte de la India. Los dos pueblos compartieron largo tiempo el valle del Indo. Una invasión aria relativamente reciente, la invasión rajpute, llegada, según ciertos historiadores, en los primeros siglos de nuestra era, fué quien rechazó los bhiles á las montañas. No se dejó, por otra parte, este pueblo atrevido y salvaje vencer sin resistencia. Inspiró durante mucho tiempo serios temores á los rajputes, á los cuales continuó acometiendo desde lo alto de su retiro y á quienes inquietó durante siglos. Por un singular acto de respeto hacia esos antiguos dueños del país, los reyes rajputes se someten, el día en que suben



LA REINA DE BHOPAL. (India central.)

al trono, á una especie de investidura que reciben de manos de un bhil. Se hace entonces el salvaje una pequeña herida en el pulgar, otra en el dedo grueso del pie, y con la sangre que sale señala la frente del nuevo soberano.

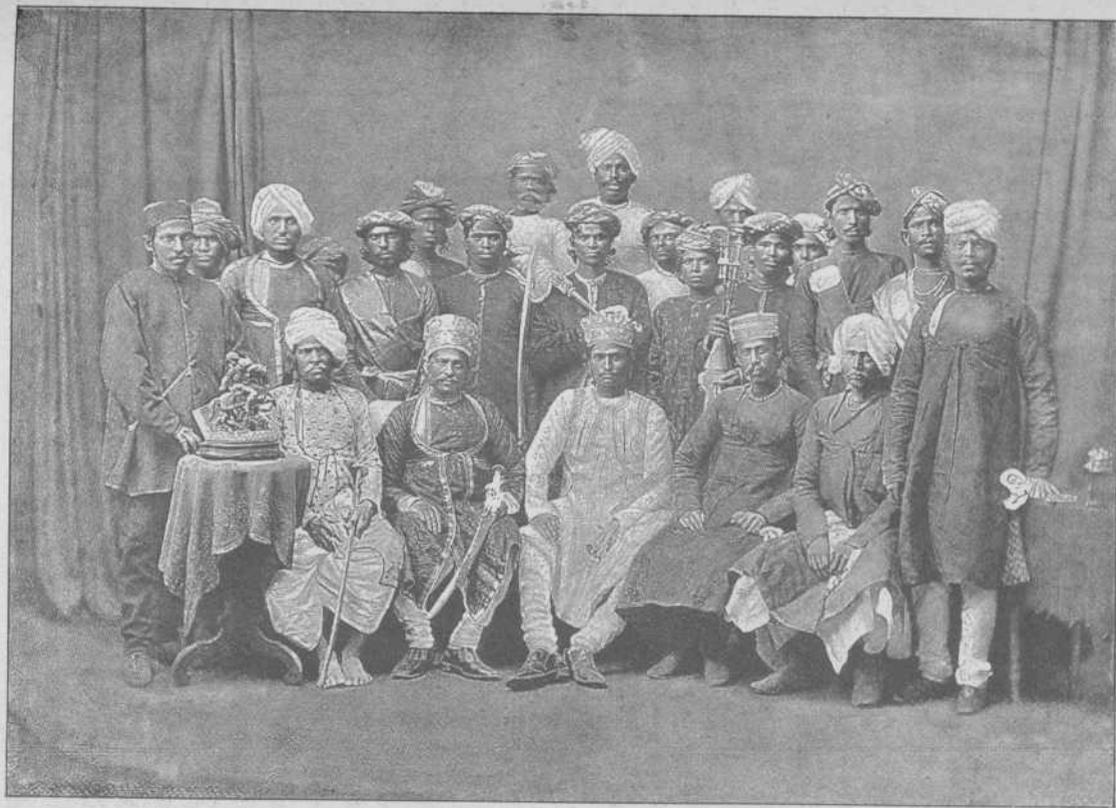
A pesar de este símbolo de armonía entre los dos pueblos, los bhiles aborrecen á los indos. Aprovechan siempre para hacer armas contra los rajputes las guerras que hacen á éstos los ingleses. En 1857, en la época de la insurrección de los cipayos, ofrecieron al gobierno británico sus servicios.

No forman los bhiles una raza pura; de los dos ó tres millones en que se calcula su número, un millón aproximadamente se ha conservado casi sin mezcla. Están muy orgullosos de la pureza de su raza que está en razón inversa de la que nosotros reconocemos, pues cuanto mayor es la infusión de sangre turania más el tipo del bhil se ennoblece. Desde este punto de vista pueden unirse á los bhiles los otros grupos existentes en el Rajputana, los minas y los mheres, y decir de una manera general que en el bhil domina el elemento primitivo, en el mhere es igual al elemento turanio y en el mina es este último elemento el que se sobrepone.

La comarca ocupada por los bhiles desde que fueron desalojados en parte del Rajputana es una región montañosa y selvática que se extiende del Norte de los Ghates occidentales al Sur de los Aravulli y del golfo de Cambay hasta la parte media de los valles del Nerbudda y del Tapti. En los Vindhya y en los Satpura es sobre todo donde han encontrado su refugio y donde se mantienen aún independientes. Son numerosos en las montañas del Guzerat y en la cuenca del Mahi, pequeño río que se vierte en el golfo de Cambay.

Los bhiles son negros y muy feos; tienen la nariz aplastada, los ojos pequeños y ligeramente oblicuos, los pómulos poco salientes. Van desnudos; llevan sólo un paño alrededor de la cintura y un cordón alrededor de los cabellos, negros, lisos y largos. Sus armas son de las más primitivas y consisten en venablos, lanzas, arcos y en flechas que disparan con mucha precisión





EL RAJAH DE JUBBULPORE, SUS MINISTROS Y SU SÉQUITO

y con las que afrontan al mismo tigre. Viven de la caza y de la pesca y envenenan las corrientes de agua con el jugo de una euforbiácea que aturde á los peces y facilita su pesca.

Se halla en los bhiles, en estado rudimentario, la organización política del clan, que se observa en los rajputes tan rigurosamente establecida. La existencia del clan tiene por principio teórico un tronco único, un antepasado conocido del cual todos los miembros del clan descienden. Es raro, sin embargo, hasta entre los mismos arios, que la barrera del clan sea infranqueable y que razones de vecindad ó las necesidades de la defensa del territorio no permitan admitir en el clan individuos extranjeros. Cuanto más fáciles son esas adopciones, cuanto más el sistema del clan va resultando elástico é irregular, tanto menos adelantada es la evolución del pueblo. Entre los bhiles el clan está todo lo abierto posible. Un habitante de la llanura, turanio y hasta á veces rajpute, perseguido por cualquier delito, se refugia en las montañas y se convierte en un *utlaw*. Los bhiles, cuyo mismo nombre significa proscrito, *utlaw*, abren sus jerarquías al deshonrado. Pero como entre ellos el matrimonio es exogámico, es decir, está prohibido entre individuos de un mismo clan, antes que el recién llegado pueda escoger esposa es necesario que le adopte un clan; en seguida se casa en otro. Lo mismo ocurre después del rapto de una doncella por esos malhechores; no soñarían los bhiles en casarla con ninguno de ellos antes que entrara oficialmente en uno de sus clanes, dentro del cual resulta entonces imposible que escoja un marido. Tanta facilidad mezclada con tanto rigor demuestra bien las tendencias de este pueblo á constituirse como sus más civilizados vecinos y demuestra al mismo tiempo lo primitivo de su estado.

El casamiento se celebra entre los bhiles con la mayor sencillez; los dos prometidos desaparecen durante algunos días en el fondo del bosque y vuelven anunciando su unión, que es en lo sucesivo consagrada. Es muy raro que el divorcio la disuelva.

Habitan los bhiles en ciudades fortificadas que llaman *pales*; de aquí el nombre de *palaris*, que las gentes de la llanura les dan,

no sin ánimo de menosprecio. No obstante, los *palaris* ó habitantes de los pales, que son, además de los bhiles, los mheres y los minas, no perteneciendo todos ellos á casta alguna, no están mirados como impuros por los indos.

La religión de los bhiles es tan primitiva como sus costumbres. Adoran los árboles y ponen á su pie pequeñas losas formando altares que riegan de sangre ó de ocre, rojo símbolo de la vida. Sienten un gran respeto por el dios mono Hanumán, lo que es notable, pues este ser fantástico fué el compañero de Rama, el héroe ario, y le ayudó á conquistar la India contra sus primeros habitantes.

Entre las poblaciones semisalvajes del Rajputana se cuentan aún los mheres y los minas de que más arriba hemos hablado. Forman los dos eslabones que unen los bhiles salvajes á los jates civilizados. Viven en los montes Aravulli, en el corazón del Rajputana, en número de muchos cientos de miles. Construyen como los bhiles ciudades fortificadas; muchos han conservado hábitos de pillaje y se reclutan aún entre todos los huídos de otras razas, rajputes ó jates. Estas mezclas contribuyen á ennoblecen su tipo que en los minas se acerca mucho al de los jates.

La civilización progresa en estos dos pueblos rápidamente. Comienzan á cultivar la tierra y á adoptar el culto brahmánico; pero siguen aún sus prácticas tibiamente y conservan para los árboles, para los altares de piedra y para el hierro el respeto de sus hermanos los bhiles. Los mheres y los minas han adoptado un dialecto indo, en tanto que los bhiles del centro hablan una lengua semejante á la de los gondes.

6.º — POBLACIONES DE GUZERAT Y DE LA PENÍNSULA DE KATTYWAR

Se extiende el Guzerat al Sur del Rajputana y comprende una parte continental, que es el Guzerat propiamente dicho, comarca rica, fértil y cubierta de ciudades prósperas como Baroda, Surat, Ahmedabad; y una parte peninsular y montañosa, la península de Kattywar, separada de la primera por el golfo de Cambay.

Este país, bañado por el mar, accesible á los mercaderes llegados de todos los puntos del mundo que hacen un comercio muy activo, ofrece una población mezclada en extremo. Se ven allí mahrates, rajputes, jates, bracmánicos ó jáinicos; musulmanes, chiites ó sunnitas; parsis, y en fin, tribus aborígenes, dravidianas como los bhiles, ó kolarianas como los kolis.

○ En la península de Kattywar las montañas del centro sirven aún de refugio á hordas salvajes, mientras que en las ciudades y sobre las costas dominan los indos de la secta jáinica. Esta secta análoga al budismo es la de la India que concede más importancia á la construcción de santuarios en honor de sus divinidades; por esto cubren la península admirables ejemplares de la arquitectura inda. Sobre la doble cima del Satrunjaya, montaña del Sudeste, se eleva una ciudad compuesta de templos en la cual es permitido adorar, pero no vivir; cuando se acaban las devociones bajo las bóvedas imponentes y entre los pilares ornados de delicadas esculturas, desciende el fiel á Palitana, la ciudad verdadera, que se extiende al pie del monte sagrado.

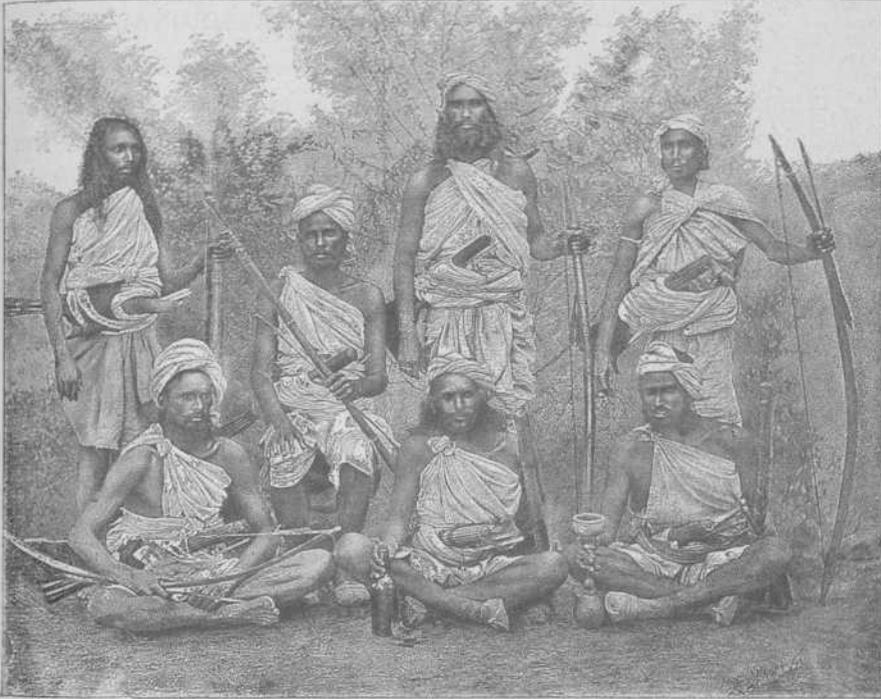
○ En el Guzerat prepondera una secta vishnuita cuyas prácticas son muy curiosas. Toda la religión de los fieles consiste en la ciega veneración de una treintena de grandes sacerdotes que llevan el título de maharajahs y viven á costa de esos fieles. Para dar una idea del género de vida de estos sacerdotes y de la candidez de sus partidarios, citaremos otra vez á M. Malabari, escritor indo y editor del *Indian Spectator* de Bombay.

«El sacerdote deificado, dice, es el maharajah, encarnación visible de Vishnu-Krishna, á quien todo piadoso vishnuita consagra su cuerpo, su espíritu, su propiedad, y no solamente los suyos, sino los de cualquiera que de él dependa.

»... Véase algunos de los impuestos que el maharajah exige de sus devotos adoradores: Por el honor de contemplarle, 5 rupíes (10 pesetas aproximadamente); por el de tocarle, 20 rupíes; por el de lavarle los pies, 35. Por el gozo de sentarse á su lado, 60; por ocupar la misma habitación que él, de 50 á 500; por el placer de ser azotado por su mano, 13; por beber del agua en que

se ha bañado ó en la que ha lavado su ropa sucia, 19. En fin, por realizar con él el *Rasi Krida* (literalmente *esencia del placer*), las mujeres han de pagar de 100 á 200 rupíes.»

El autor citado hace notar á propósito de este último punto, que constituye un fenómeno psicológico incomprensible ver hom-



Minas, tribu semisalvaje del Rajputana

bres muy celosos de sus mujeres y mujeres muy celosas de sus deberes renunciar así á sus más caros sentimientos. El fenómeno interesante de observar, no encuentro que sea del todo incomprensible. De los diversos móviles capaces de influir en las almas, la fe religiosa ha sido siempre el más potente. Enseña al hombre á soportarlo y á desafiarlo todo. Sólo fortificándose en la fe han contemplado sonriendo los mártires las hogueras y han creado los conquistadores gigantes imperios.

CAPITULO III

RAZAS DE LA INDIA CENTRAL Y MERIDIONAL

Hemos sido fieles en nuestra descripción de las razas á las distinciones geográficas adoptadas en nuestro capítulo de los medios. Después de haber indicado los caracteres principales de los pueblos del Indostán, pasamos á los del Dekkán, conservando á este nombre su significación más corriente, es decir, haciéndole comprender la región que se extiende desde el Nerbudda y el Sone hasta el cabo Comorín.

Estudiaremos desde luego en el Dekkán los maharattes, el único entre los pueblos del Sur que podemos relacionar directamente con los invasores. Después pasaremos á las razas dravidianas, grupo muy antiguo y del todo distinto de las poblaciones descritas hasta aquí. Terminaremos, en fin, por los salvajes del macizo central, cuya mayor parte es de kolarianos, es decir, forman el último grado de la escala de las razas de la India y son los más antiguos representantes de la especie humana en esta comarca.

I.º — MAHARATTES

El nombre de maharattes procede de Maha Rashtra, que significa el Gran Reino. Este nombre y la raza que lo designa son antiquísimos en la India, sin que puedan determinarse exactamente ni los límites del antiguo Maha Rashtra, ni el origen exacto del pueblo que lo habitó. No aparecen hasta el siglo xvii en la historia los maharattes; pero el papel que desempeñaron entonces fué de la más alta importancia, pues conquistaron gran parte de la India y estuvieron á punto de crear un imperio indígena.

Están hoy agrupados en número de diez millones aproximadamente en el Noroeste del Dekkán, entre los Ghates occidentales y los Satpura, y ocupan sobre todo la región montañosa donde se halla el origen y el curso superior del Godavéry y del Kistna. Convertidos desde tiempos muy remotos á la religión brahmánica, están divididos en castas; pero cada una de estas castas está reputada muy inferior á la que lleva el mismo nombre en los otros pueblos y los maharattes en masa no son apenas considerados por los indos sino como sudras. Esta circunstancia prueba que nos hallamos en presencia de una raza hace tiempo vencida y sometida. Su tipo es más bien turanio, pero en realidad mal definido, como el de todas las poblaciones mezcladas. Son de talla media, tienen la piel de un amarillo más ó menos obscuro, los pómulos ligeramente salientes, los ojos pequeños, la nariz de ordinario remangada y de anchas ventanas. Las mujeres tienen la piel más clara y una larga y abundante cabellera de un negro de azabache.

Forman una federación de comunidades independientes en que cada una está gobernada por un alcalde de elección llamado *patel*, y cada una envía sus diputados al *pantchayat*, especie de asamblea nacional. El apego de este pueblo á sus antiguas instituciones es tal que hasta cuando se constituye un reino no lleva su soberano otro título que el de *patel* y la autoridad suprema continúa en el seno del *pantchayat*.

Además de este importante grupo maharatte de los Ghates occidentales es preciso citar aquí los Estados maharattes de la India central. No están á la verdad del todo habitados por poblaciones de esta raza, pero sí gobernados por dinastías de ella originarias y que representan aún en nuestros días el prestigio y la pujanza de los antiguos conquistadores. De esos Estados que se extienden sobre un espacio de muchos cientos de kilómetros desde el Jumna hasta los montes Vindhya, en el Rajputana, el Bundelkund y el Guzerat, el de Gwalior es el más importante. El maharajah de Gwalior pertenece á la célebre familia de los Scindyas que supo levantar un floreciente reino sobre

las ruinas del imperio de los mogoles, resistió muchas veces victoriosamente la invasión inglesa y conservó su trono cuando en todas partes caían las soberanías indígenas.

Los principios de la dinastía de los Scindyas fueron modestos; en 1725, Ranaji Scindya era simple vendedor de chinelas en la corte del Peichwah de Puna. Se engrandeció tanto por la astucia como por el genio; sus descendientes Madhaji y Daolat Rao resultaron los héroes de la independencia de la India é hicieron supremos esfuerzos para reunir los pueblos indígenas en una acción común contra los conquistadores ingleses.

El fundador de la pujanza maharatte, el que en el siglo xvii formó una nación guerrera y temible de esas pequeñas comunidades de agricultores oscuros hasta entonces, era un simple aventurero llamado Sivaji. Bajo su influencia se organizaron los audaces bandos de aventureros que saliendo del Dekkán fueron á aterrar hasta las ciudades de la embocadura del Ganges y destruyeron el imperio mogol. Sus descendientes de hoy no se les parecen apenas, y sólo los brillantes rajahs de Gwalior y de Indore han conservado algunos restos del prestigio que ejerció un día su raza.

2.º — CARACTERES GENERALES DE LAS RAZAS DRAVIDIANAS

Los dravidianos, de que vamos á ocuparnos ahora, parecen resultado de la mezcla de poblaciones primitivas de la India con los invasores amarillos venidos del Nordeste por el valle de Brahmaputre, después de alianzas más recientes realizadas entre los pueblos ya mezclados y los conquistadores turanios llegados al Noroeste. Según domina más ó menos el elemento primitivo, se ha subdividido este grupo en dos: los protodravidianos, formados por las primeras mezclas, y los dravidianos propiamente dichos, nacidos de las uniones de los protodravidianos con los turanios.

En términos generales, toda la India al Sur del Godavéry es dravidiana y se la designa á veces con el nombre de Dravidia.

Los protodravidianos se encuentran aún en las regiones montañosas donde hemos visto que los primitivos han sido rechazados poco á poco y han conseguido escapar casi enteramente á la influencia de las invasiones extranjeras.

A pesar del número y de la diversidad de pueblos dravidianos y protodravidianos, pueden señalarse entre ellos ciertos caracteres generales, como el color obscuro de la piel, la pobreza de su sistema veloso, su color negro, su aspecto lacio, la gordura de su nariz y la anchura de las ventanas de ésta, la inferioridad de su talla y la forma de su cráneo, que ha permitido clasificarlos entre los pueblos subdolicocefalos. En lo moral pueden señalarse entre ellos la existencia de cultos primitivos, el desarrollo de creencias supersticiosas y el respeto á las castas que acaso existieron entre ellos antes mismo de la invasión de los arios en la



Oficiales árabes de Hyderabad (1)

(1) El personaje de la izquierda de este grabado es el coronel jefe de los guardias del Nizam. El de la derecha es su hijo. El coronel mandaba la escolta

2-
día. Cuando éstos los combatieron poseían, á juzgar por los relatos del *Ramayana*, cierta civilización. Sabían trabajar los metales, construir navíos, fabricar telas y objetos de alfarería y conocían el arte de la escritura.

Sus lenguas no se relacionan en nada con el sánscrito, y antes que éste fuese descubierto las estudiaban ya los sabios de Europa. Subdivididas en multitud de dialectos, forman cuatro grupos principales en cada uno de los cuales se encuentran una gramática y una literatura; tales son: el *canarés*, hablado sobre todo al Oeste en los Ghates occidentales, el Konkán y el Malabar; el *malayalam*, hablado principalmente en la costa de Malabar; el *telegu*, hablado al Este en las cuencas del Godavéry y del Kistna; el *tamul*, hablado al Sur, sobre la costa de Coromandel, en el cabo Comorín y en una parte de la isla de Ceylán.

Entre los dravidianos propiamente dichos, que llenan el Sur de la India desde el Godavéry hasta el cabo Comorín, se encuentran grupos de poblaciones salvajes habitando generalmente regiones escarpadas donde las invasiones sucesivas las han rechazado. Representan los primeros habitantes del suelo no mezclados ó muy poco mezclados con el elemento amarillo.

Si se los pone aparte, se ven esparcidas sobre toda la llanura del Dekkán, las espesas capas de la raza dravidiana propiamente dicha, calculada en cincuenta millones de hombres.

Aunque esos dravidianos están aún lejos de formar una población absolutamente homogénea, no puede apenas dividírselos sino atendiendo á los dialectos que hablan. Todos han entrado desde hace mucho tiempo en el movimiento de la civilización, todos profesan la religión brahmánica y forman subdivisiones de la casta sudra. Los salvajes, por el contrario, á despecho de las distinciones que á veces establecen ellos mismos entre sus diferentes clases, entran en masa en la que para los indos forma el

que me acompañó á la fortaleza de Golconda. El tipo árabe del primero está visiblemente alterado en la fisonomía del segundo por la mezcla de sangre inda. Todos los árabes que siguen emigrando al Nizam se alteran así rápidamente por los cruzamientos.

desecho de la humanidad, la multitud de los sin casta, de los *utlaws*, de los parias.

El grupo que va á la cabeza de los dravidianos, desde el punto de vista del grado de civilización, es el grupo *tamul*, situado al Este y al centro de la India dravidiana. Entre la población tamul es donde se elevan Madras y Pondichery. En Madras se imprimen sin cesar libros tamules. La riqueza de palabras y de giros de la lengua tamul la hacen muy literaria. Es hablada por quince millones de hombres y tiende á imponerse sobre los otros idiomas dravidianos, telegu y canarés. Algunos de sus libros cuentan mil años de existencia.

El pueblo tamul es bastante enérgico, emprendedor y accesible al progreso. En él quizá está todo el porvenir de la India.

Los telegus, que ocupan en parte la costa de Coromandel y se extienden hacia el Sur, tan importantes en número como los tamules, les son inferiores en cuanto á la civilización.

El grupo malayalam, cuyo dialecto es uno de los cuatro principales entre los dialectos dravidianos, se extiende sobre la costa de Malabar. Los indos que forman parte de él son, al contrario de los tamules, refractarios á la civilización y apegados á sus antiguas costumbres.

En fin, al centro del Dekkán y comprendiendo el Mysore con la parte occidental del imperio del Nizam, se encuentra el Karnata ó la «Tierra negra.» En esta región es donde se habla el canarés, la tercera lengua dravidiana literaria. De su nombre Karnata los europeos han hecho Carnática y lo han aplicado erróneamente á la costa oriental al Sur de Coromandel. El verdadero país negro es el del centro, allí donde en las depresiones del suelo basáltico, gastado por los torrentes de los monzones y las inundaciones de los ríos, se ha acumulado el *regar* ó tierra negra, tan propicia para el cultivo del algodón.

Después de haber estudiado los caracteres generales de las poblaciones dravidianas, nos falta describir las poblaciones que forman masas aisladas que representan, como ya hemos dicho, vestigios más ó menos puros de poblaciones primitivas.

3.º — POBLACIONES DEL KONKÁN

Se designa bajo el nombre de Konkán toda la costa que se extiende desde el golfo de Cambay hasta el Sur de Goa, donde comienza la de Malabar; se distinguen á veces dos Konkanes, el septentrional y el meridional. Fácilmente, se comprende que este país, inclinado hacia los mares del Occidente por los cuales llegaron hace largo tiempo los comerciantes y los aventureros de Europa, de Asia y de Africa, esté habitado por una población muy mezclada. No se encuentra allí apenas grupo étnico especial bastante caracterizado para merecer el honor de ser mencionado.

Sobre los flancos de los Ghates se han mantenido, sin embargo, algunas tribus salvajes que habitan en las selvas y que se distinguen sobre todo por la agilidad con que los hombres trepan á los árboles como monos. Esta agilidad les sirve para la explotación de las palmeras, que forman una de las riquezas de la comarca y proveen á los habitantes, á la vez que de alimento, de vestido y de abrigo, con su savia, su madera, sus frutos, sus fibras y sus hojas.

Entre estos pueblos selváticos es en los que Tippu-Sahib quiso un día introducir el uso de los vestidos. Hizo distribuir piezas de tela que los desgraciados contemplaban con consternación y sin atreverse á servirse de ellas. Uno de sus jefes se echó, en fin, lleno de lágrimas, á los pies del sultán, diciendo: «Señor, tú sigues con tu pueblo el uso de tus padres; deja también que nosotros nos conformemos con las costumbres de nuestros antepasados.»

Entre los tires de la costa de Malabar las mujeres se visten solamente de cintura abajo y miran como tan indecente y tan deshonesto cubrirse el seno, que las púdicas inglesas, que las emplean á veces como criadas ó como nodrizas, no pueden persuadirlas y han de renunciar á ello, como Tippu-Sahib á vestir los salvajes cultivadores de palmeras.

4.º — POBLACIONES DE LAS COSTAS DE MALABAR (NAIRES, ETC.)

Las diversas poblaciones de la India poseen instituciones y costumbres que representan las formas de evolución por que los pueblos civilizados han pasado antes de llegar al estado actual. Recorriendo la inmensa península puede volverse á hallar todas las fases de existencia recorridas por nuestros antepasados.

Los naires de la costa de Malabar ofrecen precisamente algunas de esas instituciones primitivas que en Occidente sólo conocemos por los libros. Puede estudiarse hoy éntre ellos la familia maternal tal como existió en la aurora de nuestra historia.

Investigaciones modernas, que se hallarán en nuestra obra *El hombre y las Sociedades, sus orígenes y su historia*, han probado que la familia maternal fué la primera institución que sucedió á esas formas primitivas de comunidad, donde todas las mujeres de una tribu, y por consecuencia sus hijas, pertenecían á todos los hombres de la tribu. Esa institución nueva, el matriarcado, fué el verdadero origen de la familia que no hubiera podido sin ella nacer. Dando á los hijos la mujer por jefe y reconociéndoles el derecho de heredar su nombre y sus bienes, sustituyó los intereses colectivos, siempre débiles, con los intereses individuales, siempre poderosos.

Francisco Pyrard, que visitó la costa de Malabar á principios del siglo xvii, hizo de los naires una descripción que con pocas diferencias podría aplicarse en nuestros días. Los pinta como audaces y brillantes guerreros, cuyo carácter y costumbres recuerdan algo los de la caballería feudal europea de la Edad media. Son, según él, fieros é intrépidos, celosos de su independencia, generosos, sentidos en cuanto al honor, y corteses con las mujeres.

Formaban los naires en el siglo xvi una población rica y pujante que poseía importantes ciudades. «En Calcuta, escribe el viajero más arriba citado, el Zamorín (Tamuli ó gran Tamul) es uno de los más grandes y de los más ricos príncipes de la In-

dia. Puede poner en armas 150.000 naires... Todos los reyes naires de esta costa, excepto el de Cochín, son vasallos suyos y le obedecen.»

Desde el punto de vista físico, constituyen los naires una raza muy bella. Son de talla elevada, de formas graciosas, extremidades finas y tinte moreno, pero no demasiado obscuro.

El nombre de naires significa *los amos*, y en efecto, forman la casta aristocrática y dominante de la costa de Malabar. Sometidos un día por los bracmanes, han acabado por sacudir su yugo y sólo á duras penas han logrado éstos mantener entre ellos sólo su autoridad espiritual. Estos bracmanes, cuyo origen no es ario, no son por otra parte considerados como iguales de los bracmanes arios del Norte de la India, y los mismos naires, que se llaman kchatryas, están mirados como sudras por los indos. No por eso los naires tratan con menos altivez á las poblaciones que les rodean, los tires, que les están sometidos, aunque son de más pura sangre, como lo indica su piel más blanca, y los moplahs, mestizos árabes que profesan el islamismo; estos últimos son además muy bravos y sostienen con sus señores mortíferas luchas.

La forma primitiva de la familia designada con el nombre de matriarcado, que hemos hallado entre los naires, ha sido hoy relevada en la mayor parte de los pueblos por formas de evolución superiores. No subsiste sino en muy pequeño número de poblaciones, tales como las khassias del Assam, de que ya hemos hablado, y las naires, de que nos ocupamos ahora.

En los pueblos completamente primitivos no existe nada análogo al matrimonio, pues todas las mujeres de una tribu pertenecen indistintamente á todos los hombres de la misma. En esa forma de evolución un poco superior, caracterizada por la familia maternal, tal como existe entre los naires, las mujeres no tienen sino un reducido número de maridos y poseen la dirección exclusiva de la familia.

El matrimonio no existe entre los naires sino bajo la forma casi primitiva conocida con el nombre de poliandria y es igual-

mente probable que las ceremonias que lo preceden no se remontan más allá de la época en que los bracmanes se hicieron sus dueños. El matrimonio es desde luego monogámico; pero la duración de esta unión monogámica se limita á algunos días. El novio coloca en el cuello de la novia un collar que ella no debe quitarse, y á la aceptación y conservación de este collar se reducen sus deberes conyugales. Al cabo de algunos días el marido es despedido con una recompensa y debe dejar su puesto á numerosos sucesores. La joven naire es propiedad, no de la tribu entera como en la familia primitiva, sino de un cierto número de miembros, con la restricción importante, sin embargo, de que será ella quien escogerá á su gusto los maridos que deben contribuir á la perpetuación de la familia, y cuyo número total no pasa apenas, por otra parte, de una docena. La joven naire, establecida con sus hermanos, desde el momento de su unión con su primer desposado recibe sus diversos maridos uno después de otro. Mientras continúan favorecidos, clavan su puñal en la puerta para indicar su presencia y sus derechos momentáneos.

Los hijos que nacen de estas uniones pasajeras no pueden, naturalmente, llevar otro nombre que el de la madre, pues el padre generalmente es desconocido.

La mujer naire es el verdadero jefe de familia y ejerce su autoridad, ayudada por su hijo mayor. Los únicos hombres que viven constantemente con ella son sus hermanos y sus hijos. Los hijos, educados así por su madre y sus tíos, tienen por estos últimos una afición análoga á la de los hijos por sus padres en otros pueblos. No separándose casi nunca de sus hermanas, sienten por ellas un cariño naturalmente profundo, que no podrán jamás sentir más tarde por sus mujeres, puesto que su unión con éstas no ha de pasar apenas de algunos días.

Sobradamente se comprende que en la familia así constituida, la mujer que educa los hijos, cuyos hijos han de heredarla, desempeña un papel esencial; el tío y los hermanos que viven con ella desde su infancia vienen en segundo lugar. En cuanto al papel del marido, que consiste únicamente en contribuir por una

cohabitación efímera á perpetuar la familia, es de una importancia escasísima. La mujer no se preocupa apenas sino de escoger el hombre más vigoroso y más bello. Tiene por otra parte el derecho absoluto de escoger quien le plazca, salvo, por supuesto, entre las gentes inferiores á su casta, bajo pena, en caso contrario, de degradación.

Entre los reproductores así escogidos se encuentran, naturalmente, los bracmanes por razón de su carácter sagrado y de su antiguo prestigio. Van los bracmanes de casa en casa á llevar la ofrenda de su preciosa sangre que eleva el nivel de la raza á que se unen.

Gozan los hombres entre los naires de la misma libertad que la mujer; puede decirse de esta población que practica á la vez la poligamia y la poliandria. Los pueblos pobres practican sólo forzosamente la poliandria; varios hermanos ó varios individuos de una misma casta se reúnen generalmente para disfrutar de la misma mujer. La poliandria se encuentra, por otra parte, en muchas regiones de la India, y muy particularmente al extremo Norte, en las regiones próximas al Thibet, y al extremo Sur, entre las tribus próximas á Madura. En Calcuta la mujer del rey tenía antes, aparte de su real esposo, diez maridos regulares escogidos entre los bracmanes.

Esta poliandria, tan chocante para nuestras ideas modernas, parece ser una institución antiquísima. En el *Mahabharata* se ve, en efecto, á los cinco hermanos Pandava casarse con la bella Droupadi, «la de los ojos de color de loto.»

Cuando muere un naire, no son sus hijos los que le heredan, sino los hijos de su hermana mayor. La legítima pasa de hija en hija, como antes el poder real en Travancore. Los hermanos disfrutan, bajo la autoridad de la madre, el dominio maternal, pero no tienen en él ningún derecho de propiedad.

La constitución de la familia maternal entre los naires debe estar perfectamente adaptada á la constitución mental de ese pueblo y á las condiciones de existencia en que se halla, puesto que se ha mantenido desde hace siglos á pesar de su contacto

con los musulmanes y los cristianos establecidos sobre la costa de Malabar desde muy antiguo. La conquista bramánica no ha podido jamás destruirla.

5.º — POBLACIONES DE LOS NILGHIRIS

El gran macizo de los Nilghirris está habitado por poblaciones salvajes de fisonomía muy diferente entre sí. Sus costumbres, de estudio muy interesante, nos ofrecen la fiel imagen de épocas primitivas que desaparecieron. Se las ha dividido en cinco tribus distintas: los todas, los badagas, los kotahs, los kurumbas y los irulas.

Los todas habitan la cima de la montaña y representan la escala más elevada de esta serie. Son poblaciones exclusivamente pastoriles, que hablan un dialecto canarés. Se supone que son emigrantes venidos de Karnara hace ocho siglos. Su número no pasa de un millar.

Los badagas son inmigrantes venidos del Mysore, hacia el siglo XVI. No difieren apenas de los habitantes de la llanura sino por un grado menor de civilización. Forman la población más numerosa de la montaña. Su número es aproximadamente de 25.000. Son poblaciones agrícolas. Su lengua es generalmente el canarés.

Más abajo de esas dos poblaciones, cuyo origen es bien conocido, se encuentran los kotahs, los kurumbas y los irulas, cuyo número total no pasa de 3.000. Son, sin duda, residuos de poblaciones aborígenes. A sus antecesores se atribuye esos monumentos megalíticos, análogos á nuestros dólmenes y menhires, de que está cubierta la región. Hablan dialectos dravidianos parecidos á los de los habitantes de la llanura con los cuales están en contacto; los kotahs representan el elemento industrial de la montaña. A los irulas, que viven en la base de ésta, en las selvas, puede clasificárselos entre los últimos ejemplares de la especie humana. *

Vamos á examinar sucesivamente la fisonomía, los hábitos y

las costumbres de esas diversas poblaciones de que acabamos de indicar el origen.

Todas. — Los todas son, como ya hemos dicho, los más adelantados de los pueblos de los Nilghirris. Bastante altos de estatura, su cabellera es negra y abundante, su barba igualmente poblada y ensortijada, sus labios gruesos, su nariz generalmente derecha y muchas veces aguileña, su andar elegante. La dulzura de su carácter, su alegría, su amabilidad, su candor, sus hábitos pacíficos, su gusto en el vestir, su fisonomía, su distinción natural hacen que no pueda confundírseles con groseros salvajes. Representan más bien el salvaje ideal, el hombre de la naturaleza tal como se complacían en pintarlo en el siglo XVIII Rousseau y su escuela.

El nombre de Toda significa *pastor*. La única ocupación de los todas es cuidar de sus rebaños. Los buenos pastos de los Nilghirris nutren magníficos ganados; la leche que proporcionan constituye la base de la alimentación de los habitantes. Así los todas veneran á sus ganados hasta la adoración. La vaca es para este pueblo, como para los badagas, el animal sagrado; su iglesia es el establo y su sacerdote lleva el nombre de Palal ó gran lechero. Ordeñar las vacas y hacer manteca ó queso son ocupaciones santas que revisten de un carácter augusto al que se dedica á ellas. La divinidad suprema es una vaca ilustre por su genealogía, y el gran pontífice algún pastor más experto que los demás en el arte de criar y de cuidar las bestias.

La vaca, el animal sagrado, interviene en todas las ceremonias y preside todos los acontecimientos importantes de la existencia. Cuando el toda nace, se le pone bajo la protección de los rebaños; cuando muere, se hace desfilas ante su cadáver todas las vacas de su tribu, y se inmolan dos que deben seguirle al reino de las almas. En ciertas épocas del año se atribuyen los pecados del pueblo á un ternero llamado *Bassava*, y en seguida se lo echa á palos al fondo de los bosques y se supone que su huida purifica la nación. Es esta, como se ve, una costumbre idéntica á la del macho cabrío emisario de los hebreos.

Además del culto de las vacas, los todas, lo mismo que todos los pueblos primitivos, adoran las almas de los muertos. Cuando uno de ellos sucumbe de muerte violenta, se figuran que su espíritu vuelve animado por el deseo de venganza á vagar alrededor del arma que le hirió, y el cuchillo ensangrentado ó cualquier otro instrumento de muerte se transforma para ellos en cosa respetable que colocan entre sus otras reliquias, las mantequeras, los botes de manteca y los moldes de queso. Una superstición curiosa de los habitantes de los Nilghirris consiste en ver en los kurumbas, esos groseros habitantes de los jungles, habitados á los miasmas deletéreos y que languidecen en un aire



Toda de los Nilghirris
(De una fotografía de la colección de M. Brecks.)

insalubre, magos de un poder sin límites. Una desgracia cualquiera sobreviene á una familia, diezma los rebaños de los badagas una epidemia, se llama precipitadamente á un kurumba y se le suplica que detenga el mal que ha causado. Acata complaciente el salvaje esta opinión que le da importancia, comienza á gesticular, á dar vueltas sobre sí mismo y después se echa al suelo dando alaridos.

Los todas profesan igualmente un respeto religioso por los árboles. Sus casamientos, que son por otra parte de lo más primitivo, no son oficiales sino cuando la prometida ha llegado sin obstáculo al séptimo mes de su primer embarazo. Los esposos van entonces á pasar una noche al fondo del bosque al pie de uno de los más hermosos árboles, bajo la protección del cual ponen la criatura que va á nacer. Cuando nace, el padre toma hojas del árbol, y plegándolas á modo de copa, vierte en ellas algunas gotas de agua; después el recién nacido y sus parientes deben humedecerse los labios con el líquido, y por esta especie de comunión mística queda la familia definitivamente fundada.

Algunas importantes ceremonias preceden además al matrimonio. Cuando un joven escoge — siempre dentro de su propia casta — una joven y es aceptado, debe comprometerse á pagar por ella una cierta suma á su futuro suegro. Este le pone el pie sobre la cabeza y le reconoce como su hijo. Después la desposada es conducida en traje de fiesta y acompañada de cantos á su nueva casa. Se prosterna allí ante su marido, que á su vez pone el pie sobre su cabeza; los suegros hacen lo mismo. Se la envía entonces á buscar un cántaro de agua, y el cumplimiento de este insignificante encargo doméstico indica que llenará en lo sucesivo en la casa el papel de sirvienta.

El casamiento así celebrado no es, por otra parte, sino un ensayo de matrimonio. No es, en efecto, reconocido sino al séptimo mes del primer embarazo, cuando en un alegre banquete la mujer se pavonea y enseña á todos la transformación de su talle y su marido le ata al cuello una cinta que recuerda el *tali* de los naíres.

Los todas son polígamos y poliandrios, pero bajo aquella forma primitiva en que todo un grupo de hermanos se casa con todo un grupo de hermanas y en que cada mujer tiene varios maridos todos hermanos, y cada marido varias mujeres todas hermanas. Cuando un hombre se casa, se casa no sólo con su mujer, sino con las hermanas doncellas de ésta, que le pertenecerán sucesivamente cuando lleguen á la pubertad y de las que se

convierte en dueño con sólo pagar el precio que se comprometió á dar por la mayor. Por otro lado, sus hermanos tienen el derecho de poseer todas sus mujeres con la condición de ayudarle á pagar la suma convenida. A pesar de tantas facilidades matrimoniales y de la posibilidad del divorcio, los suicidios por contrariedades de amor no eran raros, según parece, en esas poblaciones primitivas: esta aserción, empero, creo que merecería ser sometida á un examen formal.

Se reparten los hijos según las edades entre los diferentes maridos de su madre: el mayor pertenece al esposo en propiedad, el segundo al mayor de sus tíos, el tercero al segundo tío, y así sucesivamente.

Tienden estas costumbres primitivas á desaparecer entre los todas. Los que de entre ellos son bastante ricos para comprarse una mujer y poseerla solos, están muy orgullosos y dejan la poliandria á las clases bajas.

A la muerte de su padre los hijos heredan por porciones iguales. No obstante, el más joven conserva la casa con la carga de recoger en ella y en ella mantener las mujeres de la familia.

La propiedad no existe entre los todas, ó al menos está limitada únicamente á la casa y á los objetos muebles. La tierra es poseída en común y no sirve, por otra parte, más que para producir hierba para los rebaños, pues los todas no se dedican á la agricultura.

No se dedican tampoco á la caza y casi ni siquiera tienen armas. No aspirando más á atacar que á defenderse, conténtanse, para evitar la invasión de sus cabañas, con hacer muy bajas las puertas.

Viven los todas, como los badagas, en ciudades; mientras que los kotahs y los kurumbas habitan miserables chozas, y los irulas viven en hoyos al abrigo de los árboles, como las bestias.

Badagas. — No tienen los badagas ni en su aspecto ni en su carácter la gracia y la nobleza de los todas. Son más pequeños, más negros, los cabellos escasos, la barba rala, la nariz remanada y los labios gruesos. Son astutos, duros y avaros, y se em-



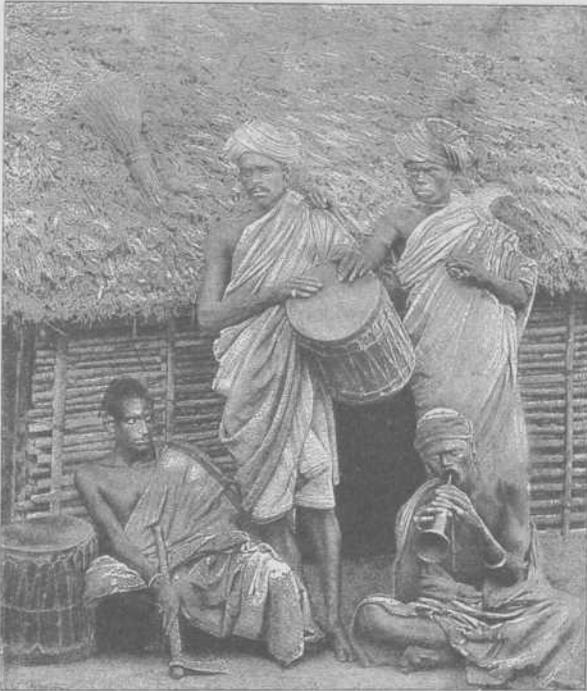
brutecen por el uso del opio. Constituyen el pueblo más numeroso de los cinco que habitan los Nilghirris. Toda la agricultura de esta rica comarca está en sus manos, lo que no les impide ser pastores. Los badagas tienen algunas creencias análogas á las de los todas, pero se aproximan al brahmanismo por la semejanza de su culto. Veneran á Linga y adoran á Siva bajo la forma de un toro. Sus matrimonios son tan fáciles de realizar y tan complicados por el número de mujeres y de maridos como los de sus vecinos los todas. Las ceremonias de los dos pueblos son poco más ó menos semejantes, y se distinguen igualmente por la confusión que se produce en ellos entre las manifestaciones de dolor y las de la alegría; los todas y los badagas acompañan sus felicitaciones con sollozos, se lamentan danzando y celebran sus funerales en medio de orgías.



Kurumbas, Kotahs é Irulas. — Estas tres tribus son, desde el punto de vista etnológico, muy distintas de las precedentes. Representan vestigios de antiguas poblaciones aborígenes. Son de las razas ruines, con la piel negra, la barba áspera y erizada y los cabellos lanudos, al menos en los hombres. Los labios son gruesos, el pecho plano, los brazos largos y las piernas cortas. Esta descripción se refiere sobre todo á los kurumbas y á los irulas. Algunos viajeros han hallado una gran analogía entre estas poblaciones y los indígenas de la Australia.

Los *kurumbas* habitan al pie de la montaña en grandes cabañas donde se reúnen varias familias. Estos pobres seres son á la vez temidos y menospreciados por los badagas y por los todas; las mujeres de estos últimos pueblos se desmayan á veces de pavor al ver de improviso kurumbas. Préstanse, por otra parte, estos desgraciados á hacer el papel de hechiceros, condición que les atribuye la credulidad de sus vecinos y que les vale en definitiva más golpes que regalos. Sus profesiones son variadas, pero poco productivas. Se hacen adivinos, magos, cantores ambulantes, y frecuentemente se contratan también como criados de los habitantes de la llanura. Saben cultivar algo el suelo y laboran la tierra con bastones puntiagudos.

Los *kotahs* no son sensiblemente superiores á los kurumbas, y llevan la misma miserable existencia; conocen diversos oficios y representan entre esos pueblos de la montaña la clase obrera. Sus modestas industrias, empero, no les enriquecen apenas. Sufriendo hambre casi perpetuamente, los *kotahs* no se sacian verdaderamente más que el primer día del año. Ponen entonces en



Irulas de los Nilghirris. (De una fotografía de la colección de M. Brecks)

común todas las provisiones que se han podido proporcionar y consumen tanto alimento como pueden durante cuarenta y ocho horas.

En cuanto á los seres colocados en el último grado de esta cadena, los irulas, viven en las selvas al pie de los Nilghirris. Completamente negros, encorvada la espalda, largos los brazos, delgadas las piernas, la cabellera rebelde y erizada, respiran el

aire funesto del Terai, que ha venido á ser para ellos, por una asimilación secular, la atmósfera necesaria y saludable. Si abandonan sus rincones infectos por el libre espacio y las brisas puras de las costas ó de las llanuras, se debilitan y mueren. Los salvajes que los rodean, ya tan groseros, los abruman de menosprecio suponiendo que viven con los tigres y que sus hijos crecen confundidos con las crías de los animales de todas clases.

Tienen los irulas con todo una virtud, la de la absoluta franqueza; acaso su inteligencia no se eleve hasta la ficción; el hecho es que la palabra de estos seres desgraciados prevalecería contra los juramentos más sagrados de los bracmanes.

Por toda industria trabajan los irulas el mimbre. Constituyen la base de su alimentación raíces, frutos y bayas salvajes.

6.º — GRUPOS DIVERSOS DE POBLACIONES SALVAJES DEL SUR DE LA INDIA

El macizo del Anamalah, que se levanta al Sur de los montes Nilghirris, encierra también tribus salvajes análogas; pero es preciso siempre exceptuar de esta comparación á los todas, que, como hemos visto, forman un grupo completamente aparte.

Los habitantes del Anamalah son los kaderos, que se llaman señores de los montes y se creerían deshonorados si cultivasen la tierra; se dedican á la caza. La agricultura está abandonada á los malsares, y los paliyares son, en fin, pastores ó mercaderes. Estos últimos dejan llegar hasta los riñones su cabellera espesa y rebelde, lo que les da aire de feroces. Los antropólogos creen poder conexionar estas razas á las negras del archipiélago malayo.

Otros grupos salvajes protodravidianos se encuentran aún en la India meridional. Se parecen estos grupos más ó menos por su aspecto, sus costumbres, sus ocupaciones y su religión, que no es sino un grosero fetichismo unido á la adoración de los espíritus, á los pueblos que acabamos de describir. Mencionaremos someramente los más principales de esos grupos. Son estos:

Los *chanáres*, que ocupan la extremidad meridional de la península, el Sur de Travancore y el cabo Comorín. Ascienden aproximadamente á 500.000, de los cuales 100.000, poco más ó menos, se han convertido al cristianismo. Los otros rinden culto á los espíritus de los muertos. Elévanse á la entrada de sus ciudades pequeñas pirámides sobre las que depositan ofrendas y frutos, granos y flores, destinados á atraer la protección de los buenos genios. Los chanares se dedican exclusivamente al cultivo de las palmeras. Estos preciosos árboles bastan á cubrir todas sus necesidades, pero su explotación es ruda y fatigosa. Hablan los chanares la lengua tamul, lo mismo que sus vecinos los *ilavas*, que no se diferencian de ellos gran cosa.

Sobre las alturas de los montes Alighirris, que prolongan al Sur el macizo del Anamalah, habitan los *kanikhares* que construyen sus ligeras habitaciones en las ramas de los árboles á fin de librarse de los venados de toda especie. En ese pueblo primitivo la propiedad es desconocida y los bienes son comunes; han pasado ya, sin embargo, de la poliandria á la monogamia, progreso que raramente se observa en los salvajes de la India.

Los *nayadis*, de los que habitan algunos alrededor de Calcuta y los demás en las cercanías del lago Pulikat, forman una de las más miserables poblaciones salvajes del Sur de la India. Recientemente no sabían aún encender fuego sino por el frotamiento de dos ramas secas.

Los *kolleres*, que pueblan las regiones montañosas de Coimbatour y de Madura, han renunciado desde hace poquísimos tiempos á las costumbres sangrientas. Antes un hombre que quisiese llevar la desgracia á su enemigo, cogía uno de sus propios hijos é iba á degollarlo al umbral de la casa de aquel á quien odiaba.

7.º — POBLACIONES DE LAS PROVINCIAS CENTRALES Ó GONDWANA

Terminada nuestra somera descripción de las razas del Sur de la India, remontaremos hacia el Norte del Dekkán y tendremos la vista sobre el sombrío macizo del Gondwana, situado al

centro de la península y que, apenas aún hoy explorado, encierra los restos de antiguas poblaciones que ha conservado al abrigo de las invasiones sobre sus mesetas inaccesibles ó en sus desfiladeros profundos.

Llámase Gondwana la región montañosa que forma el punto culminante de la península. Separa completamente la India gan-gética ó Indostán de la India meridional ó Dekkán. Participa á la vez el Gondwana, por su clima, su fauna y su flora, de esas dos comarcas entre las cuales interpone su masa infranqueable. Contra el Gondwana se han malogrado todas las invasiones. Se han detenido á sus pies, y si alguna vez lo han pasado ha sido sólo rodeándolo. Desde sus cimas se esparcen en todas direcciones, hacia el Ganges, hacia el golfo de Bengala ó hacia el mar de Omán, ríos que confunden sus manantiales en esas misteriosas alturas.

La palabra infranqueable que hemos empleado no es la más propia desde hace veinte años. Pero ese corto espacio de tiempo y los milagros que ha visto el Gondwana realizarse gracias á los descubrimientos de la ciencia moderna, no pueden ser tomados en consideración cuando estudiamos las razas de la India y el estado á que han podido llegar por su solo desenvolvimiento y bajo la influencia prolongada de los medios en que han vivido.

Verdad es, sin duda, que, por ejemplo, los sacrificios humanos, prohibidos por el gobierno inglés, han cesado en muchas partes; verdad que las exigencias de la cultura inglesa han generalmente sustituido con la tela de Mánchester el ramo de hojas, único vestido de los habitantes desde hacía siglos; verdad que el camino de hierro de Bombay á Calcuta bordea el Nerbudda que limita al Norte las provincias centrales, y que una segunda línea, pasando por Nagpur, penetra en el corazón mismo del país de los gondes. Es verdad, además, que en medio siglo nada quedará quizá de las costumbres, de las creencias, de los hábitos que se han mantenido inmutables en el centro de la India durante miles de años. Pero aunque la hora de su desaparición esté próxima, no ha sonado aún, y es hoy posible estudiar

las poblaciones del Gondwana tales como subsisten bajo su forma primitiva en las regiones selváticas é insalubres de la comarca. Las de la llanura ó las de las mesetas fácilmente accesibles se indianizan rápidamente.

Los gondés, que han dado su nombre al país, ascienden á varios millones; pero sólo un millón y medio aproximadamente se conserva en estado completamente salvaje.

En el Sudeste de la comarca, hacia los manantiales del Pranhita y del Indravati, afluentes del Godavéry; hacia el Nordeste, en el macizo del Amarkantak y también en las montañas que bordean el curso superior del Nerbudda, es donde los últimos vestigios de la barbarie han encontrado un refugio contra la marcha invasora de la civilización en el Gondwana. Sobre esas regiones aún inexploradas circulan las mismas leyendas que hallamos en los libros arios relativas á todo el macizo central. Los indos de la llanura las describen como bosques llenos de gigantes árboles, bajo cuyo follaje reina una sombra temible y flotan mortales miasmas; añaden que los habitantes de esos bosques son feroces animales de gigantesca talla y horriblos monos que recuerdan la apariencia humana. De este modo representaba la imaginación á los antiguos invasores de la India la vasta extensión de las mesetas á que rechazaron á los aborígenes vencidos, pero donde no osaron ellos mismos penetrar.

Los maharattes fueron los que en el siglo XVIII se aventuraron primero en el Gondwana y establecieron allí su dominación, que no fué, por otra parte, jamás muy efectiva. Los esfuerzos de los ingleses han abierto definitivamente en nuestros días el país y perseguido la barbarie primitiva en sus temibles asilos.

Los pueblos que se refugiaron un tiempo en el Gondwana y se han encontrado allí rechazados de día en día por las invasiones, pertenecen á tres principales grupos: los bhiles, los koles y los gondés; estos últimos, más numerosos y de más antiguo establecidos en el país, son los que le han dado su nombre.

Hemos estudiado ya los bhiles; por otra parte, apenas quedan 20.000 en el Gondwana. La verdadera residencia de esta raza

dravidiana está más al Norte y más al Oeste. En cuanto á los koles, que no son sino también dravidianos, se cuentan aproximadamente 40.000 en las provincias centrales; se extienden sobre todo en el Chota Nagpore sobre la costa de Orissa, y hasta en el Bengala, donde los hemos hallado. Dos de sus tribus, los kurkus en los valles de Mahadeo, y los khondes, que no hay que confundir con los gondes, están igualmente comprendidos entre los habitantes del Gondwana. Sin perjuicio de reservar á los koles del Chota Nagpore un párrafo especial en que indicaremos los caracteres generales de sus diferentes poblaciones, vamos á ocuparnos exclusivamente de los gondes, verdadera base de la población en el Gondwana y el grupo étnico más importante en cuanto al número entre los aborígenes de la India.

Si los gondes no son una raza autóctona, puede por lo menos clasificárselos entre los protodravídianos como los más aproximados al tipo negrito primitivo. Muy feos, muy pequeños, muy negros, ocupan un grado muy inferior en la escala de las razas. Sus miembros, no obstante, son robustos y de buena musculatura, y ofrecen así un contraste con la apariencia ruin y casi disforme de ciertos salvajes de los Nilghirris y con la delgadez un tanto exagerada del indo. Su cara es vulgar, su nariz aplastada, sus labios gruesos, sus ojos pequeños, pero horizontales, y su cabellera de un negro brillante cae en ásperos mechones sobre las mejillas. Su traje consiste en una simple banda de tela alrededor de la cintura y otra alrededor de la cabeza. El de las mujeres, un poco más complicado, se compone de una pieza de tela que les envuelve las caderas y sube hasta la espalda cubriendo la mitad del busto. Pero se hallará aún entre los grupos aislados individuos que no han pasado del antiguo cinturón de hojas. Con frecuencia sopla sobre esas mesetas el viento Nordeste con fuerza, y resúltales á los gondes su vestido insuficiente contra el rigor del aire de la tarde ó de las primeras horas de la mañana: en este caso encienden grandes hogueras, alrededor de las cuales se calientan; pero les daría vergüenza añadir nada á su traje tradicional: su decencia es exactamente lo contrario de la nuestra.

Sus armas son muy sencillas: varios de ellos no conocen siquiera ni el arco ni las flechas; pero con el hacha que tienen siempre en la mano, lo mismo derriban la caza que el enemigo



Indos de casta inferior, conductores de palanquín

que los acomete, las enormes ramas que obstruyen su camino en el bosque ó el mismo tigre que persiguen audazmente hasta en su madriguera.

Si desdeñan cubrirse y armarse, en cambio ponen el mayor

cuidado en adornarse el cuerpo y la cara de pesadas joyas y fantásticos tatuajes; sobre todo las mujeres gustan con pasión de brazaletes y anillos de hierro, de los que llevan frecuentemente en piernas y brazos considerable número. Cúbrense mejillas y muslos de dibujos destinados á embellecerlas; por lo demás son algo menos feas que los hombres y tienen á veces hasta cierta gracia.

Dedícanse los gondes al cultivo de la tierra; pero este arte, como los demás, está entre ellos muy poco adelantado. Cuando han escogido un paraje favorable, comienzan por derribar los árboles que lo cubren, pues en su país el bosque se extiende por todas partes con la pujanza que adquiere en la zona tropical. Queman en seguida los sales, los mhowas, las gigantescas higueras, después siembran el grano y de ordinario se contentan con depositarlo en pequeños montones en el límite superior del campo en pendiente, dejando al viento y á la lluvia el cuidado de dispersarlo sobre el suelo. Instalan alrededor sus ligeras chozas de ramaje y esperan á la recolección. Obtienen una segunda, una tercera, hasta que la tierra esté agotada; después van á buscar otro sitio que desmontar y sembrar, llevando consigo sus casas y cambiando así de puesto cada dos ó tres años.

La insuficiencia de sus instrumentos y de su ciencia agrícola les reduciría á una gran miseria si esperasen su subsistencia sólo de la tierra cultivada. Su rico país les ofrece abundantes recursos; tales son los frutos de los mangos, de los sales, de las higueras y de los azufaifos, y sobre todo las flores del mhowa, que han salvado del hambre poblaciones enteras. De esas flores bienhechoras obtienen, además de un precioso alimento, un licor fermentado, con el que se embriagan en las circunstancias solemnes. Se nutren igualmente con la caza que pulula en sus bosques y con los peces que abundan en los ríos.

Sin ser cobardes, no constituyen los gondes un pueblo belicoso. No tienen los instintos agresivos y destructores de los bhiles. Son, sin embargo, como estos últimos, decididos ladrones, y aun á los que viven en la llanura y han entrado en el movimiento

de la civilización no se les ha podido persuadir de que no es natural robar cuanto hallan á su alcance perteneciente á los indos ó á los ingleses, entre los cuales viven. Sienten, sin embargo, horror á la mentira y se distinguen por esta cualidad, como casi todos los salvajes de la India, de los indos propiamente dichos, en los cuales la falsedad es proverbial.

Los gondes son en su terreno hospitalarios y pacíficos. No son crueles como no estén excitados por el fervor religioso ó por libaciones abundantes de arack, en cuyos casos se precipitan sobre una víctima para hacerla pedazos con uñas y dientes. En nuestros días esa víctima es raro que pertenezca á la especie humana.

No obstante, á pesar de la vigilancia de la policía inglesa, á la que por otra parte escapan muchos lugares impenetrables, muchas mesetas escarpadas, muchos valles infectos por las fiebres palúdicas, es probable que los sacrificios humanos se continúen en el país de los gondes; sólo en la región en que los europeos están en relación con esos pueblos es donde tienden á desaparecer los ritos sangrientos. El becerro, el cabrito ó la gallina misma son hoy reemplazados como ofrenda á la divinidad por maniqués de mimbre, figuras de tierra ó simplemente por flores y frutos. Los altares, construídos en un círculo de piedra al pie de los árboles sagrados, no se enrojecen hoy sino por un embadurnamiento de color que recuerda la sangre que antes se vertía allí.

A los demonios y á los espíritus malhechores es sobre todo á quienes los gondes ofrecen dones simbólicos ó sacrifican víctimas todavía. La creencia en los malos espíritus es universal entre los aborígenes de la India. Sus genios con intenciones generalmente perversas vagan al anochecer alrededor de las ciudades. Es preciso que encuentren á esa hora agua sobre el altar para apagar su sed, frutos para saciar su hambre, sangre vertida para satisfacer su venganza, ó el siniestro color rojo que debe engañarlos con su apariencia. Es preciso que encuentren también clavadas en el suelo estacas sobre las que puedan reposar sus

pies invisibles, pues les está vedado pisar la tierra y vagarían irritados sin esa precaución.

Los espíritus así temidos y adorados por todos los pueblos primitivos de la India son las almas de los muertos, y sobre todo las que han sido separadas del cuerpo de un modo trágico. Cuando alguno muere de una manera violenta, aunque sea voluntaria, se supone que su espíritu atormentado vuelve á vagar en los lugares en que pasó su vida y se le atribuye un poder maligno que es preciso conjurar por exorcismos y sacrificios. Las almas de las mujeres muertas con motivo del parto son las más difíciles de aplacar. También, si se da el caso de que un extranjero muera en su casa, conságranle inmediatamente un culto como acostumburan á hacerlo por los parientes. Habiendo sucumbido el capitán Pole á consecuencia de las heridas recibidas en un combate librado con motivo de tentativas que había hecho para atravesar Gondwana y ganar Madras, las poblaciones entre las cuales expiró, aterrorizadas con la idea de que su alma iba irritada á frecuentar en adelante sus hogares, le elevaron altares y procuraron hacérselo favorable por medio de ofrendas y de oraciones.

No adoran únicamente los gondes las almas de los muertos; puede decirse que todo es dios para ellos; las fuerzas y las plagas de la naturaleza son igualmente objeto de su adoración. Cada plaga está presidida por un demonio particular cuyo culto debe ser observado de una manera rigurosa si no se quiere padecer los males que guarda. El cólera, la fiebre de los jungles, la viruela y sobre todo la temible sequía son honrados é invocados con la esperanza de que tantas muestras de respeto los conservarán distantes. Pero el dios que con el sol, propicio ó adverso, con la tierra, fecunda ó estéril, ocupa el primer lugar entre la legión de las divinidades en la India central, el dios todopoderoso á cuyo solo nombre se palidece y se tiembla, es el dios tigre, el devorador de hombres.

Cuando un tigre ha probado carne humana y la pasión que le inspira le ha convertido en el terror de toda una comarca, inme-

diatamente se le levantan altares. El demonio que le anima se confunde con las almas de los que ha devorado y su fuerza crece con el número de sus víctimas. Se invoca á éstas con no menos fervor que al tigre mismo, puesto que su furor se junta al suyo é importa ante todo aplacarlos. Frecuentemente para conjurar el peligro hacen venir un sacerdote renombrado que pertenece en general á la tribu de los Baigas. Para sacar del cuerpo del tigre por sus exorcismos los espíritus que le han convertido en ávido y feroz, el sacerdote los llama á sí. A fuerza de discurrir y de gesticular sufre como una especie de extravío, se figura que la ferocidad del tigre ha pasado á su ser y se precipita entonces sobre un cabrito vivo que le llevan en sacrificio; lo estrangula con sus dientes, desgarrá sus carnes, introduce su cabeza en las entrañas humeantes, y después, levantándola, muestra su cara ensangrentada á la muchedumbre, que aúlla de esperanza y de placer.

Esta adoración de todas las calamidades divinizadas se extiende igualmente á muchos pueblos primitivos de la India, y en particular entre los gondes, á las serpientes venenosas y sobre todo á la terrible cobra. Muchas veces se dejan los desgraciados morder sin osar molestar al animal á que con tanta frecuencia han rezado. Este culto de la serpiente ha valido á los dravidianos el nombre de nagas, por el cual los arios en general los designan.

En la India, donde todas las religiones viven unas al lado de las otras en buena inteligencia y con frecuencia prestándose dogmas, símbolos ó ritos, la creencia en los espíritus y el respeto supersticioso á las serpientes y los tigres han penetrado hasta entre los vencedores civilizados y se encuentran en alguna proporción entre los bracmanes y hasta entre los musulmanes. La serpiente se ha convertido en uno de los atributos de los grandes dioses indos; los pliegues graciosos de su cuerpo constituyen motivos arquitectónicos y su cabeza con sus pupilas inmóviles se levanta amenazadora al lado de la de Vishnu.

No reconocen los gondes el sistema de castas, pero están divididos en tribus, entre las cuales se verifican los casamientos.

Una unión realizada entre gentes del interior de la misma tribu sería considerada como un incesto y podría ser castigada con la muerte. El rapto real ó ficticio de la novia por su novio es la práctica normal en esos pueblos. Con frecuencia esto no es más que un pretexto de diversión, en la que las compañeras de la esposa la defienden alegremente contra los amigos del esposo. Éstos, como es natural, son siempre los vencedores y se llevan riendo á la cautiva sobre sus espaldas. Algunas veces, aun en muchos pueblos primitivos de la India central, el rapto debe ser repetido después del casamiento, cuando dos ó tres días más tarde la mujer abandona la casa conyugal y se retira con lágrimas fingidas á la casa paterna, que declara no querer dejar más.

Generalmente los gondes compran una mujer para su hijo antes que éste esté en edad de casarse de un modo definitivo. El suegro escoge una nuera fuerte y robusta que le sirve de criada y frecuentemente de querida hasta que el verdadero marido la reclama. Estas son, como se ve, costumbres algo semejantes á las de los mugiks rusos. Salvo esta costumbre, son los gondes monógamos, y siendo siempre las mujeres mucho mayores que sus maridos, ejercen en la familia una influencia preponderante.

La organización política de los gondes es de las más sencillas. Cada pequeño clan está gobernado por un jefe que se somete en general á las decisiones de los ancianos reunidos en asamblea. Todos los hombres de la tribu tienen voz en el gobierno. Con mucha frecuencia el jefe es un descendiente de rajputes. Algunos representantes de este último pueblo fueron, en efecto, rechazados diversas veces, á consecuencia de guerras, al país de los gondes, en el que adquirieron pronto cierto prestigio.

8.º — POBLACIONES DE AMARKANTAK, DEL CHOTA NAGPORE Y DE ORISSA, KOLES, ETC.

Al Nordeste del macizo central de la India se levanta el Amarkantak. Es el punto culminante y el núcleo de toda esta región montañosa. Constituye también la parte menos explorada. Los

bosques son en ella más impenetrables, los jungles están más llenos de bestias feroces y los valles son más peligrosos, pues reinan en ellos constantemente las fiebres. El hombre es en esa región también más salvaje, más aproximado al animal, con el que desafía el mortífero clima y al que disputa sus groseros alimentos. Toda descripción, por otra parte, se detiene forzosamente aquí en el límite donde se han detenido los pasos del civilizado invasor. Todo queda reducido á suposiciones por lo que respecta al género de vida de los habitantes de esta terrible comarca; los indos de la llanura los pintan como monos y los temen como genios de poder maléfico. Misteriosas leyendas circulan á propósito de los profundos bosques y de los sombríos desfiladeros donde vegetan aún sin duda algunos miserables representantes de las más antiguas razas de las Indias.

El Chota Nagpore forma la región intermedia entre la elevada meseta de las provincias centrales y las llanuras próximas á la embocadura del Ganges. Se inclina al Sudeste hacia el golfo de Bengala y comprende las altas cuencas del Mahanuddi y del Brahmani; sobre sus pendientes del Noroeste corren los afluentes del Sone y pertenece en gran parte á la provincia de Bengala.

Así desde el punto de vista etnológico como desde el geográfico, el Chota Nagpore es un país de transición. Si se desciende de sus alturas para dirigirse hacia Audh, donde vive, según hemos visto, una de las más hermosas razas arias de la India, se encontrarán sucesivamente todos los tipos que ofrece esta inmensa comarca, desde el negro horroroso, dedicado al grosero fetichismo, hasta el orgulloso brahmán.

Está el Chota Nagpore principalmente poblado por tribus autóctonas; pero estas tribus, que se conservan salvajes en la montaña, se indianizan cada día más en la llanura, y nos es preciso hacer constar respecto de ellas, como lo hemos hecho al tratar de los gondes, que todas nuestras descripciones se refieren sobre todo á su estado primitivo, tal como puede aún hoy observárselo en los parajes más extraviados y menos accesibles del territorio que habitan.

Si se agrega al Chota Nagpore toda la cordillera de los Vindhya y la península del Guzerat, se obtiene una larga franja de país que se extiende de un mar al otro á través del centro de la India. Esta larga franja representa exactamente el centro de las razas llamadas kolarianas. Constituyen éstas el tercer grupo de las poblaciones de la península; los dos primeros son el grupo turano-ario, ó los indos bracmánicos, y el segundo los dravidianos. La diversidad de lenguas ha establecido esta división, sobre todo la que existe entre los dravidianos y los kolarianos, pues los unos y los otros son pueblos primitivos más ó menos mezclados con los invasores y que tienen muchas conexiones en cuanto al tipo y las costumbres. Los koles tienen mucha semejanza con los bhiles, que por lo demás ocupan con ellos esa franja de territorio que cubren los montes Vindhya. Pero los koles del Chota Nagpore se acercan más que los bhiles al tipo mogol, en tanto que los del Guzerat han sufrido en alto grado la influencia de sangre rajpute. Hemos dicho ya algo de estos koles occidentales, clasificados por los bracmanes como sudras, que se contratan en las ciudades para realizar toda clase de penosas labores, y cuyo nombre, transformado en «coli,» sirve para designar á todos los obreros, cargadores y trabajadores asalariados en las colonias inglesas y en América.

Los koles orientales del Chota Nagpore no son ni siquiera sudras; están incluidos en la multitud despreciada de los *utcastes*, y, á decir verdad, la mayor parte de ellos no han salido de la barbarie primitiva. Hemos dicho que recuerdan el tipo mogol; tienen, en efecto, la cara triangular, la barba rala, pequeños los ojos y con frecuencia rasgados aunque horizontales, los labios gruesos, los pómulos salientes y la nariz aplastada; el color varía del negro al amarillo; son de corta talla, pero rechonchos y robustos. Hablan dialectos de un origen común y especial que llaman lengua kolariana y que los diferencia ante todo de otros primitivos de la India. Además de la franja de territorio que forma su dominio particular, avanzan hasta el valle del Ganges donde ya los hemos encontrado. Los sontales y los maleres ha-

bitan las montañas situadas entre el Behar y el Bengala; pertenecen, en efecto, á la familia kole; hemos hecho notar que el sontal hace el papel de lengua madre entre los dialectos kolarianos poco más ó menos como el sánscrito para las lenguas indoeuropeas.

Todas las poblaciones koles eran antes designadas bajo la denominación de *Savaras*, que se encuentra frecuentemente en los libros de los indos. Se ha querido hacer derivar este nombre del escita *sagaris*, que significa *hacha*. Es un hecho que para los koles como para los gondes el hacha es el arma favorita y algunas veces la única de que saben servirse. No se halla ja-



Salvajes del Chota Nagpore

más un indígena de Chota Nagpore ó del Gondwana á alguna distancia de su hogar sin que lleve el hacha en la mano. Le es este instrumento indispensable para abrirse camino á través del espeso ramaje de sus bosques natales y con él también ataca de ordinario al tigre.

Entre las numerosas tribus que habitan el Chota Nagpore y más al Este de la costa de Orissa, las unas son puramente kolarianas, las otras más ó menos mezcladas con el elemento dravidiano y protodravídiano. Se ha establecido entre ellas distinciones que son forzosamente algo confusas, pues los tipos no son siempre completamente contrapuestos. Los dos grupos princi-

W
pales llevan los nombres de uraones y de mundahs. Estos últimos se aproximan mucho á los mogoles, en tanto que los uraones son negros, cuyo tipo se encontraría más fácilmente entre los monos que en las grandes familias humanas.

Entre las más importantes poblaciones de esta región es preciso citar á los khondes que pueblan una parte de la costa de Orissa y toda la cuenca inferior del Brahmani y del Mahanuddi y que conviene no confundir con los gondes del Gondwana. Cualquiera que sea la conexión entre esos pueblos como entre todos los primitivos, constituyen, sin embargo, grupos del todo diferentes.

Teniendo todos esos pueblos costumbres casi idénticas y semejantes á las de sus hermanos de las provincias centrales, de que ya nos hemos ocupado, bastará que hablemos de ellos muy someramente.

Y
Su religión consiste, como la de los gondes, en la adoración del sol, de la tierra, de las grandes fuerzas de la naturaleza; en el temor supersticioso á los espíritus de los muertos; en la veneración, llena de terror, de las bestias feroces y de las terribles calamidades á que viven sin cesar expuestos. Los ciclones, las hambres, las pestes, las implacables sequías son igualmente para ellos manifestaciones de potencias irritadas que es preciso conjurar por exorcismos y aplacar por medio de sacrificios. La sangre y las lágrimas de las víctimas humanas fueron durante mucho tiempo consideradas como el rocío mágico de que necesitaba la sedienta tierra para entreabrir su seno y convertirse en fecunda. Desaparece cada vez más hoy esta creencia y los animales mismos son apenas inmolados; se los reemplaza ante el altar por su imagen en barro, por frutos y por flores, y se representa su sangre por un embadurnamiento rojo de que se humedece las piedras dispuestas en círculo, las pequeñas pirámides que las coronan ó las estacas clavadas en tierra.

Cuando las autoridades inglesas procuraron por la persuasión tanto como por la intimidación hacer cesar los sacrificios humanos entre los koles, estos pueblos sencillos consintieron en

renunciar á ellos solamente con la condición de que los europeos cargarían ante los dioses con la responsabilidad del sacrilegio. Nada más horroroso que aquellas ceremonias en que la víctima, una vez degollada por el sacrificador, era hecha pedazos por la muchedumbre, pues un trozo de la carne palpitante era un talismán soberano. Aquel que se lo llevaba para enterrarlo en un rincón de su campo tenía seguras por largo tiempo las bendiciones celestes. Hacía falta enterrar los despojos calientes y echando sangre todavía. A este precio sólo la diosa Tari, la Tierra indignada, cedía en su cólera.

Niños extranjeros, huérfanos, eran robados y conducidos entre los koles, para ser criados como *meriahs* ó víctimas futuras. Proveedores especiales se dedicaban á esta caza y vendían muy caros sus productos. Cuando les faltaban niños, los compraban á parientes

pobres ó avaros para revenderlos en seguida con beneficio. Y se enriquecían en este comercio, pues los compradores no regateaban apenas; cuanto más dinero costaba la víctima, más agradable era á la Tierra, al Sol ó á los genios misteriosos que encrespan las olas del mar y las precipitan en torbellinos sobre los campos.

Cada una de las tribus koles está gobernada por un jefe, cuya autoridad cede siempre delante de la de los ciudadanos reunidos en asamblea. Con frecuencia estas reuniones juntan en un punto determinado no sólo hombres de una misma ciudad, sino los



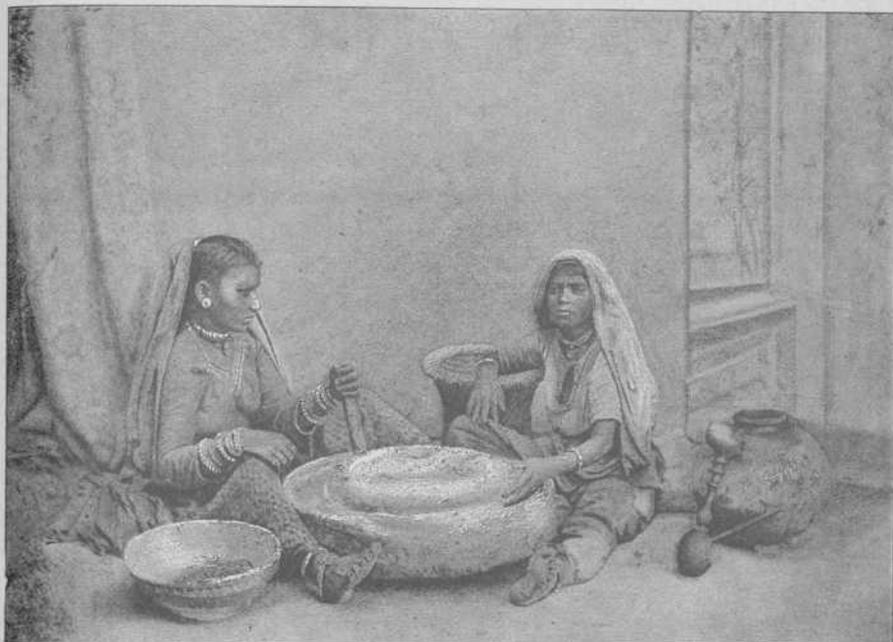
Bayaderas de una pagoda del Sur de la India

de una gran comarca entera. Los pueblos kolarianos conocen que forman una nacionalidad aparte; se acuerdan de que han sido los amos del suelo; sus leyendas, como muchos testimonios extranjeros, hacen creer, en efecto, que han estado constituidos en cuerpo de nación, gozando de un gobierno regular. El nombre de Bhumya, que lleva una de sus tribus, significa «hijos del suelo» ó autóctonos. Saben perfectamente que se remontan á una antigüedad muy alta. Débiles para luchar abiertamente, no tienen escrúpulo en recurrir á la astucia para enriquecerse á costa de los que los han despojado. Todos los koles son audaces ladrones, y lejos de sentir por ello la menor vergüenza, se vanaglorían entre sí de sus hazañas. «No hacemos, dicen ellos, sino recuperar lo que nos pertenece y nos ha sido antes robado.» Por un contraste singular resultan estos bandidos, cuando la necesidad les obliga á ponerse al servicio de los actuales dueños de la India, los mejores agentes de policía, los guardas de campo más severos y más vigilantes que puedan procurarse los ingleses. Sucede también que, guardas de campo y de ganados durante el día, los cogen y se los llevan durante la noche, cumpliendo las dos funciones con igual celo, prudencia y habilidad. Francos en absoluto, hacen todo testigo inútil, y confiesan desde luego, cuando se les interroga, que son culpables.

Los koles son hospitalarios hasta el extremo de dejarse matar por su huésped si éste corre cualquier peligro. Son igualmente soberbios y de carácter muy independiente. Obligados á pagar contribución, la llevan con toda regularidad al límite de su territorio, no consintiendo que los recaudadores mancillen con su presencia el asilo de sus bosques.

Las poblaciones kolarianas son muy dadas á la guerra. Gustan del combate por el placer que les proporciona y también porque lo creen agradable á los dioses. Consultan los presagios, y según ellos reconocen que el cielo reclama la lucha y pide sangre. En seguida despachan mensajeros á la tribu vecina y la desafían en campo cerrado. Luchan durante muchos días y por todo el tiempo que presagios contrarios no indican su fin. Nin-

guna animosidad, ningún odio enconca á los guerreros, que parten de ordinario la misma tienda de campaña y la misma comida durante la suspensión de hostilidades. Las mujeres asisten á la batalla, aplauden los golpes felices, las hazañas brillantes, recogen y cuidan los heridos, y lloran sobre los muertos. Como las sa-



Mujeres indas amasando harina. (India central.)

binas de la antigüedad, tienen sus hermanos y sus padres en un campo y sus esposos en otro, pues entre los koles los matrimonios son rigurosamente exógamos.

En estas poblaciones el mozo compra la mujer con quien quiere casarse, ó más bien la compran para él sus padres. Resulta que queda durante mucho tiempo sometido á la voluntad paternal, pues no poseyendo él nada, no puede fundar una familia sin el consentimiento de su padre y de su madre. El divorcio es permitido á la mujer; se la ve á veces tomar sucesivamente cuatro ó cinco maridos. Todos están obligados á reembolsar al pre-

cedente propietario, pero pueden recurrir á todos los subterfugios posibles para librarse de hacerlo.

Practican, por tanto, estos pueblos una verdadera poliandria disfrazada, y esta costumbre resulta fatalmente de la carencia de subsistencias y del elevado precio en que son tasadas las mujeres. El infanticidio se practica todavía mucho entre ellos. Cada familia no conserva de ordinario más que una hija ó dos y encierra las otras, cuando nacen, en una vasija de vidrio ó de barro que entierra. Resulta así una forzosa elevación del valor de las mujeres que sobreviven.

La vida material es dura para los habitantes del Chota Nagpore. El suelo es allí pobre y está muy mal cultivado. En Orissa es todavía peor; las escasas cosechas son á veces devoradas de golpe por una inundación á la cual sucedè de ordinario la peste; después interminables sequías hacen perecer de hambre millares de habitantes. En un país tan miserable no pueden escogerse los alimentos; así los kolarianos comen toda clase de carne con gran escándalo de los bracmanes indos.

La costa de Orissa no fué siempre la comarca miserable que es hoy. En otro tiempo, en la época de Carlomagno y de Harún-ar-Raschid, un floreciente imperio se elevó en esta región; las leyendas indas dan fe de ello, y testimonios, más indiscutibles aún, de templos maravillosos hoy en ruinas, como los de Bhuvanesvar, nos demuestran que esas costas inhospitalarias fueron en otro tiempo la residencia de una civilización pujante. No son ciertamente los khondes salvajes que pueblan hoy Orissa los que pudieron crear esa extraña y notable arquitectura.

Más que ciudades son templos lo que cubre esta costa, tierra sagrada tanto para los bracmanes cuanto para los bárbaros. Colocadas entre la India aria y la India dravidiana, las orillas del Orissa han visto mezclarse las razas y las religiones, y en la confusión de cultos han venido á ser para todos los creyentes los lugares venerandos por excelencia. De todas partes, y cualquiera que sea el dios que adoren, vienen peregrinos. El Olimpo bracmánico se entreabre á los admirados ojos del salvaje, que

hasta entonces no se ha prosternado sino delante de los fetiches; á su vez dirige sus plegarias á Kali, á Vishnu, á Siva. Pero estas supersticiones oscuras ganan al mismo tiempo los miembros



Mujer del Sur de la India fabricando con estiércol panes de combustible

de las castas orgullosas que tanto le menosprecian. En ciertos santuarios y en ciertos días todos los hombres se encuentran iguales: el paria más despreciado trata como hermano al más ilustre brahmán; no hay negros ni blancos, ni arios ni dravidianos, ni salvajes ni cultos; los extremos se han encontrado y la

fusión de los diversos elementos que constituyen la población de la inmensa península se realiza por un instante.

Hemos rápidamente pasado revista á todos esos elementos. Señalaremos sólo, para terminar la nomenclatura, el grupo importante de los uryas, que ocupan la región marítima entre la costa de Orissa y la embocadura del Ganges. Es un pueblo intermedio, semisalvaje, que tiene su lengua aparte, y que, sin ofrecer tipo muy distinto, participa de un poco de cada una de las numerosas razas entre las cuales se halla colocado.

Nos complacerá que este resumen rápido y forzosamente incompleto de las razas de la India haya hecho comprender al lector la variedad casi infinita que existe entre esas razas y la enorme distancia que separa las más elevadas de las más ínfimas. Después de habernos esforzado en señalar la diferencia de los rasgos, del carácter, de las costumbres, de las creencias; después de haber demostrado que sobre esa vasta extensión de territorio y en lugares muy diversos la humanidad está representada casi en todos sus tipos como en todos los grados de civilización que ha atravesado desde el origen de su historia hasta nuestros días, vamos en el capítulo que sigue á entregarnos á un trabajo de síntesis, complemento natural del análisis que precede. Indagaremos ahora cuáles son los caracteres comunes que presentan esas razas tan diversas; hasta qué punto esos elementos distintos han podido, sea mezclándose, sea cediendo á algunas leyes comunes, tender poco á poco hacia una unidad que alcanzarán quizá un día. Después de haber estudiado lo que separa los pueblos de la India, vamos á indicar lo que los relaciona y en qué puntos coinciden.

CAPÍTULO IV

CARACTERES MORALES É INTELLECTUALES COMUNES Á LAS DIVERSAS RAZAS DE LA INDIA

1.º — CONDICIONES DE MEDIO Y DE EXISTENCIA QUE HAN PRODUCIDO LAS ANALOGÍAS QUE SE OBSERVAN ENTRE LAS DIVERSAS POBLACIONES INDAS.

Los capítulos que hemos consagrado al estudio de las razas de la India han demostrado cuán profundas son las diferencias que las separan. La inmensa península no puede ser considerada sino como un vasto mosaico compuesto de los más diversos pueblos, desde el salvaje primitivo hasta el hombre civilizado, pasando por todas las fases intermedias.

Hemos visto cuán diferentes eran los tipos físicos de esas diversas razas. Ese nombre genérico de indos comprende una colección de hombres en que se encuentran todos los colores de la piel, desde el negro hasta el blanco, así como todos los tipos posibles de fisonomía entre la suprema belleza y la extrema fealdad.

Los caracteres morales é intelectuales de esas razas no son menos variados que sus caracteres físicos. Hay un abismo entre el rajpute, conocido por su incomparable bravura, y el bengalés, conocido por su ignominiosa cobardía; entre los montañeses del Rajmohal, que no mienten jamás, y ciertos indos, que mienten siempre.

Ha de parecer, pues, legítimo afirmar, desde luego, que no existe ningún carácter común entre razas tan distintas; pero veremos bien pronto que esta conclusión sería errónea y que la comunidad de medios físicos é intelectuales ha producido ciertos caracteres generales. Tales son esos caracteres comunes que

permiten reunir esas razas en una misma familia lo mismo que el naturalista reúne en una misma clase seres tan distintos como el elefante, la ballena y el ratón.

Dejando, á un lado las diferencias que hemos suficientemente evidenciado, debemos indagar ahora los caracteres comunes que poseen las poblaciones diversas de la India. Veremos así que esos caracteres permiten dar á la expresión de indo un sentido determinado. No hay que figurarse, sin embargo, que esta expresión pueda tener hoy el valor preciso y determinado que tienen, por ejemplo, los nombres de francés, inglés ó alemán. La fusión entre los elementos diversos es mucho menos completa. Para expresar claramente nuestro pensamiento recordaremos lo que era Francia bajo los Carlovingios y cuál habría sido entonces el nombre de Francia aplicado en general á aquellas mezclas de godos, francos, galo-romanos, que comenzaban apenas á fusionarse y no poseían, por consecuencia, sino un corto número de rasgos generales.

Antes de describir los caracteres comunes á la mayoría de la población inda y de indicar las causas de su fundación, procuraremos desde luego encerrar en un pequeño número de divisiones fundamentales todas las numerosas razas que hemos separadamente descrito. Después de haber procedido por vía de análisis, nos falta proceder por vía de síntesis.

Un rápido examen enseña pronto que todas esas razas pueden ser agrupadas en tres grandes divisiones principales. La primera comprende las que no tienen aún civilización alguna y representan los últimos vestigios de las poblaciones primitivas de la India. Esas poblaciones, que sólo se encuentran en las montañas ó en los distritos aislados, forman una escasa minoría y son muy diferentes de los demás habitantes de la península para que pueda unírseles á ellos. No hemos, pues, de ocuparnos de los tales aquí.

Una segunda clase está formada por los indos propiamente dichos, resultado, como sabemos, de la unión de las razas blancas ó amarillas con los primitivos habitantes del suelo de piel

negra. Más ó menos profundamente mezclados por la acción de los siglos, constituyen, según las proporciones de los elementos diversos entrados en la mezcla, grupos bastante desiguales; pero las condiciones idénticas de los medios físicos é intelectuales á que han sido sometidas durante largo tiempo y la comunidad de sus creencias, les han impuesto cierto número de caracteres comunes. A estas poblaciones que forman la gran mayoría de los habitantes de la India es á las que se referirán los caracteres generales que nos proponemos indagar.

Una tercera división comprende esas poblaciones musulmanas compuestas de una mezcla de afganos, de árabes, de persas, de turcos, de mogoles, etcétera, que invadieron la India en diversas épocas y acabaron por conquistarla. Sería difícil, si se hubieran conservado puras de toda mezcla, confundirlas con las



Mujer inda del Sur de la India majando arroz

poblaciones de la clase precedente; pero de los cincuenta millones de hombres que profesan el islamismo en la India hay muy pocos, en verdad, que estén exentos de toda mezcla de sangre inda. Aunque difieren en muchos puntos de las poblaciones precedentes, las han influenciado en realidad menos de lo que han sido por ellas influidos; y si todos los caracteres generales que enumeraremos en las páginas siguientes no les son tan aplicables, muchos de esos caracteres son, sin embargo, comunes á los dos grupos.

Las influencias que han engendrado caracteres comunes son á la vez físicas é intelectuales.

Las influencias físicas pueden ser recordadas en pocas palabras: por una parte un clima generalmente muy cálido que no predispone á los trabajos rudos, pero que hace fácil la cultura del suelo, á la cual la mayor parte de la población se dedica, y por otra un régimen alimenticio casi exclusivamente vegetal. Un indio se cubre apenas, hace su comida con algunos vegetales, apaga su sed con agua clara y vive largamente con algunas monedas de cobre por día. La elevada temperatura de su país reduce para él el vestido y el alimento á su más mínima expresión; para sacudir su natural indolencia no existe el aguijón de las necesidades ineludibles.

Esas influencias de medios físicos semejantes y de ocupaciones idénticas han engendrado necesariamente condiciones de existencia parecidas. Por otra parte han sido poderosamente fortalecidas por influencias de orden moral igualmente idénticas. Las más importantes son el régimen de castas, la constitución política y las creencias religiosas.

El régimen de castas es la piedra angular de todas las instituciones sociales de la India desde hace más de dos mil años; tiene una importancia tal que hemos debido consagrarle un párrafo especial en otro lugar de esta obra. Demostramos allí cuáles son los orígenes etnológicos que las hicieron nacer en antiguos tiempos y las demás causas que, sustituyéndose gradualmente á las primeras, las han mantenido en todo su rigor á través de las edades. Hacemos ver cómo ha dividido la India en miles de pequeñas repúblicas, indiferentes ú hostiles las unas respecto de las otras, y demasiado profundamente separadas por la divergencia de sus sentimientos para haber jamás tenido intereses comunes; cómo no es la India, sino la casta, la verdadera patria del indio, y cómo ella le ha encerrado en una red de tradiciones y de costumbres que la herencia ha hecho demasiado fuerte para poder fácilmente salvar.

La segunda de las influencias más arriba señaladas, la cons-

titución política, contribuye hace una larga serie de siglos á formar de igual manera el cerebro del indio. Puede sencillamente definirse el régimen político de la India desde hace mucho tiempo, diciendo que ésta se compone de pequeños grupos — las castas, — reunidos en pequeñas repúblicas — las aldeas, — sometidos á la autoridad lejana de un soberano único, cuyo poder es absoluto. El nombre del amo ha variado, pero el régimen no. Ha durado demasiado para no haber abatido todas las resistencias y no haber acostumbrado al indio á la idea, confirmada, por otra parte, por las creencias religiosas, de que debe una obediencia absoluta á la ley de un amo.

La tercera de las influencias que ha contribuido á dar á los indios caracteres semejantes es la de las prescripciones religiosas. Un europeo no puede comprender lo todopoderoso de esta influencia sin haberla comprobado por sus propios ojos. El más religioso de los hombres de Occidente establece siempre cierta separación entre lo divino y lo humano; pero tal distinción es ininteligible para un indio. Para éste la divinidad interviene en los más insignificantes actos de su existencia y las prescripciones de la religión constituyen la autoridad suprema que administra todos los negocios. La religión forma de tal modo parte de su vida, que puede decirse que ella es su vida toda. El trabajo, la comida, el sueño son actos religiosos. Todo lo que no está prescrito por la religión no existe. Ella sola le provee de reglas fijas de conducta, y con razón puede decirse que la vacuna no será adoptada en la India sino cuando se convierta en una prescripción teológica. Trazando la génesis de las religiones de la India tendremos ocasión de mostrar hasta qué punto llenan la vida del indio y hasta qué punto igualmente todo lo que representa una potencia cualquiera es considerado por él como la expresión de un poder divino. Desde este punto de vista — como, por otra parte, desde tantos otros — hay entre el Oriente y el Occidente un inmenso abismo, y este abismo no hace sino ahondarse más cada día.

Dadas la resignación del indio y su obediencia pasiva á las ór-

denes de sus dioses, sentado igualmente que las mismas prescripciones divinas influyen sobre él desde hace siglos, puesto que las leyes religiosas de Manu son las leyes supremas de la India desde hace dos mil años, se comprenderá hasta qué punto cerebros sometidos á un yugo tan uniforme han debido vaciarse en molde idéntico.

Evidenciada la acción de los grandes factores que preceden, indagaremos ahora cuáles son los caracteres generales creados por su influencia.

2.º — CARACTERES MORALES É INTELECTUALES COMUNES Á LA MAYORÍA DE LOS INDOS

No son seguramente de esperar en un pueblo sometido hace tantos siglos á las condiciones de existencia física y moral indicadas, las cualidades de vigor y de carácter que corresponden á los hombres libres. Si las hubieran poseído en el menor grado, haría tiempo que habrían sacudido toda influencia extranjera. No habrá, pues, de admirarnos encontrar en los indos los defectos que invariablemente se encuentran en todos los pueblos sometidos hace siglos al yugo de un amo. Por regla general el indo es débil, tímido, astuto, insinuante é hipócrita en el más alto grado. Sus modales son adulesores é importunos, está enteramente desprovisto de ideas de patriotismo. Siglos de tiranía le han habituado á la idea de que debe tener un amo, y con tal de que ese dueño respete las leyes de su casta y sus creencias religiosas, el indo se resigna anticipadamente á soportar todos sus caprichos y se siente dichoso si se le deja el puñado de arroz que necesita para vivir.

Los indos forman una población tranquila, paciente, completamente resignada á su suerte. Sus mayores defectos para un europeo, aparte de los que acabo de mencionar, son la indolencia, la imprevisión y la falta de energía.

Esta última es la cualidad capital del carácter del indo, y basta á explicar cómo 250 millones de hombres soportan sin pro-

testa el yugo de 75.000 europeos, es decir, de un puñado de individuos que aniquilarían en un día tan fácilmente como una nube de langostas destruye un campo de trigo, si concibieran la idea de sublevarse en masa; pero los indos no son capaces de concebirla. Que algunos regimientos de cipayos exasperados se subleven como en 1857, no significa sino una simple calaverada localizada, á que la inmensa masa del pueblo asiste indiferente.

Más adelante veremos que, en general, la inteligencia media de los indos no es de ninguna manera inferior á la inteligencia media de los europeos que los dominan; pero que los indos son inmensamente inferiores por su carácter. Esta sola circunstancia asegurará siempre su acatamiento á la dominación de los occidentales. Digo que la asegurará siempre porque cuanto más se profundiza la historia y se estudia á los hombres, más se comprueba que el carácter, ó para precisar más, la perseverancia y la voluntad desempeñan en la vida de los individuos y de los pueblos un papel bastante más importante que el ejercido por la inteligencia.



KARTIKEYA, estatua existente en un nicho del templo de Bhuwaneswar (Orissa)

Con el carácter, sobre todo, mejor que con la inteligencia, es con lo que se crean religiones é imperios. Supongamos dos pueblos, el primero compuesto de hombres inteligentes é instruídos que gozan necesariamente de la prudencia y la circunspección que da la inteligencia, conocen lo vano de todo ideal y están poco dispuestos, por consecuencia, á grandes sacrificios para hacer triunfar ninguno; el segundo, compuesto, por lo contrario, de hombres cortos, pero tenaces, dispuestos á sacrificar su vida sin vacilar por el triunfo de una creencia. Si luchan estos dos pueblos, triunfará infaliblemente el segundo sobre el primero. He insistido muchas veces sobre esta idea en diversas obras y nunca insistiré bastante, pues da la clave de buen número de fenómenos históricos, incomprensibles si no se la tiene en cuenta. Si dominaron los romanos á Grecia; si las tribus árabes semibárbaras, salidas de sus desiertos, conquistaron el mundo greco-romano; si los musulmanes dominaron la India, y si en nuestros días un puñado de ingleses conserva ese inmenso imperio bajo su ley, lo han debido los vencedores á la energía de su voluntad mucho más que á su inteligencia. La más poderosa de las fuerzas humanas será siempre la voluntad.

A esa falta de energía tan característica en los indos se junta además una especie de indiferencia fatalista que les hace contemplar con la mayor tranquilidad lo que no respecta á las leyes de su casta ó á sus creencias religiosas y les permite soportar como cosa completamente inevitable la más dura tiranía. El indo no es bravo como nosotros entendemos la bravura en Europa; no obstante, siente el más grande menosprecio por la vida y el temor de la muerte no le inmuta. No procura evitarla, pareciéndole que la cosa no vale la pena. Su persuasión de que toda tentativa por evitarla sería inútil, es además completa.

Esta indiferencia del indo por la mayor parte de las cosas de este mundo da por resultado la imposibilidad de influir sobre él poniendo en juego los factores que tienen tan decisiva influencia sobre un hombre del Occidente. ¿Qué medio de acción emplear respecto de individuos tan indiferentes por la vida y por

la muerte, que no se sienten deshonrados por ninguna de las penas que imponen nuestros códigos, la prisión especialmente, y cuya ambición queda del todo satisfecha cuando ganan el puñado de arroz necesario para su alimentación diaria? Cuando lo poseen, ninguna promesa de recompensa puede arrancarlos de su apatía. Ofreced á un obrero indo la suma que queráis para un trabajo á entregar en día fijo: os prometerá cuanto deseéis, pero os faltará infaliblemente á su palabra. Mañana pertenece, según ellos, á un porvenir demasiado lejano é incierto para que se molesten en preocuparse en él. El europeo que ha tratado algo á los indos sabe que si quiere contar con correos de un día para otro, el solo medio de encontrarlos seguramente en el momento deseado es obligarlos á pasar la noche acostados delante de su puerta.

Es preciso haber estudiado los indos desde este punto de vista para comprender cómo ciertos sentimientos que nos parecen muy naturales porque la herencia los ha fijado en



RHAGAVATI, estatua existente en un nicho del templo de Bhuwaneswar (Orissa)

nosotros, tales como el de la precisión y el de la exactitud, son desconocidos de ciertas razas. Al principio de los caminos de hierro, los indos llegaban generalmente á las estaciones dos ó tres horas después de la hora fijada para la salida de los trenes. Habiéndoles probado la experiencia que los trenes salen sin aguardarlos, llegan ahora con dos ó tres horas de anticipación. Su falta de exactitud no se ha modificado, pero puede decirse, empleando el lenguaje de los algebristas, que ha cambiado simplemente de signo. He tenido negocios con indos de todo rango y de toda clase — algunos hasta salidos de las universidades europeas: — jamás he tropezado con uno solo que fuese exacto á una cita, en cambio nunca he hallado un inglés en la India falto de exactitud.

Si consideramos ahora los caracteres generales de los indos desde el punto de vista de la moralidad, debemos, para juzgarlos con equidad, examinarlos sucesivamente en sus relaciones con los europeos y en sus relaciones entre sí.

Los europeos en relación con los indos se quejan justamente de su hipocresía y de su falta completa de veracidad; pero olvidan que tales defectos son fatalmente inherentes en las relaciones de esclavo y dueño. Si se toma como criterio de la moralidad el grado de respeto del individuo á las costumbres, los hábitos y las leyes de su país junto al espíritu de tolerancia y de solidaridad, puede decirse que los indos de las clases populares son muy superiores á los europeos de la misma categoría. He tenido cuidado de referirme á las clases populares porque frecuentemente he observado que el nivel de la moralidad disminuye á medida que se eleva la escala social. Ese nivel es muy bajo en una clase particular de que tendré ocasión de ocuparme en otro capítulo, formada por indos educados por los europeos. Este último hecho nos demuestra á la vez la inconsistencia del prejuicio que supone que la instrucción aumenta la moralidad, y hasta qué punto un sistema de educación adaptado á las necesidades de un pueblo es detestable cuando se aplica á otro estacionado en una fase de evolución diferente.

La caridad del indo está completamente limitada á las gentes de su casta, pero obrando así no hace sino obedecer á sus prescripciones religiosas.

Esas mismas prescripciones son las que determinan el grado de criminalidad de los actos por el valor del individuo ofendido. Según el código de Manu, la menor ofensa contra un bracman es un crimen, mientras que el crimen más grave cometido en un sudra no es sino una pequeña ofensa.

Para resumir lo que concierne á la moralidad de la masa del pueblo indo, nada mejor que invocar la conclusión que por completo adopto de un inglés, el profesor Monier Williams, que ha estudiado muy bien á los indígenas de la península.

«En ninguna parte he encontrado en Europa, dice este autor, pueblo más religioso, más fiel á sus deberes, más dócil ante la autoridad, más cortés y respetuoso ante la edad y la sabiduría, más sumiso á sus padres. Los indos tienen defectos y vicios, pero no más que los europeos. Dudo que los peores indos sean tan viciosos y tan peligrosos como los miembros de las clases europeas correspondientes.»

Acabamos de indagar cuáles son los caracteres generales más frecuentes en los indos; nos falta ahora apreciar el nivel de sus aptitudes intelectuales. Exigiendo naturalmente la medida de esas aptitudes una escala de comparación, adoptaremos la de los europeos por tipo.

Para que sea posible esta comparación debemos necesariamente hacerla entre elementos semejantes y comparables entre sí; deberemos, pues, comparar el indo de las clases medias y el



SIVA Y NAGA, bajo relieve del gran templo de Hullabid (Mysore)

européo de las mismas clases; el indo de las clases superiores y el europeo de las clases correspondientes.

En lo que concierne á las clases medias, dudo que la comparación más escrupulosa pueda revelar una superioridad notable en favor del europeo. El indo tiene menos espíritu de iniciativa, trabaja menos de prisa que el europeo; pero puede ejecutar todo lo que éste ejecuta y de ordinario con menos instrumentos. La madera, la piedra, el metal son por él trabajados tan bien como podría hacerlo el mejor obrero europeo. La especialización del trabajo, que tiende á atrofiar de día en día la inteligencia del segundo, no ha influido aún sobre la del primero. En cuanto al nivel artístico han igualado y algunas veces superado á los europeos en ciertas artes, tales como la arquitectura.

En la mayor parte de las ocupaciones sociales que no exigen sino una capacidad intelectual media, los indos son poco más ó menos iguales á los europeos; se encuentran entre ellos abogados, médicos, ingenieros, que valen lo que nuestras medianías. Un indo levantará un plano, conducirá una locomotora, manipulará un telégrafo como un europeo. En las administraciones del gobierno inglés: correos, bancos, hacienda, caminos de hierro, etc., la inmensa mayoría de los empleos están desempeñados por indos.

Sólo elevándonos á las regiones desde luego superiores de la escala intelectual y llegando á esas funciones en que la iniciativa, la aptitud para asociar ideas numerosas, para encontrar sus analogías y sus diferencias, es decir, en que el juicio y el espíritu creador deben desenvolverse, la inferioridad de los indos resalta de la mayor evidencia. Dirigir una gran empresa industrial, conducir hombres, llevar á cabo exploraciones científicas, hacer descubrimientos, en una palabra, caminar sin otra guía que sí mismo, les es imposible. Manejará el indo tan bien como los europeos la locomotora ó el telégrafo, pero jamás los habría inventado. Para resumir de un modo claro lo que precede, diré que de mil europeos tomados al azar habrá 995 al menos que no serán intelectualmente superiores á igual número de indos asimismo

escogidos al azar; pero lo que se encontrará entre los mil europeos y no se hallará de ningún modo entre igual número de indos será uno ó más hombres superiores dotados de aptitudes excepcionales.

He insistido ya además sobre el punto importante de que las diferencias que existen entre las razas superiores y las razas medio civilizadas no consisten de ningún modo en que el término medio intelectual de los individuos de las dos razas sea desigual, sino en que la raza inferior no encierra individuos capaces de superar cierto nivel. Es este un punto fundamental cuyo origen podría únicamente hallarse en razones psicológicas, pero que yo he tratado de basar también en razones anatómicas. He demostrado, en efecto, en otra ocasión por medio de indagaciones efectuadas sobre un número considerable de cráneos pertenecientes á individuos de diferentes razas, que las superiores poseen siempre cierto número de cráneos de vasta capacidad, mientras que las razas inferiores no los poseen.

Si descendiendo de estas generalidades filosóficas, quisiéramos determinar en qué el indo de las clases superiores difiere de las clases europeas correspondientes, veríamos que se distingue sobre todo por la falta de precisión y de exactitud que lleva á todas sus cosas, por su falta de espíritu crítico, por su falta de iniciativa, por la pobreza de su juicio y de su razonamiento, por lo exagerado de su imaginación y por su extraña incapacidad para ver las cosas tales como son, defectos que no compensa de ningún modo su gran poder de asimilación y una cierta dosis de lógica. Esta lógica está, por otra parte, limitada á la aptitud para deducir de un he-



NAGA Y NAGUI, representación simbólico-legendaria del culto de la serpiente

cho único toda una serie de consecuencias, y no llega hasta la aptitud, madre de los juicios exactos, de apreciar las analogías y las diferencias que pueden hallarse en la comparación de muchos hechos.

La falta de precisión del pensamiento indo es desde luego característica. No sólo las cosas flotan para él sin contornos determinados en una especie de niebla, sino que puede decirse que las ven á través de lentes deformadores, de propiedades análogas á las de esos espejos anamorfóseos tan conocidos de los físicos.

Los sistemas religiosos del indo, sus relatos históricos, sus epopeyas literarias son vagas y llenas de contradicciones que no nota él mismo. Esas contradicciones, esas concepciones de contornos siempre fugitivos, han hecho sus sistemas religiosos, el budismo sobre todo, totalmente ininteligibles para los sabios europeos, habituados á una lógica rigurosa y para los cuales tienen las palabras un sentido preciso. Concepciones tales como el ateísmo y el politeísmo parecen á un espíritu del Occidente separadas por un infranqueable abismo; para un indo no lo están del todo, y creencias en apariencia tan irreconciliables se encuentran á veces propagadas en un mismo libro.

Esa falta de precisión, esas formas flotantes del pensamiento, soportables en rigor cuando se trata de especulaciones metafísicas, de poesías, de epopeyas religiosas, resultan, cuando se las aplica á objetos cuya precisión es indispensable, enojosas desde luego. Ha impedido esa falta á los indos aventajar en las ciencias exactas á la más vulgar medianía. Se han asimilado fácilmente, sin duda, lo que los árabes antes y los europeos hoy les han enseñado, mas no han realizado nunca descubrimiento alguno en este orden de conocimientos.

Es tal la falta de precisión que acabo de señalar, que en los miles de volúmenes que los indos han compuesto durante tres mil años de civilización no hay uno solo que contenga algunos datos exactos que puedan calificarse de historia. Gracias sólo á medios indirectos ha podido la ciencia moderna determinar apro-

ximadamente la época en que han vivido sus más célebres soberanos. En cuanto á los relatos históricos propiamente dichos, la extraña propensión de los indos á ver las cosas de un modo distinto de como son, facultad que no les es, por otra parte, especial y para la que crearía de buena gana el término de psicología deformante, los lleva á transformar con la mejor buena fe los mismos hechos de que han sido testigos.

Resumiendo cuanto hemos escrito en este capítulo de los ca-



DURGA Y EL BUEY NANDI, SIVA Y PARVATI
Representaciones escultóricas del templo subterráneo de Badami

racteres comunes á la mayoría de los indos, podemos decir que la masa de la población no es inferior á la masa correspondiente de las poblaciones europeas; pero que la primera no posee como la segunda un cierto número de espíritus superiores; que la mayoría del pueblo indio está totalmente desprovista de energía, de perseverancia y de voluntad; que está dividida en una serie de castas que forman millares de grupos de los que cada uno representa una nacionalidad diferente dominada por intereses diversos. Condiciones semejantes bastan á explicar el papel que la India ha desempeñado en el mundo y el que está llamado á desempeñar aún. Esclava eterna, está fatalmente condenada á obedecer siempre á extranjeros dueños.

Aquí termina cuanto teníamos que decir de los dos factores fundamentales de la civilización de un pueblo, los medios y las

razas. Muchos otros elementos contribuyen, sin duda, á su evolución; pero tienen siempre los precedentes por base. Terminado su estudio preliminar, podremos emprender el examen de las civilizaciones que han florecido en la India y las transformaciones que han sufrido en el transcurso de las edades.



HISTORIA DE LA INDIA

CAPITULO I

HISTORIA DE LA INDIA ANTES DE LAS INVASIONES EUROPEAS

I.º — FUENTES DE LA HISTORIA DE LA INDIA

La India antigua no tiene historia. Sus libros no proporcionan ningún documento sobre su cronología pasada, y sus monumentos no pueden reemplazar los libros, pues los más recientes son apenas tres siglos anteriores á nuestra era. Sin un corto número de libros religiosos donde los hechos históricos están ocultos bajo montones de leyendas, el pasado de la India sería tan ignorado como el de aquella Atlántida destruída por un cataclismo geológico de que hablan las tradiciones antiguas conservadas por Platón.

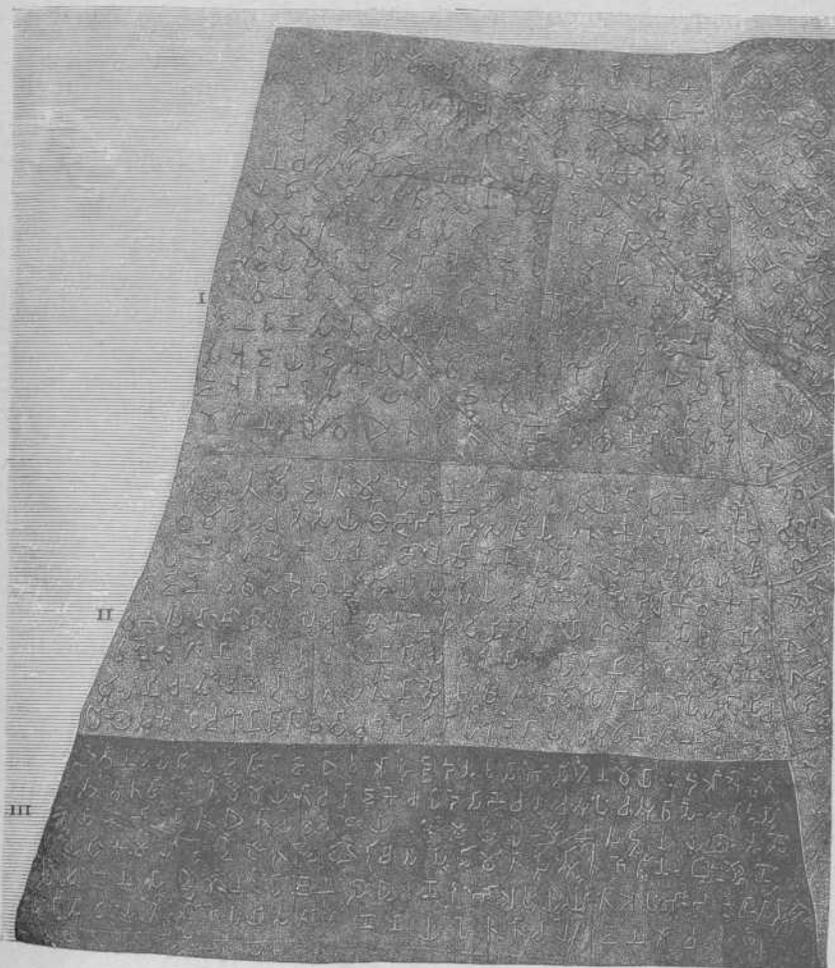
Los únicos documentos antiguos que pueden consultarse para reconstituir algún rasgo de ese pasado perdido, nos son proporcionados por los Vedas, poemas religiosos escritos en diversas épocas, pero de los cuales los más antiguos parece que son anteriores á nuestra era quince siglos aproximadamente. Vienen en seguida, pero mucho más tarde, los poemas épicos, tales co-

mo el *Mahabharata* y el *Ramayana*, y después el código religioso y social de Manu.

Desde el punto de vista puramente histórico la literatura inda de nuestra era no es más rica que la que la precede. Las solas fuentes que pueden, en efecto, consultarse están constituídas por los Puranas, colecciones compiladas en diversas épocas, pero de las que las más antiguas no pasan del octavo siglo después de Jesucristo. Están, por otra parte, muy mezcladas de leyendas maravillosas y la cronología es demasiado escasa para que la ciencia moderna pueda sacar de ellas gran partido. En realidad, hasta después de las invasiones musulmanas del siglo XI no comienza, gracias á los escritores musulmanes, el período histórico de la India.

A las muy insuficientes fuentes de información escrita que acabamos de enumerar debemos añadir las relaciones de los viajeros que visitaron la India en la antigüedad. Esas relaciones son bien escasas, pues no poseemos de la época anterior á Jesucristo sino extractos del relato del embajador griego Megasthenes, que residió en la costa de Magadha el año 300 anterior á nuestra era. Del período de más de trece siglos que separa esta época remota de las invasiones musulmanas no se posee, fuera de ligeras citas de autores clásicos, sino las relaciones de dos peregrinos chinos, Fa-Hian y Hiuen Tshang, que visitaron la India, el primero en el siglo V y el segundo en el VII. Sus obras, las del segundo sobre todo, constituyen seguramente los más preciosos documentos que poseemos sobre la India anteriores á las invasiones musulmanas.

La insuficiencia extrema de los libros históricos sobre la India da una importancia muy grande á las obras plásticas: monumentos, medallas, estatuas que la península posee. Las más antiguas son las columnas sobre las cuales Assoka hacía grabar sus edictos 250 años antes de Jesucristo. Vienen en seguida los bajos relieves de los grandes monumentos, Bharhut, Sanchi, etcétera, construídos al comienzo de nuestra era ó en los dos ó tres siglos anteriores. Nos dan detalles interesantes sobre los



EDICTOS DE ASOKA, ESCULPIDOS EN LA PEÑA DE GIRNAR

La anterior inscripción, que cubre un lado de la peña y cuyas letras son de una pulgada de altura, es la escritura más perdurable y antigua que se conoce de la India. Su contenido está repetido en caracteres más modernos en otros dos lados de la peña, y resulta ser el mismo de la llamada columna de oro, de Delhi. La peña de Girnar está situada en la península de Guzerat, próxima á la antigua fortaleza de Yunagadh.

hábitos y costumbres, las creencias y las artes de los pueblos que los han construido y nos descubren el grado de civilización que esos pueblos alcanzaron.

A esos monumentos, de los que los más antiguos son apenas tres siglos anteriores á nuestra era, se agregan sucesivamente templos subterráneos, estatuas y monedas, que contribuyen á arrojar cierta luz sobre la historia de cada una de las regiones en que se los creó. Son únicamente los tales restos de arquitectura y estatuaria que nos han revelado la influencia profunda de los griegos en ciertas comarcas, muchos siglos después de Alejandro y cuando todos los griegos habían sido hacía mucho tiempo expulsados de la India. Los bajos relieves de los templos son igualmente los únicos que pueden revelarnos la historia del origen y las transformaciones de las creencias que se han sucedido en la India antigua.

La religión ha desempeñado siempre entre los indos, como en la mayor parte de los pueblos orientales, un papel fundamental. Este papel ha sido lo bastante importante en la India para que podamos tomar las transformaciones de las creencias como base de una clasificación histórica.

Tal clasificación, forzosamente muy larga y en la cual las épocas no están interrumpidas, pues se precipitan las unas sobre las otras ó subsisten simultáneamente, comprende los siguientes períodos:

1.º, período védico; 2.º, período brahmánico; 3.º, período búdico; 4.º, período de renacimiento del brahmanismo ó neo-brahmánico; 5.º, período musulmán; 6.º, período europeo.

2.º — PERÍODO VÉDICO

Los principios del período védico son anteriores en quince siglos aproximadamente á nuestra era. Están señalados por la invasión de los arios en la India.

Constituye el período védico la edad del todo legendaria de la historia de la India. Lo poco que de esa edad sabemos nos

ha sido revelado únicamente por libros religiosos conocidos con el nombre de Vedas, y de los cuales al más importante, al Rig Veda, se ha llamado con razón la Biblia de los Arios del Noroeste de la India.

Establecidos desde luego alrededor del Himalaya hasta los montes Vindhya, los primitivos arios vivieron en el estado de



BHAJA (cerca de Karli) - Interior de un monasterio budista cavado en la roca
(siglo II antes de J. C.)

(Altura de la sala desde el reborde saliente bajo al pie de las estatuas, 2^m,90)

tribus pastoriles errantes y es probable que debieron realizar su invasión de una manera gradual. Sus más antiguos libros parecen escritos quince siglos aproximadamente antes de nuestra era. En tan remota edad no tenían castas, adoraban las fuerzas de la naturaleza y no edificaban ni templos ni estatuas. Llevaban á los pueblos que invadían una lengua y una religión nuevas, pero no una arquitectura. Sabían esos primitivos pueblos arios componer libros, pero no levantar monumentos de piedra,

y nada indica en las más antiguas de sus obras que construyeran ni templos ni palacios.

En el capítulo consagrado á la historia de la civilización aria habremos de volver sobre este período de la historia de la India. No nos detendremos, pues, ahora más en él, como tampoco en el período brahmánico, que termina esa historia y del que estudiaremos igualmente la civilización. Faltan, por otra parte, para el estudio de este período como para el del primero, documentos históricos propiamente dichos. Las epopeyas que se refieren al período brahmánico, confirmadas por los relatos de Megastheno, prueban que la India comenzó entonces á cubrirse de ciudades, de templos y de palacios, pero ni un solo resto de los monumentos de ese período ha llegado hasta nosotros.

3.º — PERÍODO BÚDICO

La época del nacimiento del budismo en la India pertenece más á la leyenda que á la historia. Sabemos sólo de los orígenes de este período lo que nos dicen los fantásticos relatos de los libros búdicos. No se determinan hechos precisos, ni la obscuridad comienza á disiparse sino hasta después de las invasiones de Alejandro y sobre todo cuando, 250 años aproximadamente después de Jesucristo, el budismo se convierte en religión oficial. Torna bien pronto, por desgracia, esa obscuridad y reina durante largos siglos.

Ocurrió la invasión de Alejandro 327 años antes de nuestra era. Acabada la conquista de Persia, el héroe macedonio se decidió á emprender la conquista de la India á fin de alcanzar la soberanía del Asia.

La división del Pundjab en pequeños Estados independientes y rivales debía hacerle fáciles los comienzos de su conquista. Presentóse Alejandro con 120.000 hombres, de los que los griegos formaban el núcleo, pero cuyos cuadros estaban llenos de persas. Contaba con guías indios y con inteligencias con los jefes indígenas, principalmente con el rey de Taxila, Estado situado

sobre la margen izquierda del Indo y que se extiende entre este río y el conocido entonces con el nombre de Hidaspes y hoy con el de Jhelum.

Alejandro marchó desde la Bactriana sobre la ciudad que lleva hoy el nombre de Kabul. Continuando su camino hacia la India, salvó el Indo y encontró á Porus, soberano de un Estado comprendido entre el Hidaspes y el Chinab; vencióle é hizoselo aliado respetándole su reino. Varios soberanos, y entre ellos el de Cachemira, se le sometieron voluntariamente.

Después de muchas batallas contra jefes indígenas, marchó sobre el Hyphase (Bias actual); pero, rehusando la armada seguirle más lejos, levantó sobre los bordes de este río doce altares conmemorativos, destinados á señalar el término de la expedición.

De nuevo sobre las márgenes del Hidaspes, construyó una flota que descendió este río hasta el Indo, en cuyas aguas se vierte. Siempre batallando llegó Alejandro á Patala, sobre la embocadura del Indo, y envió entonces su flota, bajo las órdenes de Nearque, al golfo Pérsico, bordeando las costas, y después dividió su armada en dos cuerpos. Envio la una á Persia por el Caramania, bajo la dirección de Crátere; la otra, bajo su propio mando, se retiró por la Gedrosia. Llegada la escuadra al golfo Pérsico y él mismo unido á Crátere, festejóse la vuelta de la expedición.

Desde el solo punto de vista de la conquista, puede decirse que los resultados de la invasión de Alejandro fueron perfectamente nulos, puesto que algunos años después de su salida no quedaba en la India una sola de las guarniciones griegas que había dejado allí. Pero esta expedición, que ponía por primera vez en relación Europa con la India, debía tener indirectamente consecuencias no faltas de importancia.

Después de la marcha de Alejandro, un rey indo, Chandragupta, el Sandroktos de los griegos, hijo de uno de los jefes del Pundjab dispersados por Alejandro, extendió gradualmente su imperio sobre todo el Norte de la península y expulsó ó des-

truyó enteramente las guarniciones macedonias. Fijó la capital de su imperio en Pataliputra (la Patna moderna), capital del reino de Magadda. Su fama fué en seguida tan grande, que Seleuco Nicator, que después de la muerte de Alejandro reinó sobre Siria, Babilonia y todas las provincias comprendidas entre el Eufrates y el Indo, envió á su corte, en el año 300 antes de nuestra era, para contratar alianza con él, un embajador griego nombrado Megastheno. Este embajador residió durante mucho tiempo en Pataliputra, y por su relación, conservada en parte, es por la que hemos obtenido las primeras nociones concretas sobre los hábitos y costumbres de los indos de esa época.

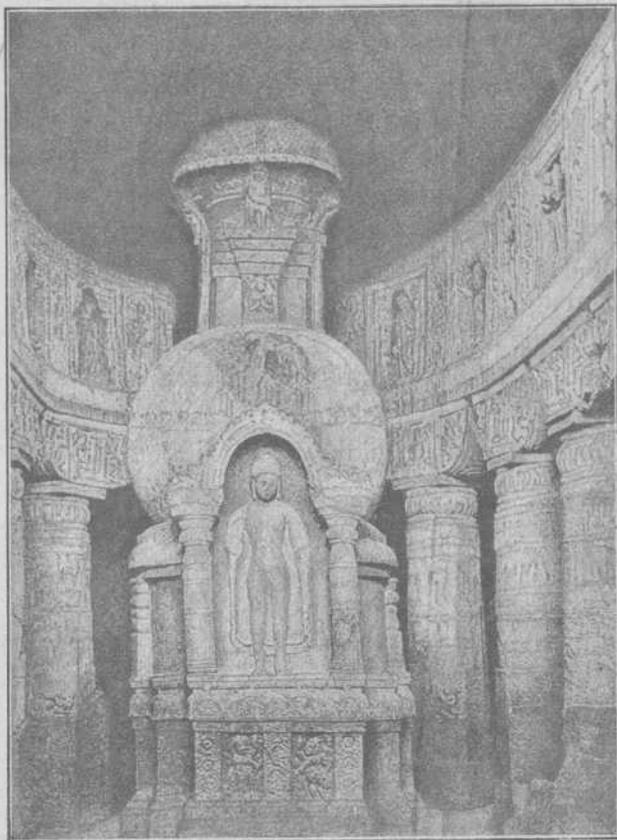
Las relaciones de los griegos con los indos no se limitaron, por otra parte, á la invasión de Alejandro y á la embajada de Megastheno; á falta de los relatos de los historiadores, sabemos hoy, por monedas y restos de monumentos, que los sucesores del imperio greco-bactriano de Seleuco Nicator conquistaron el Pundjab, fundaron diversos reinos y se extendieron hasta Mutra. Ciento veintiséis años antes de Jesucristo, un aventurero, llamado Menandro, fundó un reino que comprendía desde el Jumna hasta la embocadura del Nerbudda.

Esculturas y medallas son los únicos restos llegados hasta nosotros de esos reinos griegos de la India. Desaparecieron, ó poco menos, esos reinos á los comienzos de nuestra era ante las invasiones de los escitas. Estas invasiones habían comenzado en el siglo anterior á Jesucristo. Un pueblo escita invadió el Noroeste de la India y fundó un reino que comprendía la Bactriana, los márgenes del Indo, el Pundjab y una parte del Rajputana. Tuvo este reino duración efímera, puesto que los escitas fueron probablemente expulsados de la India en los primeros tiempos de nuestra era.

Dejando á un lado esta parte oscura de la historia de la India que recientes investigaciones han resucitado, volvamos á Chandragupta y á sus sucesores.

El nieto de Chandragupta fué el célebre Asoka, que reinó 250 años aproximadamente antes de Jesucristo. Después de ha-

ber, según ciertas leyendas búdicas, asesinado los cien hijos que su padre había tenido de diez y seis mujeres diferentes y evitado así las competencias, extendió su imperio en todo el Norte de la India. Los límites de este imperio están marcados por inscrip-



AJUNTA. — Santuario de un templo subterráneo
(Altura de la gran estatua, 1^m,60)

ciones que aún subsisten. Se las encuentra desde el Afghanistan al Bengala y desde el Himalaya al Nerbudda. Al Oeste, el imperio de Asoka llegaba hasta el reino griego de Bactriana.

Con ese príncipe comienza la historia arquitectónica de la India. Muchas de las columnas que hizo levantar para inscribir sus

X

La columnas
opunte
Biarant
ayy 10.2.21
Telus

edictos están aún en pie, y los más célebres monumentos, tales como los de Bharut, Sanchi y Buda Gaya, cuyos bajos relieves son tan preciosos desde el punto de vista de la historia del budismo, son contemporáneos de su reinado ó apenas posteriores. Nada queda de los palacios que hizo construir, pero debemos suponer que eran bellísimos, pues el peregrino Fa-Hian, que vió en el siglo v las ruinas de las construcciones y la torre que poseía en Pataliputra, asegura que era demasiado admirable para haber podido ser la obra de un mortal.

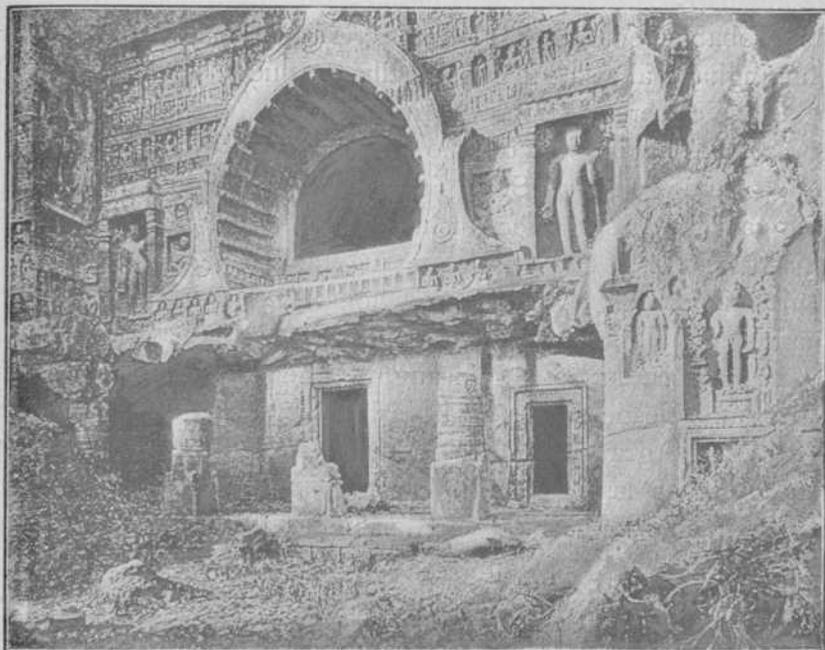
Ese mismo Asoka fué quien hizo del budismo la religión oficial de la India. Su celo religioso era muy vivo, pues envió misiones casi por todas partes, á Ceilán y hasta Egipto cerca de Ptolomeo Filadelfo.

La dinastía llamada Morya, de que Asoka fué el más ilustre representante, duró aproximadamente siglo y medio, es decir, desde 325 á 188 antes de Jesucristo. Después de ella el imperio fundado por Asoka se dividió en seguida en pequeños reinos independientes gobernados por soberanos diversos. El reino de Magadda subsistió, sin embargo, hasta el siglo vi de nuestra era; pero no comprendió más que la región bien poco extensa correspondiente al Behar actual. Los Puranas dan listas de reyes de Magadda de un millar de años, pero esas listas merecen escaso crédito.

Después de Asoka, los solos documentos indos que tenemos sobre la India hasta la invasión musulmana, fuera de los relatos legendarios de los Puranas, nos los proporcionan los monumentos. Constituyen éstos, con los relatos de los peregrinos chinos de que hemos hablado, los únicos documentos que nos permiten reconstituir aproximadamente la civilización de la India en el transcurso de este largo período.

Durante esta noche de cerca de doce siglos, corto es el número de personajes importantes de que las crónicas indas nos han conservado el recuerdo. El más célebre es el legendario Vikramaditya, príncipe de Malwa, residente en Ojein, cerca del Nerbudda. Habría, según las crónicas, extendido su imperio sobre

la totalidad de la India hasta el extremo meridional del Dekkán. Aunque su historia no sea más que un tejido de fabulosas leyendas, debió seguramente representar un papel muy importante, pues los indos hacen nacer de su advenimiento, que suponen tuvo lugar 57 años antes de Jesucristo, una era nueva, la era Samva.



AJUNTA. — Fachada de un templo subterráneo

(Altura desde el umbral de la puerta hasta la cima del hueco en forma de herradura, 9^m,60)

Desgraciadamente las crónicas indas, siguiendo su costumbre, han respetado poco la cronología, pues un estudio atento de las inscripciones y de los monumentos parece probar que Vikramaditya reinó 600 años después de la época indicada por los libros.

Al mismo héroe atribuyen las leyendas indas la expulsión de la India de los escitas. Este pueblo había penetrado entre los griegos de la Bactriana dos siglos antes de Jesucristo y los había gradualmente sometido. Uno de sus reyes convertido al bu-

dismo, Kanishka, había fundado, poco antes de nuestra era, un imperio que comprendía el Afghanistan, el Pundjab, el Rajputana. Nada sabemos de la historia de los escitas en la India, sino, como vemos por algunas estatuas de Muttra, que propagaron la influencia artística de los griegos.

Entre los contemporáneos de Vikramaditya es preciso colocar probablemente, según las inscripciones interpretadas por Cunningham, al rajá Harsha Vardhama, que reinó de 607 á 648 y del que el peregrino chino Hiuen-Thsang, que visitó la India en 634, nos habla como de uno de los más poderosos soberanos del Norte de la India. Su capital era Kanudje, una de las más antiguas ciudades de la India, la sede durante largo tiempo de la dinastía Gupta y que se supone que fué una de las cunas de la civilización aria. Ptolomeo la menciona 140 años después de Jesucristo con el nombre de Kanogiya. El reino, de que era capital en la época de Hiuen-Thsang, se extendía desde Cachemira al Assam y desde el Nepal al Nerbudda. Kanudje se encuentra al Este de Agra, á algunos kilómetros del Ganges. Están de acuerdo todas las tradiciones en ponderar su esplendor. Llenó de admiración á Mahmud de Ghazni cuando la atacó en el año 1016 de nuestra era. Cuando se aproximó, vió, según Ferishta, «una ciudad que levantaba su cabeza hasta el cielo y que por sus fortificaciones y su arquitectura podía justamente vanagloriarse de no tener rival.»

De esta antigua capital, que tenía cinco kilómetros de extensión, si hemos de creer á Hiuen-Thsang, no queda ni una piedra para revelar su historia. La destrucción de los monumentos anteriores á la invasión musulmana fué, lo mismo que la de muchas capitales célebres, tan completa que, á pesar de todas sus investigaciones, no llegó Cunningham á descubrir un solo resto de ellos. Lo que ha señalado más viejo en Kanudje es una inscripción solamente de 1136 y posterior por consecuencia á la invasión musulmana. Todos los monumentos actuales de esta ciudad son exclusivamente musulmanes, pero construídos algunos con ruinas de los antiguos monumentos indos.

Kanudje formó parte de aquellas grandes capitales antiguas de que no conocemos la historia sino por vagas tradiciones y algunas inscripciones. Es imposible atribuir únicamente á la imaginación de los escritores las descripciones entusiasmadas del esplendor de esas antiguas ciudades de la India, cuando se ha visto las ruinas de las pocas que han escapado á la destrucción, Khajurao, por ejemplo.

Kanudje, Khajurao, Mahoba y muchas otras ciudades famosas de que no queda más que el nombre ó las ruinas, fueron la sede de pujantes imperios. Las más célebres estuvieron gobernadas por reyes pertenecientes á la raza rajpute, la única cuyas dinastías subsisten aún y que ha conservado, si no su independencia, al menos sus instituciones y sus costumbres.

La historia de los rajputes no nos es desgraciadamente apenas conocida hasta qué entraron en lucha con los musulmanes. Consiguieron éstos destruir sus capitales y rechazarlos á las regiones montañosas y escarpadas del Rajputana, mas no pudieron obtener de ellos sino una sumisión puramente nominal.

Todo este período, que se extiende desde los sucesores de Asoka hasta el renacimiento del brahmanismo y también á las invasiones musulmanas, es, por consiguiente, tan obscuro como el que le ha precedido, y sin los monumentos que nos ha dejado, nada ó poco menos sabríamos de él.



AJUNTA. — Pilar de uno de los templos subterráneos

4.º — PERÍODO NEO-BRACMÁNICO

Respecto del período de renacimiento del brahmanismo ó neo-bracmánico faltan igualmente documentos históricos. Las monedas y los monumentos son casi las únicas fuentes de investigación que podemos consultar sobre él.

Bajo la dinastía Gupta, cuya supremacía se extendió sobre todo el Norte de la India en el quinto siglo de nuestra era, debió probablemente comenzar de nuevo á predominar la influencia del antiguo brahmanismo, que no había, por otra parte, desaparecido completamente. Las monedas de los reyes de Kanudje, Delhi, Mahoba, indican la vuelta á las antiguas creencias. Durante los siglos V y VI continuó el budismo declinando; en el VII la construcción de monumentos búdicos se hace rarísima, y en el VIII puede decirse que esta religión desaparece casi enteramente. Estudiaremos en otro capítulo, tomando por base las investigaciones que en la India hemos efectuado, el mecanismo de esa desaparición.

Cuando algunos fulgores esclarecen aquel pasado tan oscuro, se comprueba la existencia de una secta nueva, el jainismo. La mayor parte de la India se divide entonces entre el culto de Vishnu y el de Siva. El nuevo brahmanismo ha conservado teóricamente los antiguos dioses; pero entre la religión nueva y la antigua la diferencia es profunda. El neo-brahmanismo está formado por una mezcla de las viejas doctrinas védicas con las creencias búdicas y las diversas supersticiones de origen extranjero.

Este período neo-bracmánico que sucede en la India al budismo, hacia el séptimo ú octavo siglo de nuestra era, no fué interrumpido por las invasiones musulmanas. Fué la India sometida á los discípulos del Profeta y muchos indos se convirtieron al islamismo, puesto que los sectarios del Corán suman hoy cincuenta millones; pero la mayor parte de los habitantes conservan el antiguo culto y lo practican aún en nuestros días.

5.º — PERÍODO MUSULMÁN

Han ejercido en la India los musulmanes la misma profunda influencia que ejercieron en todas las regiones del mundo por ellos conquistadas. Como hemos demostrado en nuestra *Historia de la civilización de los árabes*, ningún pueblo, incluso el romano, ejerció más enérgica acción. Durante los siete siglos que duró su dominación en la India, una gran parte del pueblo indo modificó profundamente su religión, su lengua y sus artes, y esta transformación sobrevivió á la desaparición de los vencedores. Mientras la influencia de la invasión griega fué casi nula y la de los ingleses no es aún apreciable, cincuenta millones de indos practican la religión de Mahoma.

Las primeras invasiones de los musulmanes en la India remóntanse al séptimo siglo. A pesar de ser tales incursiones felices, no las siguieron establecimientos durables. No comenzó hasta principios del siglo xi la conquista seria de la India bajo la dirección de Mahmud de Ghazni.

Mahmud era el descendiente de un aventurero turco que se había creado un principado independiente en el distrito montañoso de Ghazni, ciudad situada en el Afghanistan al Sur de Kabul. Cuando se presentó en la India, el Noroeste de la península estaba dividido entre varios príncipes rajputes que reconocían más ó menos la supremacía del rajá de Delhi. El rajá de Ka-



AJUNTA. — Capitel de uno de los templos subterráneos

nudje, como descendiente de Rama, dominaba los principados del Audh y del valle del Ganges. El Bengala y el Behar obedecían á la dinastía Pal. Malwa estaba gobernado por los sucesores de Vikramaditya. El Sur de la India comprendía los tres reinos indos de los Cheras, de los Cholas y de los Pandyas, de que hablaremos en otra parte.

No sin dificultades estableció Mahmud de Ghazni su supremacía. Los rajputes, principalmente el rey de Lahore, le opusieron una resistencia desesperada. Los obstáculos que hubo de vencer este príncipe musulmán fueron muchísimo más serios que los que encontró Alejandro. No necesitó de 1001 á 1026 menos de diez y siete expediciones para someter el Norte de la península. Llevó sus armas hasta el Guzerat, donde se apoderó del templo de Somnath, pero no conservó en definitiva sino el Pundjab. Mantuviéronse los rajputes poco menos que independientes, y más tarde, cuando los sucesores de Mahmud extendieron sus conquistas musulmanas, emigraron á las regiones montañosas y difícilmente accesibles del Rajputana, donde fundaron Estados que, igualmente que bajo los mogoles, no fueron jamás realmente sometidos. Varias dinastías rajputes reinan aún.

La conquista de Mahmud fué tanto religiosa como política. Musulmán convencido, deseaba hacer prevalecer la ley del Profeta. Se anunciaba por todas partes como el propagandista de la religión y la civilización de los árabes, y el califa de Bagdad le dió el título de protector de los verdaderos creyentes.

Cuando Mahmud pénétró en la India, este país, hoy tan desprovisto de riquezas, era incomparablemente opulento. Monumentos admirables, de los que subsisten muchos aún, nos prueban que las descripciones de los escritores orientales no han exagerado nada. Las guerras que entre sí mismos libraban los soberanos indígenas no hacían sino trasladar los tesoros, que en definitiva quedaban en la comarca, mientras que la expoliación sistemática á que viene sometida desde hace más de un siglo la ha aniquilado completamente.

No está de más insistir de pasada en este punto para hacer

comprender la extrema riqueza de los monumentos que describiremos en esta obra. Los historiadores orientales, Mahmud mismo,



AJUNTA. - Estatuas de Naga y Raja en uno de los templos subterráneos

no encuentran términos bastantes para expresar su admiración.

Cuando entró en Muttra en 1019, Mahmud quedó maravillado del fausto que por todas partes se ostentaba. Véase lo que con este motivo escribió:

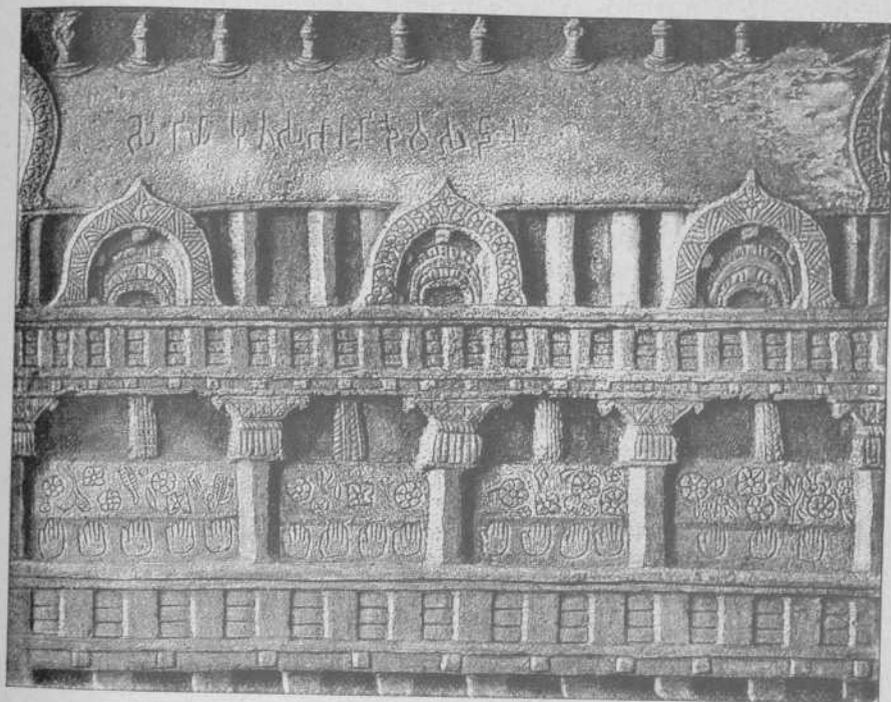
«Esta ciudad maravillosa, dice, encierra más de mil edificios, la mayor parte de mármol y tan sólidamente levantados como la fe de los verdaderos creyentes... Si se calcula el dinero que han debido costar todos esos monumentos, no sería exagerado estimarlos en muchísimos millones de escudos, y aún es preciso agregar que tal ciudad no podría ser construída en menos de dos siglos. En los templos paganos encontraron mis soldados cinco ídolos de oro cuyos ojos estaban formados por rubíes de un valor de 50.000 escudos; otro ídolo estaba adornado con un zafiro que pesaba 400 miskales, y la imagen misma produjo fundida 98 miskales de oro puro. Encontramos además un centenar de ídolos de plata, representando la carga de otros tantos camellos.»

Mahmud encontró las mismas maravillas en todas las ciudades que atravesó, principalmente en Kanudje, que, según el relato de Feristah que hemos ya citado, podía, desde el punto de vista de la arquitectura, envanecerse de no tener igual. En la expedición que hizo en 1024, especialmente para destruir el templo de Somnat en el Guzerat, encontró Mahmud un edificio maravilloso, cuyos 56 pilares estaban cubiertos de láminas de oro y cuajados de piedras preciosas; millares de estatuas de oro y de plata rodeaban el santuario. En el centro del templo había un gigantesco ídolo, cuyos flancos contenían innumerables piedras preciosas. El personal del templo se elevaba á 2.000 bracmanes, 500 danzadoras y 300 músicos. El tesoro de que se apoderaron los musulmanes puede valuarse aproximadamente en 250 millones de nuestra moneda, suma formidable para la época.

No sorprendieron menos á los sucesores de Mahmud las riquezas y las maravillas que encontraron por todas partes en la India. En Benares, Mohammed de Ghor destruyó los ídolos de un millar de templos y cargó 4.000 camellos con el botín de que se apoderó. En la primera expedición que los musulmanes hicieron al Dekkán, los soldados se cargaron de tal modo de oro, que abandonaban los objetos de plata como de transporte demasiado pesado. De oro puro eran por completo las vajillas de

que se servían en los templos y en las casas de los ricos. Ninguna moneda de plata circulaba entonces. Todo lo contrario de lo que se observa hoy.

La primera dinastía afghana fundada por Mahmud de Ghazni reinó de 996 á 1186 en Ghazni y Lahore. En 1186 fué de-



Motivos de ornamentación de un edificio indo hacia el siglo II anterior á nuestra era, según un bajo relieve de Bharhut

ribada por Mahmud de Ghor, fundador de una segunda dinastía afghana. Comenzó éste su conquista siguiendo un método sencillísimo que dió buen resultado á todos sus sucesores, incluso los ingleses. Consistía en intervenir en las querellas de los príncipes indígenas y en aprovechar sus rivalidades para debilitarlos desde luego y apoderarse en seguida de su reino. Después de haber intervenido como aliado en una querella que dividía los reyes de Delhi y de Kanudje, reunió los dos reinos y

fundó un vasto imperio que tenía por límite Benarés al Este, Gwalior y Guzerat al Sur; la capital del gobierno era Delhi.

Después de la muerte de Mahmud, uno de sus virreyes, Kutub-ud-Din, se declaró independiente y se hizo el jefe de una dinastía llamada de los reyes esclavos, de origen afgghano, que reinó de 1206 á 1290. A este príncipe se debe la famosa torre de Kutab en Delhi.

El más célebre soberano de esta dinastía fué el emperador Altamsh, cuyo magnífico mausoleo es uno de los más notables monumentos de Delhi. Reinó de 1211 á 1236 y tuvo que luchar muchas veces contra las incursiones de los mogoles y las revueltas de las tribus indígenas.

La dinastía de los Gurides fué pronto reemplazada por otra dinastía, de la que uno de los principales príncipes fué Ala-ud-Din (1294-1313). Extendió considerablemente sus conquistas musulmanas y sintió por la arquitectura el mismo gusto que sus predecesores. Pruébalo la famosa puerta esculpida que guarda su nombre en Delhi.

Desgraciadamente para la nueva dinastía los mogoles alistados en la armada imperial se hicieron cada día más peligrosos. El jefe de estos mercenarios fundó pronto una quinta dinastía afgghana (1320 á 1414), de la que Firoz y Toghlak fueron los príncipes más conocidos. Se distinguieron también por el desarrollo que imprimieron á la arquitectura.

En 1398, bajo el reinado de este último príncipe, el Gran Mogol Timur ó Tamerlán invadió la India. Saqueó Delhi, pero no hizo más que atravesar la península como un huracán y tornó en seguida á su país.

Durante las luchas que hubieron de sostener los soberanos de Delhi, los gobernadores de provincias intentaron hacerse independientes; lograronlo varios y fundaron diversos reinos, cuyas capitales rivalizaron en brillo y se ornaron de monumentos que aún subsisten en gran número.

Después de la invasión de Tamerlán, la anarquía fué completa. Los gobernadores de las provincias musulmanas que se ha-

bían declarado independientes intentaron hacerse dueños de Delhi. El 1450 los Lodi, gobernadores de Lahore, lo lograron y fundaron una nueva dinastía afghana, la séptima. En 1517 reinaban aún.

En esta época un nuevo gobernador de Lahore, que había seguido la tradición y esforzándose por hacerse independiente, viéndose perseguido por Ibrahim Lodi, que quería reducirle á la obediencia, llamó en su auxilio un rey mogol de Kabul, llamado Baber, descendiente de Tamerlán y de Gengiskhán. Pareció á éste favorable la ocasión de realizar la conquista de la India. Aunque no dispuso más que de doce mil hombres, venció á los cien mil de Lodi y se apoderó de Delhi y de toda la India del Norte.

Baber fué el fundador de la dinastía de los Grandes Mogoles, que debía alcanzar la sumisión de la India entera á su ley. Murió en Agra en 1530, después de haber agregado á su reino todo el territorio del Afghanistan y del Indostán.

Durante la mayor parte del período musulmán que acabamos de resumir, casi toda la India del Sur conservó su independencia; sólo la parte central vecina del Nerbudda estaba ocupada por reinos musulmanes independientes. Sólo al fin del imperio mogol, y únicamente durante un corto período, la India entera fué sometida á un solo cetro. Fué, pues, únicamente en realidad sobre el Norte y el centro de la India donde tuvo lugar la pujanza mogol fundada por Baber y sus sucesores y de la que vamos á ocuparnos ahora.

Humayún (1530-1556), hijo del creador del poderío mogol, tuvo que sostener largas luchas á consecuencia de las cuales se vió obligado á abandonar Agra; se refugió en el Sindh, donde casó con una mujer persa, de la que tuvo, en 1542, un hijo que debía ser el célebre emperador Akbar. Acabó por consolidar su imperio y recobrar lo que había perdido. Murió cerca de Delhi, donde se ve aún su tumba.

Bajo el emperador Akbar (1556-1605), sucesor de Humayún, comenzó el gran período de la pujanza mogol. Emprendió este

príncipe la fusión del pueblo indo con los musulmanes. Casó princesas indas, empleó musulmanes é indos indistintamente como ministros é intentó combinar la arquitectura de los dos pueblos. A falta de historia bastará para revelarnos sus tendencias el estudio de los monumentos. Su reinado de cincuenta años es uno de los más notables de que la historia haya guardado memoria. Las instituciones por él adoptadas eran las que mejor podían convenir al pueblo que gobernaba. Varias le sobrevivieron y los ingleses las han imitado con frecuencia.

Escéptico Akbar y considerando indos y musulmanes como fanáticos, respetó su culto y estimuló con la misma imparcialidad la construcción de los templos de las diversas religiones. Soñó también con reunir todos los cultos en uno solo, pero naturalmente fracasó en esta tentativa.

Aunque muy inferior á su padre Akbar, el emperador Jahanguir (1605-1628) fué, sin embargo, un príncipe notable. Escéptico cual Akbar, tenía la misma tolerancia y continuó la misma política. Casó mujeres musulmanas é indas y trató con igual equidad á los dos pueblos. Su protección se extendió igualmente á los cristianos, que eran en número de unos sesenta en la capital de su imperio.

Su hijo Shah Jehán, que le sucedió en 1628 y reinó hasta 1658, no participó de iguales sentimientos. Eliminó en la arquitectura cuanto pudo las influencias indas; los monumentos que ha dejado revelan inmediatamente esta constante preocupación.

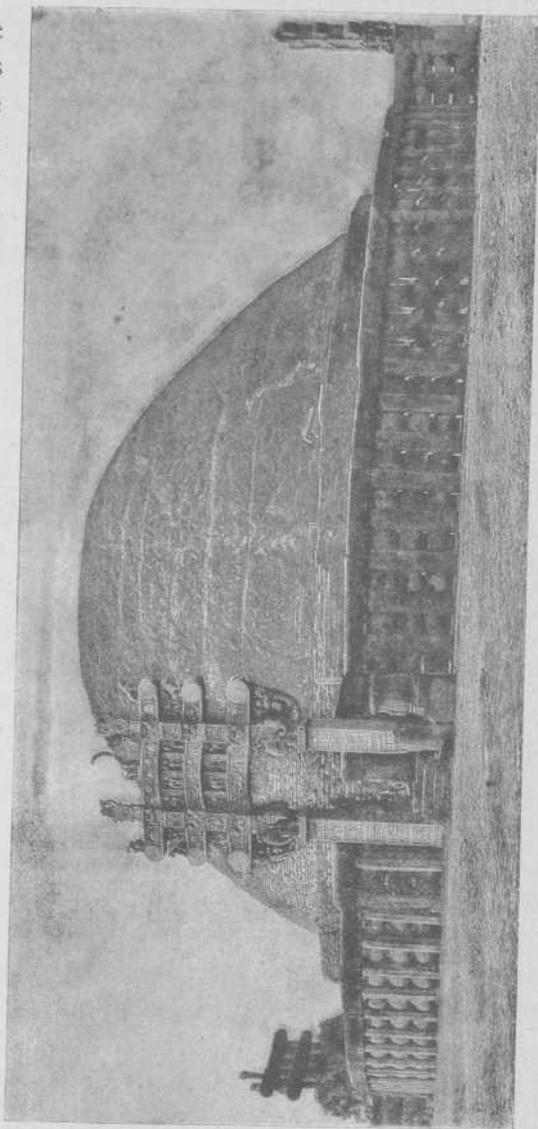
En 1637 se estableció en Delhi y construyó allí el magnífico palacio de que los ingleses han conservado sólo una parte, pero que, tal como está aún, constituye ahora uno de los más bellos monumentos que el mundo posee.

Bajo el reinado de Shah Jehán fueron edificados los más célebres edificios mogoles, el Taje, la mezquita Perla en el fuerte de Agra, el palacio y la gran mezquita de Delhi, etc.

El hijo de Shah Jehán, Orengezeb, que le sucedió en 1658 y reinó hasta 1707, vivió tanto en Agra como en Delhi. Más intolerante aún que su padre para los indos, preparó por su fana-

tismo la caída del poderío mogol. Destruyendo en el Dekkán los reinos musulmanes de Bijapur y de Golconda, destruyó al mismo tiempo la última barrera que se elevaba contra sus enemigos, de los que los principales eran los mahrattes, y preparó así por sí mismo la desaparición de su vasto imperio. Si no se juzgase la importancia de un imperio más que por su extensión, podría decirse que la pujanza mogol llegó á su apogeo bajo Orengezeb; pero encerraba entonces gérmenes de decadencia que debían abatirla muy pronto. No sobrevivió, en efecto, al soberano que la había elevado tanto.

El período musulmán de que acabamos de resumir brevemente la historia, duró aproximadamente setecientos años. Durante la mayor parte de este largo período, es decir, hasta Orengezeb, la unidad de la India no fué sino aparente. Diversos gobernadores mu



SANCHI. — Vista general del tope

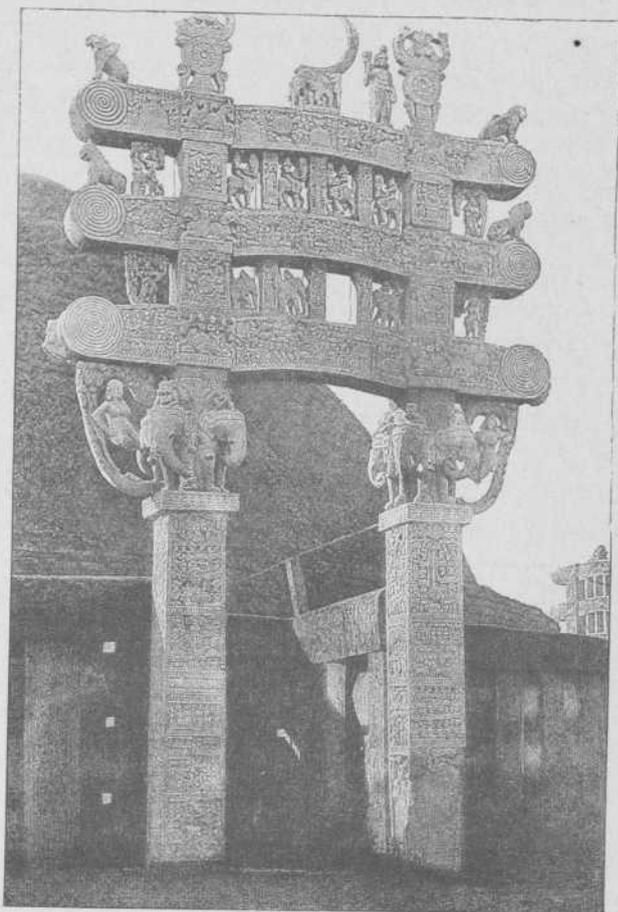
sulmanes, declarados independientes, habían fundado reinos tales como los de Gor, Golconda, Bijapur, etc., de los que sería demasiado largo hablar aquí. De hecho, sólo durante un momento, bajo Orengezeb, la India entera fué reunida por primera vez bajo un único soberano.

No duró mucho tiempo: la muerte de Orengezeb señala el fin de la pujanza mogol en la India. Después de él, la península cayó pronto en la anarquía más profunda; mahrattes, afghanos, sikes, jates, rajputes, príncipes mahometanos, se entregaron al pillaje é intentaron crearse reinos independientes á costa del cadáver del coloso. Los débiles sucesores de Orengezeb no conservaron sino un poder nominal. El Dekkán recobró su independencia, y en 1723, un visir llamado Nizam se creó un Estado independiente que subsiste aún bajo su nombre y cuya capital es Hyderabad.

En 1739, el shah de Persia Nadir vino á saquear Delhi, de la que se llevó todos los tesoros acumulados por los mogoles. Hizo un botín estimado en más de mil millones. En 1747, los afghanos se apoderaron de Lahore y del Pundjab. Aprovechando el desorden, los mahrattes arrebataron al imperio sus mejores provincias. La desaparición total del imperio mogol no fué, por otra parte, obra de un día. Durante ciento cincuenta años aún sentáronse Grandes Mogoles sobre el trono de Delhi, pero su poder fué cada vez más nominal y acabaron por quedar reducidos á simples tributarios de los ingleses. Cuando fué el último de ellos hecho prisionero en 1857, no gozaba ni de una sombra de autoridad en la ciudad en que habían reinado sus padres.

Entre las causas diversas que produjeron, después de la muerte de Orengezeb, la caída del imperio mogol y su división en muchos reinos, las invasiones de los mahrattes deben ser consideradas como de las más decisivas. Debe tanto más no pasárselas en silencio cuanto no se trata de simples incursiones de aventureros, como las de los afghanos ó las de los persas, sino de una verdadera conquista. Estuvo en poco que los mahrattes no reunieran, en efecto, la India entera bajo su ley y resultaran así

los sucesores de los mogoles. Si hubiesen triunfado, la India habría sido por primera vez, después de muchos siglos, gobernada en totalidad por indos, y la conquista europea, suponiendo que



SANCHI. — Vista en conjunto de la gran puerta septentrional del tope
(*Altura total, aproximadamente, 9^m,60*)

hubiese sido emprendida, habría exigido muchos más esfuerzos de los que han sido precisos.

Los mahrattes habitaban en el Noroeste del Dekkán, la región antiguamente llamada el Maharashtra, correspondiente con

poca diferencia al Sur actual de la provincia de Bombay, á partir de los montes Satpura. Es una región montañosa atravesada por ramificaciones de los Ghates y de los montes Vindhya. Estaba ocupada entonces por poblaciones montaÑesas que obedecían á jefes sobre los cuales los musulmanes no tuvieron jamás sino una autoridad nominal.

En los últimos años de la vida de Orengezb, los mahrattes se habían revelado ya temibles enemigos del poderío mogol. La intolerancia religiosa de este príncipe los había sublevado. Un aventurero llamado Sivaji, nacido en las cercanías de Puna, después de haber comenzado por el bandolerismo, reunió todo un ejército de partidarios y llegó á formarse un reino que no comprendió desde luego más que una porción del de Bijapur, pero que extendió bien pronto á la mayor parte del Sur de la India. A pesar de muchas sangrientas guerras, Orengezb murió sin haberlo sometido.

El obstáculo principal que había siempre protegido al imperio mogol contra los mahrattes era el reino musulmán de Bijapur; pero Orengezb deshizo por sí mismo este obstáculo destruyendo ese reino. Pudieron entonces los mahrattes realizar libremente por todas partes sus invasiones.

Después de la muerte de Orengezb conquistaron sucesivamente la mayor parte de las provincias de la India, y durante medio siglo, los príncipes mahrattes, reunidos en confederación, desempeñaron un papel del todo preponderante. En el momento mismo en que iban á acabar la conquista de la península fueron detenidos por las invasiones de los afghanos. Estos últimos quebrantaron el apretado haz de sus fuerzas en la célebre batalla de Paniput, en 1760, batalla que costó la vida, dicen, á doscientos mil hombres.

Las invasiones afghanas, la rivalidad de los príncipes mahrattes entre sí, las guerras que hubieron de sostener contra los príncipes musulmanes que gobernaban los reinos que se habían conservado independientes, acabaron de debilitarlos. Sólo, gracias á este abatimiento, pudieron los ingleses triunfar sobre ellos

en seguida. Estos fueron, con todo, aparte de los europeos, los más temibles enemigos que tuvieron que combatir en la India. Fueronles precisas para someterlos³ cuatro guerras sucesivas que no se terminaron sino en los primeros años de este siglo. Algunos príncipes mahrattes reinan aún, en Indore y Gwalior principalmente; pero aunque sus ejércitos sean numerosos, su poderío político es completamente nulo.

6.º - HISTORIA DEL SUR DE LA INDIA

Forma la India del Sur una región cuya historia no se relaciona sino muy indirectamente con la de la India del Norte. No pudiendo aplicarle nuestras divisiones generales, nos ha parecido preferible tratar de ella en un párrafo aparte.

Los antiguos dividían la India en dos grandes regiones, la del Norte ó Indostán y la del Sur ó Dekkán. La separación de estas dos regiones estaba formada al Oeste por el valle del Nerbudda, al Este por las montañas próximas á Cuttak, sobre el golfo de Bengala. En nuestros días sólo se da en la India el nombre de Dekkán á la meseta central, limitada al Norte por el Nerbudda y los montes Vindhya, al Sur por la cuenca del Kistna, al Oeste por los Ghates occidentales y al Este por los montes de Cuttak y los Ghates orientales.

Aparte de los musulmanes y de un corto número de poblaciones especiales localizadas en ciertas regiones bien determinadas, el antiguo Dekkán está habitado por una población de piel morena, resultado de la mezcla de razas negras primitivas con invasores de sangre amarilla, venidos, sin duda, del Thibet, y de poblaciones mogolas venidas del Oeste. Estas mezclas se rea-



SANCHI. - Detalles de escultura de un pilar de la puerta oriental del tope.

lizaron en épocas muy anteriores á nuestra era. Hoy las poblaciones meridionales de la India, ó, como se dice generalmente, las poblaciones dravidianas, forman una de las razas más homogéneas de toda la península. Desde hace lo menos doce siglos poseen la misma religión, las mismas artes y hablan generalmente lenguas poco diversas.

El budismo no parece haber ejercido jamás una gran influencia sobre las poblaciones del Sur de la India. En todo caso esta influencia, si se manifestó, desapareció rápidamente, pues en todo el Sur de la India, á partir del río Kistna, no se hallan casi absolutamente monumentos búdicos.

El jainismo ejerció allí alguna más influencia que el budismo y cuenta aún algunos sectarios, principalmente alrededor de Conjeveram y en el Mysore. El islamismo hizo igualmente numerosos prosélitos; pero en definitiva el brahmanismo se ha mantenido la religión de la inmensa mayoría de las poblaciones de la India meridional. Divídense esas poblaciones en dos sectas, la de Vishnu y la de Siva. Sus templos son idénticos y sólo difieren por sus emblemas. Podemos, pues, desde el punto de vista arquitectónico, clasificar la mayor parte de los monumentos del Sur de la India en un solo capítulo, en lugar de clasificarlos por ciudades ó reinos como estaremos obligados á hacerlo para los monumentos de otras regiones de la India septentrional y central.

La historia de la India meridional hasta la época de las invasiones musulmanas, es decir, hasta el siglo XIII de nuestra era, es más obscura aún que la de la India septentrional. Las grandes composiciones literarias, como los *Vedas*, el *Mahabharata*, etcétera, faltan allí enteramente. Los más antiguos libros en tamil ú otras lenguas dravidianas son del octavo siglo de nuestra era. Los más antiguos monumentos de piedra ó las más antiguas inscripciones pertenecen al siglo V.

Las listas de reyes; la enumeración de sus conquistas, proporcionadas por las inscripciones; las menciones de los reinos del Sur de la India en los edictos de Asoka, tres siglos antes



BAJOS RELIEVES DE LAS PUERTAS DEL TOPE DE SANCHI

El primero representa elefantes adorando un dagoba ó relicario, y el segundo la adoración del árbol sagrado por diferentes animales

de Jesucristo, y las citas de algunas ciudades por los antiguos autores clásicos, permiten hacer remontar á cinco ó seis siglos aproximadamente antes de nuestra era la existencia de los reinos del Sur de la India; pero de su civilización no podemos decir nada. Parece evidente, sin embargo, que el Sur de la India no fué civilizado sino mucho después que la parte septentrional de la península.

Lo que sabemos de los antiguos reinos del Sur de la India anteriores á las invasiones musulmanas puede resumirse así: según la tradición inda, confirmada por otra parte por inscripciones, el Sur de la India estaba dividido antes de nuestra era en tres grandes reinos, el de los Pandyas, el de los Cholas y el de los Cheras. El más meridional de esos reinos era el de los Pandyas. Ocupaba el Sur extremo de la India. Está citado en el *Mahabharata*, los edictos de Asoka, los escritos de Megasthenes y se admite generalmente que existió cinco siglos aproximadamente antes de nuestra era. Pero nada de su historia ha llegado á nosotros. Su capital era Madura. Los habitantes de esta ciudad estaban evidentemente en relaciones comerciales directas ó indirectas con los romanos, pues se encuentran muchas monedas romanas en sus cercanías.

El reino de los Pandyas cayó, hacia el siglo XI de nuestra era, bajo la dinastía de los Cholas. Subsistió, sin embargo, al menos nominalmente, hasta hacia la mitad del siglo XVII. En 1559 cayó bajo la soberanía del rajá de Bijanagar. Bajo el rey Tirumal, que reinó de 1623 á 1659, fueron edificados los grandes monumentos que Madura posee.

El reino de los Cholas se extendía al Norte y al Este del anterior, desde el valle del Coleroon y del Cavery, poco más ó menos, hasta el nivel de Madras. De él ha tomado esta costa el nombre de Cholomandalam, de que los europeos han hecho Coromandel.

La época de la fundación de este reino es probablemente con poca diferencia la misma que la del anterior. Se le menciona en los edictos de Asoka, pero nos es desconocida igualmente.

te su historia antigua. Sabemos sólo por inscripciones que entre los siglos XI y XII de nuestra era los soberanos cholas se elevaron á un alto grado de prosperidad. Sometieron el Sur de la India y llevaron sus armas hasta Ceylán, que habían ya invadido 250 años antes de Jesucristo, según las crónicas cingalesas. Al Norte su conquista se extendió hasta el Bengala y el reino de Audh; en el siglo XI poseían el más poderoso de los reinos indos que había existido en el Sur de la India. Su influencia no duró apenas: se había desvanecido ya antes de la invasión musulmana de 1310.

Hasta el segundo siglo después de Jesucristo, la capital de los Cholas parece que había sido Ureyur, cerca de Trichinópolis; en el siglo III fué trasladada á Kombakonum, y á Tanjore en el X.

Los Cheras ocupaban el Oeste del reino de los Cholas y el Norte del reino de los Pandyas, con una gran parte de la provincia actual de Mysore. La existencia de su reino es igualmente anterior á la era cristiana, puesto que se lo menciona en los edictos de Asoka. Fué, según las conquistas enumeradas en antiguas inscripciones, muy poderoso en el cuarto ó quinto siglo de nuestra era. Sus soberanos extendieron muy lejos, en el Norte, sus conquistas, pues su rey Kugani Raja III se vanagloria en una de sus inscripciones de haber llevado sus armas hasta el Nerbudda. Esta conquista debió tener lugar hacia el siglo VIII y parece probada por la existencia en Ellora de un templo de estilo dravidiano.

La capital de los Cheras era Talakad, sobre el Cavery, una docena de leguas al Este de Mysore.

A los tres reinos que preceden se unió más tarde un cuarto, el de los Chalukyás, que desempeñó, por lo menos desde el pun-



SANCHI. — Buda sentado (bajo relieve de una de las puertas del tope)

to de vista arquitectónico, un papel importante. Su aparición es muy posterior á la de los precedentes, puesto que nació en el sexto siglo de nuestra era. Después de una duración de seis siglos desapareció. Divídense sus dinastías en Chalukyás del Este y Chalukyás del Oeste, según la manera como sus reyes se repartieron el Dekkán.

Sus Estados formaban sobre los tres reinos que acaban de ser descritos un vasto territorio que comprendía una gran parte del imperio actual del Nizam y el Mysore. Pretendían ser de raza rajpute, y el estilo de sus monumentos, formado por una mezcla de estilos del Norte y del Sur de la India, tiende á confirmar esta aserción.

Los monumentos que nos han dejado son poco numerosos, probablemente porque las ciudades que ocupaban, tales como Bijapur, Kalburgah, etc., fueron más tarde la sede de grandes imperios musulmanes. Sus monumentos son, sin embargo, bastante interesantes para que algunos autores hayan creído deber formar de ellos un estilo especial: el estilo chalukya.

En la provincia de Mysore es donde este estilo alcanzó su mayor perfección desde el año 1000 al 1300 de nuestra era; sus más bellos ejemplares se encuentran en Hullabid y Belur. No son probablemente anteriores al siglo XII. La riqueza de su decorado recuerda la de los monumentos jainas. Las esculturas de que están cubiertos y que representan las divinidades del Olimpo indo, Siva, Parvati, los avatares de Vishnu, etc., no son superiores á las de los templos dravidianos. Estos monumentos forman, por otra parte, una transición entre los estilos del Norte y del Sur de la India, más bien que un estilo nuevo.

A partir del siglo XIII de nuestra era, el Sur de la India fué sometido á las invasiones de los musulmanes. Estos pueblos dedicaron muchos siglos á conquistar las diversas partes del Dekkán y llegaron en cierto momento á conquistarlo enteramente. Fundaron en él poderosos reinos, pero su influencia no fué allí jamás comparable á la que ejercieron en el Norte de la India. A falta de historia dicémoslo el hecho de que no ejercieran

acción alguna sobre la religión ni sobre la lengua y bien poco sobre la arquitectura. Sólo en las ciudades ocupadas por ellos durante mucho tiempo, la arquitectura resultó musulmana. Llegaron alguna vez, sin duda, soberanos indos, uno de los de Madura entre otros, á hacerse construir palacios de estilo musul-



SANCHI. — Capitel de la puerta occidental del tope

mán; pero en los edificios religiosos la influencia musulmana fué siempre poco menos que nula.

Las primeras invasiones del Dekkán tuvieron lugar en 1306 bajo el emperador Ala-ud-Din. El ejército musulmán llegó á la costa de Malabar. En 1310, Hullabid y Mysore fueron destruidos. En 1323, Worangul sufrió la misma suerte. El Norte del Dekkán fué rápidamente sometido. Fué gobernado durante algún tiempo por virreyes musulmanes sometidos á la autoridad de los soberanos de Delhi y que tenían Dowlutabad por capital.

Intentaron muy pronto esos virreyes declararse independientes. La primera de las dinastías musulmanas independientes fué la de los reyes Bahmani, que reinó en Kalburgah de 1347 á 1526 y logró durante algún tiempo someter la costa de Orissa á su dominación. Concluye este reino por dividirse en cinco reinos musulmanes independientes, pero constantemente en guerra: el de Bijapur (1489-1689), el de Ahmednagar (1490-1637), el de Golconda (1512-1687), el de Berar (1484-1574) y el de Bidar (1489-1599). Las luchas intestinas de esos reinos les impidieron extenderse en el Sur de la India, que conservó así fácilmente su independencia.

Durante el siglo xv y la primera mitad del xvi, el Sur de la India estaba dividido de hecho en dos regiones bien distintas, una al Norte del Kistna, dominada por los musulmanes, y otra al Sur del mismo río, gobernada por rajas indos, más ó menos vasallos del de Bijanagar. Los monumentos maravillosos de Bijanagar, en ruinas hoy, muestran á qué grado de prosperidad se elevó su imperio.

Hasta 1564 no lograron los reyes musulmanes del Dekkán, coligándose, derrocar la pujanza inda en el Sur de la India y destruir Bijanagar. El Sur de la península quedó, sin embargo, mal sometido. Formáronse allí varios pequeños reinos, tales como los de Tanjore, Madura, etc., que en medio de luchas intestinas conservaron su independencia hasta el día en que los maharates y después los ingleses, se la arrebataron. En 1674 los maharates se establecieron en Tanjore. En 1736 se apoderaron los musulmanes de Madura. Los ingleses, establecidos desde 1736 en Madras, se aprovecharon de todas estas luchas y conquistaron gradualmente el Sur de la India. La derrota de los musulmanes de Mysore bajo Tippu-Sahib, en 1799 les entregó completamente el poder supremo y todo el Sur de la India pasó á sus manos. Pronto veremos cómo se realizó esta conquista y cuáles fueron las causas que la hicieron posible.

CAPITULO II

ANTIGUAS RELACIONES DE LA INDIA CON EL OCCIDENTE INVASIONES EUROPEAS Y CONQUISTA DE LA INDIA

I.º — RELACIONES DE LA INDIA CON EUROPA DURANTE LA ANTI- GÜEDAD Y LA EDAD MEDIA

Desde la más remota antigüedad, Europa y la India han cambiado sus productos, pero por vía muy indirecta. Los dos mundos comerciaban simultáneamente, pero sin conocerse. Existían las relaciones, sea por el intermedio del Asia Menor, que recibía las mercancías venidas á través de la Tartaria y la Persia, sea por el de Egipto, que recibía por el mar Rojo los productos llegados de la India siguiendo el golfo Pérsico y las costas de Arabia. Los árabes eran los principales intermediarios de éstos cambios. Los habitantes del Yemen, conocidos en otro tiempo con el nombre de Sabeos, ejercieron largo tiempo el monopolio. Ciento cincuenta años después de la muerte de Alejandro, los comerciantes de Egipto recibían aún los productos de la India por intermedio de estos últimos.

Tres vías principales, una terrestre y dos marítimas, ponían á los árabes en relación con la India. La de tierra unía por medio de caravanas los grandes centros del Oriente, Samarkanda, Damasco, Bagdad, etc., con la India á través de Persia y Cachemira. La vía marítima era la más seguida; los comerciantes que la practicaban se dirigían al golfo Pérsico, donde recibían las mercancías de la India que volvían al mar Rojo bordeando la Arabia. Los productos que acarreaban por el mar Rojo eran transportados por caravanas hasta Alejandría, desde donde los fenicios primero y más tarde los mercaderes europeos, genoveses, de Pisa y venecianos las distribuían en todos los puertos del

Mediterráneo. Egipto era igualmente el lazo de unión del Oriente y del Occidente y su comercio constituía la fuente principal de su riqueza.

Las relaciones más directas de los antiguos pueblos con la India fueron, sin duda, las de los persas. Sabemos por Herodoto, que vivió en el siglo v antes de nuestra era, que Darío, hijo de Histaspe, «queriendo saber en qué mar se vertía el Indo,» envió una expedición bajo las órdenes de Scylax. Partió de los alrededores de Attok, sobre el Indo; descendió el curso de este río hasta el mar, y navegó luego hacia el Occidente hasta el mar Rojo, donde llegó después de treinta meses de navegación. «Acabado este *periplo* (viaje de circunvalación), Darío subyugó á los indianos y se sirvió de este mar.»

Los indianos de que habla Herodoto y que pagaron, por consecuencia, tributo al rey de los persas, como lo prueban inscripciones cuneiformes, eran poblaciones salvajes vecinas del Indo. Tenían, según Herodoto, la costumbre de comerse á sus parientes y amigos apenas estaban enfermos y «miraban públicamente á sus mujeres como bestias.» Es probable que sus relaciones con la India continuaran bajo los sucesores de Darío, pues cuando el último rey de Persia, Darío Codomán, fué derribado por Alejandro, 330 años antes de Jesucristo, tenía elefantes en su armada.

A partir de la invasión de Alejandro (327 años antes de Jesucristo) comenzó la India á ser menos ignorada. El héroe macedonio se acercó allí apenas, puesto que casi no se separó del Indo y que, diez años después de su expedición, no quedaba un solo soldado griego en la India. Pero dió esa expedición el resultado de llamar la atención sobre una región hasta entonces poco menos que desconocida.

Poco después de la salida de Alejandro, los reinos á él sometidos y las satrapías que había fundado se sublevaron, y después de su muerte, los lazos que unían la India á su imperio se relajaron más cada vez. Antes de cumplirse diez años de la partida de Alejandro, la India se veía libre de conquistadores extranjeros.

Las relaciones con los griegos continuaron, por otra parte,

por mediación de los reinos griegos de la Bactriana, como lo prueba la embajada dirigida por Megastheno, que Seleuco Nicator, fundador del reino de Siria, envió 300 años aproximadamente antes de nuestra era á Pataliputra (Patna). Por primera vez penetraban los europeos en el corazón mismo de la India, y la relación de Megastheno es la sola fuente de información que tenemos de esa época sobre la India.

El fin de la expedición de Seleuco debía ser, sin duda, desviar por Palmira, Damasco y Antioquía el comercio que se hacía por Egipto, siempre por mediación de los árabes, comercio que enriqueció á los Ptolomeos, como debía enriquecer más tarde á los califas del Cairo. Relaciones regulares debieron entonces establecerse entre la Bactriana y el Noroeste de la India,



AMRAVATI. — Bajo relieve representando la despedida, el descenso y la llegada del bodhisatva

á juzgar por las influencias griegas que encontramos en los monumentos del Noroeste.

Cuando fué Egipto reducido á provincia romana, 30 años antes de nuestra era, Augusto, que creía, siguiendo las ideas de su tiempo, que era de la Arabia de donde venían las especias que en realidad iban los árabes á buscar á la India, envió á Arabia una expedición, pero no obtuvo ningún resultado. Sólo bajo el emperador Claudio, habiendo una feliz casualidad empujado un barco hacia Ceylán, se reconoció que utilizando ciertos vientos era posible ir directamente hacia la India por alta mar, en vez de bordear las costas como se había hecho siempre. Los mercaderes romanos salidos de Egipto hicieron entonces regularmente este viaje, que, según Plinio, no exigía más de setenta días. Abordábase entre Goa y Calcuta en Mangalore. Un mercader alejandrino de esa época compuso una obra conocida bajo el nombre de *Periplo de la mar Erythrea*, designada otras veces con el nombre de *Periplo de Arriano*, en la que encontramos algunas noticias geográficas.

El estado de los conocimientos de los antiguos sobre la India en el segundo siglo de nuestra era nos ha sido proporcionado por Ptolomeo. Tales conocimientos son muy someros aún y limitados generalmente á la descripción del litoral.

Durante la decadencia del imperio romano, las relaciones con la India fueron cada vez más raras. Interrumpiéronse del todo cuando los árabes, guiados por los sucesores de Mahomet, conquistaron el viejo mundo. Durante más de mil años cerraron el camino de la India al mundo cristiano, y es preciso buscar en las narraciones de los viajeros noticias sobre la India en la época de la Edad media. Mazudi la visitó á la mitad del siglo x, Ibn Batutah hacia 1330, etc.

Pero mucho antes que los viajeros árabes, peregrinos chinos budistas habían visitado la península. La relación de Hiuen-Tsang, que data del siglo vii de nuestra era, es la más importante obra que poseemos sobre la India en esa época.

Los primeros viajeros europeos que se arriesgaron á entrar

en la India fueron dos venecianos, Marco Polo en el siglo XIII y en el XV uno de sus compatriotas, que después de haber descendido el Eufrates y el golfo Pérsico llegó á Cambay.

Las maravillas legendarias de la India excitaron mucho en la Edad media la codicia de los pueblos europeos y cada cual aspiraba á encontrar, para dirigirse á esta comarca, una vía distinta de aquella cuyo acceso interceptaban los musulmanes. Es sabido que creyendo dirigirse hacia la India encontró Cristóbal Colón en su camino la América. Al llegar á las Antillas creyó poner el pie en las islas próximas á la península. Murió este gran navegante sin haber conocido su error.

Los portugueses fueron quienes hallaron esa ansiada ruta cuyo descubrimiento debía tener consecuencias tan importantes. En 1498, Vasco de Gama, doblando la punta austral del Africa, se dirigió hacia la India y llegó á Calcuta, al Sur de la península, sobre la costa de Malabar.

Permitieron los portugueses á Europa, al realizar el gran descubrimiento, entrar en relaciones directas con la India y arruinaron completamente de una vez el comercio de Egipto, que era desde tantos siglos la gran factoría de las mercancías de la India. A partir de esta época las relaciones del Occidente con la península hicieronse continuas y todos los aventureros europeos se lanzaron sobre ella para explotarla. Puede, sin embargo, decirse que sólo después del principio de este siglo, gracias al des-



AMRAVATI. — Bajo relieve de la cara interior de una pilastra

cubrimiento del sánscrito y á expediciones científicas con regularidad dirigidas, fué levantado el velo que había ocultado desde tantos siglos la India á Europa y había de la India hecho siempre la más misteriosa de todas las comarcas.

2.º — PRIMEROS ESTABLECIMIENTOS EUROPEOS EN LA INDIA

Vasco de Gama había abordado las costas de la India sobre el territorio de un pequeño jefe llamado el Zamorín de Calcuta. En 1510 Alburquerque se apoderó de Goa, de la que hizo la capital de las Indias portuguesas. Extendiéndose de día en día, los portugueses poseyeron pronto una gran parte de la costa occidental, de Malabar á la península de Kattywar.

Sabían los portugueses conquistar, pero carecían de todas las cualidades que permiten conservar lo conquistado. Tan pronto como se hallaron rivales de otros europeos debieron desaparecer.

Los rivales que desde luego los reemplazaron fueron los holandeses. La primera expedición de estos últimos es la de 1596. En menos de medio siglo expulsaron completamente á los portugueses, y si no hubieran sido suplantados por los ingleses, habrían fundado en la India un gran imperio. Los recursos europeos eran demasiado escasos para que la lucha fuese posible con los nuevos concurrentes.

En 1600, bajo el reinado de Isabel, se formó la primera compañía inglesa para el comercio de la India. Sus principios fueron modestos. Los comisionados que la Compañía envió á la corte de los mogoles observaron actitud muy humilde. Cuando en 1608, bajo el reinado del emperador Jehanguir, el inglés Hawkins se presentó á la corte del Gran Mogol como embajador del rey de Inglaterra Jaime I y de la Compañía de las Indias, no se le consideró sino como el enviado de un rey-zuelo de una pequeña isla habitada por miserables pescadores. Cuando, después de dos años y medio de residencia, el embajador inglés solicitó una carta del emperador para su amo, el primer ministro de Jehanguir le hizo observar que sería depresivo

para la dignidad de un emperador mogol escribir á un tan modesto príncipe como el rey de Inglaterra.

La Compañía inglesa de la India no se desanimó, y á fuerza de intrigas consiguió del Gran Mogol una carta permitiéndole establecerse como comerciante en Surate. Extendióse gradualmente, y en menos de sesenta años tenía factorías por todas partes. En 1661 compró Bombay á Portugal. En 1667 se estableció en Madras. En 1686 probó luchar en Bengala contra las fuerzas del Gran Mogol; pero se dejó entonces derrotar por completo.

Después de haber suplantado gradualmente á los portugueses y á los holandeses, se hallaron los ingleses ante otros enemigos que debían igualmente despojar. Estos nuevos competidores eran los franceses, que aunque llegados muy tarde á las Indias, comenzaban á establecerse sólidamente. En 1664 había sido fundada

una Compañía francesa en la India bajo la protección de Colbert.

Mientras duró el imperio mogol, ninguna potencia europea habría soñado un instante extender un poco hacia el interior los establecimientos fundados sobre las costas. La muerte de Orengezeb, que señala la caída del poderío mogol, abrió el campo á todas las ambiciones. Cuando el imperio se disolvió y numerosos reinos se levantaron sobre sus ruinas, se hizo posible, interviniendo en las querellas intestinas de los príncipes, soñar en



AMRAVATI. — Bajo relieve que representa á Raja poseedor de los siete tesoros

fundar un imperio con los restos esparcidos del que acababa de desaparecer. Los franceses y los ingleses eran entonces los únicos extranjeros establecidos bastante sólidamente en la India para apoderarse de la herencia que se disputaban numerosos competidores. La lucha por la existencia debía pronto declararse entre ellos.

3.º — LUCHA DE LOS FRANCESES Y DE LOS INGLESES EN LA INDIA

En el Sur de la India se produjeron los primeros conflictos entre los franceses y los ingleses. Era en esta región donde la anarquía era más completa. Una gran parte del Dekkán pertenecía entonces al reino independiente de Hyderabad. El Karnatic estaba administrado por su vasallo el nabab de Arkot. El extremo Sur estaba dividido entre los reinos indos de Trichinopoly, Mysore y Tanjore. Los franceses poseían Pondichery y factorías poco importantes en Mahé, Karikal, Chandernagor; los ingleses ocupaban Madras y Bombay y diversos puertos sobre la costa. Los mahrattes extendían por todas partes sus incursiones.

Habiendo estallado la guerra en 1740 entre Francia é Inglaterra en Europa, Dupleix, que había sido nombrado en 1741 gobernador general de las posesiones francesas en la India, concibió el plan de expulsar á los ingleses de la península y de hacer de ella un imperio francés. Después de una serie de luchas, logró en 1746, con el concurso momentáneo de La Bourdonnais, expulsar á los ingleses de la mayor parte de sus puestos en la India, Madras principalmente, y se encontró bien pronto dueño de toda la costa oriental de la India. Viendo que no podía obtener ningún socorro de su gobierno ni en hombres ni en dinero, resolvió conformarse, y con algunos cientos de europeos que le quedaban emprendió, ayudado por su lugarteniente Bussy, la conquista de uno de los más vastos imperios del mundo y la expulsión total de Inglaterra.

Aprovechando la muerte del Nizam, Dupleix logró poner uno

de sus partidarios en el trono de Hyderabad, y en Arkot un nabab propicio á su causa. A cambio del apoyo que prometió á diversos soberanos, se hizo nombrar nabab de todas las comarcas al Sur del Kistna, es decir, de un país grande como Francia y cuyas rentas pasaban de quince millones. Su poderío y su influencia tomaban rápidamente proporciones colosales, y esto sin costarle nada á Francia. Los ingleses, que se veían en el trance de verse obligados á abandonar sus posesiones de la India, se entregaron á tales intrigas en Versalles, que lograron hacer firmar á Luis XV el llamamiento de Dupleix y el abandono de todas las posesiones que había conquistado. Fué este quizá el tratado más ignominioso que un soberano francés haya jamás firmado.



AMRAVATI. — Bajo relieve que representa las huellas de los pies de Buda

Volvió Dupleix desesperado á Francia y murió en la miseria. No había osado desobedecer la orden recibida. Podía haberlo hecho, sin embargo, siendo como era soberano regular, pues le había sido confirmada su investidura por el Gran Mogol. Manteniéndose en sus Estados á despecho de las órdenes recibidas de Versalles, Dupleix hubiera prestado un inmenso servicio á Francia, pues el deshonroso tratado que firmó Luis XV no debía evitar que la guerra con Inglaterra recomenzase bien pronto. Cuando, en efecto, volvió á comenzar en 1757, se quiso renovar en las Indias las tentativas de Dupleix, pero fué en vano: faltaba el gran hombre. Lally, su triste sucesor, estaba provisto de recursos militares con que jamás había contado Dupleix; pero no tenía su genio. Derrotado en todas partes, perdió en 1761 hasta Pondichery. A su vuelta



AMRAVATI. — Fragmento de un bajo relieve decorativo

á Francia se le formó un proceso que terminó por su condena á muerte y su ejecución. Los que habían llamado á Dupleix y privado así á Francia del imperio de las Indias eran los que merecían tal sentencia.

Libres de la rivalidad de los franceses, los ingleses extendieron rápidamente sus conquistas, interviniendo sin cesar en las querellas de los príncipes indígenas y haciéndoles destrozarse por sí mismos. La derrota del último rey de Mysore, Tippto Sahib, hacia el fin del último siglo en Seringapatam, las luchas prolongadas contra los mahrattes en los primeros años de este siglo, fueron las últimas fases importantes de la conquista de la India. Los diversos Estados que no habían sido aún anexionados lo fueron en seguida gradualmente bajo pretextos de todas clases. Los príncipes, que en razón de servicios prestados no fueron desposeídos, no han conservado ningún poder político y son hoy vasallos de Inglaterra. Un solo gran Estado de la India, el Nepal, guarda hasta nuestros días su completa independencia, gracias únicamente, por otra parte, al cinturón de montañas casi inaccesibles que lo rodean.

4.º — CÓMO FUÉ CONQUISTADA LA INDIA

Estaría fuera del fin de esta obra entrar aquí en el detalle de las luchas que hubieron de sostener los ingleses para acabar su conquista; no será inútil, empero, indicar sus principios generales. Estos principios fueron descubiertos por Dupleix, uno de los más grandes genios políticos que ha conocido la historia. Le han hecho, por otra parte, los ingleses completa justicia. Le han elevado una estatua y reconocido que sólo por la aplicación de sus métodos fué realizada la conquista total de la India que ellos no hubieran antes de él osado ni soñar. «Dupleix, escribe el gran historiador inglés Macaulay, fué el primero en conocer que podía fundarse un imperio europeo sobre las ruinas de la monarquía mogol. Su espíritu inquieto, amplio é ingenioso había ya concebido ese plan en un tiempo en que

los más hábiles servidores de la Compañía inglesa no se ocupaban todavía sino en hacer facturas y cargaremes. Dupleix no se había propuesto únicamente un fin; tenía hechos cálculos justos y precisos sobre los medios de realizarlo. Veía claramente que



AMRAVATI. — Bajo relieve que representa á Tilotana en el momento de presentarse á Sunda y Upasunda, conocidos por los hermanos Azures

todas las fuerzas que los príncipes indos podían oponer sobre el campo de batalla no estarían en estado de resistir un pequeño cuerpo de soldados acostumbrados á la disciplina y dirigidos por la táctica de Occidente. Vió también que los indígenas de la India podían bajo jefes europeos convertirse en tropas que el mariscal de Saxe ó el gran Federico se hubieran enorgullecido de

mandar. Comprendió perfectamente que la manera más fácil y más cómoda para un aventurero europeo de llegar á gobernar en la India era dirigir los movimientos y hablar por boca de cualquier magnífico títere con el nombre de nabab ó nizam. Este francés ingenioso y ambicioso comprendió y practicó el primero el arte de la guerra y la política, que fué, algunos años más tarde, aplicado con tanto éxito por los ingleses.»

En su explicación de las causas generales de la conquista de la India, el filósofo inglés Stuart Mill repite con poca diferencia lo que dice Macaulay.

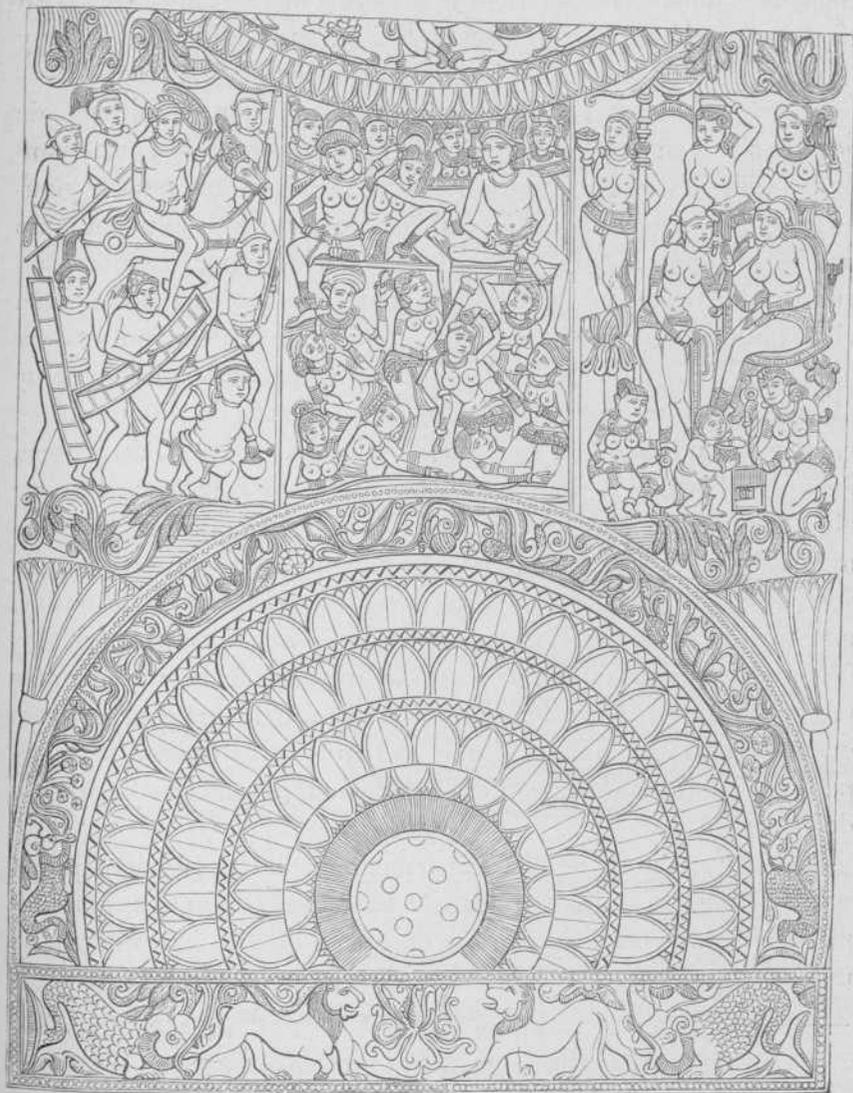
«Los dos descubrimientos importantes hechos por los franceses para la conquista de la India fueron, dice: 1.º, la debilidad de las armas indígenas contra la disciplina europea; 2.º, la facilidad de comunicar esta disciplina á los indígenas del servicio europeo.»

De igual modo un inglés eminente, el profesor Seeley, atribuye á estas dos solas causas en un libro reciente la conquista de la India. Después de indicarlas, acaba diciendo que esta conquista no fué de ningún modo debida á ninguna superioridad moral ó física inconmensurable, como los ingleses se complacen en imaginar.

Menos severos que Seeley para sus compatriotas, añadiremos que hay en ella realmente un punto en que los ingleses han desenvuelto una superioridad que puede calificarse de inconmensurable. Me refiero á su tenacidad y á su indomable energía. Estas dos primordiales cualidades han sido el origen de su dominación y las que la aseguran y conservan.

Los descubrimientos que preceden no son los únicos debidos al genio de Dupleix; débenle aún los ingleses un tercero que igualmente aplican. No menos importante que los dos primeros, consistió en ver que la conquista de una colonia puede hacerse á costa del dinero y de las tropas del pueblo conquistado. Es singular que ese principio, descubierto por un francés, no haya jamás podido ser aplicado por sus compatriotas. Tonkín, Argelia y otros muchos ejemplos que podría citarse prueban hasta

qué punto los que descubren un principio son á veces incapaces de aplicarlo.



AMRAVATI. - Bajos relieves del lado interior de una pilastra del recinto

Tomando, pues, las concepciones de Dupleix por guía, los ingleses llegaron al resultado, en apariencia maravilloso, de que

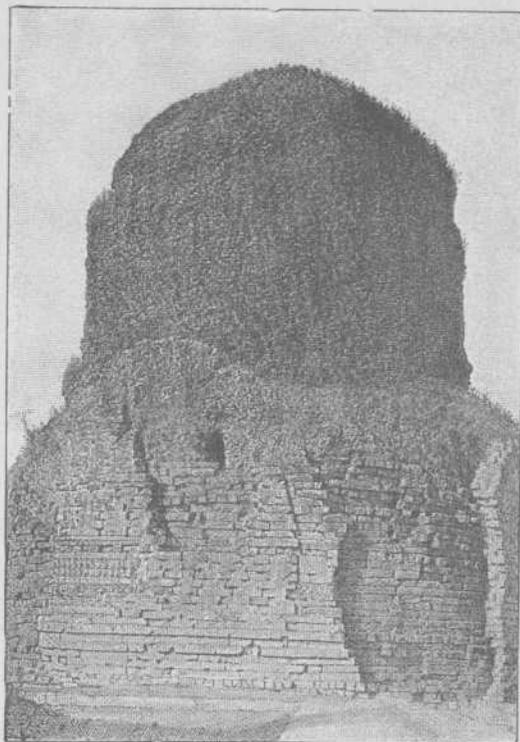
no solamente la conquista de la India no les haya costado ningún dinero, sino que haya sido realizada por los indos mismos, y por consecuencia, ni casi hombres hayan en ella perdido (1). En efecto, con ejércitos compuestos casi en su totalidad de indos y pagados por los gobiernos indígenas se efectuó la conquista.

Podrá parecer extraño á primera vista que tantos millones de hombres hayan podido tan fácilmente ser sometidos, aun cuando los ejércitos conquistadores, en vez de componerse de algunos millares de hombres, se hubiesen compuesto de un número mucho más considerable; pero este hecho no podrá parecer singular al lector de los precedentes capítulos de esta obra. Han visto en ella, en efecto, que la palabra India no es sino una expresión geográfica; que esa comarca comprende pueblos muy diferentes y que no se encuentra en ella nada de lo que forma en Europa una nación, es decir, comunidad de raza, de lengua, de sentimientos, de donde resulten intereses comunes. No hay allí nacionalidad inda como hay una nacionalidad francesa, alemana, italiana, etc. Los diversos pueblos que viven en la India son extranjeros los unos para los otros. El régimen de castas, que separa tan profundamente, como veremos en otra parte, las diversas capas de una misma raza, contribuye á hacer considerar por un indo cualquiera á la inmensa mayoría de sus compatriotas como extranjeros. Un habitante del Sur de la India ó un europeo son igualmente extranjeros para un indígena del Bengala ó del Rajputana.

Esta ausencia de sentimiento nacional en la India es punto sobre el que no se insistirá jamás bastante, porque es generalmente incomprensible para los europeos que no han visitado la península. Pocos historiadores — los historiadores militares so-

(1) La más célebre batalla librada por los ingleses contra los indos, la de Plassey, en 1757, batalla que transfirió la soberanía del Bengala y más tarde la de la India entera á las manos de los invasores, les costó veintidós muertos y cincuenta heridos. El ejército enemigo se componía de sesenta y ocho mil hombres; el de los ingleses constaba, aparte de los indos, solamente de seiscientos cincuenta europeos.

bre todo — se han elevado á la noción fundamental de que los principales acontecimientos de la historia han sido producidos más por factores psicológicos que por el poderío de las armas. Por lo que respecta á la India, Seeley ha demostrado perfectamente en las siguientes líneas la importancia de esos factores psicológicos. «Si el sentimiento de una nacionalidad común comenzase á desenvolverse por débilmente que fuera; si, sin inspirar el deseo activo de expulsar al extranjero, despertara sólo el pensamiento de que es deshonroso ayudarle á mantener su dominación, á partir de ese mismo día cesaría nuestro imperio casi de existir, pues el ejército que compone las guarniciones está formado en dos tercios por soldados indígenas »



SARNATH, cerca de Benarés. - Ruinas del tope
(siglo VI de nuestra era)

(Altura, 34^m aproximadamente)

Precisamente porque ni asomo de tal sentimiento nacional existe en la India, es allí el poderío inglés tan fuerte y las revoluciones tan poco temibles. La revuelta de los cipayos en 1857, provocada únicamente por agravios militares particulares, fué mirada con la mayor indiferencia por la masa de los pueblos indos y comprimida simplemente por regimientos indos (Gorkhas, guarniciones del Pundjab, infantería local de los Sikhis) man-

tenidos fieles y tan sólo dirigidos por un puñado de europeos.

Fuera de los ataques exteriores y realizados por europeos, la formación de una nacionalidad inda constituye el solo peligro que pueda amenazar el poderío inglés en las Indias. Esa formación parece muy lejana. Los ingleses mismos son los que, por un sistema de educación de cuyos efectos nos habremos de ocupar en otra parte, se han encargado de prepararla y de preparar al mismo tiempo la caída de su colosal imperio.



EVOLUCIÓN
DE LAS CIVILIZACIONES DE LA INDIA

CAPITULO I

CIVILIZACIÓN DEL PERÍODO VÉDICO

CUADRO DE LA SOCIEDAD INDIA MIL AÑOS APROXIMADAMENTE
ANTES DE NUESTRA ERA

1.º — ELEMENTOS DE RECONSTITUCIÓN DE LAS CIVILIZACIONES
DE LA INDIA. DIVISIÓN EN PERÍODOS

En un capítulo precedente hemos indicado que entre las obras dejadas por la India antigua no existe un solo libro de historia y que períodos de cerca de mil años serían completamente desconocidos si un corto número de monumentos y de inscripciones y algunas raras citas de antiguos autores no viniesen á derramar sobre ellos débiles rayos de luz.

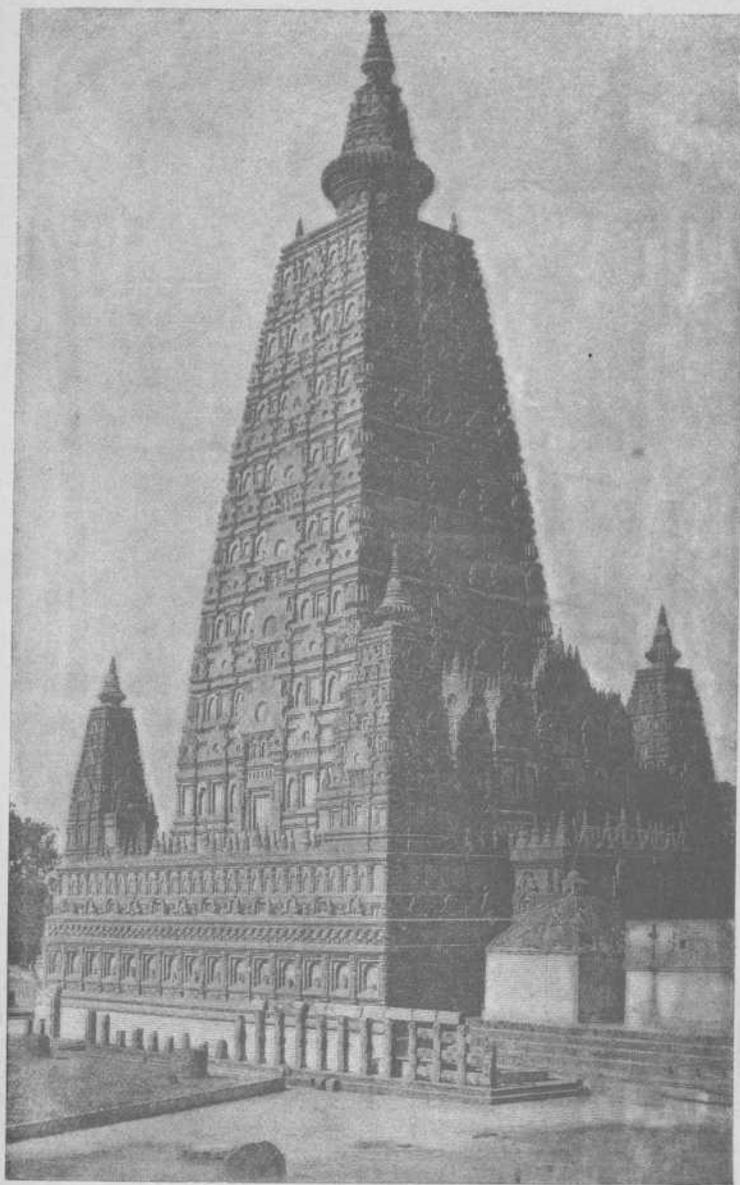
Aunque los documentos que permiten reconstituir las viejas civilizaciones de la India sean insuficientes, son más numerosos, no obstante, que los que permiten formar su historia. Libros religiosos tales como los *Vedas*, grandes epopeyas tales como el *Ramayana* y el *Mahabharata*, antiguos códigos como las leyes de Manu nos ponen en camino de representarnos bastante bien

el estado social de los tiempos en que esas obras vieron la luz. Las fábulas, apólogos y leyendas que la India antigua ha dejado por centenares, pintan vivamente la manera de sentir, de pensar y de juzgar de los pueblos que los han creado. Los monumentos, las relaciones, desgraciadamente muy raras, de testigos oculares como las del griego Megastheno, de los peregrinos chinos Fa-Hián y Hiuen-Thsang, completan las fuentes de investigación que preceden.

Cuando se estudia la civilización de los pueblos europeos, se ve que está caracterizada sobre todo por una evolución progresiva. Cuando estudiamos la de los pueblos orientales, chinos é indos principalmente, esta evolución aparece menos clara. Es, sin embargo, imposible afirmar que no existe. Si no se hace apenas notar es, por una parte, porque el pasado de esos pueblos nos es poco conocido, y por otra, porque no han traspasado aún la fase de desenvolvimiento durante la cual la evolución es siempre lentísima. Si nuestra civilización del Occidente se hubiese detenido bruscamente al fin de la Edad media, sin dejar otras obras que documentos incompletos análogos á esos con los que juzgamos el extremo Oriente, una observación superficial podría hacernos creer también que el Occidente no ha evolucionado apenas. Durante ese largo período, sin embargo, se han preparado los fundamentos sobre los cuales nuestra civilización debía después elevarse de manera tan rápida.

Los pueblos de Oriente han tenido, como nosotros, una fase de barbarie primitiva; como nosotros se elevaron á un período análogo á nuestra Edad media; pero encerrados entre líneas rígidas de costumbres, tradiciones y creencias más pujantes que las nuestras, no han podido sustraerse á ellas tan pronto. Esta fase medioeval, de que salimos apenas nosotros, no la han franqueado ellos aún. Se han quedado, pues, en el período preparatorio, durante el cual no ha sido rápida en ningún pueblo la evolución.

Entre las causas diversas, tales como el medio físico, las condiciones de existencia, la constitución mental de las razas, etcétera,



BUDA-GAYA. - Gran templo. (*Altura aproximada, 52^m*)

El templo tal como está representado en este fotograbado es el resultado de una restauración reciente. El monumento primitivo parece haber sido edificado poco antes del principio de nuestra era. La balaustrada que lo rodea y en que se ven aún algunas ruinas en la fotografía debe ser contemporánea de Asoka, es decir, del siglo III antes de Jesucristo.

que pueden invocarse para explicar la lentitud de evolución de los pueblos de Oriente, una de las más importantes es el yugo de sus creencias. Sin duda, ese yugo no ha pesado menos sobre nosotros en cierta época; pero ha habido siempre entre las religiones del Occidente y las del Oriente esta diferencia fundamental: que las primeras no han dictado jamás sino prescripciones de orden exclusivamente teológico, mientras que las segundas encierran, aparte de las prescripciones teológicas, prescripciones políticas. Los libros del Oriente constituyen códigos á la vez religiosos y sociales. Consideradas siempre las obras religiosas como inmutables, las reglas sociales que contienen se han convertido por el mismo hecho en igualmente inmutables. No han podido, pues, sino muy difícilmente transformarse las leyes sociales según las necesidades de las diversas épocas. Estudiando en otra obra la historia de la civilización de los árabes, hemos demostrado que si el Corán, código á la vez religioso y civil como la mayor parte de los códigos orientales, dió á los árabes esa unidad que debía hacer de ellos un solo pueblo animado de los mismos sentimientos, de las mismas creencias y persiguiendo el mismo fin, contribuyó más tarde á la decadencia de la gran civilización fundada sobre él únicamente, porque las prescripciones civiles de ese código invariable no pudieron adaptarse á las necesidades de los pueblos diversos convertidos á la fe del profeta.

Las creencias religiosas en la India son la base de todas las instituciones sociales; éstas no son apenas en realidad sino instituciones religiosas.

El papel fundamental que ha desempeñado siempre la religión en todos los pueblos de la India nos ha decidido á tomar como elemento de clasificación de las diversas fases de su civilización las transformaciones que la religión ha sufrido. Esas transformaciones son verdaderamente insensibles si no se las observa sino de un siglo á otro; pero son muy grandes si, como estamos obligados á hacerlo, faltos de documentos bastante numerosos, no consideramos sino períodos que comprenden siempre un ciert-

to número de siglos. Una historia de las civilizaciones de la India no es comparable á la obra de un geógrafo que anota uno á uno todos los caminos de un país desde los senderos de los bosques hasta las calles de las ciudades y de las aldeas, sino á la de un viajero que desde lo alto de una montaña forma el armazón general de una comarca y se limita á marcar sobre su mapa las ciudades por medio de puntos.

Tomando, pues, las creencias religiosas por base de nuestra clasificación, consideraremos en el estudio de las civilizaciones de la India los seis siguientes períodos: 1.º, período védico; 2.º, período bracmánico; 3.º, período búdico; 4.º, período neo-bracmánico; 5.º, período musulmán; 6.º, período moderno. El estudio de este último no será menos interesante que el de los precedentes, pues nos ofrecerá el resultado del conflicto entre dos civilizaciones separadas por abismos, la de la Edad media y la de los tiempos modernos.

2.º — FUENTES DE RECONSTITUCIÓN DE LA CIVILIZACIÓN DEL PERÍODO VÉDICO

A fin de evitar repeticiones y dar mayor claridad á nuestra descripción, no haremos en este capítulo y los que le siguen sino la exposición general de la civilización de cada período. Las obras propias de cada uno de ellos: literatura, monumentos, et-
cétera, las daremos á conocer en capítulos especiales.

La civilización aria se manifiesta en el Noroeste de la India en una época que se hace remontar á quince siglos aproximadamente antes de nuestra era. No ha dejado esa época ningún monumento de piedra y nada indica que haya producido jamás uno solo. La única herencia que ha legado al mundo es una vasta enciclopedia religiosa conocida con el nombre de *Vedas*. Esta colección se compone de libros escritos en épocas muy distintas. El más importante es el *Rig Veda*, cuya composición, según Max Muller, se remonta á un millar de años antes de nuestra era. Convenientemente interpretado, nos revela bastante bien la

lengua, la religión, el estado social y mental de los pueblos que lo han compuesto.

No hace aún un siglo que son conocidas en Europa estas antiguas composiciones. Han inspirado á los que las han traducido una admiración proporcional al trabajo que han debido hacer para poner en lenguaje inteligible el pensamiento vago de sus autores. No tengo por qué juzgar aquí este inmenso monumento literario. No inspiraría probablemente sino una admiración muy moderada á los que emprendieran sin su cuenta y razón su pesada lectura. Se reconoce ahora que no es preciso buscar en él, como se ha hecho generalmente hasta aquí, «la obra de los pastores primitivos celebrando sus dioses y guiando al mismo tiempo al pasto á sus rebaños.» No es arriesgado afirmar que no han existido jamás, bajo ninguna latitud, pastores capaces de producir poesías como las de los *Vedas*. Todo es allí artificial y procede de literatos y teólogos refinados. Cuando la noción de evolución haya penetrado un poco más las ciencias históricas, se reconocerá fácilmente que tales obras suponen siglos de preparación y no pueden surgir del cerebro de la humanidad primitiva, como una iglesia gótica no podría salir de las manos del contemporáneo del mammut ó del reno. No buscaremos, pues, en los *Vedas* la civilización de la humanidad primitiva, sino la de un pueblo de un largo pasado.

3.º — ORÍGENES DE LOS ARIOS

Se da el nombre de ario á un pueblo de piel blanca y cabellos negros, que hablaba una lengua perdida hoy, llamada ario, de donde se deriva el sánscrito, y que, más de 1500 años aproximadamente antes de Jesucristo, descendió á través de la barrera de Kabul en el Noroeste de la India. Constituía tribus seminómadas, semisedentarias; conocía la agricultura; estaba dotado, como muchos de los simplemente nómadas, de una imaginación muy viva y se parecía por su género de vida á aquellos antiguos persas de que nos habla Herodoto.

Se adelantó lentamente del Indo al Ganges y más tarde del Ganges al Brahmaput্রে, sometiendo las poblaciones negras y



BUDA GAYA. — Antiguas esculturas delante del gran templo

(La altura total del pórtico colocado en el primer plano es aproximadamente de 5^m,50)

de cabellos lisos y las poblaciones turanias que ocupaban el territorio antes de él; de nómada se convirtió gradualmente en sedentario.

El origen de estos invasores que debían desempeñar papel

tan importante en la historia de la India, está aún envuelto en profundo misterio.

Se supone generalmente — pero en realidad esto no es sino una vaga conjetura — que en una época anterior los primitivos arios ocupaban la región actual del Turquestán, próxima al curso superior del Oxus. Se habrían entonces dividido en dos grandes corrientes de emigración, la una que descendió hacia Europa, la otra hacia el Irán. Después de haber vivido largo tiempo en Persia, la Bactriana y la Sogdiana, los descendientes de esos emigrantes habrían continuado su camino hacia el Sur, y franqueando el Indo-Kuch habrían entrado en la India. Si debiese admitirse esta teoría, los europeos y los indos tendrían por antepasados las mismas tribus asiáticas.

Pero esto no es, lo repito, sino una pura hipótesis fundada únicamente sobre el hecho de que nuestras lenguas europeas, latín, griego, alemán, etc., tienen, como el antiguo persa y el sánscrito, un parentesco común revelado por la semejanza de sus raíces. Indos y europeos tienen un parentesco lingüístico incontestable; sabemos hoy, empero, que la semejanza de lenguas no autoriza á deducir el parentesco de razas.

Esto sentado, aparte del parentesco lingüístico, nada absolutamente viene en apoyo del origen asiático de los europeos; y los mismos argumentos podría también invocarse para probar que por el contrario son los asiáticos los que proceden de Europa. Esto es precisamente lo que recientemente han intentado varios sabios alemanes apoyándose en la presencia de algunos individuos rubios en el Noroeste de la India. Su hipótesis es aún menos sostenible, por otra parte, que la precedente, pues esos individuos rubios que se encuentran en el Noroeste de la India forman allí una ínfima minoría y pueden ser considerados como residuos de los innumerables conquistadores venidos de tantos puntos diversos como desde tres ó cuatro mil años han pasado por esa región. Si hay un país en el mundo en que los rubios sean raros, seguramente es la India; puede recorrérsela en todos sentidos, como yo lo he hecho, sin encontrar

uno solo. Los rubios, por otra parte, debían existir ya, sin duda, en tiempo de los arios, pues eran conocidos de Manu, que los considera como pertenecientes á un pueblo inferior, puesto que prohibió el matrimonio con mujeres «de cabellos rojizos» á los individuos de las castas superiores.

Descartado el origen europeo de los arios, no queda sino su origen asiático. Se ha buscado su residencia primitiva en regiones bastante distintas, desde el Oxus hasta el lago Balkach, es decir, en pleno país mogólico, en una región que, según las tradiciones chinas, correspondía á la raza amarilla más de dos mil años antes de nuestra era. A menos, pues, de admitir con Wheeler que los arios eran mogoles, hipótesis que nada, por otra parte, justifica, es preciso evidentemente renunciar á buscar en las regiones mogólicas la primera cuna de los arios.

No intentaré desenvolver aquí una hipótesis nueva sobre su origen, y me limitaré á decir que probablemente los arios son simplemente habitantes primitivos del Irán. Cuando penetraron en la India venían de regiones inmediatamente próximas. La invadieron, sin duda, por etapas sucesivas, como sus antepasados habían invadido Europa; pero la influencia que ejercieron en la sangre de los pueblos invadidos me parece, al revés, por otra parte, de la opinión generalmente admitida, que fué extremadamente escasa.

El lugar primitivamente habitado por los arios se ha supuesto siempre harto reducido, mientras que los países invadidos eran inmensos y habitados — la India principalmente — por poblaciones numerosas. La observación demuestra que siempre que dos pueblos en número muy desiguales se encuentran frente á frente, el más numeroso absorbe rápidamente al menos numeroso hasta el punto de que, después de algunas generaciones, el tipo original del último se extingue completamente. Un fenómeno semejante puede observarse en Egipto cuyos habitantes no son de ningún modo los descendientes de los árabes que los conquistaron y de los que profesan la religión y hablan la lengua, sino de los antiguos egipcios del tiempo de los faraones, de los cua-

les, á juzgar por los bajos relieves grabados en los templos, son la viva imagen.

El papel de los arios en Europa como en la India debió ser análogo, es decir, que llevaron á los pueblos invadidos no su sangre, sino su civilización y su lengua. Si no desaparecieron tan pronto como los árabes en Egipto fué porque la ley rigurosa de las castas evitó durante largo tiempo, ó por lo menos hizo muy lenta, su mezcla con los negros y los turanios que habían conquistado. Por lenta que fuese esa mezcla, debió acabar, sin embargo, en la sucesión de los siglos por absorber á los conquistadores.

Desde hace mucho tiempo no existen arios en la India. Cuando por comodidad del lenguaje y por conformarnos con la costumbre digamos de una población que es más ó menos aria, queremos decir simplemente que esa población es más ó menos blanca y se acerca al tipo de los europeos, sin igualar jamás, no obstante, su blancura.

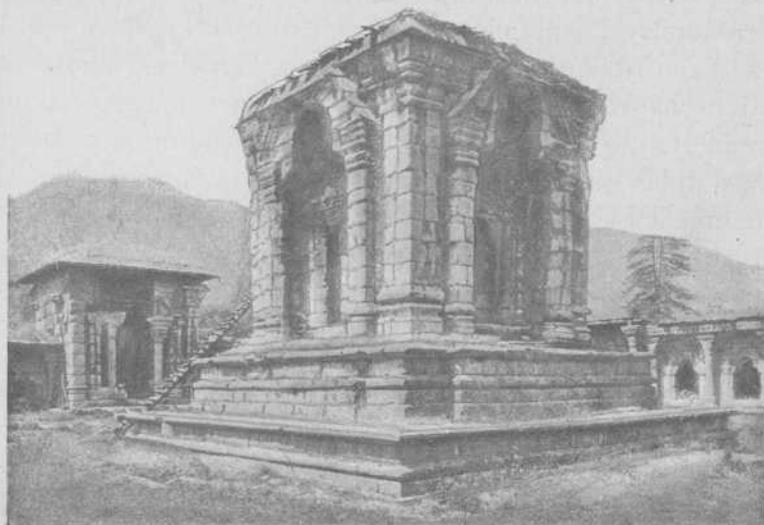
Si nada concreto sabemos sobre el origen de los arios, conocemos al menos su existencia por sus obras literarias ó por las de sus descendientes que penetraron en otro tiempo en la India. Hemos dicho más arriba en qué consisten; nos queda, tomándolas por base, probar á darnos una idea del estado social y del grado de civilización de los que las produjeron. Esta es la tarea que vamos ahora á emprender.

4.º — LA FAMILIA EN LOS ARIOS

La familia y la raza formaban en la época védica la doble base de la sociedad aria. Ningún grupo intermedio de tribu, de clan ó de gobierno les separaba. Por encima de la familia no había más que la raza; por debajo de la familia no había nada, pues el individuo no tenía existencia independiente de la de sus antecesores y de sus descendientes. La unidad no era el hombre, era el padre con la madre y los hijos, que tenían tras sí las generaciones de que habían salido, y delante la larga serie de se-

res que debían nacer de su sangre y mantener su recuerdo y su nombre á través de las edades.

La religión misma toda no era sino el culto de la raza y de la familia. Los dioses se confundían con los antepasados. El matrimonio y la generación eran actos sagrados. La transmisión de la vida del padre al hijo por intermedio de la madre era el pasaje misterioso de Agni, fuego divino, principio fecundante, amo



Ruinas del templo de Martand (Cachemira), probablemente de principios de nuestra era. (Arte greco-indo.)

y creador del universo á través de las entrañas humanas para la perpetuación de la existencia eterna.

Unirse á una raza extranjera ó morir sin hijos eran las mayores desgracias entre los arios. Corromper la pureza de la raza era perder para siempre el parentesco divino que ligaba á todo ario con Agni. El dios en lo sucesivo sería sordo á las plegarias del que había osado ponerle á él, el principio de toda vida pura que circulaba, por así decirlo, en las venas de su pueblo, en contacto con los elementos groseros de que estaban formadas las razas inferiores. La alianza con las mujeres extranjeras consti-

tuía, pues, para los arios un crimen seguido de una maldición eterna.

Morir sin hijo varón acarrea consecuencias no menos terribles. El hijo, en efecto, aseguraba la inmortalidad á los antecesores por el culto que les dedicaba y los sacrificios que les ofrecía; si ese culto, si esos sacrificios se interrumpían, los manes de los padres caían en la nada y la familia cesaba de existir para siempre. En cuanto á las hijas, adoptaban, casándose, los dioses de otra familia; los abuelos á que oraban eran los de su esposo; en nada contribuían por consecuencia á la perpetuación de la línea paterna. Un hombre que moría sin dejar hijos perecía, pues, enteramente; no debía resucitar más allá de la tumba y arrastraba consigo las generaciones innumerables de sus antepasados á una irremediable ruina.

El parentesco con Agni, su papel como creador de la familia, la importancia de la pureza de la raza y la necesidad de dejar tras sí hijos capaces de ofrecer los sacrificios, todo esto está expresado por las citas siguientes del *Rig Veda*:

«Agni es el dueño de la ambrosía; es el amo de la riqueza. Es él quien proporciona una familia fuerte. ¡Oh Dios potente!, no sufres que nosotros, tus siervos, nosotros, estemos sin hijos, sin gracia, sin sacrificios.

»¡Ojalá nos rodeen de los favores del benévolo Agni! ¡Ojalá gocemos de una opulencia continua! ¡Oh Agni!, no hemos nacido de una raza extranjera é impía. No escojas otra ruta que la que conduce hacia nosotros.

»Si no fuera de la misma sangre que nosotros, vendría Agni en vano á buscar nuestras ofrendas y nuestros homenajes. Tiene derechos á la morada que le reservamos; que se presente á nosotros ese dios fuerte, triunfante, adorable.»

Para el ario todas las venturas terrestres y eternas provienen de una familia igual, próspera y numerosa. Las alegrías del hogar doméstico le parecen incomparables. No cesa de cantarlas, y cuando quiere pintar la gloria ó la felicidad de los mismos dioses no sabe tomar sus imágenes sino en la belleza y en la fidelidad de la esposa, en el poderío del padre, en su majestad como sacerdote, en la gracia y la sumisión de los hijos. Estas cosas hacen sus delicias, le llenan del todo, y véase por qué sus cantos

religiosos abundan en detalles sobre ellas y nos han permitido conocerlas tan bien.

Nada era tan importante entre los arios como los sacrificios ofrecidos por cada familia á los manes de los antepasados. Acabamos de decir que desde el momento en que se interrumpían esos sacrificios las almas de los muertos perecían y la familia misma se extinguía para siempre. El padre era quien llenaba las funciones de sacrificador; pero la madre tenía el derecho y el deber de ayudarle en la tarea y de partir con él la gloria. Recogía él sobre los flancos de las colinas las plantas nacidas bajo la misteriosa influencia de la luna y de las que extraía, por una preparación minuciosa y una lenta fermentación, el *soma*, licor celeste. Con el soma regaba el padre el holocausto, y como la llama pronta á extinguirse brillaba más viva al contacto de ese líquido espirituoso, como Agni se revelaba entonces más brillante y más fuerte, concluyeron por adorar al soma casi como al fuego y por dirigirle también himnos y plegarias. El *Rig Veda* está lleno de ellas.

«Celebrad con antiguos cantos á ese dios puro, que os presentan las obras santas encargadas de honrar á los dioses.

»Corre sobre el filtro de lana donde es purificado. Sostén del mundo, lo alaban los sabios como el mensajero de la oración de la mañana.

»Soma, manantial de pureza y de ventura, reside en los vasos del sacrificio. Reparte el toro su fecundidad en la manada; y él parece sembrar la plegaria.»

Consideraban que la carne de los holocaustos debía servir para la alimentación de los abuelos. Les era llevada por mediación de Agni; el fuego no la consumía sino para hacerla propia de ser ofrecida á los invisibles convidados de la comida mística. Dejar á los antepasados sin sacrificios hubiera sido tan monstruoso como dejar entre nosotros al padre ó la madre morir de hambre. Frecuentemente la familia comía alrededor de la hoguera humeante y asistía así con toda su raza á un mismo festín.

Puesto que la madre compartía con el padre los trabajos y los honores del sacrificio, podemos suponer que era casi mirada co-

mo un igual. Es evidente, según el modo como los *Vedas* se expresan al hablar de la mujer, sea como niña, sea como prometida, sea como esposa, sea como madre, que no era considerada como ese ser inferior é inconsciente de que habla más tarde con tanto desdén el legislador de Manu. Los *Vedas* hablan siempre de ella y de su papel con respeto.

«Ven, ¡oh bella esposa!, ¡oh deseada de los dioses!, mujer de corazón tierno, de mirada encantadora, buena para tu marido, buena para los animales, destinada á engendrar héroes.

»Privilegio de la mujer es compartir con su esposo los honores del sacrificio.»

La monogamia parece haber sido la regla general entre los arios védicos. No obstante, á juzgar por lo que vemos más tarde, los príncipes y las gentes muy ricas tenían generalmente varias esposas. Lo que contribuyó sobre todo á introducir la poligamia entre los arios fué la necesidad imperiosa de tener hijos varones. El hombre á quien su primera mujer no daba más que hijas, se veía necesariamente en el caso de tomar una segunda.

La doncella escogía libremente su esposo, y hasta en el caso en que varios campeones se la disputaban en campo cerrado, como sucedía en ocasiones, era necesaria su autorización para combatir, y nada se hacía si ella rehusaba coronar al vencedor. En términos delicados pintan los *Vedas* el amor naciente y las primeras relaciones entre los mozos y las doncellas. Como para los arios no existía ninguna ventura ni en este ni en el otro mundo fuera de la familia, motivos de interés y de religión, es decir, los más poderosos de todos los que pueden influir sobre el alma humana, tendían á hacerles conceder la mayor importancia á todo lo concerniente al matrimonio.

Las ceremonias que lo acompañaban estaban impregnadas de ese carácter religioso que señalaba todos los acontecimientos de familia. Eran á la vez imponentes por la solemnidad de las plegarias y de los sacrificios ofrecidos y por la de los votos pronunciados, y alegres por el brillo de los trajes, el número de asistentes y las diversiones á que se entregaban. Un largo himno del



ESCULTURAS GRECO-BÚDICAS. — Alrededores de Peshawer

(Existentes en el Museo de Lahore)

Rig Veda está consagrado á su descripción. Cuando se ha leído ese himno, titulado «las Bodas de Surya,» parece casi que después de haberse transportado millares de años atrás en el curso de las edades, se ha asistido á una de esas antiguas fiestas de familia. Parece que se hayan oído la orden del sacerdote y las palabras que el novio dirige á la novia.

Al carácter imponente del padre como sacrificador se une una autoridad absoluta. Sus hijos le obedecen, no como esclavos, pero con ese respeto profundo que él mismo siente por los abuelos.

Cuando los padres están viejos é incapaces de trabajar, los hijos los alimentan como ellos mismos continúan alimentando á los abuelos por medio de los sacrificios. Esta cadena de deberes mutuos no se interrumpe jamás. Así todo lo que el ario pide es envejecer entre sus hijos y sus nietos. No teme mucho esa edad en que comenzará á participar un poco de la ventura apacible y eterna de sus antepasados.

5.º — INSTITUCIONES POLÍTICAS Y SOCIALES DE LOS ARIOS

Al principio del período védico, cuando aún los arios no habían penetrado en la cuenca del Ganges, pero ocupaban las vastas llanuras del país de los siete ríos, regado por el Indo y sus afluentes, no existía entre ellos ningún vestigio de instituciones políticas, de castas ó de gobierno.

La base de su sociedad, lo hemos visto, era la familia, y esta sociedad misma se componía de toda la raza, sin ninguna distinción de funciones ó de clase. Cada padre de familia era á la vez sacrificador, agricultor y guerrero. Estas ocupaciones, que, separándose, debían crear las castas, estaban entonces confundidas. La riqueza, esa otra fuente de desigualdades sociales, no existía aún. Los héroes se hacían, sin duda, jefes en el momento de la acción; el más intrépido se ponía sencillamente á la cabeza de sus compañeros de armas. Pero cuando se había conquistado un espacio de tierra, cuando era preciso desenmarañarla

por el hacha y por el fuego y cultivarla en seguida penosamente, todos volvían á ser iguales ante la tarea común.

Sobre el nuevo territorio así obtenido se levantaba la aldea. Las primitivas casas, hechas de tierra y tallos de bambú, cobijaban separadamente las familias que se mezclaron largo tiempo las unas con las otras en los campos. Quería después cada uno un pedazo de tierra; la partición comenzaba. Sólo los pastos continuaban de propiedad común y los rebaños de todos seguían pastando en ellos indistintamente.

Esta fundación de la aldea, esta división de los solos bienes que poseían entonces los arios, es decir, de los campos y de los animales, no engendró aún ningún grupo político ó social. El municipio fué simplemente la familia extendida. Los más ancianos entre los padres de familia se reunían para mantener allí el orden y decidir sobre las cuestiones importantes; pero sin pretender una autoridad propiamente dicha. Pronto al lado y encima de la aldea, sobre el flanco ó sobre la cresta del ribazo, se elevó la fortaleza, construcción grosera y pesada, generalmente de forma cuadrangular, en la cual se encerraba el jefe victorioso que había ensanchado el territorio y que debía velar por su conservación.



Estatua greco búdica de las proximidades de Muttra, probablemente del siglo X después de Jesucristo.

(Altura total, 1^m,80)

Ningún lazo existía de una á otra aldea, ningún poder supremo se imponía á la multitud de jefes. Los azares de la guerra los reunían bajo un mando único que se extendía á veces sobre un gran número de ellos; pero la noción de rey no nació sino mucho más tarde. Se la encuentra entre los arios cuando se establecieron en la cuenca del Ganges, y aun en los *Vedas* no es nunca sino el equivalente de jefe de guerra. El rey asesorándose de ministros, percibiendo impuestos regulares, gobernando toda la raza, no parece haber existido durante el período védico.

No existió, por lo demás, nunca sino nominalmente en la India. La aldea aria, pero más rigurosamente constituida y formando una pequeña república organizada; el jefe encerrado en su fortaleza, bajo el nombre de rajá, ejerciendo una autoridad más completa, tal es el sistema político que ha prevalecido en la India á través de las edades, y que los conquistadores, cualesquiera que fueran, han respetado siempre forzosamente, porque era inmovible.

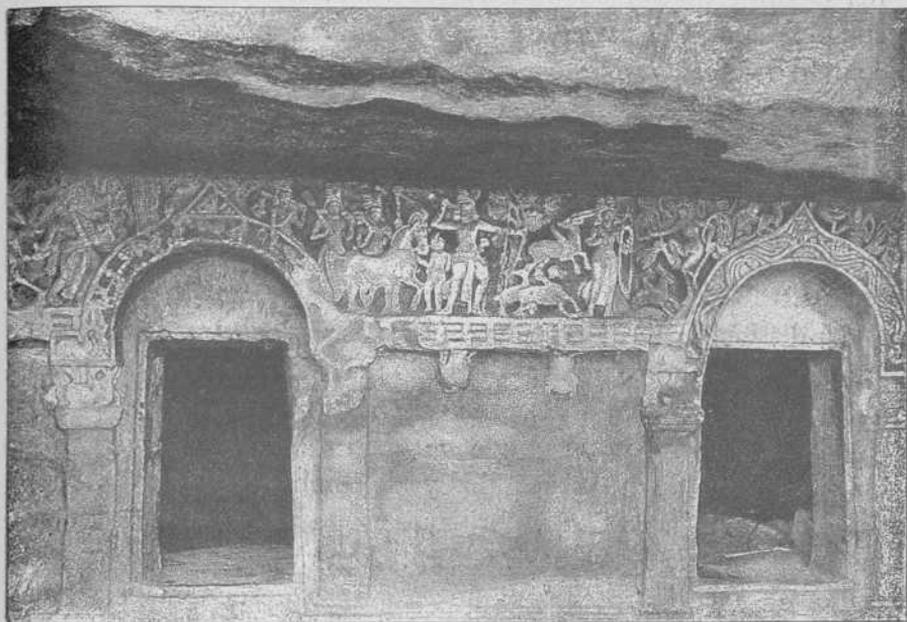
Así, tantos siglos atrás y en una sociedad informe, vemos desprenderse los primeros elementos de una organización fundamental que subsiste aún en nuestros días.

Sorprendemos allí igualmente el bosquejo de ese sistema de castas que desde luego indeterminado y flotante, mientras las clases aspiraban solamente á distinguirse entre sí, va á resultar tan rígido cuando verdaderamente se constituya bajo la influencia de razones étnicas y á abrir entre las razas infranqueables abismos.

Puede seguirse en los *Vedas* la progresión de la distancia entre los sacerdotes y los guerreros, primero ligera, agrandándose luego más y más por las razones que en seguida examinaremos. La división de las funciones no se detiene aquí. Mientras el sacrificador se consagra á diario más exclusivamente al cumplimiento de los ritos sagrados y á la composición de los himnos, y el hombre de guerra pasa sus días en expediciones arriesgadas ó en atrevidos ejercicios, ¿qué será de la tierra y quién la haría

producir si otros no se dedicasen sin descanso á su cultivo? Surgen una tercera clase distinta: la de los agricultores.

En uno de los últimos himnos del *Rig Veda*, esas tres clases aparecen absolutamente separadas y ya designadas por los tres nombres: bracmanes, kchatryas y vaisyas, que tomarán luego,



UDAYAGIRI (provincia de Orissa) - Fragmento de la fachada del monasterio budista de Rani-Naur, excavado en la roca. El bajo relieve representa una cacería real. (Siglo 11 antes de Jesucristo.)

cuando indiquen verdaderas castas, significaciones tan absolutas y tan profundas.

Un himno mucho más antiguo contiene este verso significativo é indica ya claramente la división de las clases:

«Indra es invocado por los grandes, los pequeños, los hombres de una clase intermedia; por el que camina y por el que reposa; por el que guarda su casa y el que combate, por todos los que quieren la abundancia.»

La cuarta casta, la de los sudras, debió formarse más tarde

y comprender la masa de los pueblos vencidos, cuando éstos entraron, en fin, en el círculo de la civilización aria. Mientras se hizo la conquista, los indígenas, luchando abiertamente ó refugiándose en las montañas para conservar en ellas una salvaje independencia, no reconocieron el yugo extranjero. Los vencedores crearon para ellos una cuarta casta. En este momento es cuando las clases, hasta aquí mal definidas, mezclándose en la comida común y uniéndose por matrimonios, se convirtieron en verdaderas castas profundamente separadas.

La más importante de esas divisiones, la que debió formarse la primera, fué la realizada entre los sacerdotes y los guerreros. Intermediarios entre los hombres y los dioses, los brahmanes resultaron más y más exigentes y acabaron por considerarse como seres del todo superiores y por hacer aceptar esta creencia.

La distinción entre los guerreros y los agricultores se acentuó igualmente muy pronto. La distinción se hizo, sin duda, mucho más por la diferencia de fortuna que por la de funciones.

El jefe guerrero que volvía cargado de botín se cubría de anillos de oro, de ricos vestidos y deslumbrantes armas. Convertíase en *rajá*, es decir, «brillante,» que tal es el único valor de esta palabra en la época védica. Los rajás y los kchatryas, títulos entonces poco menos que sinónimos, desempeñaban gran papel en los *Vedas*. Ya que los cantores que componían los himnos esperaban de ellos honores y presentes, es muy natural que hablasen de ellos sin cesar, bien para celebrar su valentía y su generosidad, bien para vituperar su avaricia.

Ninguna barrera se elevaba, sin embargo, en absoluto entre las clases. Confundíanse para ofrecer los sacrificios, para celebrar la comida común, actos para los cuales las castas no se reúnen jamás cuando están verdaderamente constituidas.

No subyugadas aún en masa las naciones indígenas, proporcionaban sólo á los arios prisioneros de guerra. Todo hace creer que esos prisioneros eran simplemente reducidos á esclavitud.

«¡Oh Somal, dicen los *Vedas*, tráenos una rica abundancia de oro, de caballos, de vacas, de hombres.»

Lo hereditario de las funciones, que es aún una de las señales de la constitución definitiva de la casta, no parece que fuese absoluto entre los arios védicos. Comienza, sin embargo, á establecerse entre ellos. Ciertas familias se transmitían de padres á hijos los cantos sagrados al mismo tiempo que las funciones de sacrificador. Así es como se explica, por otra parte, la maravillosa conservación de los *Vedas*.

En cuanto á los bienes materiales, los hijos heredan en general á sus padres. Los himnos aluden frecuentemente á la costumbre de legar á los hijos la fortuna.

Tal era la sociedad de los arios védicos en la cual se elaboraron lentamente durante largos siglos los gérmenes de las instituciones que debían más tarde establecerse tan sólidamente en la India y que dominan aún hasta el punto de parecer inmutables.

6.º — LA VIDA ENTRE LOS ARIOS

Nos es bastante fácil, estudiando los *Vedas*, representarnos los arios en los detalles de su vida ordinaria.

Sus poetas, en efecto, buscan espontáneamente sus imágenes en objetos familiares y sencillos y que nos parecerían casi demasiado groseros para ser elegidos por una inspiración religiosa como la de ellos elevada. Pero esta ingenuidad, que es común á la mayor parte de los cantos primitivos, no rebaja el tono de sus himnos. El Richi, ó poeta ario, sabe ennoblecer sus ideas más vulgares y sacar de las comparaciones más ordinarias brillantes efectos. La raza aria estaba dotada de una imaginación muy viva. Prendada de la armonía de las palabras, gusta arrullarse con sus cantos. Nos queda gran número de ellos compuestos por centenares de autores diferentes. Podemos, pues, juzgar cuál debía ser la riqueza de la literatura aria en la época védica.

La poesía parece haber sido, por otra parte, el solo arte cultivado con éxito por los arios. Podemos además suponer que tuvo algunos primitivos instrumentos de música y supo trabajar artís-

ticamente metales y maderas. No hablan jamás de imágenes pintadas ó esculpidas; en cuanto al arte arquitectónico, todo prueba que les fué desconocido.

Numerosos eran los oficios que ejercían, y parece que en la mayor parte demostraban cierta habilidad. La descripción de los soberbios vestidos que llevaban, de sus anillos, de sus brazaletes, de sus penachos de oro; la de sus carros de guerra y de los adornos que cubrían sus caballos; la enumeración de sus centelleantes armas, corazas, machetes, aljabas, prueban que tenían tejedores, orfebreros, carreteros y armeros. Tenían asimismo obreros que trabajaban delicadamente la madera y que labraban las copas sagradas destinadas á contener el soma. Mencionan diversos instrumentos domésticos, tales como cucharas, calderos, que probablemente serían de hierro como sus armas.

Sus telas estaban hechas de lana ó de lino, á veces mezcladas con hilos de oro. Las mujeres eran las que hilaban y los obreros los que tejían con ayuda de la lanzadera. Llevaban zapatos que ataban alrededor del tobillo, como lo indica el versículo donde se habla de Indra, el dios siempre en marcha y siempre agitado, aquel «cuyos zapatos jamás se desataban.»

En el equipaje de guerra es donde parece que los arios habían desplegado el mayor lujo.

Sus carros estaban brillantemente adornados con placas de metal. Eran llevados sobre ruedas con llantas y con ejes.

El caballo era enganchado al carro y conducido por medio de riendas, del freno y del látigo.

Revestíanse los guerreros de armaduras limpias y centelleantes. Montados sobre carros, llevaban al brazo anillos de oro que chocaban entre sí bulliciosamente cuando blandían sus armas. Consistían éstas en un machete, un arco y flechas contenidas en una aljaba y guarnecidas de una punta de hierro. Llevaban sobre la frente un penacho de oro, y por encima de las filas del ejército flotaban estandartes.

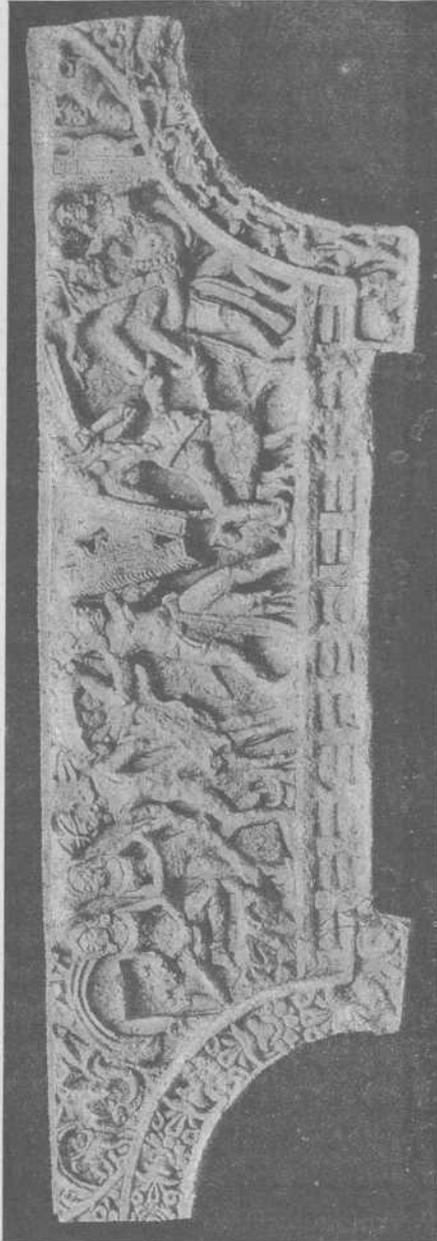
La agricultura era con la guerra y los oficios que con ella se relacionan la ocupación principal de los arios.

Instalados en esa cuenca del Indo, tan desolada frecuentemente por la sequía, habían aprendido á observar las estaciones y á interrogar al cielo para espiar la llegada de las bienhechoras lluvias. Las nubes del monzón eran para ellos la vacas celestes, que pastaban en las llanuras del firmamento, conducidas por un divino pastor, y cuyas pesadas ubres vaciándose sobre la tierra derramaban el bienestar y la fecundidad.

Labraban los arios la tierra con el arado tirado por bueyes. Transportaban la cosecha sobre carros que arrastraban igualmente esos animales.

Los rebaños formaban una de las principales fuentes de riqueza de los arios. La vaca, que proporciona la leche, el alimento por excelencia, era tenida en gran consideración. Se la cuidaba y se la veneraba; faltaba poco para que se la adorase.

La leche y la manteca constituían la base de la alimentación



UDAYAGIRI. — Bajo relieve representando un raptio, esculpido en la parte superior del monasterio budista de Rani-Naur

de los arios. Ofrecían libaciones á los dioses. La manteca líquida humedecía la hoguera y se unía al brillo de Agni, es decir, aumentaba la violencia del fuego. La miel es á cada paso ensalzada en los *Vedas*. A estos alimentos preferidos, que como tales eran ofrecidos á los dioses, es preciso añadir los pasteles de harina y los buñuelos de cebada.

Comían también carne los arios. Eran grandes cazadores, mataban la caza á flechazos ó la hacían caer en trampas. Pescaban con redes.

Debían tener algunas primeras nociones de navegación. No se aventuraban al principio sino en los largos ríos del Sapta-Sindhu, que formaban para ellos las vías naturales de comunicación. Más tarde, cuando se desarrolló el comercio, lanzaron sus barcos sobre el mar. Sin embargo, no se alejaron de sus costas y llevaron sólo sus mercancías á los pequeños establecimientos marítimos vecinos á las bocas del Indo.

Cultivábase la medicina entre los arios, pero parece que tenían menos fe en los medicamentos que preparaban que en los exorcismos por medio de los que sus sacerdotes pretendían combatir las enfermedades.

Esta diversidad en las funciones de los hombres, ó para hablar un lenguaje más moderno, esta división del trabajo, se acentúa cada vez más entre los arios, como en todo pueblo cuya civilización se desenvuelve. En los himnos de la última época se ve multiplicarse los oficios: todo trabajo tiene su obrero especial. Hasta el barbero de aldea aparece en los himnos arios.

En esa sociedad que se complicaba, en que el comercio había nacido, la desigualdad entre las fortunas iba acentuándose cada vez más. Las descripciones de las magnificencias de los ricos y de los dolores de los desgraciados van resultando muy vivas. La horrorosa pobreza se personifica y se suplica á los dioses que la alejen. Frecuentemente es la sequía quien la produce; la desvanecen los primeros torrentes de la estación lluviosa.

«¡Oh pobreza!, con triste mirada y lento paso dirígete, para encontrar un bienhechor, hacia la montaña celeste. Con las ondas de las nubes te rechazamos.

»La pobreza, arrojada de este mundo y del otro, daña todos los gérmenes.
¡Oh Brahmanaspati, ven á alejar á esta miserable!»

De esta desigualdad en las fortunas nace una virtud nueva, la caridad, frecuentemente recomendada en los *Vedas*.

«La caridad divina y consoladora, enseñan los sacerdotes que es una parte del sacrificio.

»El hombre bienhechor, bueno para el desgraciado que tiene hambre, cuando vuelve á su casa halla honor en el sacrificio y amigos entre los demás.»

Una de las causas de las miserias profundas y súbitas y de los cambios de fortuna era la pasión extraordinaria de los arios por el juego. Los juegos de azar, los dados sobre todo, les apasionaban hasta el punto de que perdían á veces en un día sus tesoros, sus casas, sus campos, sus hijos, sus mujeres y su propia libertad. Las desgracias que producía esta pasión funesta están pintadas en los *Vedas* con los más negros colores y especialmente en un himno de gran belleza:

«El jugador llega á la reunión. Se dice animoso: «¡Ganaré!» Los dados se apoderan del alma del jugador, que les entrega todo su haber.

»Los dados son como el conductor del elefante, armado de un garfio con el que lo sujeta. Queman al jugador en deseos y en remordimientos, proporcionan victorias, distribuyen el botín y hacen la ventura y la desesperación de los mozos, y para seducirlos se cubren de miel.

»No ceden ni á la cólera ni á la amenaza. El rey mismo se inclina ante ellos.

»Rodando por tierra, sacudidos en el aire, están privados de brazo y mandan al que lo tiene. Son carbones celestes que caen sobre el suelo y que hielan y queman el corazón.

»La esposa del jugador, abandonada, se aflige; su madre se desconsuela no sabiendo qué le ha pasado á su hijo. Él mismo, perseguido por un acreedor, tiembla: el pensamiento del robo le ha acudido; no entra en su casa sino á la noche.»

No eran todos los placeres de los arios igualmente peligrosos. Teníanlos inocentes, tales, por ejemplo, como representaciones de muñecos sobre teatros de madera, á las que hace alusión un pasaje de los *Vedas*.

Como todos los pueblos primitivos, los arios obtenían el fue-

go por el frotamiento de dos trozos de madera. Llamaban Arani la pareja de dos piezas de madera de las que brotaba Agni, el fuego, considerado como un dios.

«Ved aquí el momento de agitar la Arani, el momento de engendrar Agni. Trae la reina del pueblo (la Arani), y según la costumbre, trabajemos en producir su hijo.

»El dios que posee todos los bienes está en las dos piezas de la Arani: está como el embrión en el seno de su madre.»

Los arios enterraban generalmente sus muertos. Varios pasajes de los *Vedas* tratan de los funerales. El siguiente expresa, bajo una forma sumamente poética, la despedida de un vivo á un muerto.

«Ve, dice al muerto, ve á encontrar la tierra, esa madre grande y buena, que se extiende á lo lejos siempre joven; que sea suave como una alfombra para el que ha honrado á los dioses con sus regalos.

»¡Oh tierra!, levántate. No hieras de ningún modo sus huesos. Sé para él agradable y dulce. ¡Oh tierra!, cúbrele como una madre cubre á su hijo con la falda de su vestido.

»Que la tierra se levante para ti. Yo formo este montículo para que de ningún modo sean heridos sus huesos. Que los antepasados guarden esta tumba. Que Yama cave aquí su morada.

»Son los días para mí lo que las flechas son para la pluma que arrastran.»

¿Dónde hallar una imagen más sorprendente de la rapidez de la vida que esos días llevándose al hombre como la flecha se lleva la pluma?

7.º — CONCEPCIONES METAFÍSICAS Y RELIGIOSAS DE LOS ARIOS

Las concepciones religiosas de los arios eran bastante vagas. Entre ellos ninguna personalidad divina estaba rigurosamente determinada. Los sentimientos y la imaginación personales podían expresarse libremente y la lectura de los *Vedas* prueba que no les faltaban. Escogiendo tal ó cual pasaje del *Rig Veda* podría probarse alternativamente que la religión de los arios fué un monoteísmo perfecto, un panteísmo elevado y un politeísmo

grosero. Los hábitos de lógica fijados por siglos de educación en nuestros cerebros de europeos nos han acostumbrado á dar á



BHUWANESWAR (provincia de Orissa). - Templo de Parasurameswara
Detalles de ornamentación. (Siglo VI de nuestra era.)

todas esas palabras sentidos limitados y precisos que nos hacen considerar como del todo inconciliables y separadas por abismos

las creencias que representan; pero en los cerebros primitivos esas concepciones abstractas no tienen jamás sentido invariable. Ideas, creencias, lenguajes, tienen contornos indecisos y flotantes que cambian constantemente. La contradicción no puede existir en el cerebro del ario, puesto que su pensamiento varía tan de prisa como la forma de las nubes que ve flotar en el firmamento. El dios de que habla un himno es siempre el más importante, pero sólo mientras se habla de él; en la página siguiente es ya otra divinidad quien lo substituye. Se creería á veces que los poetas que componen los himnos buscan en ellos sobre todo materia de disertaciones. Como la mayor parte de los poetas, se preocupan bastante poco del sujeto cantado y sacrifican voluntarios una opinión al deseo de poner una imagen ó un epíteto.

Los himnos arios flotan, pues, entre las concepciones religiosas más diversas. Adoraciones de fuerzas de la naturaleza, panteísmo, politeísmo, monoteísmo, todo se encuentra en ellos.

Nada más difícil que someter las divinidades arias á una clasificación y á una jerarquía cualquiera.

Entre los dioses ó los símbolos de indecisas formas, los atributos y los rangos sin cesar confundidos de que la mitología védica está llena, los que se repiten con más frecuencia son los siguientes:

Agni, la personificación del fuego, y Soma, el licor fermentado que sirve para avivarlo. Agni ha engendrado los dioses, los mundos, la vida universal. Soma hace á los dioses inmortales y da el vigor á los hombres. Ha engendrado también el cielo y la tierra, Indra y Vishnu. Unido á Agni forma el cielo y las estrellas.

Uno de los dioses más invocados por los arios es Indra, rey del cielo. Es un dios belicoso, de pie sobre su carro de guerra, verdadero tipo del jefe de clan ario.

En torno de él agrúpanse innumerables divinidades que comparten su imperio y lo llevan, por otra parte, frecuentemente sobre sí mismos. Estos son los Marutes, dioses del huracán y de

los relámpagos, dispensadores de lluvias. Son hijos de Rudra, el más bueno de los dioses, el que lanza el rayo, pero protege también los rebaños y cura las enfermedades. Siguen aún Brihaspati, que ordena el universo; Varuna, que juzga las acciones de los hombres y, como Indra, es también rey del cielo. Ciertos himnos le someten á Indra; otros le dan, por el contrario, el predominio; otros aún identifican las dos divinidades. Después vienen Surya, el Sol; Vishnu, que recorre el espacio en tres pasos y que del lugar algo secundario que ocupa en los *Vedas* debía elevarse un día al primer puesto, y otros muchos todavía.

A estos innumerables dioses, cuya enumeración sería prolija, se unen con frecuencia personificaciones abstractas, tales como Purandhi, la abundancia; Aramati, la piedad; Mrityu, la muerte; etc., etc.

La idea que los arios se formaban de los dioses difería, por otra parte, considerablemente de la que la misma palabra despierta en el espíritu de un europeo. No hay ciencia que pueda hacer reconocer las ideas muertas que se esconden bajo la lengua de un pueblo muerto. Las palabras precisas de nuestras lenguas modernas, correspondiendo á concepciones muy diferentes, no pueden aplicárseles.

No es posible que lleguemos á entrever el sentido de esas concepciones particulares de cosas propias de tiempos desvanecidos para siempre, sino por la atenta lectura de las obras literarias que esos tiempos han dejado. Las grandes epopeyas del *Mahabharata* y del *Ramayana*, aunque bastante posteriores á los primeros cantos védicos, son aún, sin embargo, obras verdaderamente arias. Después de haberlas leído, se dará uno cuenta fácilmente de hasta qué punto las ideas de divinidades entre los arios debían diferir de las nuestras. El poderío de los dioses es allí ponderado con frecuencia; pero cuando esos dioses entran en lucha con los hombres ó con los genios, los más poderosos de esos dioses no triunfan siempre. Así Ravana, rey de los genios llamados Rakchasas, dirigiéndose á un anacoreta, se vanagloria de haber vencido al gran dios Indra y al dios Yama. En

otro pasaje oímos á Lakshmana, hermano de Rama, simple hijo de un mortal, queriendo consolar á la bella Sita de la ausencia de su esposo, que ella supone caído en una emboscada, decirle: «Es imposible que mi hermano sea vencido por los Asuras y todos los dioses, Indra mismo á su cabeza.» La literatura inda contiene por centenares rasgos análogos. Para citar todavía otro, recordaré que en *Sacuntala*, drama del poeta Kalidasa, probablemente compuesto hacia el sexto siglo de nuestra era, el «rey de los dioses,» Indra, envía un mensajero á un simple mortal, el rey Duchanta, para rogarle que le ayude á vencer demonios contra los cuales «siente impotente su brazo.» El rey accede á encargarse de la tarea y logra triunfar de los demonios que no había podido vencer el rey de los dioses.

Demuestra lo que precede que es muy difícil encerrar en el cuadro limitado de definiciones concretas las creencias vagas é inconsistentes que se desprenden de los *Vedas*. Parécense á esos seres inciertos, de caracteres mal trazados, que los antiguos naturalistas clasifican, ya entre los animales, ya entre las plantas. Intentando emprender esa tarea de clasificación ingrata, se llega á deducir poco más ó menos los puntos siguientes del conjunto de las creencias que los *Vedas* exponen:

- 1.º Adoración de las fuerzas de la naturaleza;
- 2.º Personificación de esas fuerzas bajo nombres de divinidades;
- 3.º Creencia en la inmortalidad del alma;
- 4.º Culto de los antepasados;
- 5.º Tendencia á someter la naturaleza, los hombres y los dioses á un dios más poderoso que todos los demás, generalmente á Indra;
- 6.º En fin, una materialización constante de la religión que la conduce á ser simplemente un cambio interesado de dones entre los dioses y el hombre, éste ofreciendo sus animales y sus frutos en los sacrificios, aquéllos derramando en correspondencia la abundancia, prodigando la bienhechora lluvia, la salud y los tesoros.

Vamos á insistir sobre estos diferentes puntos y á apoyarlos con algunas citas.

La divinización y por consecuencia la adoración de las fuerzas de la naturaleza llena completamente el *Rig Veda*.

En una comarca como la India, donde los espectáculos de la



BHUWANESWAR. — Templo de Rajarami. (Siglo X de nuestra era.)

naturaleza llevan impreso un sello tal de pavorosa grandeza ó de belleza sublime, donde sus manifestaciones irresistibles acarrearán alternativamente prosperidades inmensas ó espantosos desastres, un tal culto se imponía al alma sencilla, crédula y temerosa de un pueblo ignorante y joven. El sol, los vientos, los ríos, las montañas, las plantas mismas son invocadas como otras tantas potencias. La marcha del sol parecía á los arios un sorprendente misterio; las galas de la aurora, la suavidad del crepúscu-

lo, el curso de las estaciones, todos estos fenómenos les admiraban y poblaban su Olimpo de una multitud de divinidades de las que describían sus poetas los diversos atributos. Pero en esa cuenca del Indo donde el calor y la sequía son tan temibles, es Vayu, el viento, son los Marutes, sus mensajeros y sus servidores, son las vacas celestes, las nubes cargadas de lluvia, á quienes se invoca frecuentemente y con la mayor elocuencia.

Véase un fragmento del himno que canta al Sol y que es al mismo tiempo un hermoso ejemplo de la poesía védica:

«El divino Savitri mora en el astro luminoso que se levanta y reparte su claridad sobre todos los mundos. El sol vivifica el cielo, la tierra, el aire que llena de sus rayos.

»Sus rojos corceles le traen. Con la luz llega la grande y bella Aurora que lo anima todo con sus esplendores. La diosa, que despierta al hombre para el trabajo útil, viene sobre un carro magnífico.

»El sol, ese dios que no usa de ninguna rienda, ni de ningún lazo, ¿cómo hace para montar, para descender sin caerse? ¿Quién puede saber la fuerza que lo sostiene? Compañero de Rita, es el guardián, el sostén de la bóveda celeste.»

El fuego, bajo el nombre de Agni, es una de las principales divinidades del Panteón védico. No hay allí otro que Indra, creador supremo, que le sea superior. El fuego existe por todas partes y por todas circula: en las venas de los seres vivientes, en el seno de la tierra, en las ramas de las plantas y sobre todo en los rayos del sol, cuando enciende la hoguera.

«Cuando pienso que este ser luminoso está en mi corazón, los oídos me zumban, se turban mis ojos, mi alma se extravía en su incertidumbre. ¿Qué debo decir? ¿Qué debo pensar?

»¡Oh Agni!, cuando te escondes en la obscuridad, todos los dioses te respetan y tiemblan.»

Las creencias sobre la vida futura son de igual modo bastante vagas y variables en los *Vedas*. Vuelve el individuo á los elementos después de su muerte, y su alma es revestida por un nuevo cuerpo, concepción en que es preciso ver quizá un bosquejo de la futura metempsicosis. La creencia en el alma, como principio inmortal que habita el cuerpo, pero superior á él y for-

mando la verdadera personalidad humana, aparece igualmente además en los *Vedas*.

«Que la mirada de este muerto encuentre en el Sol el soplo de Vayu. Vuelve al cielo y á la tierra lo que les debes. Ve á dar á las aguas y á las plantas las partes de tu cuerpo que les pertenecen.

»Son de su ser una porción inmortal. Ella es, ¡oh Agni!, lo que es preciso calentar con tus rayos, inflamar con tu fuego. ¡Oh Djataveda!, en el venturoso cuerpo formado por ti, transpórtala al mundo de los hombres piadosos.

»Cuando tu alma visita allá lejos la comarca de la muerte, la llamamos aquí en tu habitación, en la vida.

»Tu alma visita á lo lejos el cielo y la tierra, nosotros la llamamos aquí en tu habitación, en la vida.

»Tu alma visita allá lejos el Sol y la Aurora, nosotros la llamamos aquí en tu habitación, en la vida.» Etc.

De esta creencia en la inmortalidad del alma resulta el culto de los *Pitris* ó antepasados. Hemos visto además que, según los arios, los abuelos muertos no subsisten y no son felices en la mansión eterna sino mientras su familia se perpetúa aquí abajo y les ofrece con regularidad plegarias y sacrificios.

«¡Oh Agni!, ven con esos piadosos, esos grandes, esos antiguos Pitris, con esos mil servidores de los dioses que suben al mismo carro que ellos, que beben la libación, que comen con Indra el holocausto, que van á sentarse cerca del hogar.»

La idea de un Dios supremo, creador de todos los seres mortales ó inmortales y dominando la multitud inmensa de los hombres, de los antepasados y de los dioses, se encuentra también, pero algo en estado de esbozo, en los *Vedas*. Cada dios celebrado por un himno parece al autor el más importante de los dioses ó el dios único. A veces todos los dioses son considerados como el mismo dios bajo nombres diferentes.

«El espíritu divino que circula en el cielo se llama Indra, Mitra, Varuna, Agni. Los sabios dan al ser único más de un nombre; ya Agni (el fuego), Yama (la muerte),» etc.

Este ser único tiene, como se ve, propiedades bastante vagas,

puesto que tanto es el fuego, cuanto la muerte ó cualquiera otra abstracción.

El pasaje siguiente es algo más concreto:

«El que es nuestro padre, que ha engendrado y contiene todos los seres, conoce cada mundo. Dios único, crea los otros dioses. Todo lo que existe le reconoce por dueño.»

Pero esta afirmación está á veces obscurecida por un vago sentimiento de la impotencia humana para conocer el origen y el fin de las cosas.

«Conocéis al que ha hecho todas estas cosas: es el mismo que está ante vosotros. Pero á nuestros ojos todo está cubierto como por un velo de nieve. Nuestros juicios son oscuros; y los hombres se van, ofreciendo holocaustos y cantando himnos.»

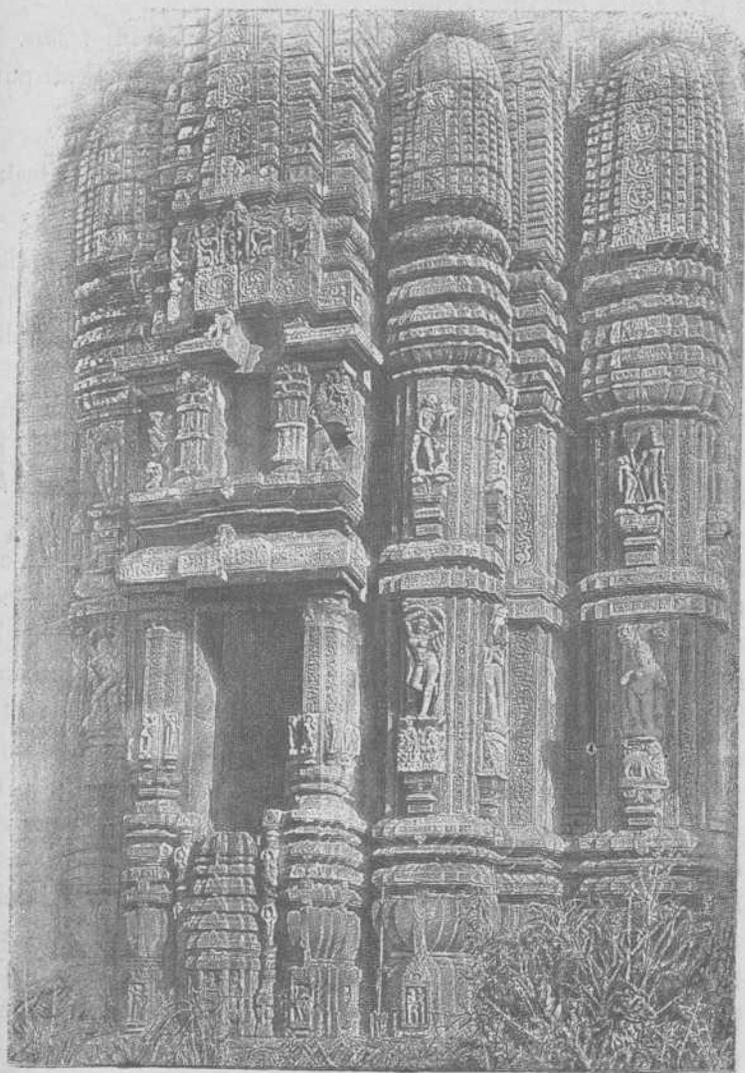
En esos cerebros primitivos germinaban ya esas claridades de escepticismo que debían desenvolverse más tarde á un tan alto grado en los libros sagrados de la India. Hallamos la prueba en un pasaje de *Rig Veda* ya citado por Max Muller en sus *Lecciones sobre el origen y el desenvolvimiento de la Religión*.

«¿Quién sabe, quién dirá de dónde ha salido esta creación? Los dioses vinieron después de ella. ¿Quién dirá, pues, de dónde viene?

»De dónde viene esta creación y si es la obra de un creador ó no, el que contempla todas las cosas desde lo alto del firmamento, ese lo sabe. Y quizá él mismo no lo sepa.»

Esas grandes preocupaciones que embargan á veces el cerebro de algunos pensadores, no parecen haber inquietado mucho á la multitud. Para la masa del pueblo, la gran tarea era mantener con los dioses una especie de comercio práctico por el cual cambiaba oraciones, himnos y holocaustos contra tesoros, rebaños y la victoria sobre los enemigos. Aquí las citas serían monótonas; abundan en los *Vedas*. Cualquiera que sea el dios que se implore, se procura atraerle prometiéndole olas de soma, libaciones de leche y de miel, plegarias, hermosos cán-

ticos, á veces el sacrificio de un animal vivo, á condición de que el dios á su vez se comprometiera á proteger la familia, á preser-



BHUWANESWAR. — Detalles de ornamentación del templo de Rajarani
(Escala, 17 milímetros por metro aproximadamente.)

varla de enfermedades, á atraer la lluvia sobre los campos, á hacer que las vacas sean fecundas.

Raramente el espíritu de penitencia, el sentimiento de las faltas cometidas, el deseo de perfeccionarse, se mezclan á esas voces groseramente interesadas.

La noción del pecado está apenas indicada en el *Veda*. El ario no aspira nunca á la perfección y acepta fácilmente su parte en las debilidades de la naturaleza humana.

«¡Oh Pitris! — exclama en uno de sus himnos, — no nos hagas ningún mal; no hemos pecado sino por la debilidad de nuestra naturaleza humana.»

La moral está entre los arios poco desarrollada, es poco rigurosa. La limosna, la bondad hacia los animales, la fidelidad respecto de los amigos, son casi los únicos deberes que se hallan recomendados por los *Vedas*.

Terminaremos aquí el resumen rápido de la sociedad aria, resumen que hemos trazado tan fielmente como nos ha sido posible, según el gran cuadro que en conjunto nos ofrecen los *Vedas*. Hemos intentado evidenciar la civilización y el papel de los arios. Sin reconocerles las cualidades superiores que se creyó deber atribuirles cuando se descubrió su existencia; sin reconocerles sobre todo ese papel extraordinario que se les ha hecho representar en la formación de las razas y que colocaría en ellos la fuente de todo cuanto hay de elevado en nuestro Occidente, reconocemos que entre las civilizaciones equivalentes á la suya en desenvolvimiento, ninguna parece haber sido tan purgada de los restos de salvajismo primitivo. Si se compara el pueblo ario con otro que ha desempeñado un gran papel en el mundo — el judío, — no puede negarse que el primero fué, desde todos los puntos de vista, superior al segundo. La historia de los israelitas está llena de falsedades, de ingratitud, de cobarde servilismo, de revoluciones vanas, de sangrientas crueldades y de supersticiones feroces, que no encierran los libros arios.

Desde el punto de vista del estilo poético, la apreciación sería menos desigual entre las dos razas: el *Rig Veda* no es muy superior al libro de Job.

En cuanto á las tendencias filosóficas manifestadas excepcio-

nalmente, por otra parte, entre los unos como entre los otros, es preciso reconocer que las aspiraciones hacia la verdad, hacia lo desconocido, hacia lo infinito; que el sentimiento de la miseria humana y de la fragilidad de las cosas de este mundo, se encuentran en la *Biblia* más frecuentemente y más vivas que en los *Vedas*.

Por la manera de apreciar la vida, puede en general decirse de la *Biblia* que es demasiado pesimista, y de los *Vedas*, que ofrecen el defecto contrario. El ario es esencialmente optimista y se satisface fácilmente. En sus padres de familia, gozándose en sus hijos, en sus rebaños, en sus cosechas y no pidiendo nada más á su gran cielo azul, reconoceremos difícilmente á nuestros pretendidos antepasados, nosotros occidentales, llenos de aspiraciones mal satisfechas y que sólo vivimos, por decirlo así, de un eterno deseo.

CAPITULO II

CIVILIZACIÓN DEL PERÍODO BRACMANICO

CUADRO DE LA SOCIEDAD INDA, TRES Ó CUATRO SIGLOS ANTES DE NUESTRA ERA

I.º — DOCUMENTOS QUE PERMITEN RECONSTITUIR EL ESTADO DE LA SOCIEDAD INDA, TRES SIGLOS APROXIMADAMENTE ANTES DE NUESTRA ERA.

La civilización aria, cuya descripción ha sido objeto del capítulo anterior, tuvo por residencia la cuenca del Indo. En la del Ganges es en la que vamos á apreciar el completo desenvolvimiento de la civilización bracmánica.

Durante el período de cerca de mil años aproximadamente que separa las dos épocas culminantes de esas dos civilizaciones, los conquistadores de la India continuaron sus progresos hacia el Oriente. Son dueños hoy de todo el Indostán propiamente dicho, es decir, de toda la región comprendida desde el mar de Omán al golfo del Bengala, entre el Himalaya y los montes Vin-dhya. Las antiguas poblaciones de esta vasta y opulenta comarca están definitivamente sometidas; han cesado en la lucha, aceptado el yugo de los extranjeros y se han mezclado con los vencedores. Para evitar que esta mezcla puramente exterior resulte demasiado íntima y ocasione la fusión de las razas, los arios han completado y establecido en todo su rigor el sistema de las castas, que hemos visto bosquejarse apenas durante el período védico.

Es preciso colocar tres ó cuatro siglos aproximadamente antes de nuestra era el apogeo de la civilización bracmánica. En ese tiempo, sin duda, fué compuesta la recopilación de las leyes de Manu, el *Manava-Dharma-Sastra*, que vino á ser el código civil y político de la India.

Se creyó al principio que esa colección tenía más antigüedad; W. Jones la remontaba á 800 años antes de Jesucristo, y otros autores á 500. Una opinión más reciente y que parece más fundada no la supone sino de dos ó tres siglos antes de nuestra era.

El *Manava-Dharma-Sastra* es la fuente de información más segura que poseemos del período brahmánico. Es el equivalente del *Rig Veda* para el período védico. Realizaremos respecto de las leyes de Manu el mismo trabajo que sobre el *Veda*, transcribiendo todas las citas propias para dar una idea exacta de los tiempos á los cuales esa obra fundamental se refiere.

Sin embargo, los libros sagrados no son solos los que han de guiarnos en el período brahmánico. La historia comienza también á proporcionarnos, si no claridades vivas, al menos algunos rayos sobre la India antigua, en cuanto se traspasa el momento de la expedición de Alejandro.

Esta expedición misma no enseñó mucho á los occidentales; pero fué suficiente que hubiesen entrevisto la tierra misteriosa que se extiende al otro lado



BHUWANESWAR. — Nicho esculpido en el templo de Bhagavati. (Siglo IX aproximadamente de nuestra era.)

del Indo, para que con frecuencia dirigiesen en seguida sus miradas y sus pensamientos hacia ella. Uno de los príncipes que compartieron el imperio de Alejandro, Seleuco Nicator, concibió el proyecto de acometer de nuevo la tentativa del conquistador macedonio, esperando ser más afortunado. Le ocurrió todo lo contrario de lo que esperaba. Los reyes de la India septentrional estaban ojo avizor y poseían fuerzas inmensas contra las cuales no osó arriesgarse. Había conquistado, empero, la Bactriana, y hallándose así su vecino, les invitó á tratar con él. Chandragupta, el Sandrokkotos de los griegos, uno de los más poderosos soberanos, aceptó su alianza, y cosa extraordinaria á la vez para los griegos y para los indos, tomó en el número de sus mujeres la propia hija de Seleuco. La joven princesa fué á encontrar á su esposo en su capital, Pataliputra, situada sobre el Ganges, no lejos del frente del Delta. Iba acompañada por el embajador Megasthenes. Durante su larga estancia en Pataliputra, ocupó el embajador sus ocios en describir las costumbres, tan extrañas para él, de los pueblos entre los que se hallaba.

La relación de Megasthenes, muy completa y muy detallada, parece que no ha llegado á nosotros. La compilación que en la Edad media un cierto Anónimo de Viterbo dió por el relato auténtico del embajador Seleuco está considerada hoy como absolutamente falsa. Pero los historiadores y geógrafos griegos y latinos contemporáneos de Megasthenes, ó posteriores á su existencia, le citan frecuentemente y le toman pasajes enteros. Estrabón entre otros, en su parte de la *Geografía* que trata de la India, se refiere frecuentemente á este autor. Resulta de esto que poseemos fragmentos bastante extensos de Megasthenes y que podemos agregar su relación á las leyes de Manu como el fundamento sobre el cual apoyaremos la reconstitución de la India brahmánica.

La relación de Megasthenes y las leyes de Manu constituyen, por otra parte, los solos documentos de donde pueden sacarse con alguna certeza noticias sobre el período brahmánico. Las grandes epopeyas, tales como el *Ramayana* y el *Mahabharata*

están muy llenas de leyendas y se ha fijado poco la época de su composición, retocadas además evidentemente muchas veces, para que puedan servir para la determinación de hechos precisos y constituir otra cosa que monumentos exclusivamente literarios, de consulta útil, sin duda, pero siempre con gran reserva.

2.º — DIVISIÓN DE LA SOCIEDAD INDA EN CASTAS. — DERECHOS
Y DEBERES DE CADA UNA DE ELLAS

Hacia el fin del período védico hemos visto dividirse las funciones y tender á hacerse hereditarias. Hemos indicado esta causa como preparatoria del establecimiento del régimen de castas. No hubiera sido, sin embargo, por sí sola bastante á fundarlo.

La necesidad de mantener la pureza de su raza, el respeto escrupuloso de la genealogía y el sostenimiento de las antiguas familias preocupaba ya á los arios védicos. Esta preocupación vino á resultar el principal cuidado de sus legisladores cuando la sumisión definitiva de la India septentrional dispersó el número relativamente corto de los vencedores en el seno de la inmensa población de los vencidos.

Verdades etnológicas, que la experiencia ha transformado luego en axiomas, eran ya evidentes para los arios. Sabían, sin duda, que los invasores son rápidamente absorbidos si se unen con el pueblo invadido y desaparecen sin dejar rastro después de algunas generaciones. Sabían igualmente que en la unión del hombre y la mujer, cuando existe entre ellos una gran desigualdad entre los dos tipos, los hijos son frecuentemente de un tipo medio, física y moralmente muy inferior.

Véase lo que á este fin dice la ley de Manu:

«Toda comarca en que nacen hombres de raza mezclada que corrompen la pureza de las razas, es pronto destruída, así como los que la habitan.»

»Por distinguida que sea la familia de un hombre, si debe la vida á una mezcla de clases, participa en grado mayor ó menor del natural perverso de sus padres.

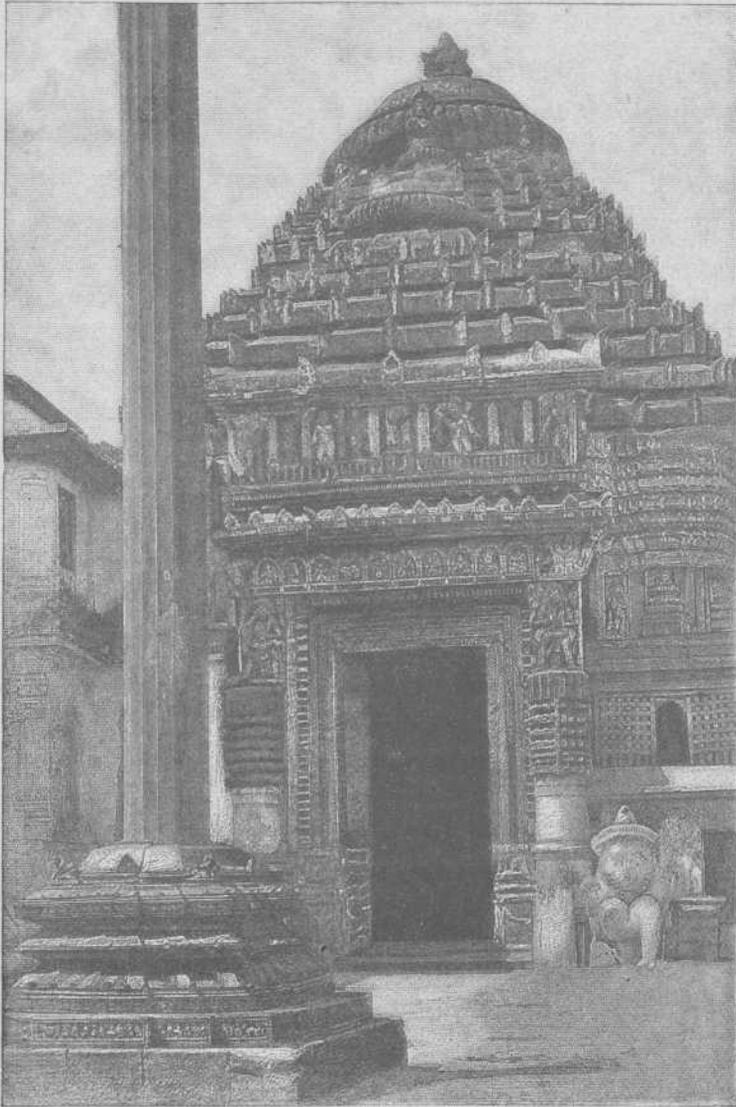
»La falta de sentimientos nobles, la rudeza de las palabras, la crueldad y el olvido de los deberes, denotan aquí abajo al hombre que debe la luz á una madre digna de menosprecio.»

Habían los arios aprendido, sin duda, esas cosas á su costa, y el decrecimiento ya comenzado de su raza les asustó probablemente hasta el punto de hacerles elevar las rígidas barreras que debían defenderla y subsisten aún. Las prescripciones que contienen las leyes de Manu para conservar la pureza de la raza aria prueban que reconocieron la necesidad de preservar esta pureza, pero no prueban que se hubiera conservado hasta entonces intacta. No hay ley que pueda luchar contra ciertas necesidades psicológicas; produjéronse cruzamientos infaliblemente y el tipo ario debió alterarse bien pronto.

Esta afirmación teórica está confirmada, por otra parte, por el estudio de los bajos relieves de los antiguos monumentos. Todos los de esta época, los de Bharhut por ejemplo, nos ofrecen la reproducción de un tipo que volvemos á encontrar á través de los siglos siguientes y en las regiones de la India más lejanas las unas de las otras, en Bhaja y en Sanchi, principalmente, y este tipo no tiene nada de caucásico. La cara ancha, aplastada, revela el predominio del elemento turanio. Los arios puros, si subsisten aún, no forman, sin duda, sino una ínfima minoría perteneciente exclusivamente á la casta de los bracmanes.

El estudio de la sociedad en esta época nos demuestra que la transformación sufrida no había sido sólo física, sino también moral. El sistema de castas, fundado para salvar lo que quedaba de la pureza y de la altivez primitiva, añadió su espantosa pesadumbre al yugo de tradiciones rígidas en las cuales se encerró la civilización inda para no salir más. Los dioses se materializaron. La brillante poesía aria era reemplazada por las secas recomendaciones de Manu. El vuelo de la imaginación no se había del todo detenido, pero se había hecho á la vez pesado y falto de orden y no producía más que interminables difusas leyendas en lugar de las elocuentes plegarias ó de las radiantes imágenes de los *Vedas*.

Las castas tal como se las halla descritas en Manu eran cua-



JAGGERNOTH (Orissa). — Entrada principal del gran templo. (Siglo XII.)

tro: la de los brahmanes ó sacerdotes; la de los kchatryas ó guerreros; la de los vaisyas, cultivadores, usureros ó mercaderes; y

la de los sudras, los últimos de los hombres, que no tenían profesión especial y cuya única función reconocida era la de servir á los demás.

Un hombre debía casarse en su casta, ó en rigor, en una casta inferior. Pero el que se casaba con una sudra estaba deshonorado, perdía su casta, incurría en el menosprecio universal en este mundo y en las penas eternas en el otro. Los sudras no podían casarse sino entre ellos.

Un brahmán podía casarse con la hija de un kchatrya ó la de un vaisya; pero ni un vaisya ni un kchatrya podían casarse con la hija de un brahmán.

Según la creencia de los arios, un padre de casta superior transmitía en parte sus cualidades á su hijo, aunque la madre fuera de casta inferior; pero un hombre inferior ponía su mujer y sus hijos á su nivel, y el verdadero mal matrimonio, desde el punto de vista de los descendientes, era el de la mujer.

Véase, según Manu, cuáles eran los deberes especiales de cada casta y los preceptos relativos á los casamientos. Damos desde luego el famoso símbolo brahmánico, según el cual cada una de las castas saldría de una parte del cuerpo de Brahma.

«Para la propagación de la raza humana, de su boca, de su brazo, de su muslo y de su pie, el soberano dueño creó el brahmán, el kchatrya, el vaisya y el sudra. Para la conservación de esta creación entera asignó ocupaciones diferentes á esas diferentes clases.

»Dió en la partición á los brahmanes el estudio y la enseñanza de los *Vedas*, el cumplimiento del sacrificio, la dirección de los sacrificios ofrecidos por otros, el derecho de dar y de recibir.

»Impuso por deber al kchatrya proteger al pueblo, ejercer la caridad, sacrificar, leer los libros sagrados y no abandonarse á los placeres de los sentidos.

»Cuidar los animales, dar limosna, sacrificar, estudiar los libros santos, comerciar, prestar á interés, labrar la tierra, son las funciones encomendadas al vaisya.

»Pero el soberano dueño no asignó al sudra sino un solo oficio, el de servir á las clases precedentes sin menospreciar su mérito.

»Debe reconocerse por sus acciones al hombre que pertenece á una clase vil, que ha nacido de una madre despreciable, pero que no es bien conocido, y que tiene la apariencia de un hombre de honor, aun no siendo tal.

»El que ha sido engendrado por un hombre honorable y por una mujer vil

puede convertirse en honorable por sus cualidades; pero el que ha sido engendrado por una mujer de una clase distinguida y por un hombre vil, debe él mismo como vil ser mirado; tal es la decisión.

»Lo mismo que un sudra engendra con una mujer de la clase sacerdotal un hijo más vil que él, así también uno de esos seres viles, con una mujer de una de las cuatro clases puras, engendra un hijo aún más vil que él.

»El bracmán que no se casa con mujer de su clase, y que introduce una sudra en su lecho, desciende á la mansión infernal, y si tiene un hijo, es despojado de su categoría de bracmán.»

La superioridad de la casta de los bracmanes sobre el resto del pueblo era inmensa. El poder y los derechos que se habían atribuido, el respeto que se tenía por ellos, hacían de los bracmanes semidioses más bien que simples mortales. La excelencia de su raza, la supuesta influencia de sus plegarias sobre las divinas voluntades, la autoridad de la ciencia en cuya adquisición empleaban la vida, les había valido esa situación excepcional.

Los privilegios de que gozaban estaban, es verdad, compensados por deberes. Su vida se dividía en cuatro partes: la infancia, consagrada al estudio de los libros santos y de los misterios de la religión bajo la dirección de maestros especiales; la juventud, durante la cual el bracmán se casaba, se hacía padre y jefe de familia, pues sus funciones eran hereditarias y su primer deber era tener hijos; la edad madura, pasada en el retiro, el celibato y las prácticas austeras; la vejez, durante la cual el bracmán, convertido en perfecto y propio para entrar en comunicación directa con los dioses, se entregaba á la contemplación y se preparaba para la muerte.

Esta existencia así repartida entre los cuatro órdenes de novicio, amo de casa, anacoreta y devoto ascético, debía ser la de todo indo nacido dos veces, es decir, admitido en la iniciación. Todos los hombres de las tres primeras castas eran hombres dos veces nacidos. Al salir de la infancia se les había pasado al cuello el cordón simbólico en una ceremonia que señalaba para ellos el nacimiento espiritual y les hacía hijos de Brahma. Pero los bracmanes solos ejercían en todo su rigor los deberes de los cuatro órdenes.

En caso de pobreza, era permitido á los bracmanes llenar ciertas funciones y hasta ejercer el comercio. Pero lo más general es que vivieran de las generosidades de los kchatryas. Hacer regalos á los bracmanes era el acto más meritorio que podía realizar un indo.

«La dádiva hecha á un hombre que no es bracman, dice la ley de Manu, no tiene sino un mérito ordinario; vale el doble la hecha á un hombre que se llama bracman; hecha á un bracman aventajado en el estudio de los *Vedas* es cien mil veces más meritoria; hecha á un teólogo consumado es infinita.»

Véanse los más importantes pasajes de Manu relativos á los derechos de los bracmanes:

«El bracman, al venir al mundo, es colocado en la primera categoría sobre esta tierra; soberano señor de todos los seres, debe velar por la conservación del tesoro de las leyes civiles y religiosas.

»Un bracman sólo por su nacimiento es objeto de veneración hasta para los dioses, y sus decisiones son una autoridad para el mundo; la Santa Escritura le da este privilegio.

»Todo lo que encierra este mundo es en cierto modo propiedad del bracman; por su primogenitura y por su nacimiento eminente tiene derecho á todo lo que existe.

»Un bracman, si está en necesidad, puede con toda tranquilidad de conciencia apropiarse lo de un sudra, su esclavo, sin que el rey deba castigarle; pues un esclavo nada posee que le pertenezca en propiedad y no posee nada de que su dueño no pueda apoderarse.

»Un bracman que posee el *Rig Veda* entero no sería mancillado por ningún crimen, aunque hubiese matado á todos los habitantes de tres mundos y aceptado alimento del hombre más vil.

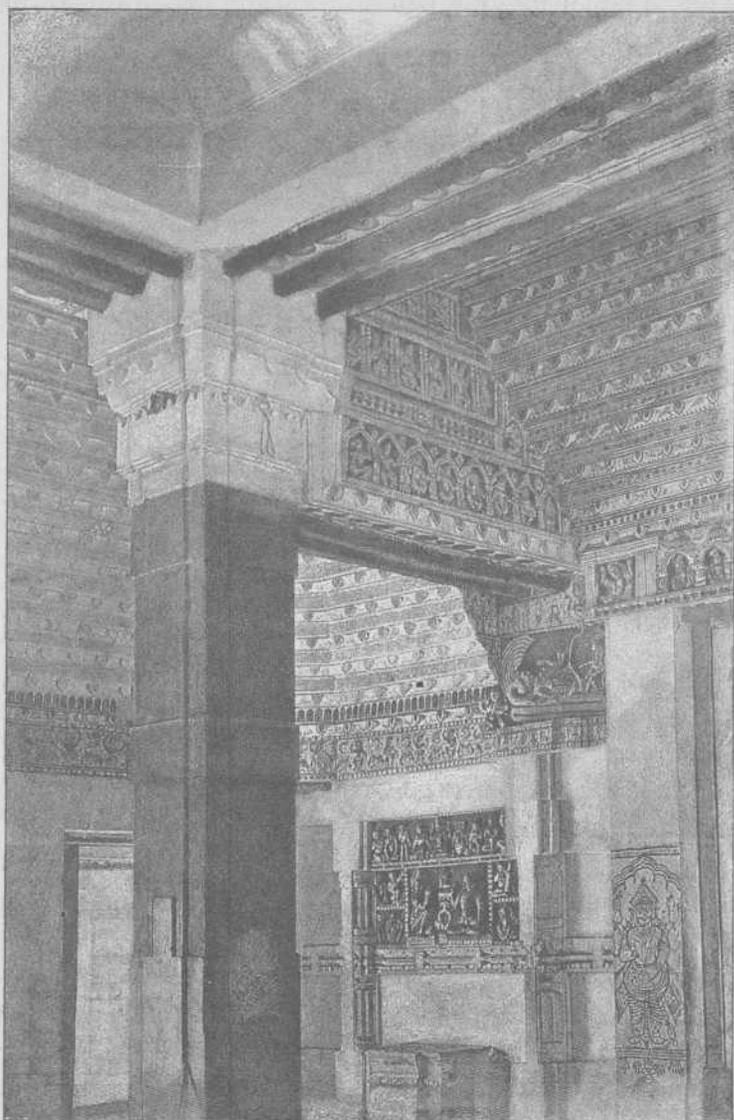
»Un rey, aun cuando muera de necesidad, no debe recibir tributo de un bracman versado en la Santa Escritura; que no sufra jamás que en sus Estados un bracman semejante sea atormentado por el hombre.

»Guárdese bien el rey de matar á un bracman, aunque hubiera cometido todos los crímenes posibles: que le destierre del reino dejándole todos sus bienes y sin hacerle el menor mal.

»Una tonsura ignominiosa está ordenada en lugar de la pena capital para un bracman adúltero, en el caso en que la pena para las otras clases sería la de muerte.»

A los bracmanes correspondía por derecho el ser los consejeros del rey, y á éste le estaba recomendado no emprender cosa

alguna sin oír la opinión de los más esclarecidos de entre aqué-



JAGGERNOTH. — Interior del templo de Gurcha Bari. (Probablemente del siglo XII.)

llos. Una asamblea, llamada gran consejo, se reunía regularmente y deliberaba sobre los negocios importantes.

Megastheno fué testigo de los honores rendidos á los bracmanes y habla de su filosofía con admiración, encontrando que se aproxima á la de Sócrates y Pitágoras.

Los kchatryas ó guerreros dedicábanse exclusivamente á las funciones militares y no ejercían fuera de ellas oficio ni industria alguna. El tiempo de paz era para ellos tiempo de ocio. Debían estar preparados siempre para la guerra y acudir al primer llamamiento. Su misión especial era proteger al pueblo. Emplazados en la frontera, el vaisya cultivaba su campo sin inquietud.

Los kchatryas formaban con los bracmanes los sostenes inseparables de la sociedad; pero los primeros eran considerados como muy inferiores á los últimos. Véase cómo se expresa la ley de Manu:

«Los kchatryas no pueden prosperar sin los bracmanes; los bracmanes no pueden elevarse sin los kchatryas; unidas la clase sacerdotal y la militar, se elevan en este mundo y en el otro.

»Un bracmán de diez años de edad y un kchatrya llegado á la edad de cien años deben ser considerados como el padre y el hijo; y de los dos el bracmán es el padre y quien debe ser como tal respetado.»

Se ve por este último pasaje cuál era la distancia entre las dos primeras castas. Sin embargo, esta distancia no era nada comparada con el abismo que las separaba del resto de la nación. El kchatrya iba aún en cierto modo á la par del bracmán, y la cita anterior demuestra la estrecha alianza que existía entre las dos castas. Más abajo, el vaisya se agitaba á profundidades inconmensurables, y en cuanto al sudra, sabemos que socialmente casi no existía.

La casta de los vaisyas comprendía todos los cultivadores, los mercaderes, los prestamistas sobre prendas. Eran éstos todavía hombres dos veces nacidos, pero recibían la iniciación más tarde que los kchatryas, á quienes ya se admitía más tarde que á los bracmanes.

Por modesta que fuese la profesión ejercida por un kchatrya, jamás descendía hasta servir. Tenía su casa, su familia, de la que era jefe respetado. Para un indo bracmánico nada era más

humillante que alquilarse á salario á otros. Obedecer servilmente era bueno para las bestias de carga y para los sudras.

Véase algunos pasajes de las leyes de Manu relativas á los vaisyas:

«El vaisya, después de haber recibido la investidura del cordón sagrado y después de haberse casado con una mujer de su misma casta, debe ocuparse con asiduidad de su profesión y del mantenimiento de las bestias.

»Que sea bien instruído en la manera de sembrar los granos y en el conocimiento de las buenas y malas cualidades del terreno; que conozca también perfectamente el sistema de pesos y medidas.

»Debe conocer los jornales que es preciso dar á los domésticos y las diferentes lenguas de los hombres; las precauciones que deben tomarse para conservar las mercancías y todo lo que concierne á la compra y á la venta.»

Corren aún, sin duda, en las venas de los vaisyas gotas de sangre aria; pero esta sangre debe en ellas estar muy mezclada. En cuanto á los sudras, eran los aborígenes, los seres viles, con los cuales no podían aliarse sin decaer para siempre; constituían el sobrante de la creación, más menospreciado que los mismos brutos. Y desde el punto de vista bracmánico esto se comprende, pues el perro ó el caballo no amenazaban el porvenir de la raza aria con ese temible peligro, esa absorción final con que la negra multitud de los sudras amenazaba constantemente á sus vencedores. Desde el instante en que no tuvieran á distancia á los vencidos, su invasión pacífica borraría pronto hasta la última huella de esa antigua raza de que los bracmanes estaban tan orgullosos. Si cesaba de correr en su duro lecho de granito, el hilo de agua pura se perdería pronto en el fango del inmenso pantano y sería por éste absorbido.

Puede juzgarse por los siguientes pasajes, sacados de las leyes de Manu, en qué extremo de abyección vivía el infortunado sudra:

«Una obediencia ciega á las órdenes de los bracmanes versados en el conocimiento de los santos libros, dueños de casa y notables por su virtud, es el principal deber de un sudra y le procura la felicidad después de su muerte (un nacimiento más elevado).

»Servir á los bracmanes constituye la acción más loable para un sudra; toda otra cosa que haga carece para él de recompensa.

»Un sudra no debe reunir riquezas superfluas, aunque pueda, pues un sudra cuando ha adquirido fortuna veja á los bracmanes con su insolencia.

»Un hombre de la clase baja que se atreve á ponerse al lado de un hombre de clase más elevada, debe ser señalado debajo de la cadera y desterrado.

»Si levanta la mano ó un bastón sobre un superior, debe serle cortada la mano; y si en un movimiento de cólera le ha dado un puntapié, que su pie sea cortado.

»Si le designa por su nombre ó por su clase de un modo injurioso, un estilete de hierro, de diez dedos de largo, será hundido ardiendo en su boca.

»Que el rey haga verter aceite hirviendo en su boca y en su oído si tiene la osadía de dar á los bracmanes consejos relativos á sus deberes.

»El que tenga relaciones con un hombre degradado será degradado él mismo al cabo de un año; no sacrificando, leyendo la Santa Escritura ó contratando una alianza con él, lo que lleva consigo la degradación inmediata, sino simplemente yendo con él en el mismo coche, sentándose en la misma silla ó comiendo la misma cena.»

4.º — CIUDADES Y MONUMENTOS

Durante el período brahmánico construyeron los indos monumentos, ciudades enteras, que se elevaron fastuosamente sobre las márgenes del Ganges. Lejos de esas ciudades espléndidas había humildes aldeas de los arios védicos.

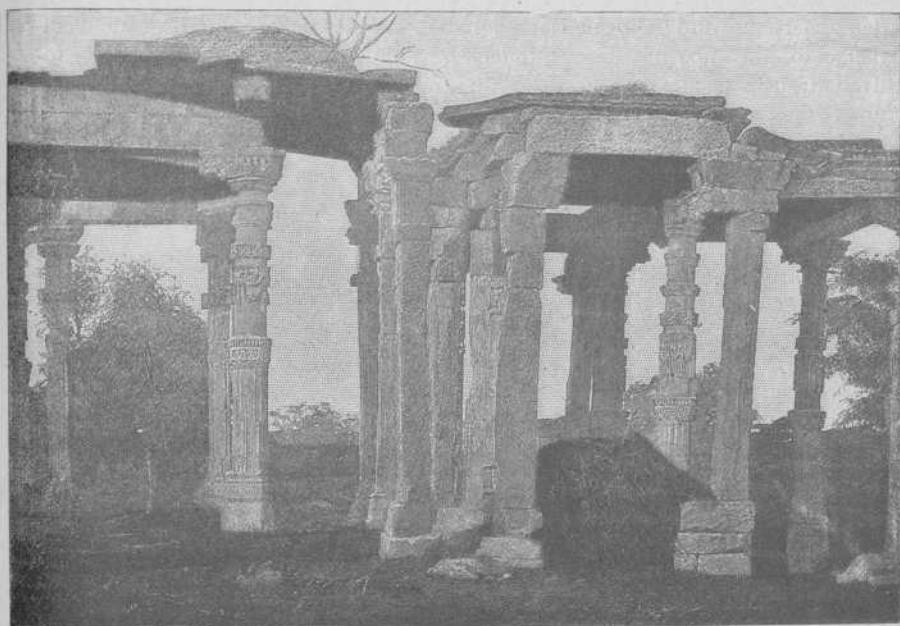
Los restos que aún subsisten de los edificios de esa época son escasos; pero los mejor conservados, tales como los bajos relieves de Bharhut y los pilares de Asoka, prueban que los indos debieron llegar á ser muy hábiles en la arquitectura.

Parece probable que los primeros edificios de la India estaban contruídos de madera y de ladrillos y que los monumentos de piedra no son sino una copia de aquéllos. El hecho me parece confirmado, no sólo por la descripción de Megastheno, sino además por las observaciones que he hecho en el Nepal; he encontrado, en efecto, en este país, que ha conservado tan bien las costumbres de la India antigua, cantidad de columnas de piedra en que las esculturas han sido copiadas fielmente de las columnas de madera.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que en el tiempo de Me-

gastheno los indos poseían ciudades importantes. El embajador griego describe la gran ciudad de Pataliputra en términos que dan una alta idea de su extensión, de su fuerza y de su esplendor.

Formaba sobre las márgenes del Ganges un paralelogramo muy prolongado. Estaba protegida por un cinturón de murallas al pie de las cuales había un largo foso. El palacio del rey, los



KHAJURAO - Ruinas del templo de Ganthai. (Probablemente del siglo VIII.)

La altura de la cuarta columna del lado izquierdo es aproximadamente de 4^m,40 desde la base á la cima del capitel

bazares, las tiendas llenas de objetos preciosos, las comitivas brillantes que recorrían las calles, excitaron la admiración de Megastheno.

La descripción de este autor no es, por otra parte, la sola por medio de la cual podemos intentar reconstituir en la imaginación una ciudad inda en el siglo III anterior á nuestra era. Encontramos otra más detallada aún en la gran epopeya del *Ramayana*. Véase su traducción:

«Es una vasta comarca, grande, sonriente, abundante en riquezas de todas clases, en granos como en ganados, situada al borde del Sarayu y llamada Kozala. Había allí una ciudad célebre en todo el universo y fundada en otro tiempo por Manu, el jefe del género humano. Tenía por nombre Adjodhya.

»Feliz y bella ciudad de tres yodjanas de anchura, extendía sobre doce yodjanas de largo su recinto resplandeciente de construcciones nuevas. Provista de puertas á intervalos bien distribuidos, estaba dotada de grandes y anchas calles, entre las que llamaba la atención la calle Real, donde riegos de agua abatían el vuelo del polvo. Numerosos mercaderes frecuentaban sus bazares, y sus tiendas lucían multitud de joyas. Inexpugnable, grandes casas cubrían su suelo embellecido por sotos y jardines públicos. Profundos fosos, infranqueables, la rodeaban; sus arsenales estaban llenos de armas variadas, y arcadas llenas de adornos coronaban sus puertas, donde vigilaban constantemente arqueros.

»Un rey magnánimo, llamado Dazaratha, cuyo imperio agrandaba diariamente la victoria, gobernaba entonces en esta ciudad, como Indra gobierna su Amaravali, ciudad de los inmortales.

»Al abrigo de la bandera flotante sobre las arcadas esculpidas de sus puertas, dotada de todas las ventajas que le procuraba una multitud variada de artes y de oficios, llena de carros, de caballos y de elefantes, bien aprovisionada de toda especie de armas, de mazas, de máquinas para la guerra, era bulliciosa y como revuelta por la continua circulación de mercaderes, de correos y de viajeros que se aglomeraban en sus calles, cerradas por sólidas puertas, y en sus mercados bien repartidos á intervalos juiciosamente calculados. Veía sin cesar mil grupos de hombres y de mujeres ir y venir en su recinto; y decorada con brillantes fuentes, jardines públicos, salas para las asambleas y grandes edificios perfectamente distribuidos, parecía aún, con sus numerosos altares para todos los dioses, que era como la estación aquí abajo de sus carros animados.»

5.º — GOBIERNO Y ADMINISTRACIÓN

La forma de gobierno durante el período brahmánico era la monarquía absoluta. El soberano debía ser obedecido como un dios, y en realidad, apenas ascendía al trono, así hubiese llegado á él por un crimen, era mirado como un representante de la voluntad y del poder divinos.

«No se debe, dice la ley de Manu, menospreciar á un monarca, ni aun en la infancia, diciéndose: es un simple mortal. Porque es una gran divinidad la que reside bajo esa forma humana.»

Ese gobierno parece, por otra parte, haber sido bastante paternal y no haber pesado muy duramente sobre las gentes. Los

bracmanes estaban casi sobre él por la dignidad de su casta. El rey debía seguir sus consejos, hacerles regalos, y ellos por sus plegarias tenían el poder de hacer su reinado próspero y glorioso ó de hacer caer sobre su cabeza todas las cóleras y todas las maldiciones del cielo. En cuanto á los kchatryas, era de su casta de la que salía el rey; ellos eran sus compañeros de armas y sentían hacia él el respeto de los soldados por su jefe.

Era, pues, sobre la casta de los vaisyas sobre la que se ejercía más absolutamente la dominación del rey. Todos los hombres de esta casta no eran apenas otra cosa que sus colonos. Para él cultivaban la tierra y ejercían el comercio; para él, ó más bien, para el Estado, pues si todo el producto de los impuestos iba directamente al rey, éste en cambio debía sostener con sus propios fondos el ejército y realizar todos los trabajos de utilidad pública.

Inspectores dispersos por todas las provincias, en las ciudades, en las más insignificantes aldeas, debían vigilar las producciones del suelo, comprobar el valor de las mercancías y el precio á que se las vendía, para fijar y percibir de cada operación la parte del soberano.

Esta especie de administración se nos antoja esencialmente arbitraria y enredada, pero parece que los indos la soportaban fácilmente. Megastheno los pinta como niños muy fáciles de manejar; considera este pueblo como el más dulce y el más satisfecho del mundo. Así es, por lo demás, como es aún: infantil y dócil.

Los reyes, por absolutos que fueran, no podían apenas abusar de su situación. Encerrados en sus palacios, reducidos á una gran regularidad de existencia y á los numerosos deberes de su cargo, que indican formalmente las leyes de Manu, su principal ocupación parece haber sido escapar al puñal y al veneno. Por peligroso y difícil que fuese, su puesto era envidiado. El asesino feliz que los reemplazaba era considerado como un ser divino así que cogía la corona y el cetro, y temía solamente hasta entonces el no conseguirlo: seguía de esto que sólo precauciones rigurosas é incesantes defendían la vida del soberano. Esas

precauciones le están recomendadas por la ley misma de Manu. El rey no debe escoger, para atraerlas á su persona, sino gentes débiles y tímidas que temerían organizar contra él un complot; debe cambiar con frecuencia su alcoba; no debe jamás emborracharse, pues podría, durante la embriaguez, ser muerto por una de sus mujeres, que se casaría impunemente en seguida con su sucesor.

Ninguna persona, por lo demás, tenía el derecho de habitar en el interior del palacio fuera del rey y sus esposas; la guardia misma vivía en el exterior.

De cuando en cuando un brillante cortejo de elefantes con rico caparazón, de mujeres armadas, de arqueros y de guardias, salía en pompa y se dirigía á través de las calles entre las cuerdas tendidas destinadas á detener á los curiosos. Era que el rey y sus mujeres iban de caza.

Veíase también al soberano cuando iba á ofrecer sacrificios solemnes ó á administrar justicia ó, en fin, cuando se ponía á la cabeza de sus tropas.

Según las leyes de Manu, un rey sabio debía estar preparado siempre para la guerra; pero no debía hacerla sino cuando tenía casi la seguridad de vencer. El arte de las negociaciones, el espionaje, la discordia hábilmente sembrada entre los enemigos, eran medios á los cuales hacía falta recurrir antes de tomar las armas.

«Que atraiga á su partido á los que puedan secundar sus designios, como los parientes del príncipe enemigo que tengan pretensiones al trono, ó los ministros malcontentos; que esté informado de todo lo que hacen; y cuando el cielo se muestre favorable, que combata para hacer conquistas, libre de todo temor.»

El espionaje no se utilizaba sólo contra los enemigos, estaba reputado como un medio legal de gobierno. Por medio de estos espías descubría el rey las confabulaciones contra él tramadas, se aseguraba de la integridad de sus inspectores y vigilaba las recolecciones y las ventas, á fin de evitar los fraudes en la parte reservada al tesoro real.

Esta parte variaba según que el año era bueno ó malo, y aumentaba en los momentos de escasez y disminuía en los períodos de abundancia. Estas variaciones están indicadas en los siguientes párrafos de Manu:



KHAJURAO. — Templo de Siva, fachada posterior. (Siglo X.)

«El impuesto sobre la clase comerciante, que en tiempo de prosperidad es sólo de la dozava parte de las cosechas y de la cincuentava de los beneficios pecuniarios, puede ser en casos de apuro de la octava y hasta de la cuarta parte de las recolecciones y de la veintava de las ganancias en dinero; los sudras, los obreros y los artesanos deben contribuir con su trabajo un día por mes y no pagar ninguna cuota.

»Que tome el rey la sexta parte del beneficio anual obtenido sobre los árboles, la carne, la miel, la manteca clarificada, los perfumes, las plantas medicinales, los jugos vegetales, las flores, las raíces y los frutos.»

Se notará que, según la primera de esas citas, los sudras, que tienen su trabajo por todo recurso, no dan al tesoro otro impuesto que un día por mes de ese trabajo.

La inspección general del país estaba con gran regularidad organizada. Cada aldea, cada ciudad tenía un inspector que llevaba su relación al inspector de un cierto grupo de ciudades; el inspector del grupo remitía la suya al inspector de la provincia, y en fin, éstos rendían directamente cuenta á los ministros del rey, escogidos entre los más sabios bracmanes.

Existían para el ejército inspectores especiales, igualmente divididos en varias clases, según su importancia.

6.º — ADMINISTRACIÓN DE LA JUSTICIA, LEYES Y COSTUMBRES

Era en principio el rey quien debía administrar justicia. Pero como le era naturalmente imposible entender en todas las causas, se hacía reemplazar por bracmanes.

«Un rey deseoso de examinar los negocios judiciales, dice Manu, debe acudir á la sala de justicia con un humilde continente, acompañado de bracmanes y de consejeros experimentados.

»Cuando el rey no examina por sí mismo las causas, encarga á un brahmán instruído que llene esta función.

»Que este brahmán examine los asuntos sometidos á su decisión, acompañado de tres asesores.

»Que el rey escoja, si tal es su voluntad, para interpretar la ley, un hombre de la clase sacerdotal que no esté en funciones y que no tenga otra recomendación que su nacimiento, ó un hombre que pase por brahmán, ó hasta, en defecto de este brahmán, un kchatrya ó un vaisya; pero jamás un hombre de la clase servil.»

No existía código propiamente dicho que respondiese á todas las dificultades de la vida social, y por la cita siguiente, como la anterior tomada de Manu, se verá que la costumbre establecida tenía generalmente fuerza de ley:

«Un rey virtuoso, después de haber estudiado las leyes particulares de las clases y de las provincias, los reglamentos de las compañías de comerciantes y las costumbres de las familias, debe darles fuerza de ley cuando esas leyes, esos reglamentos y esas costumbres no son contrarios á los principios de los libros revelados.»

Las cuestiones entre particulares eran poco frecuentes. Al revés de lo que hoy se observa, los indos no gustaban de pleitos. Los delitos y los crímenes eran juzgados con gran atención y con mucha solemnidad.

De ordinario debíase al espionaje su revelación, y este sistema se aplicaba tanto por la justicia como por la política. Los cortesanos eran los principales agentes. Un extranjero se encontraba desde su llegada al país, sin que lo advirtiese, rodeado de espías que no le dejaban más.

En compensación, el falso testimonio estaba considerado como uno de los mayores crímenes, severamente castigado en este mundo cuando se lo descubría, y en todo caso, amenazado por los peores castigos en el otro.

«Que un hombre sensato no jure jamás en vano, aunque sea por una cosa de poca importancia, pues el que jura en vano está perdido en el otro y en este mundo.

»La mansión de tormentos reservados al matador de un bracmán, al hombre que mata á una mujer ó á un niño, al que engañe á su amigo y al que devuelva mal por bien, está igualmente destinada al testigo que declara en falso.

»Lo primero que será precipitado en las más tenebrosas simas del infierno será la cabeza del infame que, interrogado en un asunto judicial, declare falsamente.»

Se preocupaban, como nosotros en nuestros tribunales, de que el testigo no tuviese con el acusado relación alguna de parentesco ó de otra clase. Se informaban de su honorabilidad antes de aceptar su testimonio.

«Debe escogerse como testigos para las causas, en todas las clases, hombres dignos de confianza, que conozcan todos sus deberes, exentos de codicia, y rechazar aquellos cuyo carácter es todo lo contrario.

»Hay que recusar á los dominados por un interés pecuniario, á los amigos,

domésticos, enemigos, á los hombres cuya mala fe es conocida y á los culpables de un crimen.»

Cuando el crimen era grande y flagrante, fácil de comprobar, se mostraban más benévolos en lo que respecta á los testigos.

«Siempre que se trate de violencias, de robo, de adulterio, de injurias y de malos tratos, no debe examinarse demasiado escrupulosamente á los testigos.»

Todos estos preceptos y muchos otros que no citamos aquí por falta de espacio, atestiguan el profundo deseo que tenían los indos bracmánicos de administrar la justicia de una manera escrupulosa.

Entre tantas precauciones sabias y minuciosas para llegar á la comprobación completa del delito, se hallan también supersticiosas costumbres, tanto más curiosas cuanto se asemejan á nuestros juicios de Dios de la Edad media occidental.

«Que el juez haga jurar á un bracmán por su veracidad; á un kchatrya por sus caballos, sus elefantes ó sus armas; á un vaisya por sus vacas, sus granos y su oro; á un sudra por todos los crímenes.

»O bien, según la gravedad del caso, que haga tomar fuego con la mano al que quiera probar, ó que ordene que la introduzca en el agua ó le haga tocar separadamente la cabeza de cada uno de sus hijos y de su mujer.

»Aquel á quien la llama no queme su mano, á quien el agua no la haga sobrenadar, al que no sobrevenga prontamente una desgracia, debe ser aceptado como verídico en su juramento.»

Todo el libro octavo ó todo el libro noveno de las leyes de Manu están dedicados á las prescripciones relativas á la instrucción de las faltas y de los crímenes y á las penas que deben ser aplicadas á los culpables.

Esos preceptos son directamente dirigidos al rey, que es el juez supremo en el Estado y que es responsable de todos los delitos, pequeños ó grandes, que se cometan.

Hemos visto que el rey posee la sexta parte de todas las rentas; leyendo los dos versículos que siguen, se juzgará de la solidaridad que existía, así moral como materialmente, entre el soberano y su pueblo.

«La sexta parte del mérito de todas las acciones virtuosas recae en el rey que protege á sus pueblos; la sexta parte de las acciones injustas es la parte del que no vela por la seguridad de sus súbditos.

»La sexta parte de la recompensa obtenida por cada uno por las lecturas piadosas, los sacrificios, los donativos y los honores dedicados á los dioses, pertenece en justo título al rey por la protección que les concede.»

Los indos de esa época, ya lo hemos dicho, no gustaban de pleitos. Toda clase de arreglos amistosos y hasta ciertas medidas de violencia les son, en efecto, recomendadas antes de recurrir á la justicia.

«Un acreedor, para obligar á su deudor á pagarle, debe recurrir á los diferentes medios en uso para recobrar su deuda.

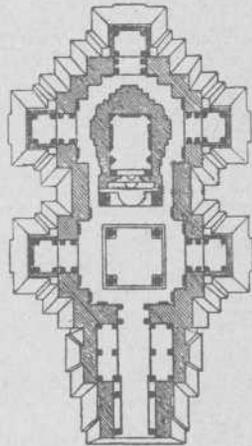
»El acreedor que fuerza á su deudor á devolverle lo que le ha prestado, no debe ser reprendido por el rey por haber recobrado lo suyo.»

Los «diferentes medios en uso para recobrar una deuda» eran la persuasión, la intervención de los amigos, un apremio impuesto al deudor á quien seguían por todas partes hasta en su casa, la detención de su mujer ó de sus hijos en casa del acreedor, y hasta, en fin, los golpes.

Había acordadas facilidades al deudor; podía librarse por su trabajo prestado poco á poco. Cuando se había convenido un arreglo, un cambio, una venta, se daban diez días para retractarse y el acto no era irrevocable hasta pasados esos diez días.

El interés del dinero estaba fijado por la ley. Variaba según la casta; el brahmán pagaba menos interés que el kchatrya y éste menos que un hombre de casta inferior.

Se ve que todo tendía á hacer afables las relaciones entre los particulares. La violencia inspiraba horror á ese pueblo tan paciente y dulce. El primer deber del rey era evitarla donde se presentaba y castigarla con la mayor energía.



KHAJURAO. - Plano del templo de Khandaria (siglo X), según el general Cunningham.

«Que el rey que aspire á la soberanía del mundo, como á una gloria eterna é inalterable, no tolere un solo instante al hombre que comete violencias, como incendios y pillajes.

»Aquel que se entrega á acciones violentas debe ser reconocido como mucho más culpable que un difamador, que un ladrón y que un hombre que pega con un palo.

»El rey que tolera un hombre que comete violencias se precipita hacia su perdición é incurre en el odio general.»

La importancia del crimen, y por consiguiente el castigo que debía seguirle, eran proporcionados, no al perjuicio causado, sino al que lo había sufrido. Jamás bajo ningún pretexto un bracmán podía incurrir en penas tan rigurosas como las otras castas.

«Para los crímenes cometidos por un bracmán, hasta entonces recomendable por sus buenas cualidades, debe serle impuesta la multa media, ó si ha obrado con premeditación, que sea desterrado del reino y lleve consigo sus efectos y su familia.

»Pero los hombres de otras clases que hayan cometido esos crímenes sin premeditación, deben perder todos sus bienes y ser desterrados, y hasta condenados á muerte si el crimen ha sido premeditado.»

Las penas impuestas por el código de Manu son: para los grandes crímenes, tales como el homicidio ó el adulterio, la confiscación de los bienes y el destierro ó la muerte; para el robo, la multa, la mutilación ó el encarcelamiento.

El rapto, la violencia sobre doncellas, el adulterio, eran crímenes capitales, porque amenazaban producir la mezcla de castas, que las leyes de Manu tendían en primer término á prevenir. En el párrafo consagrado á la condición de las mujeres volveremos á tratar sobre este punto más detalladamente.

Para acabar este breve resumen de la organización judicial, diremos cuatro palabras sobre las herencias. Repartíanse los hijos igualmente los bienes de su padre cuando éste moría. Ocurría alguna vez que, estando el mayor dotado de cualidades especiales, su padre le dejaba el patrimonio entero, y tomaba entonces el puesto del padre difunto. A falta de hijos, heredaban los hermanos ó los ascendientes del muerto. Cuando faltaban éstos, recogían la sucesión el rey y los bracmanes.

7.º — EJÉRCITO Y TÁCTICA MILITAR

El ejército entre los indos brahmánicos estaba formado enteramente por la clase de los kchatryas. Un kchatrya se degradaba entregándose á otro oficio que el de las armas y no se le autorizaba á hacerlo sino en caso de extrema necesidad. Aun en tiempo de paz el kchatrya vivía como soldado.

Megastheno habla del campamento en que se reunían todos los guerreros y estima el número de éstos en cuatrocientos mil. Pasaban el día ejercitando su fuerza y su destreza, jugando, durmiendo ó bebiendo. De cuando en cuando los revistaba el rey.

Megastheno admiraba el buen orden que reinaba en el campamento de cuatrocientos mil hombres, y sobre todo de la perfecta honradez de los indos; entre todos esos soldados que vivían juntos, jamás oyó decir que uno de ellos hubiese robado nada al otro.

Al primer llamamiento levantábanse en masa los guerreros. No tenían ni equipo que preparar, ni caballos ni carros que disponer. El rey proveía de todo; hemos visto que consagraba á tal atención la mayor parte de los impuestos. El lujo y la fuerza de los ejércitos consistía en elefantes, en caballos y en carros. Montaban un elefante cuatro hombres, tres arqueros y el conductor; sobre un carro tres hombres, dos arqueros y el conductor.

«Lo que constituye la principal fuerza de un ejército es el elefante; nada hay que le iguale; el elefante sólo en sus miembros posee ocho armas. El caballo también refuerza los ejércitos, pues es una muralla movable; así el rey que dispone del mayor número de caballos es el vencedor en una batalla á campo raso.

»Para combatir en el llano es preciso servirse de los carros y de los caballos; en los parajes en que hay agua, de barcos y elefantes; en los lugares cubiertos de árboles y de matorrales es preciso hacer uso del arco; en campo raso hay que emplear la espada, el escudo y las demás armas.»

La cita que precede no está tomada de Manu, sino del *Hitopadesa*, colección de fábulas muy posterior, en la cual, no obs-

tante, los detalles de costumbres militares se ajustan á las costumbres de la época bracmánica.

Tomamos también de esa colección el siguiente pasaje que se refiere más á una guerra de invasión en masa que á una expedición ordinaria, ya que habla de mujeres y de todo lo preciado que acompaña al ejército:

«El general en jefe debe ir á la cabeza del ejército con los más bravos; al centro deben colocarse las mujeres, el príncipe, el tesoro y todo lo que hay de precioso; en las dos alas deben colocarse los caballos; cerca de los caballos los carros; al lado de los carros, los elefantes y los soldados de á pie.

»El general debe ir á la retaguardia y animar á los fatigados. El rey, rodeado de sus ministros y de sus guerreros, debe conducir el cuerpo principal del ejército.»

En fin, desde el punto de vista de la táctica, reuniremos las siguientes recomendaciones, tomadas la primera del *Hitopadesa* y las otras dos de las leyes de Manu y que señalan que ha de seguirse absolutamente igual conducta:

«Aquel que quiere alcanzar la victoria debe hostigar al ejército enemigo y destruirlo poco á poco; un ejército enemigo es fácil de vencer cuando se lo ha fatigado largo tiempo.

»Cuando ha bloqueado á su enemigo, debe establecer su campamento, talar el territorio extranjero y destrozarse continuamente la hierba de los pastos, las provisiones de boca, el agua y la leña de su enemigo.

»Que destruya los bocoyes de agua, las murallas, los fosos; que hostigue al enemigo durante el día y le ataque de improviso durante la noche.»

Si preconizan los libros indos todos los ardides de la guerra y todos los artificios de la diplomacia, son de notar también en ellos, por otra parte, preceptos llenos de humanidad, como la prohibición de emplear armas que produzcan heridas complicadas y crueles, tales como flechas envenenadas y la de golpear á un enemigo momentáneamente indefenso: al que ha caído, por ejemplo, ó al que lucha ya contra otro adversario. Véase cómo se expresa en este punto el código de Manu:

«Un guerrero no debe jamás en una acción emplear contra sus enemigos armas péfidas, como bastones que encierren estiletos agudos, ni flechas dentadas ni envenenadas ni ardientes.

»Que no golpee ni á un enemigo que esté á pie, si va él en carro, ni un á hombre afeminado, ni al que junte las manos para demandar gracia, ni á aquel cuyos caballos están rendidos, ni al que está cogido, ni á aquel que dice: «Soy tu prisionero.»

La generosidad hacia los vencidos es altamente recomendada por Manu: está también indicada como una excelente política, pues dice:

«Ganando riquezas y un aumento de territorio, el rey no aumenta tanto sus recursos cuanto procurándose un amigo fiel que, aunque débil, puede un día convertirse en potente.»

Después de una expedición feliz, el rey puede apoderarse del botín á condición de ofrecer una buena parte á los brahmanes; sin embargo, y atendiendo á su propio interés, no debe exprimir demasiado á los pueblos de que se hace dueño.

«Tomar cosas preciosas, lo que produce odio, ó darlas, lo que concilia la amistad, puede ser loable ó censurable según las circunstancias.»



KHAJURAO - Detalles de un capitel del templo de Laksmangi

Una sabia recomendación que recuerda la política de los más hábiles dominadores de pueblos, de los romanos, aconsejaba al vencedor respetar las leyes y la religión de los vencidos.

«Después de haber conquistado un país, que honre el rey las divinidades que allí se adoren y los virtuosos brahmanes; que distribuya larguezas al pueblo y dirija alocuciones propias para alejar todo miedo; que haga respetar las leyes de la nación conquistada como fueron promulgadas, y que ofrezca como regalo piedras preciosas al príncipe y á sus cortesanos.»

La guerra misma, en general, estaba considerada como peli-

grosa y funesta, y el soberano no debía recurrir á ella sino después de haber agotado todos los medios de conciliación.

«Que se esfuerce para reducir á sus enemigos por medio de negociaciones, por medio de regalos y fomentando disensiones; que emplee sus recursos á la vez ó separadamente, sin acudir al combate.

»Como no es jamás posible prever de una manera cierta para cuál de los dos ejércitos será la victoria ó la derrota en una batalla, el rey debe, tanto como le sea posible, evitar el llegar á las manos.

»Pero cuando no pueda utilizar ninguno de los tres recursos expresados, que combata valientemente á fin de vencer al enemigo.»

8.º — AGRICULTURA Y COMERCIO

La agricultura y el comercio eran ejercidos por los vaisyas. Pero las gentes de esta casta, aunque pudiendo poseer y enriquecerse, no trabajaban por su cuenta. El dueño directo de todos y el verdadero propietario del suelo era el rey. Un agricultor negligente no corría solamente el riesgo de arruinarse, sino que caía bajo el peso de la ley, pues hacía un agravio directo al soberano.

«Cuando el campo, dice Manu, es devastado por los ganados del mismo colono, ó cuando descuida sembrar en tiempo conveniente, debe ser castigado con una multa igual á diez veces el valor de la parte de la cosecha que corresponde al rey, la cual se halla perdida por su negligencia, ó sólo de la mitad de esta multa si la falta procede de sus obreros, sin conocimiento suyo.»

Todas las condiciones de las compras y de las ventas, el precio de las mercancías, el valor de los pesos y las medidas, las importaciones y las exportaciones eran minuciosamente reglamentados por el rey.

«Después de haber apreciado respecto de todas las mercancías la distancia de que se las trae, si vienen de un país extranjero; á qué distancia deben ser remitidas, en el caso de que se las exporte; cuánto tiempo se las ha guardado; el beneficio que puede obtenerse y el gasto que han ocasionado, que el rey establezca reglas para la venta y para la compra.

»Cada cinco días ó cada quincena, según que el precio de los objetos es más ó menos variable, que el rey regule el precio de las mercancías en presencia de expertos.

»Que el valor de los metales preciosos, así como los pesos y las medidas, sean exactamente determinados por él, y que cada seis meses los examine de nuevo.»

Los más usuales pesos y medidas monetarias eran de oro, de cobre ó de plata. Se aplicaba severísimas penas á los defraudadores en la tasa ó en la calidad de la mercancía.

«El que defrauda los derechos, vende ó compra á una hora indebida, ó da una falsa valuación de sus mercancías, debe pagar una multa de ocho veces el valor de los objetos.

»No debe venderse como pura una mercancía mezclada con otra, ni la de mala calidad como buena, ni de un peso menor del convenido, ni una cosa extraviada ni cuyos defectos se hayan ocultado.»

Esta vigilancia incesante, la tiranía de los inspectores reales y sin duda sus frecuentes exacciones, las pesadas cargas que pesaban sobre el agricultor y sobre el comerciante, todas estas penosas trabas eran soportadas sin la menor idea de insurrección por un pueblo ignorante y pacífico, habituado, por otra parte, á doblarse bajo un yugo religioso mucho más duro aún que el yugo administrativo.

Hallaba, por lo demás, compensaciones y se daba perfecta cuenta de que obtenía á cambio de su dinero el primero de los bienes, la paz.

La mayor parte de los impuestos debía, en efecto, cubrir las atenciones de la guerra; el vaisya estaba completamente exento de todo servicio militar; el oficio de las armas era, por otra parte, demasiado noble para él. Mientras los kchatryas defendían las fronteras, cultivaba él su campo en medio de la más completa seguridad. Cuando los ejércitos eran buenos, podía acumular riquezas, y en tiempo de escasez sabía que el tesoro real le ayudaría, puesto que el rey era su amo y su padre y no debía dejarle perecer. Tenía el vaisya sus fiestas campestres; era jefe de casa y se gozaba en la perfección y la prosperidad de su familia. Era, en fin, un hombre dos veces nacido, y como tal mandaba á los sudras y no descendía jamás á labores serviles.

No le faltaban nunca servidores; la ley de Manu cuenta hasta siete especies que eran verdaderos esclavos, que no tenían ni el derecho de poseer.

«Siete especies hay de servidores, que son: el cautivo hecho bajo una bandera ó en una batalla, el doméstico que se pone al servicio de una persona para que le mantenga, el siervo nacido de una mujer esclava en el hogar del amo, el que ha sido comprado ó donado, el que ha pasado del padre al hijo, el que es esclavo por castigo por no poder pagar una multa.

»Una esposa, un hijo y un esclavo nada poseen por sí mismos según la ley; todo lo que pueden adquirir es de la propiedad de aquel de quien dependen.»

La ley, á pesar de sus estrechas y múltiples exigencias, no dejaba de ser humana; los que se hallaban en imposibilidad de trabajar eran exceptuados del impuesto.

«Un ciego, un idiota, un hombre tullido, un septuagenario y un hombre que presta buenos oficios á personas muy versadas en la Santa Escritura no deben ser sometidos por el rey á ningún impuesto.»

Los artesanos más pobres no deben, á falta de impuestos, más que un día de trabajo por mes.

Entre leyes generalmente equitativas y bien concebidas sorprenden las concernientes al interés del dinero; este interés era enorme: frecuentemente de 20 ó 24 por ciento, se elevaba en ciertos casos hasta á 400 ó 500 por ciento. Véase cómo la ley de Manu regula lo que se refiere al interés del dinero:

«Un prestamista de dinero, si tiene una prenda, debe recibir, á más de su capital, la ochentava parte de ciento por mes, ó uno y un cuarto.

»O bien, si no tiene prenda, que tome dos de ciento por mes, recordando el deber de las gentes de bien; que tomando dos de ciento no es culpable de ganancias ilícitas.

»Que reciba dos de ciento por interés al mes (pero nunca más) de un brahmán, tres de un khatrya, cuatro de un vaisya y cinco de un sudra, siguiendo el orden directo de las clases.

»El interés de una cantidad prestada, recibido de una sola vez y no por mes ó por día, no debe pasar del doble de la deuda, es decir, no debe subir más allá del capital que se reembolsa al mismo tiempo; y por el grano, fruto, lana, crin, bestias de carga, prestados á pagar en objetos de igual valor, el interés debe ser á lo más lo bastante elevado para quintuplicar la deuda.»

No podemos dar mejor idea de la clase industrial ó comerciante de la India en la época brahmánica que copiando de Manu algunos pasajes que se refieren á las obligaciones de esta clase.

«El vaisya, después de haber recibido el sacramento de la investidura del cordón sagrado y después de haberse casado con una mujer de su clase, debe ocuparse siempre con asiduidad de su profesión y de la conservación de los animales.

»En efecto, el Señor de las criaturas, después de haber producido los animales útiles, confió su cuidado al vaisya y puso toda la raza humana bajo la tutela del brahmán y del kchatrya.

»Que jamás le dé al vaisya el capricho de decir: «No quiero cuidarme más de las bestias.» Y cuando él está dispuesto á ocuparse de ellas, ningún otro hombre debe jamás tomarse ese cuidado.

»Que esté bien informado del alza y de la baja del precio de las piedras preciosas, de las perlas, del coral, del hierro, de los tejidos, de los perfumes y de las especias.

»Que esté bien instruído en la manera como es preciso sembrar los granos y de las buenas ó malas cualidades de los terrenos; que conozca también perfectamente el sistema completo de pesas y medidas; la bondad ó los defectos de las mercancías, las ventajas y las desventajas de las diferentes comarcas, el beneficio ó la pérdida probable sobre la venta de objetos y los medios de aumentar el ganado.

»Debe conocer los jornales que es preciso dar á los criados y las precauciones que deben tomarse para conservar las mercancías y todo lo que concierne á la compra y á la venta.

»Que haga los mayores esfuerzos por aumentar su fortuna de una manera legal y que no olvide nunca proporcionar alimento á todos los seres animados.»

9.º — CONDICIÓN DE LAS MUJERES

La mujer durante el período brahmánico no es ya, como en los tiempos védicos, la prometida cortejada á quien es preciso agradar por medio de hazañas, ó la dueña de casa, severa y respetada, que comparte con su esposo los honores del sacrificio. Su papel se ha hecho más modesto. Manu la trata del siguiente modo:

«Dar á luz los hijos, criarlos cuando han venido al mundo, ocuparse cada día en los cuidados domésticos, tales son los deberes de las mujeres.»

Debe la mujer, según Manu, permanecer en tutela perpetua y pasar su vida obedeciendo.

«Una niña, una joven, una mujer de edad avanzada, no deben jamás obrar según su propia voluntad ni en su casa.

»Una mujer está bajo la guarda de su padre durante su infancia, bajo la guarda de su marido durante su juventud, bajo la guarda de sus hijos durante su vejez; jamás debe obrar á su capricho.»

Como un nuevo principio fundamental ha sido convertido en base social — la distinción absoluta de las castas y la prohibición de toda mezcla entre ellas, — la mujer, que por su ligereza podría burlar ese principio, ha perdido toda su libertad. Se desconfía de su corazón y de sus sentimientos. Sus arrebatos harían todas las leyes inútiles; que no se cuida la mujer, para amar, de los decretos de la política. Por eso no la abandonan á sí misma.

«Que los maridos, por débiles que sean, considerando que esa es ley suprema de todas las clases, vigilen cuidadosamente la conducta de sus mujeres.

»Un esposo, preservando á su esposa, preserva á su descendencia, á sus costumbres, á su familia, á él mismo y á su deber.

»Aunque la conducta de su esposo sea censurable, aunque se entregue á otros amores y esté desprovisto de buenas cualidades, una mujer virtuosa debe constantemente venerarlo como á un dios.

»Una mujer infiel á su marido está expuesta á la ignominia aquí abajo; después de su muerte renace en el vientre de un chacal, ó bien es atacada de elefantiasis y de consunción pulmonar.»

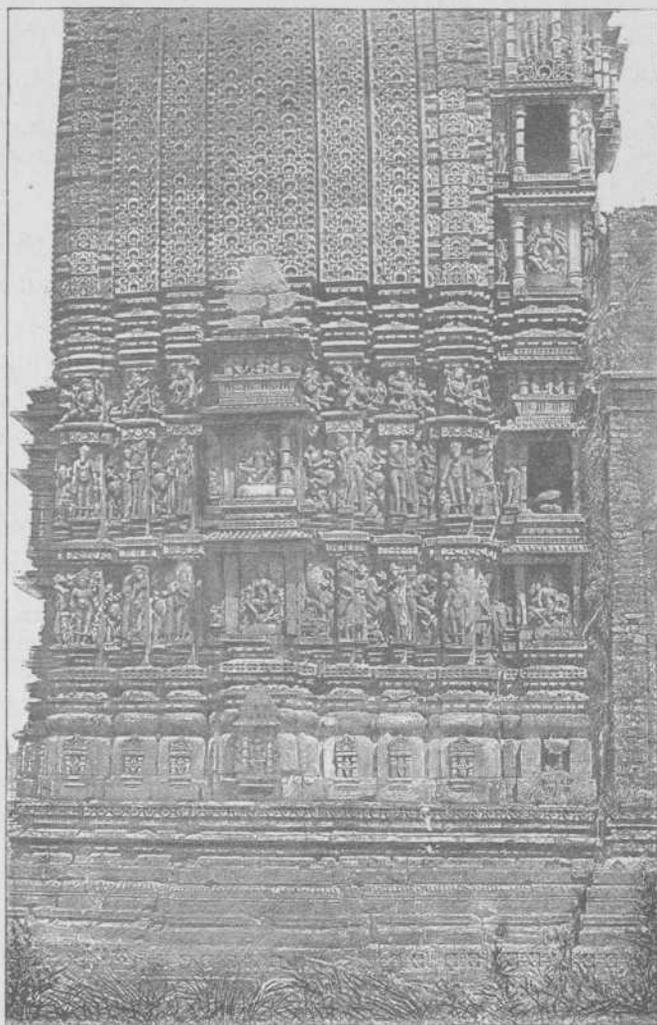
Ningún crimen más digno de castigo que el adulterio, pues dice Manu:

«Del adulterio nace en el mundo la mezcla de clases, y de la mezcla provienen la violación de los deberes, destructora de la raza humana y que causa la pérdida del universo.»

Así los castigos impuestos á la mujer culpable y á su cómplice son terribles, sobre todo si la adúltera pertenece á una clase elevada.

«Si una mujer noble por su familia y sus cualidades es infiel á su esposo, que el rey la haga devorar por los perros en una plaza muy frecuentada.

»Que condene al adúltero, su cómplice, á ser quemado sobre un lecho de hierro calentado al rojo, y que los ejecutores alimenten sin cesar el fuego con leña hasta que el perverso esté consumido.»



KHAJURAO. — Templo de Moosardhara. Detalles de ornamentación

La ley de Manu, que tiene en cuenta la extrema fragilidad é inconstancia del carácter femenino y que habla frecuentemente de él con una piedad algo desdeñosa, es por lo menos lógica con

ella haciendo soportar ordinariamente las consecuencias de la falta menos á la mujer que al que no ha sabido guardarla y al que la ha seducido.

«Cuando un marido tiene negocios en un país extranjero, que no se ausente sino después de haber asegurado á su mujer medios de existencia, pues una mujer, aun virtuosa, afligida por la miseria, puede cometer una falta.

»Que el rey destierre, después de haberlos castigado con mutilaciones deshonrosas, á los que se gocen en seducir á las mujeres de los otros.»

La fidelidad del marido hacia su mujer y los cuidados que debe á la misma están prescritos por la ley de Manu no menos detalladamente que los deberes de la esposa. La ventura presente y la prosperidad de la raza en el porvenir tienen por fundamento la unión perfecta del hombre y de la mujer con los vínculos del matrimonio. Numerosas recomendaciones se hacen al mozo á fin de que escoja una compañera adecuada: tan sólo puede luego repudiarla si le toma odio, si es estéril ó si no le da más que hijas.

«Pero la que, aunque enferma, es buena y de costumbres virtuosas, no puede ser reemplazada por otra sino en cuanto lo consienta, y no debe jamás ser tratada con menosprecio.»

El primer deber del marido es hacer feliz á su mujer, y una idea casi supersticiosa conduce á la ruina una casa en que la mujer sufre alguna violencia ó simplemente la falta de cuidados de los que la rodean.

«En todas partes donde se honra á las mujeres, las divinidades están satisfechas; pero cuando no se las honra, todos los actos piadosos son estériles.

»En toda familia en que el marido se deleita con su mujer y la mujer con su marido, la felicidad está asegurada para siempre.

»Las mujeres casadas deben vivir colmadas de cuidados y de regalos hechos por sus padres, sus hermanos, sus maridos y sus cuñados, cuando todos ellos desean alcanzar una prosperidad grande.»

No está la madre separada del marido en cuanto al respeto debido por los hijos. Hasta parece que en este punto esté colo-

cada sobre él. La obediencia, la veneración por sus padres están prescritas á hijas é hijos.

«Que haga el mozo constantemente y en toda ocasión lo que pueda agradar á sus padres, así como á su maestro; cuando estas tres personas están satisfechas, todas las prácticas de devoción se cumplen felizmente y obtienen una recompensa.

»Un maestro es más venerable que diez submaestros, un padre que cien maestros, una madre es más venerable que mil padres.»

El matrimonio no era de ningún modo un negocio; el padre de la joven ni debía dar ni recibir dinero. Debía cuidarse sobre todo de las cualidades del prometido.

«Un sudra mismo, dice Manu, no debe de ningún modo recibir gratificación al dar su hija en matrimonio, pues el padre que recibe una gratificación vende su hija de una manera tácita.

»Vale más para una muchacha en edad de casarse permanecer en la casa paterna hasta su muerte, que ser jamás entregada por su padre á un esposo desprovisto de buenas cualidades.»

En suma, si la ley de Manu se muestra muy escéptica en cuanto á la virtud y la energía de carácter de las mujeres, si no habla de ellas en los términos poéticos y delicados del *Rig Veda*, si no les señala en la familia el lugar que les concedían los antiguos arios, les otorga, no obstante, una parte importante en el hogar y en la sociedad. Constituye sólidamente la familia; los derechos y los deberes son recíprocos entre sus miembros.

«Que se mantenga una fidelidad hasta la muerte, tal es, en suma, el principal deber de la mujer y del marido.

»El deber lleno de afección del hombre y de la mujer os acaba de ser revelado.»

La costumbre de quemar la viuda sobre la hoguera de su marido, que no ha desaparecido de la India hasta nuestros días, no se menciona en las leyes de Manu. Debió comenzar ya, no obstante, á extenderse, puesto que los historiadores griegos de la conquista macedonia la mencionan.

10.º — CREENCIAS RELIGIOSAS DE LOS INDOS TRES Ó CUATRO SIGLOS
ANTES DE NUESTRA ERA

En la época de que nos ocupamos había ya nacido el budismo en la India, pero comenzaba apenas á adquirir importancia.

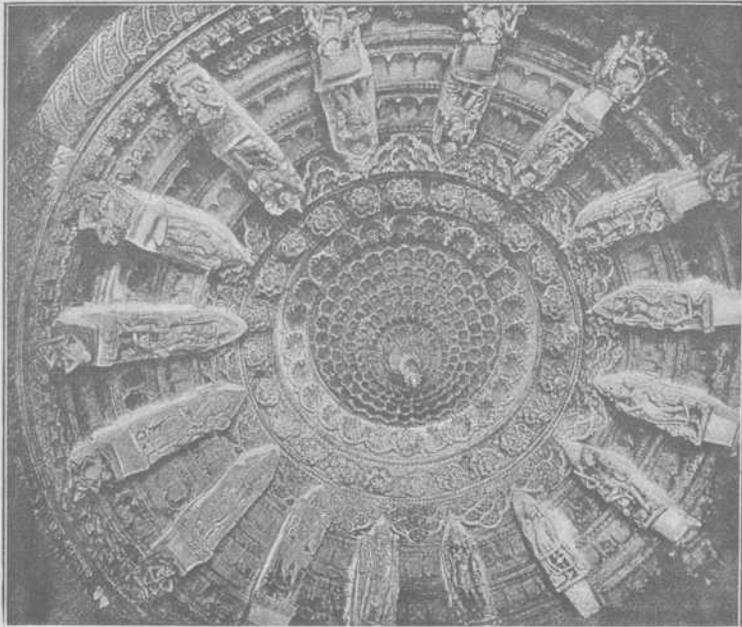
Megastheno habla de los religiosos búdicos, de sus doctrinas nuevas que ya sonaban en su tiempo y de la oposición que encontraban en los brahmanes. Hasta más tarde, empero, bajo el reinado de Asoka, dos siglos y medio antes de Jesucristo, no se convirtió el budismo en la religión oficial de la India y tomó rápido incremento, según veremos en un próximo capítulo. No nos ocuparemos en el presente sino del estado de la religión brahmánica algunos siglos antes de nuestra era.

La religión es siempre, en teoría al menos, la de los *Vedas*, que son considerados los libros sagrados por excelencia, aquellos cuya autoridad se invoca en todo momento. El antiguo Panteón subsiste aún, pero las creencias han sufrido profundas transformaciones. De un lado se ve nacer especulaciones metafísicas nuevas sobre los destinos futuros del hombre, los fines del universo y sus causas; del otro se comprueba que la constitución sacerdotal se ha hecho muy rígida; los ritos y los sacrificios toman tal importancia que puede decirse que el poderío mágico que se les supone se ha hecho superior al de los dioses. Lo que importa ante todo es la observancia de las prácticas, y jamás otra religión tuvo un ritual tan riguroso y tan complicado. Parece que un soplo helado haya pasado sobre el antiguo mundo védico.

Se ha desvanecido para siempre ese Panteón maravillosamente variado que aparece en los *Vedas* con el esplendor de la brillante naturaleza de que era la personificación y la imagen. La aurora graciosa y dulce no enrojece más el Oriente cuando el astro del día sube á su carro de victoria; los vientos propicios no conducen más á los celestes pastos las vacas divinas cuyas ubres inundaban la tierra de bienhechora lluvia. Toda

esa poética mitología está muerta y muertas están sus imágenes.

Rebasaría los límites de este párrafo hacer un análisis detallado de la antigua teología brahmánica, enmarañada por los detalles de los ritos y la práctica de los sacrificios. La volveremos á hallar, aunque también modificada, en el capítulo de esta obra consagrado á las religiones modernas de la India. Todo lo que



MONTE ABU. — Templo de Vimala Sah. Cúpula de mármol del santuario

aquí podemos hacer es indicar las tendencias filosóficas nuevas más extendidas. Se las encuentra muy claramente resumidas en el libro de Manu, que no hace, por otra parte, sino repetir lo que nos dicen de manera muy difusa los brahmanes y los upanishades.

Los dioses ya tan vagos del *Rig Veda*, y que no debían hasta más tarde presentar formas concretas en los personajes de Siva y de Vishnu, tienen contornos más vagos aún que en los tiempos védicos. Son frías abstracciones, manifestaciones de un prin-

cipio supremo, Brahma, cuya alma anima todos los seres. Ese mismo Brahma no es el dueño soberano adivinado en los *Vedas*, creador de las cosas y de los seres, imponiendo á todos su voluntad. Lejos de dirigir el mundo, no es ni siquiera independiente. Repartido en todas las criaturas, desde las más nobles hasta las más viles, comparte su existencia y sigue fatalmente la larga cadena de sus faltas, de sus dolores, de sus progresos, de su lento y laborioso perfeccionamiento.

«El alma suprema, dice Manu, reside en los seres del orden más elevado y del orden más humilde.

»De la substancia de esta alma suprema se escapan, como chispas de fuego, innumerables principios vitales que comunican sin cesar el movimiento á las criaturas de los diversos órdenes.»

Por este dogma es por el que el hombre reconoce en toda manifestación de la vida el alma suprema y debe respetar la existencia de todos los seres, hasta la de los animales dañinos ó la de los más insignificantes insectos.

«Así el hombre que reconoce en su propia alma el Alma suprema, presente en todas las criaturas, se muestra el mismo respecto de todos y obtiene la suerte más feliz, la de ser al fin absorbido en Brahma.

»Si un bramán se halla en la imposibilidad de expiar por medio de donativos la falta de haber matado una serpiente ó alguna otra criatura, que haga cada vez la penitencia para borrar su pecado.

»Por haber matado mil animalitos de los que tienen huesos ó una cantidad de animales desprovistos de huesos bastante para llenar una carretilla, que se someta á la misma penitencia que por haber matado á un sudra.»

La concepción del alma no está separada de la idea de Dios. En todo ser animado es ella una parcela del principio supremo. La unión de todas las almas individuales de dioses, de hombres ó de animales, constituye el alma suprema, el Dios múltiple é impersonal á la vez de donde procede todo acto, toda vida, toda variación.

«El alma es la unión de los dioses; el universo descansa en el alma suprema; el alma produce la serie de actos ejecutados por los seres animados.»

El soberano dueño del mundo no es un ser que la imaginación pueda representarse; es un principio inmaterial é irresistible que circula en el universo y que lo anima, como el antiguo Agni de los arios; el fuego todopoderoso y presente en todas partes, que el bramán, temblando de respeto, sentía circular misteriosamente en sus propias venas. Ved cómo el código de Manu se expresa en este punto:

«Debe uno representarse al gran Ser como el soberano dueño del universo, como más sutil que un átomo, como tan brillante que el oro más puro y como no pudiendo ser concebido por el espíritu sino en el éxtasis de la contemplación más abstracta.

»Unos le adoran en el fuego elemental, otros en Manu, señor de las criaturas, otros en Indra, otros en el aire puro, otros en el eterno Brahma.

»Este dios es quien, envolviendo todos los seres en un cuerpo formado de cinco elementos, los hace pasar sucesivamente del nacimiento al crecimiento, del crecimiento á la disolución, por un movimiento semejante al de una rueda.»

Este es en resumen el panteísmo. Pero no el panteísmo material, brillante y visible de los arios, las fuerzas de la naturaleza divinizadas, conservando sus vestidos de nubes y de rayos, su aliento de perfumes, sus voces murmuradoras ó terribles. Es un panteísmo más abstracto y más fatal: los contornos espléndidos y los colores brillantes no muestran el dios, sino que le ocultan; está sobre los elementos, pero está como prisionero. Su verdadera gloria consiste en no tener ni forma, ni apariencia, ni voluntad, ni vida, y todos los que se despojen del pecado le serán semejantes, ó más bien serán por él absorbidos.

Antes de llegar á esta beatitud final, el hombre debe soportar el mal de vivir durante un tiempo que la imaginación todopoderosa del indo hace de sorprendente extensión. La duración de una vida humana no es nada; el niño que viene al mundo ha atravesado ya muchos estados anteriores, y el viejo que muere vuelve á pasar por otra porción de infancias y de vejezes en toda clase de cuerpos diversos.

El principio de la transmigración de las almas — dogma fundamental de todas las sectas religiosas de la India, comprendido

en ellas el budismo — y la doctrina de Karma, según la cual la conducta del hombre durante esta vida determina la condición en la cual renacerá, principio igualmente común á todas las sectas religiosas que se desarrollaron, por consecuencia, sobre el suelo de la India, están expuestos de la manera más clara en Manu.

Según una existencia se haya llenado bien ó mal, la siguiente será más ó menos noble y el alma irá á animar, ya un bracmán, un santo ó un dios, ya un tchandala (1), el más vil de los hombres, una vaca, un cerdo, una serpiente.

«Si el alma practica casi siempre la virtud y raramente el vicio, revestida de un cuerpo sacado de los cinco elementos, saboreará después las delicias del paraíso.

»Pero si está entregada de ordinario al mal y raramente al bien, despojada después de la muerte de su cuerpo sacado de los cinco elementos, y revestida de otro cuerpo formado de partículas sutiles de los elementos, será sometida á las torturas impuestas por Yama. Después de sufrir esos tormentos, según la sentencia del juez infernal, el alma, cuya mancha está enteramente borrada, se reviste nuevamente de porciones de los cinco elementos, es decir, toma un cuerpo.

»Que el hombre, considerando por los recursos de su espíritu que esas transmigraciones del alma dependen de la virtud y del vicio, dirija siempre su espíritu hacia la virtud.

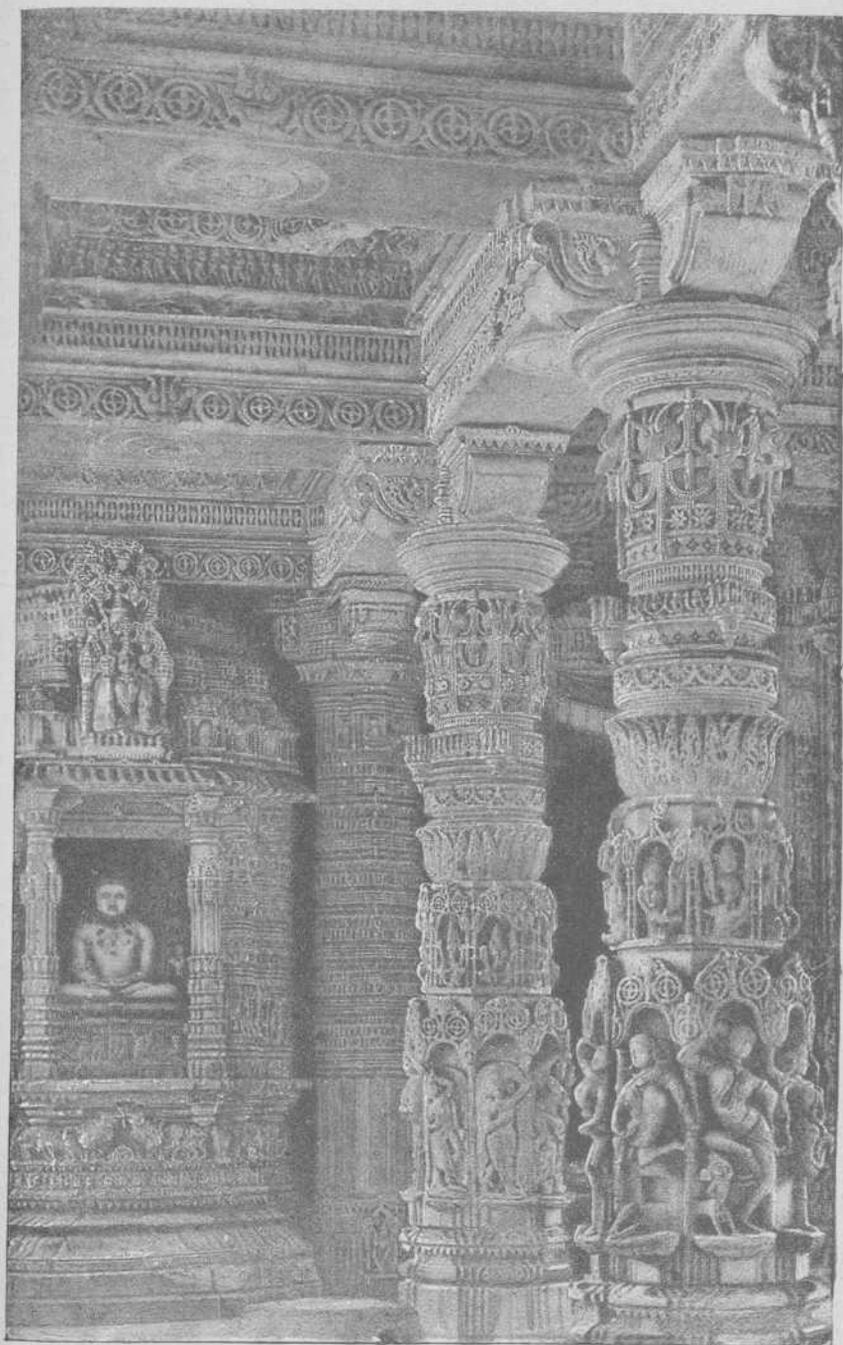
»Después de haber pasado numerosas series de años en las terribles mansiones infernales, al fin de este período los grandes criminales son condenados á las transmigraciones siguientes para acabar de expiar sus faltas.

»El matador de un bracmán pasa al cuerpo de un perro, de un jabalí, de un camello, de un toro, de un macho cabrío, de un carnero, de una bestia salvaje, de un pájaro, de un tchandala, según la gravedad del crimen.

»El bracmán que ha robado oro pasará mil veces á los cuerpos de arañas, serpientes, camaleones, de animales acuáticos y de malhechores vampiros.»

Lo que decide de la condición futura de un hombre no es, como en el cristianismo, tal ó cual acto, tal disposición final, la contrición del último instante, por ejemplo; no, es el conjunto de todos los actos de su vida, y el más insignificante tiene su peso en esa cuenta temible.

(1) Tchandala, el nacido de la unión de un hombre de alta casta con una sudra. Está por debajo de los sudras mismos.



MONTE ABU. - Interior del templo de Vreypal Teypal

«Todo acto del pensamiento, de la palabra ó del cuerpo, según sea bueno ó malo, produce un buen ó mal fruto; de las acciones de los hombres resultan sus diferentes condiciones superiores, medianas ó ínfimas.»

De este dogma procede la terrible disciplina á que el indio está sometido y que no le permite escoger para ejecutar á su gusto el acto más indiferente en apariencia, ni siquiera la satisfacción de las más vulgares necesidades del cuerpo.

La menor negligencia da su fruto penoso y lejano, y no puede esperarse evitarlo sino ejecutando inmediatamente todos los ritos de purificación que deben borrar la falta cometida. ¿Qué importan los juicios de los hombres, qué importa que ninguna mirada haya sido testigo de la infracción de la ley? La conciencia timorata del culpable le hace entrever las inevitables consecuencias y aceptar voluntariamente las penitencias refinadas y á veces terribles que la ley atribuye á cada especie de pecado.

La lectura de las prescripciones severas contenidas en las leyes de Manu enseña hasta qué punto era rígido el yugo que pesaba sobre los indos y se hacía sentir en los menores actos de su vida en la época de que intentamos reconstituir la historia, y cuán grande era la diferencia con la moral ancha y cómoda de los arios védicos. Los tiempos han cambiado mucho, y el pueblo libre y feliz de las antiguas edades se ha convertido en un rebaño cobarde caminando sin tregua en el espanto y el dolor.

Tal era esa sociedad brahmánica antigua. Volveremos á hallar sus principales rasgos en la sociedad neobrahmánica y hasta en la India contemporánea. Pero esos rasgos reaparecerán suavizados por la bienhechora influencia del budismo.

El antiguo brahmanismo, en su rigidez severa, había apretado demasiado sus ligaduras alrededor de las almas; se rompían en su estrechez. Era preciso librarlas. El rigor del yugo pesando sobre los más insignificantes actos de los hombres oprimía el espíritu. La imaginación no veía más que el horror y la maldición de la existencia. Todo era malo, salvo la nada. Las torturas descritas por Dante en su *Infierno* pueden sólo dar idea de las que los antiguos brahmanes veían por todas partes y que, comenza-

das en la tierra, debían crecer luego durante fantásticos períodos de siglos hasta que, en fin, hubieran hecho al hombre digno de la absorción final en el seno del universo, es decir, en realidad en el seno de la nada. El invencible deseo de alivio surgiendo de esta masa de pueblos oprimidos debía forzosamente encarnarse y encontrar el remedio en su propia intensidad. Ocurrió esto algo más tarde, y por causas muy diferentes — el estado del mundo romano, — y entonces apareció Cristo.

En la India también un libertador, llevando dulces palabras á las almas sedientas, se hizo oír y despertó á través de toda el Asia un prodigioso eco.

Los millones de seres doblados bajo el yugo de las castas, oprimidos por las férreas trabas de la ley religiosa, enloquecidos ante un porvenir de torturas inevitables y eternas, iban á oír su palabra, á sentir sobre sus frentes un soplo de caridad y de piedad. Ese libertador era Buda, Zakyá-Muni, y la buena nueva que traía al mundo, la religión búdica.

CAPITULO III

CIVILIZACIÓN DEL PERÍODO BÚDICO

I.º — DOCUMENTOS QUE PERMITEN RECONSTITUIR EL CUADRO DE LA SOCIEDAD INDA HACIA EL CUARTO Ó QUINTO SIGLOS DE NUESTRA ERA.

El período búdico se extiende desde el siglo III antes de Jesucristo hasta el siglo VII de nuestra era y comprende así un espacio de un millar de años aproximadamente. Durante esos mil años la religión se transforma y se cubre la India de monumentos maravillosos. Los restos de estos monumentos y los escritos religiosos recientemente encontrados permiten seguir durante ese período el desenvolvimiento de la civilización inda; pero los acontecimientos históricos propiamente dichos continúan envueltos en la obscuridad más profunda.

Hace apenas cincuenta años que el autor que hubiese querido escribir un capítulo con el título que á éste hemos puesto, no hubiera hallado materia para llenar una línea. Apenas si se sospechaban siquiera entonces en Europa el papel y la naturaleza del budismo, esa religión que, no obstante, es la ley de cerca de quinientos millones de hombres.

Los documentos que permiten sacar del polvo de los siglos algunos rasgos de esos mil años de historia no son muy numerosos. En primera línea figuran los espléndidos monumentos que nos enseñan el progreso de las artes y la magnificencia de los soberanos. Entre los más antiguos, y al mismo tiempo entre los más preciosos como fuente de datos, se encuentran los pilares de que el rey Asoka cubrió sus vastos Estados y sobre los que hizo grabar tres siglos antes de Jesucristo los preceptos de un código entonces completamente nuevo para los indos.

Como fuente de información poseemos además la numerosa colección de los manuscritos del Nepal que tratan casi todos de la religión búdica. El *Loto de la buena ley* y la *Lalita Vistara* son los más importantes de los que han pasado á nuestras lenguas europeas. A esos documentos pueden agregarse las *Crónicas de los reyes de Magadha*, relatos legendarios en que falta por completo la cronología; y en fin, las relaciones de los peregrinos chinos, Fa-Hian y Hiuen-Tsang, que visitaron la India, el primero en el siglo v y el segundo en el VII de nuestra era.

2.º — LA LEYENDA BÚDICA

Apenas se pasa los ojos por los primeros documentos citados más arriba, es decir, sobre las inscripciones de Asoka, dos siglos y medio anteriores á Jesucristo, se nota que está á punto de producirse una profunda transformación en el seno del viejo mundo brahmánico.

La lectura de las leyes de Manu presenta generaciones de hombres sometidos al yugo religioso, minucioso y rígido. Permite presentir la angustia que debía llenar la vida de seres para los cuales el menor error del corazón ó de los sentidos acarreaba terribles expiaciones, de seres cuya miseria no era siquiera soportada en común, sino que se miraban de lejos á través de las barreras de las castas y para los cuales, según las circunstancias, aceptar un vaso de agua de uno de sus semejantes, ó dirigirle una palabra de dulzura ó de esperanza, constituía un crimen seguido de largas expiaciones.

Pero he aquí que un soplo de piedad, de misericordia y de benevolencia pasa, y de pronto las cadenas caen, los corazones se ensanchan y la faz del viejo mundo cambia. A la voz de un gran reformador se establece una ley de amor y de caridad. Envuelve esa voz en un sentimiento de simpatía universal á todos los seres; aproxima no sólo las castas, sino á todas las criaturas.

La vida del célebre reformador, cuyo nombre y cuya memoria veneran aún quinientos millones de hombres, no nos es co-

nocida sino por las ficciones poéticas de que las leyendas la han envuelto. Sólo, pues, á las leyendas podemos atenernos para reconstituirla.

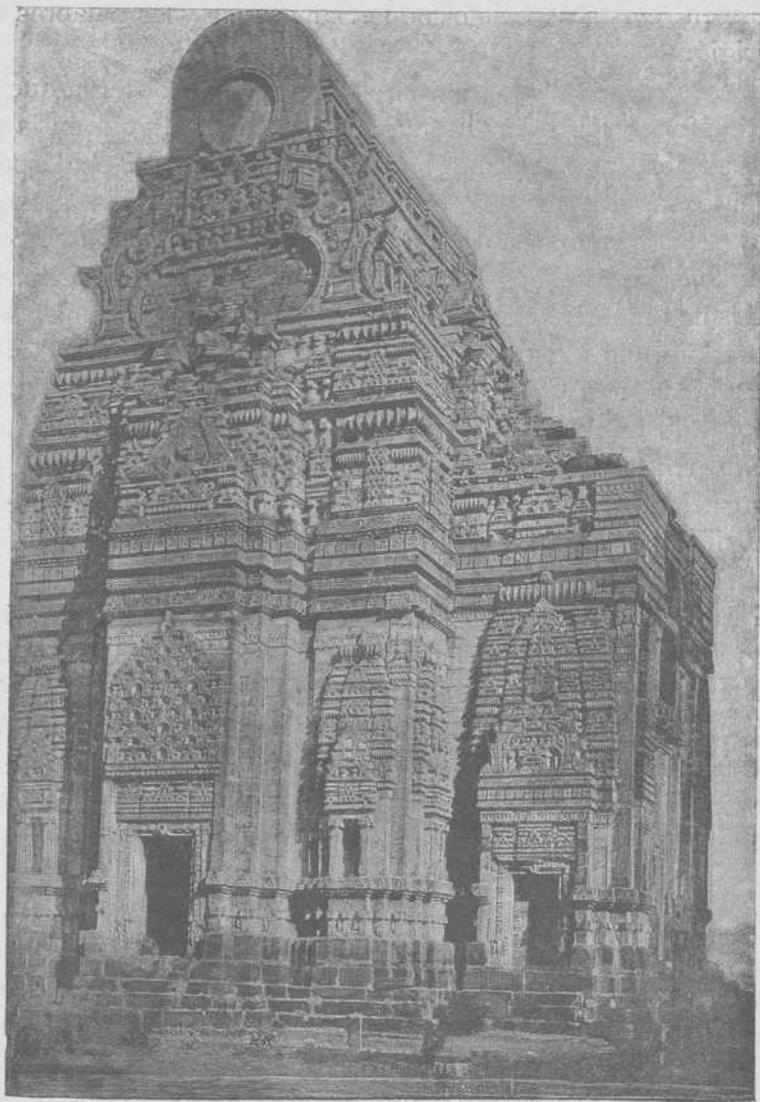
La más antigua es la *Lalita Vistara*, compuesta en el Nepal, probablemente á los comienzos de nuestra era. Apoyándonos en ella, intentaremos describir la vida de Buda.

La crítica moderna ha atacado mucho la historia legendaria de Buda. No le ha sido difícil probar el carácter ficticio del ciclo que constituye la leyenda búdica y que Zakya-Muni beneficia tradiciones anteriores, tomadas de la leyenda de Vishnu y de la de Krishna. Su historia, como ha hecho acertadamente notar M. Sénart, no es en gran parte sino una adaptación de mitos mucho más antiguos. Su religión misma puede considerarse como una selección realizada en una masa preexistente de dogmas y de prácticas.

Poco nos importa, en verdad, conocer la vida real de Buda. Apenas hay fundadores de religión, excepción hecha de Mahoma quizá, cuya vida nos sea exactamente conocida. No se escriben generalmente sus biografías sino mucho tiempo después de su muerte. Lo que nos importa conocer es el Buda real ó ficticio, tal como se lo venera por tantos millones de hombres desde hace más de veinte siglos.

Aunque la religión de Buda no aparece apenas en la historia sino en el siglo III anterior á nuestra era, el reformador nació cinco siglos antes de Jesucristo, en Kapilavastu, al Sur del Nepal. Chocantes semejanzas existen entre los hechos legendarios de su vida y ciertos relatos de los Evangelios. Como Cristo, Buda nació de una virgen y su venida al mundo fué milagrosamente predicha. Buda, cuyo nombre verdadero fué Gotama y el apellido Zakya-Muni, pertenecía á una raza real, como Jesús á la de David. Sin embargo, la infancia y la juventud de los dos reformadores transcurrieron de maneras muy distintas. Gotama fué educado como príncipe heredero de un trono, mientras que el Hijo de María compartía el trabajo de José el carpintero. El ayuno de Jesús en el desierto, después del cual fué tres veces

tentado por el espíritu del mal, y el ayuno y la triple tentación



GWALIOR. — Templo Téli Mandir. (Probablemente del siglo x.)
(*Altura aproximada, 34 metros.*)

de Zakyá-Muni en la soledad de las selvas, se parecen extraordinariamente por todas sus circunstancias; la aventura del sabio

indo con una pobre mujer á la que pide de beber, recuerda la famosa entrevista de Cristo con la Samaritana y las palabras que le dirigió.

Tales semejanzas son de importancia, si se observa que las dos religiones tienen en el fondo más analogía aún que en la forma. Las dos han predicado la caridad, la igualdad, el desprendimiento; las dos han colocado el pecado tanto en la intención cuanto en el hecho; las dos han dado lugar á la creación de órdenes monásticas; las dos han ganado por el mismo espíritu, por los mismos medios, millones de almas humanas. La una ha regenerado el Occidente, y la otra el Oriente. Responden las dos á una misma aspiración de la humanidad y no son sino los dos aspectos de un mismo acontecimiento capital de la historia moral del mundo. Que la una deba algo á la otra, ó que cada una haya nacido espontáneamente y de un modo absolutamente independiente, nos importa poco y no tenemos por qué estudiarlo aquí.

Gozó Gotama desde la infancia, en el palacio de sus padres, todos los placeres que el poder, la riqueza, la bondad, la salud y la juventud podían ofrecer. Llegado á una edad conveniente, se casó con una hermosa doncella á quien amaba y que le dió un hijo. En este momento, en el apogeo de su felicidad, Gotama tuvo en un día tres encuentros que debían decidir su destino: el de un viejo encorvado por la edad, que caminaba con pena bajo el peso de su debilidad; el de un hombre herido por la peste, de horrible aspecto y que se revolvía en medio de atroces sufrimientos; y en fin, el de un muerto descolorido y desfigurado que sus desolados padres se preparaban á amortajar.

— ¿Para qué la vejez?, se dijo Gotama. ¿Para qué la enfermedad? ¿Para qué la muerte?

— Yo soy rico, poderoso, feliz y fuerte, se dijo otra vez. No obstante, mi fortuna y mi poder no evitarán que mis cabellos blanqueen, que mi faz se llene de arrugas, que mis miembros se retuerzan en el dolor, ni que los que me aman lloren sobre mi tumba. ¿Cómo he de gozarme, pues, en mis tesoros, en mi salud,

en mi hermosa y joven mujer, en mi hijo, ya que tan bien sé lo que me espera? No obstante, gozo de tanta felicidad como pueda alcanzar un hombre. ¿Qué será la existencia para esa multitud de los que trabajan, que son pobres, que viven desdeñados y que sienten hambre?

Estas reflexiones le condujeron á la conclusión de que el mundo no es otra cosa que un inmenso aglomerado de dolores.

— ¿Pero de dónde viene el dolor?, se pregunta después. ¿Cuál es su causa? ¿Cómo puede combatírsele?

Entonces fué cuando Buda se sintió presa del invencible deseo de descubrir las fuentes del dolor, inseparable á toda existencia, y de procurarle un remedio. Imaginándose que ya no podía ser feliz, puesto que sabía que su felicidad debía acabar y hasta que esa efímera felicidad constituía una excepción espléndida, abandonó á su querida mujer, á su hijo recién nacido, á su anciano padre, su palacio, sus servidores y sus tesoros, se vistió humildemente, tomó en sus manos el vaso de las limosnas de los religiosos mendigos y se fué á pie de aldea en aldea, viviendo de la caridad, contemplando la vida desde todos sus aspectos y continuando la serie de todas sus meditaciones. No habiéndole estas meditaciones llevado á la solución que buscaba, se aisló del resto de los hombres, se internó en selvas inexploradas y consagró sus días y sus noches á meditar.

Entretanto los años pasaban y Zakya-Muni veía siempre huir delante de su pensamiento el fin misterioso que perseguía. En vano había sometido su espíritu y su cuerpo á las más rudas pruebas, en vano había ayunado hasta perder el sentido y pasar un instante por muerto, en vano se absorbía en los pensamientos más abstractos sobre la naturaleza y sobre el fin de las cosas. No había llegado aún á la categoría de Buda que había de convertirle en ser superior á la humanidad y hacerle capaz de iluminar y de consolar á los hombres.

Cuando probaba penosamente llegar á la ciencia suprema y ya triunfaba, sobrevino la tentación terrible por la cual el espíritu del mal, Mara, el príncipe de los demonios, procuró hacer

inútiles sus esfuerzos y hacer caer al sabio en la categoría de los pecadores.

Extrañas visiones, de que el *Lalita Vistara* nos describe minuciosamente el siniestro cuadro, turbaron su espíritu.

Fué primero en el silencio del desierto donde legiones de malhechores genios pulularon á su alrededor y murmuraron una después de otra á sus oídos las palabras de duda, el eterno «¿porqué?» que precipita las almas más inquietas en el abismo de la indiferencia y del desdén. Luego, cuando por sus enérgicas palabras hizo huir el ejército de demonios de cuerpos flamígeros, lívidos, negros, con los ojos deformes, huecos como los pozos, inflamados, salidos ó atravesados, monstruos coronados de guirnaldas hechas con dedos de hombres, monstruos que no tenían cabeza y monstruos que tenían cien mil, de golpe un fulgor misterioso y admirable inundó el bosque refrescado como después de una lluvia de tempestad. La tentación tomó una forma seductora. El sabio, sumido en su meditación, se vió rodeado por el enjambre innumerable y encantador de las Apsaras, hijas de los genios. De formas admirables, flotaron entre las ramas y se enlazaron en grupos voluptuosos. Mujeres atrevidas ó modestas, brillantemente vestidas ó desplegando una desnudez espléndida, las más lanzando bajo sus largas pestañas miradas provocantes, las otras lanzando miradas profundas y de irresistible ternura, rodearon al sabio y procuraron embriagarle con palabras de amor, con actitudes lascivas y promesas de placeres desconocidos.

«Ven, decían esas encantadoras hijas del demonio: míralas tú, que tienes una faz de luna, á ellas, que tienen cara de loto tierno; sus voces son dulces y quieren de corazón; sus dientes son blancos como la nieve y la plata; son difíciles de hallar iguales en la mansión de los dioses. ¿Dónde podrías encontrarlas en la mansión de los hombres, ya que son el objeto constante de los deseos de los principales dioses?»

Pero Zakya-Muni, rebelándose contra la tentación encantadora, las respondía, siempre según la leyenda que resumimos:

«Yo quiero el cuerpo sucio é impuro, lleno de gusanos, combustible que se

consume, frágil y envuelto en el dolor. Yo obtendré la dignidad imperecedera y reverenciada por los sabios, que produce la felicidad suprema del mundo animado é inanimado.»*

Y la dulce voz repetía:

«Después de haber mostrado las sesenta y cuatro magias del deseo, hacen ellas sonar su cintura y los anillos de sus piernas, los vestidos en desorden,



GWALIOR. — Gran templo de Sas Bhao después de demolida la parte superior. (Siglo XI.)
(*Altura total, aproximadamente 21 metros.*) (1)

ebrias, el rostro sonriente: ¿qué pecado han cometido para ti, que así las desdenas?»

Pero Zakya-Muni, desafiando la tentación, las dirigía este discurso:

«En todas las criaturas está el pecado: lo sabe quien ha sacudido la pasión. Los deseos son semejantes á las espadas, á los dardos, á las picas, semejantes á un cuchillo cubierto de miel, parecidas á la cabeza de la serpiente, á un surco de fuego; los conozco bien como tales.

(1) Antes de que fuera demolida la parte superior, la altura del templo debía ser aproximadamente de 30 metros.

»Y —añade la leyenda— no miraba á esas criaturas ni con amor ni con el entrecéjo fruncido. Se moverían las montañas, el mar se secaría, caerían el sol y la luna, antes que el que ve los pecados de los tres mundós cayera en poder de las mujeres.»

Entonces fué cuando el mismo jefe de los demonios vino, como Satán á Jesús, á enseñar al futuro Buda todos los reinos del mundo y su gloria, prometiéndole el éxito, los triunfos y el poderío si renunciaba á buscar la sabiduría.

«Yo soy, decía* el demonio, el señor del placer en el mundo entero; los dioses, los hombres y los animales, sujetos por mí, caminan todos por mi voluntad. Levántate, tú que haces oír tu voz en mi dominio.

»Si tú eres el señor del deseo, respondió Zakyá-Muni, tú no eres el señor del mundo visible. Mírame, soy yo el señor de la ley. Si tú eres el señor del deseo, no te sigo en tu mal camino. Obtendré la inteligencia á despecho tuyo, á tu vista.»

Renunciando á la lucha, el temible ejército de los demonios lanzó aullidos de furor y desapareció en la sombra. Zakyá-Muni había obtenido el triunfo. Una lluvia de flores refrescó su frente de sabio, una voz celeste se dejó oír. Decía:

«Los dioses ofrecen guiraldas de perlas, estandartes, banderas; hacen llover flores y polvo de sándalo; hacen resonar instrumentos de música, pronunciando este discurso: después de haber envuelto tu árbol, ¡oh héroe!, los ejércitos enemigos han sido derrotados.

»Aquí mismo, sobre la mejor de las residencias, obtendrás hoy la inteligencia sin mezcla de pasión, y también todo el dominio de un Buda, ¡oh héroe!, después de haber por la dulzura completamente vencido á los partidarios del astuto demonio.»

El árbol á que se refiere este pasaje era aquel bajo el cual vivía Zakyá-Muni en la soledad. Estaba situado en la localidad llamada hoy Buda-Gaya, delante del templo representado ya en esta obra. Se venera aún este árbol sagrado como se veneran los olivos de Gethsemaní, bajo cuya sombra sintió Jesús deslizarse sangriento sudor. Hace largo tiempo fueron reducidas á polvo las ramas que protegieron las meditaciones de Buda; pero la piedad de los fieles ha reemplazado siempre el árbol cuando ha llegado al fin de su existencia.

Desde que hubo vencido la tentación, el sabio, en posesión en lo sucesivo de la inteligencia suprema, halló, en fin, la solución de los temibles problemas que se había propuesto.

«Entonces, dice el *Lalita Vistara*, su pensamiento así recogido, completamente puro, perfecto, luminoso, exento de mancha, libre de toda corrupción, flexible, fijo en la obra que había de realizar y llegado á la inmovilidad, al primer anuncio de la noche, á fin de producir la percepción de la ciencia, del conocimiento, de la sabiduría que procede del ojo divino, preparó bien su pensamiento y le dirigió.

»Y con el ojo divino perfectamente puro, excediendo en mucho al ojo humano, vió los seres transmigrando, renaciendo, de buena casta, de mala casta, en el buen camino, en el mal camino, humillados ó exaltados, obteniendo una recompensa en relación con sus obras.»

Y de nuevo vió aparecer á sus ojos la inmensidad de la miseria humana, pero esta vez creyó que iba á descubrir el origen y los medios de vencerla definitivamente.

Remontándose á la serie de efectos y de causas, reconoció que en la base de todo mal está el deseo y en su cumbre la ilusión. El deseo que se apodera del hombre desde que nace y le roe el corazón como una hidra siempre renovada y jamás ahita. ¿Y cómo, en efecto, podría saciarse al monstruo? Todos los pastos que se le arrojen, gloria, poderío, fortuna, honores, embriaguez de los sentidos, placeres del espíritu, juventud, hermosura, amor, no son sino formas fugitivas de engañosas ilusiones. El hombre aspira á todo, y nada existe sino vanos fantasmas. Puesto que en el universo todo cambia incesantemente, puesto que todo ser y todo objeto se destruyen y se renuevan y no son ni siquiera un día idénticos á sí mismos, ¿qué hay sino ilusiones creadas y perseguidas por un incesante deseo? ¿Qué podremos, pues, hacer mejor que matar en nosotros el deseo, destruyendo así la ilusión y por consecuencia el dolor?

«Así se hizo manifiesta para Buda la luz de la religión, desconocida antes, que se extiende siempre por la aplicación del espíritu y que produce el juicio, la clarevidencia, la ciencia, la comprensión, la memoria y el conocimiento.

»Así he comprendido, ¡oh hombres religiosos!, lo que es el dolor, la inmensidad del dolor, y cuáles son los medios de alejarlo. Yo conozco cuál es la miseria del

deseo, la miseria de la existencia, la miseria de la ignorancia, la miseria del designio; cómo pueden, en fin, ser vencidas todas estas miserias y cómo desaparecen sin dejar huellas. Yo sé también lo que es la ilusión, la inmensidad de la ilusión; cómo puede destruírsela y cómo desaparece sin dejar huellas tras sí.»

Así, pues, el vencimiento de todo deseo, el desprendimiento de las cosas de este mundo, y como esperanza suprema la destrucción de la forma, es decir, de la ilusión, y la entrada en el dominio del Nirvana, donde la conciencia y el pensamiento mismo desaparecen, tal era la doctrina que Zakya-Muni fué á predicar cuando se levantó de debajo del árbol de la sabiduría y volvió hacia sus hermanos.

Si Zakya-Muni no hubiera enseñado al mundo sino las abstracciones filosóficas puestas en su boca por la leyenda, su nombre no hubiera jamás salido del obscuro polvo en que duermen tantas generaciones. Los razonamientos filosóficos no mueven á las muchedumbres. Sólo la voz del sentimiento puede sobre ellas influir. Para conmover á los hombres hace falta compartir sus aspiraciones, sus sufrimientos y enardecer su corazón.

Como ha dicho acertadamente un poeta:

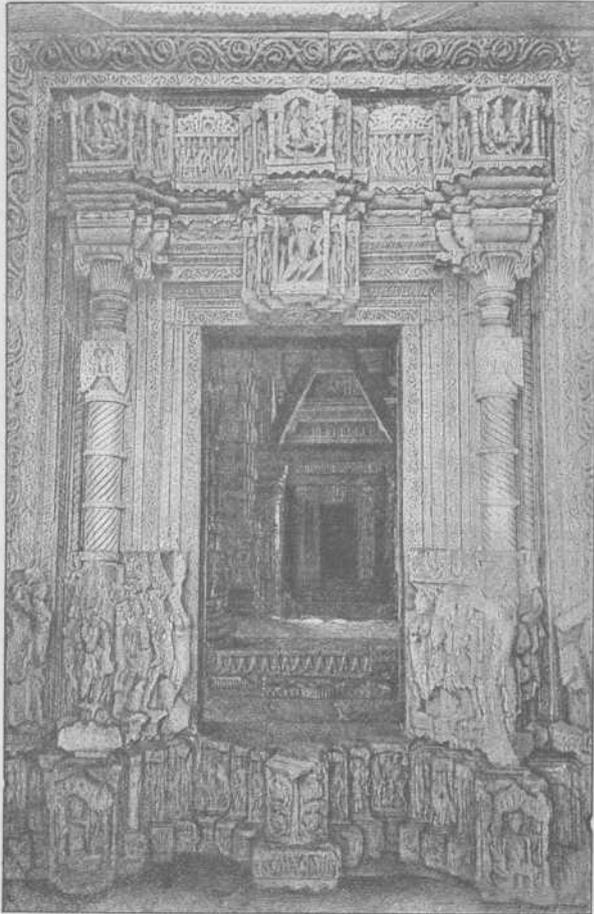
«Lo que adoramos con tanta angustia, mujer ó dios, comparte siempre nuestros dolores.»

Ahí es donde es preciso buscar el secreto del prodigioso ascendiente que ejerció Buda. Este hijo de rey, voluntariamente convertido en mendigo para compartir la miseria de las muchedumbres y enseñarlas á sustraerse á ella, supo conmover su corazón. Como Cristo, Buda comprendió y compartió el dolor de los hombres y les enseñó el valor de la caridad y de la esperanza. Por eso es todavía su dueño.

Resumida brevemente la vida de Buda, tal como la presenta la leyenda, quedamos hablar de su religión, no por cierto tal como él la desarrolló por primera vez cuando abandonó el árbol de la sabiduría, sino tal como sus discípulos la han comprendido y establecido, y tal como aparece en los libros que nos han dejado.

3.º - LA RELIGIÓN BÚDICA

No es, propiamente hablando, una religión nueva lo que aportó al mundo el budismo. Fué una nueva moral. En cuanto á los



GWALIOR. - Pórtico que da acceso á una de las salas del templo de Sas Bhao

dogmas, tenía sólo uno, puesto que su única afirmación era la de la ilusión y la de la nada.

En la práctica no trastornó ni combatió nada. Dejó subsistir el brahmanismo con sus dioses y sus castas; sólo que los dioses y

los demonios, el bramán y el sudra, no fueron más que formas efímeras, transformándose sin cesar y que antes ó después llegaban á una disolución suprema precedida por el estado de Buda. Hacerse Buda, es decir, poseer la inteligencia absoluta, ver como en un relámpago la larga serie de existencias anteriores, el fin de la vida, el largo encadenamiento de los efectos y de las causas, entrar después en la paz suprema y eterna del Nirvana, tal era el fin á que caminaban, á través de las transmigraciones y las encarnaciones innumerables, todos los seres vivientes, las plantas, los animales, los dioses y los hombres.

La naturaleza, eterna, habiendo existido en todo tiempo y formando la esencia de todo, era considerada como una nada sin fondo, como un vacío inconmensurable. Algunas veces, sin embargo, por efecto fatal del deseo, ese vacío tomaba una apariencia, se hacía susceptible de sensaciones, de conciencia, de voluntad; vivía, en una palabra. Desde entonces comenzaba la serie de transformaciones. El principio supremo encarnado, desde luego capaz de realizar ciertos actos, buenos ó malos, no podía recobrar más su apacible esencia sino por el mérito de sus actos. Su paso de un estado inferior á un estado superior estaba determinado por el Karma, es decir, por el conjunto y como la resultante de todas sus acciones, de todas sus palabras, de todos sus pensamientos durante una de sus vidas. Llegaba, en fin, al estado de hombre, después al de religioso, de éste al de Bodhisatva, y, en fin, después de haber llegado á Buda, volvía á caer en el abismo eternamente mudo y en calma de que el deseo le había hecho salir. Pero tanto como había vivido, ese deseo le había acompañado, arrastrando su cortejo de todos los dolores. Vencer el deseo para llegar cuanto antes al reposo supremo, tal era el fin de todo verdadero budista.

Al lado de este esfuerzo constante y eficaz vienen las buenas acciones que tienden al mismo fin. Acciones de hecho, de intención, de palabra ó de pensamiento, todas se cuentan y no hay una que no dé su fruto.

La doctrina del Karma, en la que las obras de cada uno de-

terminan las formas bajo las cuales resucitará más tarde, constituye igualmente, como hemos visto, la esencia misma del brahmanismo. Pero en el budismo la moral es mucho más elevada. Desde luego toma en cuenta la vida interior, todos esos actos que se cometen á diario ó en el misterio.

Como el Evangelio, Buda reputa asesino al que quiere el mal de su semejante, y como culpable de sensualidad al que codicia solamente el fruto prohibido. No admite el rescate de las faltas por la penitencia; ninguna expiación, voluntaria ó involuntaria, puede evitar al efecto seguir á la causa, á la acción de producir sus resultados. La diferencia fundamental, en fin, consiste en el ardiente espíritu de caridad que anima esta moral nueva, en su humildad, en su dulzura, en su benevolencia, en su tolerancia universal.

Una reforma religiosa que dignificaba á los desgraciados oprimidos por el régimen de castas; que los hacía, si no política, al menos teóricamente iguales por su naturaleza y por su porvenir á los orgullosos dominadores; una reforma que llevaba tiernas palabras y dulces preceptos á una sociedad dominada por un régimen de fuerza; que sobre todo se vanagloriaba de demostrar las causas del dolor, de remontar hasta sus fuentes, de dar los medios de destruirlo á una raza abatida por un clima cálido y espantada por las pesadillas de una feroz religión, como por los frecuentes furios de los elementos despiadados; una tal reforma tenía probabilidades incomparables de alcanzar gran éxito. Nacida de evidentes necesidades, estaba creada para responder á ellas. Que no se pretenda, pues, buscar en las sutilezas de sus doctores y en sus últimas deducciones filosóficas motivos por qué admirarse del triunfo del budismo y contradicciones entre su moral y su doctrina.

La doctrina vino más tarde, y el pueblo, por otra parte, no la entendió jamás. Lo que entendió fué el grito de caridad y de esperanza que de pronto hendió su cielo y al cual respondió en seguida con todos los ecos de su alma.

Causas materiales vinieron en ayuda de las morales para fa-

cilitar la propagación del budismo en la India. Toda la parte septentrional de la península, que constituye el Indostán propiamente dicho, se hallaba reunida, dos siglos y medio antes de nuestra era, en un solo imperio cuyo soberano era Asoka. En una monarquía absoluta basta que el señor adopte una religión para que se la vea en seguida florecer y extenderse. Esto fué lo que ocurrió al cristianismo en el imperio romano cuando Constantino se convirtió á él. Asoka, siguiendo una expresión que muchos autores han empleado ya con gran exactitud, fué el Constantino búdico de la India.

Los preciosos documentos que dejó y que consisten en inscripciones grabadas sobre columnas y piedras en todos los ámbitos de su vasto imperio, demuestran á un tiempo con qué ardor se dedicó á hacer triunfar las nuevas doctrinas y cuán verdad es que el aspecto verdaderamente popular y accesible de esas doctrinas, el que las hizo aceptar desde luego por los ignorantes como por los sabios, por los parias como por los bracmanes, fué su moral bienhechora y su espíritu de caridad.

La filosofía búdica tenía sus orígenes más altos, hasta en las antiguas sectas contemporáneas del brahmanismo primitivo, y no debía desenvolverse sino más tarde. La Iglesia búdica misma, con sus congregaciones religiosas, su confesión, sus reliquias, su Buda deificado, no estaba aún fundada. La leyenda de Buda no circulaba aún, y apenas si una ó dos veces nombra Asoka al gran reformador. La sola revolución que puede fecharse en el reinado de este príncipe, revolución fundamental que contribuyó con todas sus fuerzas á realizar, fué la transformación de la moral, el nuevo aspecto de los deberes de los hombres unos respecto de otros, la destrucción del pesado yugo brahmánico, la aurora de esa era de dulzura y de profunda caridad que renovó desde el fondo á la superficie el viejo mundo asiático.

Poco á poco, sin embargo, el budismo se convirtió en una religión regularmente constituida, con sus dioses, sus ceremonias, su culto y su filosofía. Desgraciadamente, para su triunfo

definitivo faltábanle divinidades, y sin proponer ninguna en particular á la adoración de la multitud que no puede pasarse sin ellas, dejó subsistir todas las del brahmanismo. En vano las



GWALIOR. — Vista interior del pequeño templo de Sas Bhao. (Siglo XI.)

colocó debajo del hombre religioso y sobre todo del hombre llegado al estado de Buda. La multitud de esas divinidades no perdió jamás sino muy débilmente sus derechos en el espíritu supersticioso de las masas, y más tarde, esa multitud de dioses, destruyendo el budismo y absorbiéndolo, le obligó á fundirse

con el brahmanismo. Así puede explicarse que el país en que nació fuera precisamente el en que desapareció para siempre. Había aceptado la religión de ese país y debía por ella ser absorbido. Al resto de Asia llegó con el cortejo de los dioses bracmánicos que, hablando á la imaginación, contribuyeron á su triunfo. En la India, donde esos dioses habían reinado tanto tiempo, no podían ser derribados para siempre por una religión que sólo tenía la pretensión de relegarlos á un lugar secundario, pero que no los reemplazaba de ninguna manera.

Las sectas búdicas se multiplicaron pronto, como se habían multiplicado las sectas bracmánicas, y mientras que en los templos Buda fué pronto un dios más, de que la leyenda fué poco á poco fijando los rasgos, resultó para ciertas sectas un estado superior hacia el cual tendían todas las criaturas y al que llegaban por su mérito después de millares de resurrecciones y de períodos de tiempo inconmensurables; estado en el cual resultan capaces de ejercer una saludable misión en beneficio de los demás habitantes del universo, después de lo cual entran para siempre en el reposo eterno del Nirvana, su fin bienaventurado y supremo.

El Buda Zakyá-Muni no era para las sectas nuevas el único que debía traer la verdad al mundo. Vendría otro, después otro, trayendo nuevas luces, nuevas fuerzas, enseñando caminos más cortos para llegar á la perfección. Sólo que fabulosos números de siglos separarían esas apariciones, pues es preciso muchísimo tiempo para formar un Buda, y la imaginación inda, á que nada turba ni desconcierta, incluía en sus cálculos series de *kalpas*, período ya casi imposible á evaluar para nuestro modesto poder de concepción occidental.

El estado que prepara mejor el de Buda es el de asceta, y de aquí el sistema monástico que pronto cubrió la India de conventos. Matar en sí el deseo, causa de la vida y del dolor, este era el medio más rápido de llegar á Buda. Esto es lo que enseñan las cuatro grandes verdades, fundamento de la ley búdica; verdades que se refieren á los religiosos y no á la muchedum-

bre, pues era preciso estar ya muy adelantado en el camino de la perfección para comprenderlas y para practicarlas.

«Ved, religiosos, dice el *Lalita Vistara*, las cuatro venerables verdades: el dolor, el origen del dolor, el impedimento del dolor, el camino que conduce al impedimento del dolor.

»Y qué es el dolor? El nacimiento mismo es el dolor: la vejez, la enfermedad, la muerte, la separación de lo que se ama y la unión con lo que se detesta; ved el dolor. Lo que se desea y lo que no se obtiene buscándolo con insistencia, esto mismo es el dolor. En una palabra, el objeto de las cinco tomas de posesión por los sentidos, siendo dolor, esto es lo que se llama dolor.

»Y ¿cuál es el origen del dolor? Es el deseo que se renueva sin cesar, que va con la pasión del placer, que acá y allá alegra; ved el origen del dolor.

»¿Y cuál es el impedimento del dolor? Es el apaciguamiento sin que nada quede y el impedimento de ese deseo que se renueva sin cesar, que va con la pasión del placer y alegra acá y acullá, se reproduce y es satisfecho. He aquí el impedimento del dolor.

»Y ¿cuál es el camino que conduce al impedimento del dolor? Es la venerable vía compuesta de ocho partes tales como el conocimiento perfecto hasta la contemplación perfecta. Así se dice la venerable verdad del camino que conduce al impedimento del dolor.

»Estas son, religiosos, las cuatro venerables verdades.»

Además del deseo de matar el dolor y de llegar pronto al glorioso estado de Buda, luego al perfecto reposo, otra razón lanzó una multitud de discípulos á la vida retirada de los conventos. Tal era que la igualdad proclamada en principio por el budismo reinaba, en efecto, en el fondo de los monasterios: sudras, parias, tchandalas valían lo que el bracmán y comían con él desde que ingresaban en la misma santa congregación. Las mujeres mismas tuvieron sus conventos y cesaron de ser los seres débiles, sometidos á una constante tutela, que describía Manu.

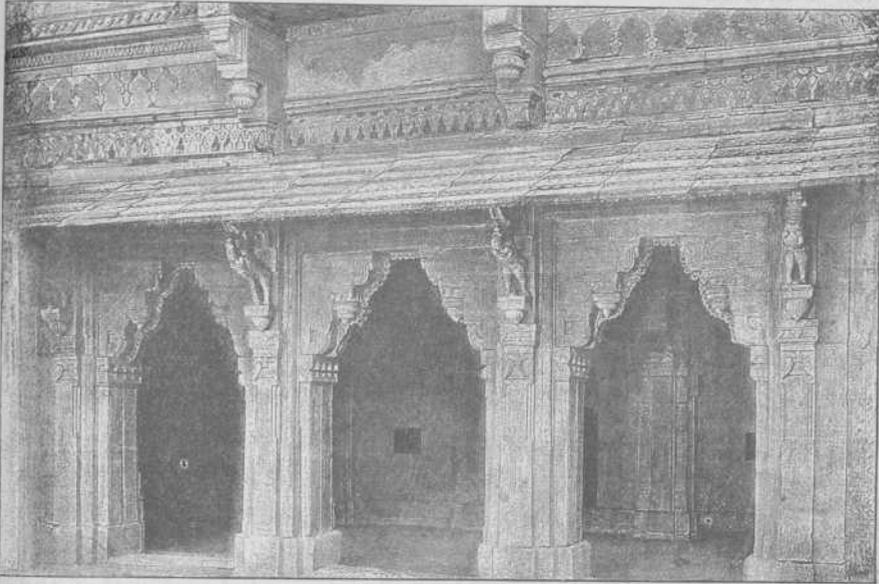
La vida, no obstante, era severa en el fondo de esos monasterios labrados en las profundidades de las montañas, que la India construyó durante miles de años y cuya arquitectura maravillosa nos llena hoy de asombro. Era preciso, para ser admitido en ellos, hacer votos de pobreza y de castidad. Mujer, hijo, fortuna debían ser abandonados para consagrarse á una existencia nueva. El monje no debía poseer nada, vivir de limosnas, pero sin pedir las, y no aceptar de las manos caritativas más de

lo indispensable para una comida. Debían enseñar la paz y la verdad á los hombres, fundar hospitales y asilos para los pobres y los viajeros, tratar de impedir las guerras y profesar la mayor tolerancia para todas las religiones, considerándolas como formas inferiores de una misma verdad. Educaban niños y les enseñaban á guardar el mayor respeto á sus padres, pues decían los libros búdicos: «Aunque un hijo cargase su madre sobre un hombro y su padre sobre el otro y los llevase así durante cien años, haría menos por ellos de lo que ellos han hecho por él.»

El budismo llevó al viejo mundo asiático un espíritu de caridad y una moral de una elevación hasta entonces desconocida. Un sabio eminente, Max Muller, lo proclama muy alto en el pasaje siguiente, conforme por otra parte con lo que más de un misionero había escrito antes que él. «La moral más pura, enseñada á la humanidad antes del advenimiento del Cristianismo (es un cristiano convencido el que habla), fué enseñada por hombres á los ojos de los cuales los dioses eran vanas sombras, por hombres que no levantaban altares, que ni los elevaban si quiera al Dios desconocido.»

La última parte de esta aserción, confirmando las ideas que aún se forman en Europa del budismo, es del todo errónea, como lo probaremos muy pronto, demostrando por los monumentos que jamás religión alguna tuvo en realidad más dioses que el budismo. Lo que concierne á la elevación de la moral búdica es, por lo contrario, perfectamente exacto. Ninguna religión tuvo moral más pura, de más dulces palabras para todas las criaturas, de compasión más profunda para la condición humana. Buda buscó los medios de sustraer los hombres á su duro destino, y los hombres fueron á él. Ese hijo de rey convertido en mendigo para compartir la miseria de las muchedumbres y enseñarles la caridad, es uno de los más grandes encantadores que haya reinado sobre el mundo. Por todas partes donde se implantó la religión que debía llevar su nombre conquistó las almas, y las conquistó sobre todo por la dulzura, la caridad y la abnegación de los misioneros que la enseñaban. Suavizó las costumbres

del Asia y transformó en hombres apacibles bárbaros sanguinarios. Los feroces mogoles, que edificaron en otro tiempo pirámides de cabezas humanas, se convirtieron bajo su influencia en cultos é instruídos. Podría decirse del budismo que es la más elevada de las enseñanzas religiosas que ha conocido el mundo, si no fuese al mismo tiempo la que mejor ha doblegado los hombres á la servidumbre.



GWALIOR. — Palacio de Man Mandir. Galería de uno de los patios interiores
(*Altura total de los pilares hasta el arquitrabe, 2^m,90*)

Podemos deducir de lo que precede que el budismo se diferencia del brahmanismo, en primer término, por la elevación de su moral y su espíritu de tolerancia y de caridad; en segundo, por el lugar preeminente que atribuye al hombre en el universo, lugar que ninguna otra religión le atribuyó nunca. La naturaleza, cambiando sin cesar y creando formas cada vez más perfectas, llegó al hombre, y éste, por el esfuerzo de su virtud y de su voluntad, podía al fin hacerse, no un dios, sino más que un dios; podía hacerse un Buda, es decir, el ser completo, el

ser que no es sólo uno, sino á la vez el principio y el fin, todo y nada, la inmensidad y la nada, la conciencia del universo; y como el universo, consecuencia de estados transitorios, no es sino una ilusión, la conciencia de la ilusión, un ser todo en conjunto tan vago y tan grande, que es preciso renunciar á definirlo si no se tiene la prodigiosa audacia de los teólogos indos, ni su enloquecedora y desmesurada inventiva para las imágenes y los nombres.

Esas formidables especulaciones, que desconciertan nuestros cerebros occidentales, no fueron ni siquiera previstas, volvemos á repetirlo, por los millones de discípulos que Buda contó en el transcurso de los siglos entre las más oscuras capas de la sociedad, entre los ignorantes, los pequeños y los humildes. Esos entraron en sus templos, orgullosos de codearse en ellos con el soberbio bramán; se prosternaron delante de su imagen divinizada, adoraron sus reliquias, celebraron fiestas solemnes en honor de su vaso de limosnas. No comprendieron más que su dulce caridad, y recordaron con delicia que uno de los compañeros de Buda, habiendo pedido de beber á una de las últimas mujeres del pueblo: «Señor — había humildemente respondido la pobre criatura, sabiendo que un hombre de casta preferiría más morir que aceptar una gota de agua de su mano si sabía quién era: — Señor, soy una tchandala.»

— No te pregunto si eres ó no tchandala, replicó el sabio con dulzura; pero tengo sed y te pido que me des de beber.

Hecho bien sencillo en apariencia; pero milagro de caridad para un indo y señal de redención profunda para multitud de criaturas humanas.

Tal fué el budismo, y aunque su filosofía se perdiese más tarde en abstracciones vecinas á la alucinación, ó que fuese su culto ahogado en ritos, ceremonias y símbolos bramánicos, no por eso había de resultar menos, por su inconmensurable benevolencia, un principio regenerador, de una potencia y de una eficacia tales, que la historia de la humanidad no presenta en modo alguno otro igual.

4.º — EL CULTO BÚDICO SEGÚN LOS MONUMENTOS

Cuando el budismo fué revelado á Europa, hace aún bien pocos años, por la traducción de los escritos filosóficos posteriores en seis siglos lo menos á Buda, se experimentó una admiración profunda creyendo comprobar que una religión que había sometido quinientos millones de hombres á su ley no reconocía ningún dios, consideraba el mundo como una vana ilusión y no ofrecía sino la nada á las aspiraciones de los hombres.

Antes de visitar la India, yo no sabía naturalmente del budismo sino lo que decían los libros á que acabo de aludir y de que hablaré más adelante. Abrigaba, sin embargo, serias dudas acerca de la posibilidad de convertir millones de hombres semibárbaros con frías negaciones filosóficas. Una religión sin más base que tales principios, apareciendo bruscamente en el mundo y desapareciendo también bruscamente del país en que había nacido, parecía un fenómeno contrario á todo lo que nos enseña la historia. Esperé, pues, que el estudio de los monumentos búdicos, tan descuidado por los sabios europeos que se han ocupado del budismo, esclareciera con nuevos resplandores la historia de esta religión. Esta esperanza no fué defraudada. El examen de los bajos relieves de que los monumentos de la India están cubiertos me probó bien pronto que la religión búdica, tal como fué practicada por los indos durante mil años, difería completamente de lo que nos enseñaban los documentos escritos.

No es, en efecto, en los libros sino en los monumentos donde es preciso estudiar lo que fué en otro tiempo el budismo, y lo que los monumentos nos dicen difiere absolutamente de lo que los libros europeos nos enseñan. Nos prueban los monumentos que esa religión de que los sabios modernos han querido hacer un culto ateo, fué, por lo contrario, el más politeísta de todos los cultos.

Sin duda, en los primeros monumentos búdicos, antiguos de

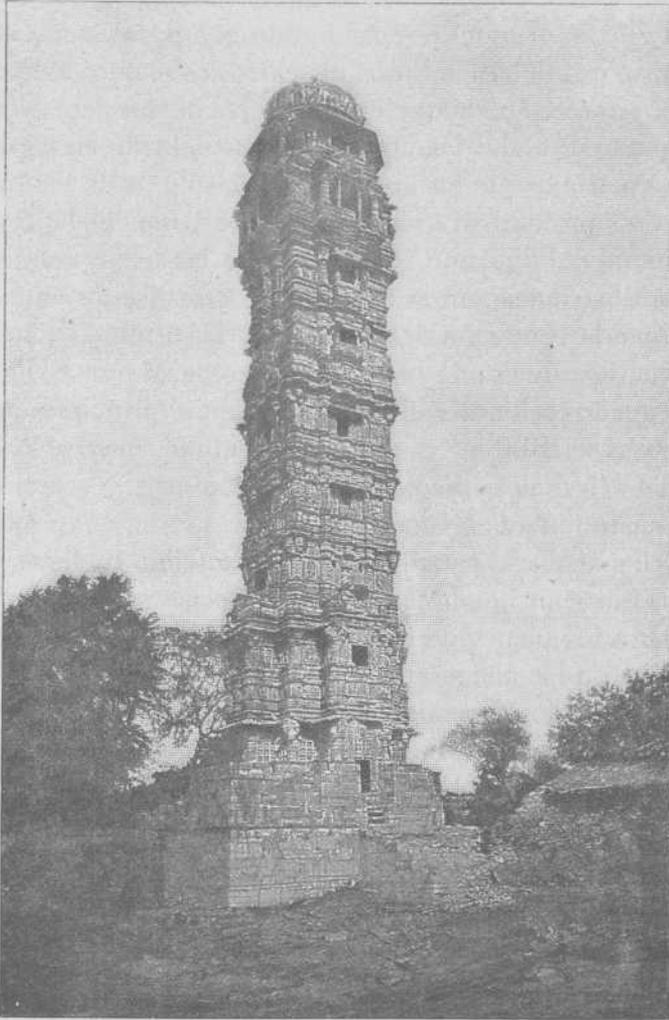
diez y ocho á veinte siglos, tales como las balaustradas de Bharhut, Sanchi, Buda-Gaya, etc., el reformador no figura sino en el estado de emblema. Se adora la huella de sus pies, la imagen del árbol bajo el cual llegó á la suprema sabiduría; pero pronto vemos á Buda hacerse dios y figurar en todos los santuarios. Está al principio solo ó casi solo, como en los antiguos templos de Ajunta; luego se mezcla gradualmente con los dioses brahmánicos: Indra, Kali, Saravati, etc., como puede verse en los templos búdicos de la serie de los monumentos de Ellora. Ahogado más tarde en la multitud de dioses que dominaban en otro tiempo, acabó, después de algunos siglos, por no ser considerado sino como una encarnación de Vishnu. Entonces el budismo estaba muerto en la India.

La desaparición, ó más bien, la transformación que acaba de indicarse en pocas líneas, exigió un millar de años para verificarse.

Los numerosos monumentos que reconstituyen la historia fueron edificados desde el tercer siglo anterior á Jesucristo al siglo VII de nuestra era. Durante este largo período no cesó Buda de ser adorado por sus fieles como un dios todopoderoso. Las leyendas nos lo presentan apareciéndose á sus discípulos y concediéndoles favores. Uno de los hombres más versado en el culto búdico, gracias á una larga iniciación en la India, el peregrino Hiuen-Tsang, que visitó la península en el siglo VII de nuestra era, afirma haber visto en una gruta sagrada aparecerse Buda.

Leyendas y monumentos están, pues, perfectamente claros, y si el estudio del budismo se hubiese apoyado desde luego en ellos, se habría formado seguramente de esta religión otra idea que la que hoy prevalece. Desgraciadamente el estudio de los monumentos de la India ha sido completamente descuidado hasta aquí por los sabios europeos. Los indianistas que nos han hecho conocer el budismo no habían visitado jamás la India. No habían estudiado esta religión sino en los libros, y una casualidad desgraciada les hizo dar con obras de sectas filosóficas, es-

critas cinco ó seis siglos después de la muerte de Buda y absolutamente extrañas á la religión realmente practicada.



CHITTOR. — Torre de la Victoria. (Siglo xv.)
(*Altura aproximada, 36 metros.*)

Las especulaciones metafísicas que tanto han admirado á los europeos por su profundidad no tenían, por otra parte, nada de nuevo. Desde que los libros de la India son mejor conocidos,

se las ha vuelto á encontrar en las obras de sectas filosóficas que se desarrollaron durante el período brahmánico. El ateísmo, el menosprecio de la existencia, la moral independiente de creencias religiosas, el mundo considerado como una vana apariencia, etc., aparecen en los libros filosóficos conocidos bajo el nombre de *Upanishades*, de que existen cerca de doscientos cincuenta que datan de todas las épocas. Se encuentran en algunos las mismas doctrinas que en los escritos filosóficos de los budistas. Sus autores profesaban igualmente la doctrina del Karma, base fundamental del budismo como de todas las sectas religiosas de la India, doctrina según la cual los actos realizados en esta vida determinan la condición del hombre en las futuras existencias y que forma igualmente la base del código de Manu. El fin último de esas resurrecciones es la absorción en el principio universal de las cosas, el Brahma de que habla Manu, muy próximo pariente del Nirvana búdico. El alma es entonces, y solamente entonces, sustraída á las resurrecciones.

Para llegar á ese estado final de absorción, budistas y brahmanistas enseñan igualmente que es preciso suprimir el deseo, renunciar á los bienes de este mundo y adoptar la vida de contemplación de los anacoretas.

Las teorías filosóficas de la edad búdica fueron, pues, las mismas que las de la edad brahmánica que la había precedido. Son teorías que se desarrollaron paralelamente á la religión enseñada por los sacerdotes y practicada por la muchedumbre, pero que difieren esencialmente de esta religión. Considerar esas doctrinas como el budismo mismo, sería cometer un error tan grande como confundir las teorías de ciertos *Upanishades* con las del brahmanismo. No habiendo sido conocido el budismo desde luego en Europa sino por las especulaciones filosóficas de algunos de sus discípulos, se han tomado naturalmente esas especulaciones por el propio budismo.

Era fácil, no obstante, imaginar que no con frías especulaciones filosóficas se funda una religión que cuenta quinientos millones de sectarios. De tales errores son por otra parte excusa-

bles los sabios que habiendo consagrado todo su tiempo al estudio de los libros, les ha faltado para estudiar los hombres. En dos mil ó tres mil años, cuando el centro de la civilización haya cambiado y nuestros libros y nuestras lenguas se hayan olvidado, se encontrará probablemente algún profesor que habiendo descubierto la lengua inglesa y traducido las primeras obras que hayan caído en sus manos, como los *Primeros principios*, de Spéncer, ó el *Origen de las especies*, de Darwin, los dará como la exposición de las doctrinas que profesaban los pueblos cristianos del siglo XIX.

Es preciso, por otra parte, no haberse tomado el interés de observar los indos para suponer que hayan podido practicar una religión sin divinidades. ¡Ningún dios para los indos! Y el mundo está lleno de dioses para ellos. Dirige sus plegarias al tigre que devora su rebaño, al puente del camino de hierro construido por el europeo, y si es preciso, al europeo mismo. Le haréis aceptar, por poco que os esforcéis, el catecismo de los budistas del Sur, recientemente confeccionado con la ayuda de los europeos, que enseña que el mundo no tiene Creador, que todo no es sino una ilusión; pero todo esto no le impedirá sentir la necesidad de adorar al gran Buda y á todos los dioses del Panteón donde reina. El más antiguo de los libros búdicos, el *Lalita Vistara*, aproximadamente de hace mil ochocientos años y ya posterior por consecuencia en seis siglos á Buda, contiene un cierto número de disertaciones sobre las ilusiones y la vanidad de las cosas de este mundo. ¿Pero á quién enseñaba Buda esas verdades? A los dioses desde luego, á esos dioses innumerables de que se ocupa cada página del libro, y que, Brahma á la cabeza, presiden el nacimiento del reformador que debía resultar dios á su vez, le acompañan por todas partes y acaban por adorarle. Naturalmente, las contradicciones abundan en cada página del libro; pero esas contradicciones no son para el indo. Su pensamiento está formado en otro molde que el nuestro. Nuestra lógica europea no existe para él. No hay uno solo de esos libros, desde las antiguas epopeyas del *Ramayana* y del *Mahabharata*

hasta las obras filosóficas á que hemos hecho más arriba alusión, que no esté lleno de prodigiosas contradicciones. La lógica no falta siempre, sin duda; pero esta lógica es toda femenil. Llevada á veces al extremo en sus deducciones, jamás se preocupa de las contradicciones.

Es preciso, pues, cuando se quiere comprender el budismo, tener en cuenta, al lado de las especulaciones filosóficas que se le han sobrepuesto, la multitud de dioses, de los que no sabrían prescindir las religiones de la India. Buda no se propuso conmovier el Panteón brahmánico, pues no quiso, contrariamente al error tantas veces repetido, destruir el sistema de castas. Predicó la fraternidad entre los hombres de las diversas castas, pero sin jamás perseguir la supresión de esas castas. Ningún reformador habría sido bastante potente para remover esta piedra angular de la constitución social de la India.

Lo que precede demuestra fácilmente que el budismo no fué sino una simple evolución del brahmanismo, puesto que conservó todos los dioses y no cambió sino la moral. Sólo sin duda al cabo de varios siglos se diferenció con alguna claridad del antiguo culto; dudoso es que en sus comienzos se lo considerase como un culto nuevo. Nada indica que Asoka creyera jamás profesar una religión nueva. Apenas si nombra á Buda una ó dos veces en los numerosos edictos religiosos de que este rey cubrió la India y de los que ha llegado á nosotros gran número. Recomienda la mayor tolerancia para todas las sectas religiosas, y el budismo debió entonces presentársele simplemente como una de ellas, estimable sobre todas por el espíritu de caridad del célebre príncipe que la había fundado.

Probaremos pronto que el budismo desapareció en la India por absorción gradual en el antiguo brahmanismo. En las comarcas distintas de la India donde se estableció, Cambodge, Birmania, etc., le acompañó igualmente el Panteón brahmánico; pero no habiendo jamás reinado antes allí este Panteón, no había brahmanes interesados en otorgarle la supremacía, y Buda conservó siempre el lugar preponderante que perdiera en

la India. Se ha discutido durante mucho tiempo sobre si los monumentos de Angkor eran búdicos ó bracmánicos, á causa de la mezcla que en ellos se observa de emblemas búdicos y sivaicos. No se habrían producido ciertamente tales discusiones si los sabios que habían observado los monumentos de Cambodge hubieran al mismo tiempo estudiado los de la India, los del Nepal sobre todo. Habrían encontrado la misma mezcla de los dos cultos. La habrían, por otra parte, observado igualmente en una comarca vecina, la Birmania. M. Whéeler, antiguo funcionario inglés en esa comarca, hace observar que los birmanes budistas se sabe que adoran también los dioses védicos y principalmente á Indra y Brahma, y que el rey de Birmania sostiene bracmanes en su corte. Hace también notar que los khanes mogoles del Asia, en las cercanías del monte Altai, adoran aún los dioses védicos.

Los hechos que acabamos de exponer prueban claramente que



NAGDA - Columna del templo de Banka

el abismo profundo que se suponía que separaba el budismo del brahmanismo, cuando no se conocía al primero sino por los libros, no ha existido jamás. Sólo el prejuicio de esa separación ha podido impedir que se vea el apretado lazo que los liga. Uno de los más perspicaces observadores europeos que han habitado la India, Hogdson, citando ciertas imágenes sivaicas que se ven en los templos búdicos de la India, se atormenta para intentar justificar su presencia. «No podría admitirse ni por un instante — dice — la fusión entre dos cultos tan profundamente separados como el cielo y la tierra.» Hogdson era entonces, no obstante, residente inglés en el Nepal, y no tenía más que mirar á su alrededor para ver hasta qué punto los dioses búdicos y brahmánicos estaban mezclados en los templos de la comarca que él habitaba. Pero en esa época las dos religiones estaban consideradas como muy distantes para que la idea de que tuvieran algo de común pudiese nacer en su espíritu.

Este ejemplo de una doctrina preconcebida ocultando la evidencia es tanto más curioso, cuanto que dicha doctrina está expuesta en un trabajo (*On the extreme resemblance that prevails between many of the symbols of buddhisme and sivaism*) en que se demuestra con numerosos ejemplos cómo los mismos letrados indios confunden las imágenes brahmánicas y búdicas que encierran los antiguos templos (1). La razón de esta confusión es fácil de comprender remitiéndose á lo que dejo dicho de la fusión que acabó por producirse entre el budismo y el brahmanismo.

(1) La analogía entre las imágenes y los emblemas de los dos cultos se presenta en muchos templos. Se hallará, por ejemplo, en uno de los grabados del tomo segundo una estatua de un templo de Badami, del siglo vi de nuestra era, representando á Vishnu sobre la serpiente Ananta, del todo idéntica á la representación de Buda sentado sobre una serpiente, tal como se le ve en los bajos relieves de Amravati, del siglo v ó vi de nuestra era. He visitado en Gaya un templo brahmánico llamado de Vishnu Pad (templo del pie de Vishnu), donde se adora la supuesta huella del pie de Vishnu, absolutamente como los budistas adoran la huella del pie de Buda. En este último caso ha habido substitución de un nombre por otro. Los ejemplos de esta clase existen por millares en la India.

5.º — DESAPARICIÓN DEL BUDISMO EN LA INDIA

Nadie ignora que después de haberse propagado de la India al resto del Asia, de haber invadido la China, la Tartaria rusa, la Birmania, etc., el budismo, hoy religión de quinientos millones de hombres, es decir, de una tercera parte del género humano, desapareció casi enteramente del país en que nació hacia el séptimo ú octavo siglos de nuestra era. No ha subsistido en la India sino sobre las dos fronteras extremas de la península: en el Nepal en el Norte, y en Ceylán en el Sur. Los libros indos guardan absoluto silencio sobre esta desaparición y ha sido preciso para explicarla recurrir á la hipótesis de persecuciones violentas. Admitiendo que el carácter tan tolerante de los indos sea compatible con la idea de persecuciones religiosas, y que las persecuciones puedan destruir una religión en lugar de facilitar su propagación, conforme á lo que nos enseña la historia; admitiendo, digo, estas hipótesis inverosímiles, aún se hallará la siguiente dificultad: ¿Cómo en un país dividido, como lo estaba en otro tiempo la India, en un centenar de pequeños reinos, todos los príncipes á la vez se decidirían bruscamente á renunciar á la religión practicada por sus antepasados desde siglos y obligarían á sus súbditos á practicar otra?

He comenzado á entrever la causa de la transformación del budismo así que me he puesto á estudiar los monumentos de la India; he comprendido claramente el mecanismo desde que he visitado el Nepal, y he comprendido entonces cuán erróneas eran las explicaciones dadas hasta aquí. Después de haber estudiado atentamente la mayor parte de los monumentos importantes de la India, he llegado á la conclusión de que el budismo ha desaparecido simplemente porque gradualmente se ha fundido en la religión de que nació.

Esta transformación se ha operado de modo muy lento; pero en un país en que no hay historia, en el que se hallan á veces períodos de cinco á seis siglos de los que no sabemos absoluta-

mente nada, no existe medio alguno de relacionar los términos extremos de las fases que se nos aparecen bruscamente. Estamos en cuanto á ellos en la situación de los antiguos geólogos que comprobando las inmensas transformaciones que han sufrido las diversas capas del globo, y no viendo los períodos intermedios de esas transformaciones, suponían que eran el resultado de violentos cataclismos. Una ciencia más adelantada les ha demostrado, no obstante, que esas transformaciones gigantescas se han producido por una serie de evoluciones insensibles.

Los monumentos de la India nos revelan claramente, cuando se examinan con algún cuidado los bajos relieves y las estatuas de que están cubiertos, la historia de la transformación del budismo. Nos enseñan cómo el fundador de la religión que desdeñaba todos los dioses se convirtió él mismo en dios y acabó, después de no haber figurado en ningún templo, por figurar en todos los santuarios; cómo se confundió gradualmente con las antiguas divinidades brahmánicas, y cómo, después de haber dominado su multitud, acabó un día por no ser más que una divinidad accesoria y desapareció finalmente entre su número.

A fin de hacer indiscutible la teoría que acaba de ser expuesta para explicar el proceso de la transformación y, por consecuencia, de la desaparición del budismo en la India, sería preciso poder transportarse al siglo VII aproximadamente de nuestra era, ó bien descubrir una comarca que estuviese en una fase correspondiente á la que atravesó la India en esa época. Según esto, el Nepal, una de las cunas del budismo, es la región que mejor ha resistido á las causas de transformación que le amenazaron por todas partes cuando estuvo en contacto con el antiguo brahmanismo. Esta comarca atraviesa precisamente ahora la fase en que el budismo se había ya mezclado con el brahmanismo, sin haberse aún fusionado con él. Los dioses indos y búdicos están de tal modo mezclados en los templos del Nepal, que es frecuentemente imposible determinar á qué culto pertenece un templo. Esto es lo que han reconocido por otra parte, pero sin lograr explicarlo, los contados sabios ingleses que han estudiado el Nepal.

El hecho, que parece tan inexplicable cuando no lo esclarece el estudio de los antiguos monumentos de la India, es por lo contrario muy fácil de notar cuando se los ha examinado con atención. Se comprueba en efecto, como decía más arriba, que la misma confusión de divinidades se ha producido en todas partes en un determinado período, y se comprende fácilmente entonces



OMKARGAL. — Columnata del templo de Siddeswaha. (Probablemente del siglo XII.)
(Escala de las columnas del segundo plano, 16 milímetros por metro.)

cómo antiguos templos pueden ser atribuidos hasta por sabios indos lo mismo á un culto que á otro.

La misma explicación nos hace comprender el hecho, tan raro en apariencia, de templos búdicos, jainicos ó brahmánicos contruidos al lado los unos de los otros durante los mismos períodos.

Si uno se remite á la fase en que los dos cultos, ya bien mezclados, estaban cerca de la confusión, se comprende fácilmente que un soberano les distribuyera sus liberalidades con tanta

imparcialidad como podía hacerlo un rey de la Edad media respecto de iglesias consagradas á distintos santos.

No nos queda más que un relato de un viajero en la India, relativo á la época á que aludimos, el del peregrino Hiuen-Tsang, y vemos en él precisamente á un soberano indo, con ocasión de una fiesta, repartir igualmente sus liberalidades entre los cultos dominantes entonces, haciendo regalos el primer día á los sectarios del budismo, y el segundo á los sectarios del brahmanismo. Se estaba ya, pues, en esa fase en que esos cultos diversos eran muy conciliables; fase que precedió á la en que se reunieron en uno solo. El estudio de la religión actual del Nepal demuestra fácilmente cómo se operó esa fusión.

La fecha de la introducción del budismo en el Nepal es muy antigua. Según las tradiciones, Buda había ido allí en persona. En los antiguos monasterios del Nepal es sin duda donde se han descubierto los más antiguos manuscritos sobre la religión búdica. Según las mismas tradiciones, Asoka, rey de Magadha, que reinó en el siglo III antes de Jesucristo, había hecho una peregrinación al Nepal para visitar los templos de Sambunath, Pashpatti, etc. Él era, según ellas, el fundador de la ciudad de Patán, de la que el nombre newar es Lalita-Patán, supuesta corrupción de Paliputra, nombre que llevaba en la India la capital de Asoka. Varios templos en forma de túmulos se le atribuyen desde tiempo inmemorial.

El Nepal fué, pues, una de las cunas del budismo, y esta religión reina allí hace más de dos mil años. Si el aislamiento de esta región de la India ha preservado al budismo de la desaparición observada en el resto de la península, no le ha impedido — las mismas causas producen siempre los mismos efectos — sufrir transformaciones análogas á las que le han hecho desaparecer en otras partes. En razón de las circunstancias en que se halla el Nepal, el proceso de la desaparición ha sido más lento, y gracias á su lentitud podemos darnos cuenta de lo que era el budismo en la India hacia el siglo VII ú VIII de nuestra era, cuando sus antiguas instituciones monacales habían desapare-

cido, cuando las funciones sacerdotales se habían hecho de nuevo hereditarias y las antiguas divinidades habían recobrado su imperio.

Budismo y brahmanismo forman hoy en el Nepal, como en la India en el siglo VII, dos religiones nominalmente distintas, pero teniendo la una para la otra esa tolerancia que, según los hechos señalados más arriba, debía existir en el resto de la India antes de la fase de desaparición del budismo. Esta tolerancia, que explica suficientemente la analogía de las dos creencias, va tan lejos que los sectarios de los dos cultos tienen, como veremos, un cierto número de pagodas, de divinidades y de fiestas comunes.

En vez de considerar, con ciertas sectas filosóficas búdicas, el mundo como formado únicamente de una materia eterna, dotada de propiedades creadoras y constituyendo la sola divinidad del universo, el budismo del Nepal propone á la adoración de sus fieles una trinidad suprema. Comprende esa trinidad: 1.º, Adi-Buda, que es el principal personaje y representa el espíritu; 2.º, Dharma, que representa la materia; 3.º, Sangha, que representa el mundo visible producido por la unión del espíritu y de la materia. Esta trinidad, bastante parecida, como se ve, á la trinidad brahmánica, Brahma, Vishnu y Siva, tiene por símbolo un triángulo con un punto en su centro. Este centro es el emblema de Adi-Buda, considerado en definitiva como la primera causa.

Más abajo de esta trinidad superior se hallaban colocados los dioses del antiguo Panteón brahmánico, Vishnu, Siva, Ganesa, Laksmi, etc. Simples emanaciones de la potencia suprema, están por ella creados para gobernar el mundo. Despojados de la jerarquía superior que poseían en la religión brahmánica, ocupan, no obstante, un lugar todavía bastante elevado para tener derecho á la adoración de todos los mortales.

Las teorías de los budistas del Nepal sobre el alma humana no difieren sensiblemente de las antiguas teorías brahmánicas. El alma del hombre es considerada, como por otra parte la de todos los animales, como una emanación de Adi-Buda, y después

de numerosas transmigraciones, debe volver al seno del ser supremo de que emanó.

La terminación de esa larga serie de transmigraciones por la absorción en el seno de Adi-Buda, es el fin supremo ofrecido como recompensa á todos los fieles. El número y la naturaleza de esas transmigraciones dependen de la conducta durante la vida; los actos de los hombres determinan fatalmente su futuro destino.

En cuanto al propio fundador del budismo, es considerado, lo mismo que los otros Budas que se supone haberle precedido, como un santo personaje purificado por largas existencias anteriores y á punto de llegar á la absorción suprema.

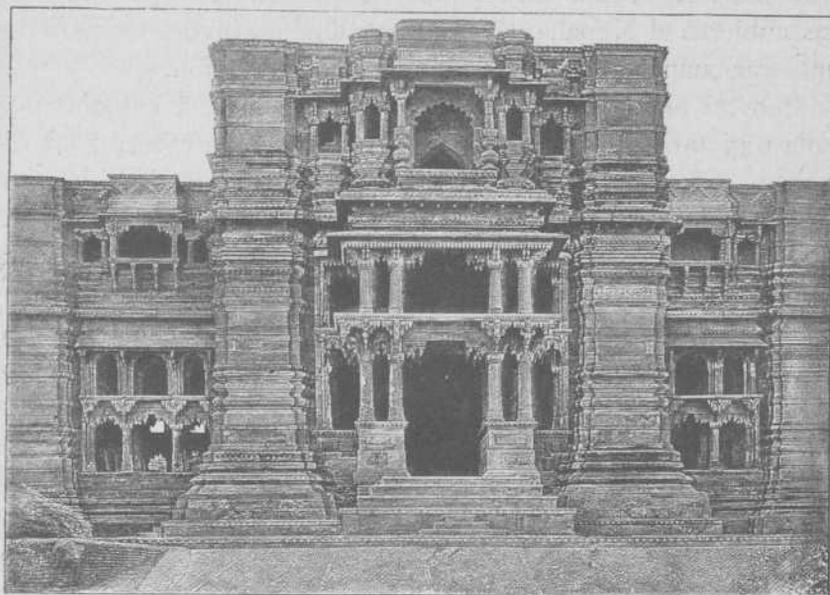
Los más importantes pueblos del Nepal, el de Sambunath principalmente, están dedicados á Adi-Buda. En todos la trinidad búdica (Buda, Dharma y Sangha) está representada en la forma de estatuas sentadas con las piernas cruzadas sobre una hoja de loto; Buda con dos brazos; Dharma y Sangha tienen generalmente cuatro. De esta trinidad, Dharma sólo, la diosa de la materia, está representada con rasgos de mujer.

Después de la trinidad búdica, los objetos de adoración más frecuentes son las imágenes del fundador del budismo y de sus predecesores divinos ó mortales. Después vienen los dioses del Panteón indo: Mahenkal, encarnación de Siva; Kali, esposa de Siva; Indra, rey del cielo; Garuda, dios con cabeza de pájaro, soberano de los pájaros; Ganesa, dios con cabeza de elefante, divinidad de la sabiduría, etc. Este último es uno de los más venerados, su imagen se encuentra á la entrada de todos los templos, y por la adoración de esta divinidad puramente bracmánica comienzan todas las ceremonias búdicas.

El *lingam* indo ha sido igualmente adoptado por los budistas del Nepal, pero alterando enteramente su significación. En vez de considerarlo como el símbolo del poder creador varonil de Siva, se lo considera como el emblema del loto, en el cual Adi-Buda se manifestó bajo la forma de una llama á los budistas. Su forma se ha modificado igualmente. Cuatro figuras de Budas es-

tán esculpidas sobre sus partes laterales y su remate está ornado con los *chaytias* búdicos.

Se ve, según lo que antecede, cuán mezclado de brahmanismo está el budismo del Nepal. La religión de la población que se llama bracmánica está igualmente mezclada con influencias búdicas. Buda está frecuentemente representado en los templos



BINDERABUN. - Templo de Gobindeo. (Siglo XVI.)

(Altura de la fachada, 14 metros)

dedicados á Siva, y muchos templos que contienen divinidades comunes á las dos religiones son igualmente frecuentados por los sectarios de los dos cultos.

Esta fusión de las dos religiones que se observa en los templos se la encuentra también en las leyendas en que la literatura del Nepal abunda y en las fiestas religiosas. En estas últimas es imposible distinguir si son búdicas ó bracmánicas. Los peregrinos visitan, por otra parte, con igual confianza los templos de las dos religiones.

Tal es actualmente el budismo en el Nepal; y puede adivinarse fácilmente por lo que precede, que dentro de dos ó tres siglos se habrá fundido enteramente con el brahmanismo. El viajero del porvenir que ignore la fase de evolución que este país atraviesa ahora podrá, como lo hacen los escritores modernos respecto del budismo de la India, atribuir su desaparición á causas violentas. Las ruinas de templos, de que estará, sin duda, entonces cubierto el Nepal, podrán ser igualmente invocadas para demostrar cuán violenta fué la supuesta persecución.

Pero si el viajero que imagino no se limita á estudiar una sola región de la India, y tiene la paciencia de recorrer las diversas comarcas de la inmensa península, la noción de evolución religiosa penetrará lo bastante en su espíritu para hacerle incapaz de cometer tal error. Desde este punto de vista el estudio de la India lleva consigo esa noción con ventaja sobre el de todos los libros de historia. Es el solo país del globo donde por una sencilla mutación puede volverse á ver toda la serie de formas sucesivas que ha atravesado la humanidad desde las edades prehistóricas hasta los tiempos modernos. Este estudio vivo revela rápidamente al observador las transformaciones anteriores sufridas por las instituciones y las creencias, de que los libros no nos enseñan de ordinario sino fases extremas.

6.º — LAS ESPECULACIONES FILOSÓFICAS DEL BUDISMO

Paralelamente al budismo se han desenvuelto sectas filosóficas, análogas á las que se desenvolvieron durante los tiempos brahmánicos. Las doctrinas de esas sectas no ofrecen, como ya hemos dicho, ninguna idea nueva; pero como algunas de sus obras han tenido la fortuna de ser traducidas en Europa y tomadas por el propio budismo, no carecerá de interés resumir rápidamente su espíritu.

El fondo general de esas especulaciones es la proclamación de la universal vanidad de las cosas; vanidad de las cosas de la tierra y vanidad de las cosas del cielo. Todos los seres son sim-

ples apariencias, fenómenos en camino de desaparecer, semejantes á la espuma que se forma por un instante en la superficie del agua. «No hay ni hombres, ni mujeres, ni creación, ni vida, ni nada; estas condiciones no tienen realidad alguna. Todas son producto de la imaginación. Todas son semejantes á una ilusión, semejantes á un sueño, semejantes á cualquier cosa ficticia, semejantes á la imagen de la luna reflejada en el agua.»

En esta doctrina filosófica, cuyo atrevimiento no ha sido jamás superado por los europeos, no hay dios creador y anterior al mundo. La naturaleza es un encadenamiento infinito – infinito en el porvenir y el pasado – de creaciones y destrucciones, de descomposiciones y reconstituciones perpetuas, de causas movibles que son efectos y de efectos que son causas, de fenómenos sin principio y sin fin.

Después de suprimir la idea de la creación, los filósofos budistas suprimieron igualmente la concepción fatalista del destino, que domina todas las religiones helénicas. No hay destino que dirija los seres. El destino futuro de cada criatura está únicamente determinado por su conducta. La ley moral encadena los acontecimientos. Sólo los actos, ó por lo menos las consecuencias de esos actos, son eternos. Después de una serie de resurrecciones puede por el mérito llegarse al bien supremo de no ser, hacerse insensible á las lágrimas y al dolor, entrar en el Nirvana, y encontrarse así definitivamente libre de la necesidad de revestir nuevas formas.

Los libros de filosofía búdica indican la serie de reflexiones por las cuales se llega al convencimiento de la ilusión de las cosas. Después de haberse elevado á la idea de forma, de resistencia y de diversidad, el budismo alcanza en su meditación la región del infinito en espacio. Elevada á la idea de lo infinito en espacio, llega á la idea de lo infinito en inteligencia. Elevada sobre la idea de lo infinito en inteligencia, llega á la región donde nada existe. Elevada sobre la región donde nada existe, llega á la región donde no hay ideas ni ausencia de ellas. Elevada sobre la región donde no hay ideas ni ausencia de ellas, llega á

la cesación de la idea y de la percepción. Es entonces neutra en cuanto á las ideas, neutra en cuanto á la concepción de las ideas. No concibe más, no afirma siquiera que no hay nada, pues esta afirmación sería aún algo. En la región serena á que así se ha elevado, «el nombre de Buda no es más que una palabra, y Buda mismo es semejante á una ilusión, semejante á un sueño.»

Estas aserciones filosóficas, de las que no discutiré ciertamente siquiera la profundidad, conducen á veces á sus autores á tesis que no son evidentemente sino puros ejercicios de lógica. En todas las cuestiones los filósofos budistas llegan á responder desde luego por la afirmación, después por la negación, después de una manera que no es la negación ni la afirmación. A una pregunta como esta, por ejemplo: «¿Buda existe después de muerto ó no existe después de muerto?,» responde: «Buda existe después de muerto, Buda no existe después de muerto; Buda no es más existente que no existiendo después de la muerte.»

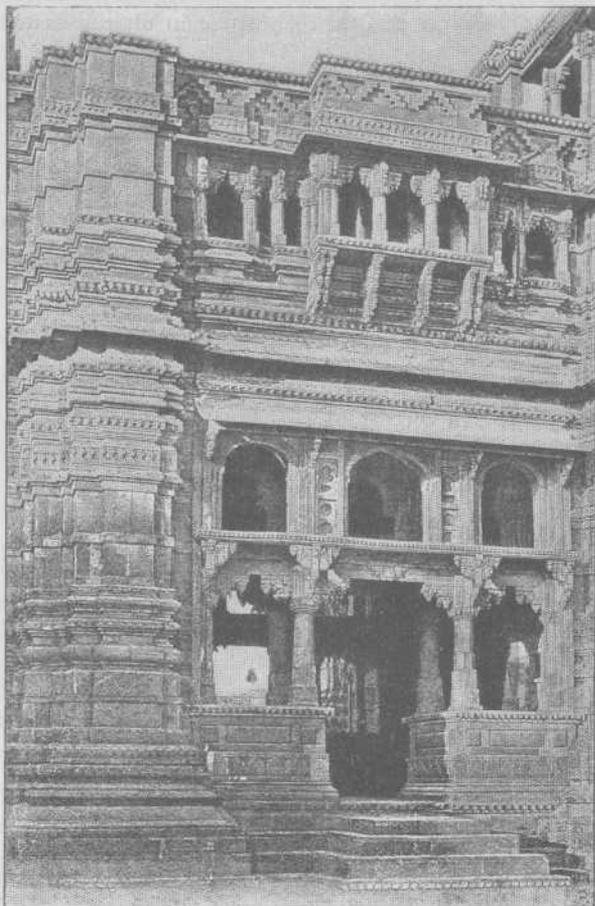
Europeos persuadidos, como los apóstoles de Zakya-Muni, de que el mundo ha de hacerse budista — lo que por otra parte nada tiene de imposible, — han extraído de las especulaciones de los filósofos budistas un catecismo que, aunque aprobado por el gran sacerdote de Sripada en la isla de Ceylán, lleva visiblemente la huella de las ideas modernas. No estoy muy seguro de que el gran sacerdote que lo ha aprobado lo haya comprendido gran cosa, é imagino que le habrían hecho aprobar sin gran dificultad tesis contrarias tomadas igualmente en los libros búdicos; pero como en definitiva ese pequeño trabajo representa en estilo claro lo que puede sacarse de más preciso de las tesis filosóficas búdicas, y esas tesis parecen haber sido adoptadas por una secta budista importante llamada budismo del Sur, reproduciremos los pasajes más esenciales.

57. *¿Cuál es la luz que puede disipar nuestra ignorancia y alejar todas nuestras penas?*

El conocimiento de lo que Buda ha llamado las «cuatro nobles verdades.»

58. *Decid esas cuatro nobles verdades.*

- 1.^a Lo mísero de la existencia.
- 2.^a La causa de lo mísero, que es el deseo de satisfacerse, siempre renovado, jamás satisfecho.
- 3.^a La destrucción ó el vencimiento de ese deseo.



BINDERABUN. — Detalles del templo de Gobinddeo
(Altura del pilar de la izquierda, 14 metros.)

- 4.^a Los medios de obtener esa destrucción del deseo.
65. *Cuando la salud está conseguida, ¿a qué llegamos?*
Al Nirvana.
66. *¿Qué es el Nirvana?*
Una condición en que todo cambio cesa, donde el reposo es perfecto, con la ausencia de deseos, de ilusiones y de penas, con obliteración total de todo lo

que hace el hombre físico. Antes de llegar al Nirvana el hombre renace constantemente; desde que ha llegado no renace más.

69. *¿Nuestros méritos ó nuestros defectos influyen en el estado, la condición ó la forma en que debemos renacer?*

Sí, la regla general es que si tenemos un exceso de méritos, renacemos bien y felizmente; en caso contrario, nuestra reencarnación ulterior es atormentadora, llena de sufrimientos.

122. *¿En qué difieren los sacerdotes budistas de los sacerdotes pertenecientes á otras religiones?*

En las otras religiones los sacerdotes se llaman intercesores entre los hombres y Dios para ayudar á obtener el perdón de los pecados; los sacerdotes budistas no reconocen ni esperan nada de un poder divino; pero deben gobernar su vida según la doctrina de Buda y mostrar el verdadero camino á los demás. Los budistas consideran la idea de un Dios *personal* como una sombra gigantesca lanzada sobre el vacío del espacio por la imaginación de los hombres ignorantes.

128. *¿En qué difiere esencialmente el budismo de lo que es una religión propiamente dicha?*

El budismo del Sur enseña la más alta bondad sin un dios, la continuidad de la existencia sin lo que lleva el nombre de alma, la felicidad sin un cielo objetivo; un método de salud sin un salvador delegado; la redención por sí mismo, sin ritos, plegarias, penitencias, sacerdotes ó santos intercesores; en una palabra, el *summum bonum* que puede conseguirse en esta vida y en este mundo.

135. *¿Enseña el budismo la inmortalidad del alma?*

La escuela del Sur considera el «alma» como una palabra empleada por el ignorante para expresar una idea falsa. Si todo está sujeto á cambio, el hombre está en él comprendido, y cada una de sus partes materiales debe cambiar.

Lo que está sujeto á cambiar no es permanente.

No puede, pues, emanar una supervivencia inmortal de una cosa mudable.

136. *Si la idea de un alma humana debe ser rechazada, ¿qué es lo que da al hombre la impresión de su permanente individualidad?*

Es *Tanha*, el deseo insaciable de vivir.

Realizado por el ser lo que ha de hacerle digno de recompensa ó de castigo en el porvenir, y en posesión del *Tanha*, se reencarna bajo la influencia de Karma.

137. *¿Qué es lo que renace?*

Otra agregación de *skandas* ó una personalidad nueva procedente de las últimas disposiciones de la persona muriente.

144. *¿Esta nueva agregación de skandas, esa nueva personalidad es el mismo ser que el del nacimiento precedente, vuelto á la existencia terrestre por Tanha?*

En un sentido sí, en otro no.

Durante el curso mismo de nuestra vida actual, los *skandas* cambian completamente, y mientras que A, de edad de cuarenta años, por ejemplo, es la misma persona que á los diez y ocho, sin embargo, por las pérdidas y las reparaciones continuas de su cuerpo, por el cambio de su inteligencia y de su carácter, es, si se quiere, otra distinta.

Y sin embargo, todavía el hombre de edad sufre justamente las consecuencias buenas ó malas de los actos que ha perpetrado en los primeros tiempos de su vida.

De igual modo, el ser nuevo, proveniente de un renacimiento, siendo en suma el mismo individuo que anteriormente, con un simple cambio de formas, ó una nueva agregación de *skandas*, soporta juntamente las consecuencias de las acciones realizadas por él en su precedente existencia.

Terminado este extracto y como conclusión de cuanto precede, repetiré aún lo que decía más arriba: que el budismo, tal como existió en la India durante el período búdico y tal como los monumentos nos lo revelan, fué del todo diferente á las doctrinas filosóficas que acabamos de exponer. Tienen éstas ciertamente menos relación con él, que el cristianismo tiene con el paganismo greco-romano. El verdadero budismo fué el más politeísta de todos los cultos de la India, puesto que no hizo en realidad otra cosa que agregar divinidades nuevas al Panteón brahmánico. El budismo tal como nos lo revelan los monumentos es una religión; el budismo tal como nos lo explican ciertos libros posteriores á Buda en seis siglos lo menos, es una doctrina filosófica. Esas dos concepciones, separadas por un abismo tan profundo como el que separa el deísmo del ateísmo, no tienen de común sino el nombre.

7.º — LA SOCIEDAD BÚDICA

Si queremos darnos cuenta de la bienhechora influencia que la moral budista ejerció sobre la sociedad, tenemos que recurrir á los edictos de Asoka. Están llenos de preceptos encaminados á hacer reinar la concordia, la paz y la caridad entre los hombres. No constituyen de ningún modo un código político tal como lo entendemos hoy; forman una serie de leyes de carácter religioso en que la voluntad del príncipe llega hasta los corazones mismos de sus súbditos y los quiere sencillos, buenos y bien dispuestos como el suyo, que arde en amor por los dioses y por todas las criaturas.

Tres rasgos característicos separan los edictos de Asoka de

las leyes de Manu. A saber: 1.º, una benevolencia universal, que se extiende hasta los animales y prohíbe su muerte; 2.º, el espíritu de igualdad invitando á todas las castas á escuchar la predicación religiosa y á aceptar sus promesas; 3.º, en fin, la tolerancia, que ve en la multitud de sectas religiosas el variado esfuerzo de la humanidad hacia el ideal absoluto y que las respeta todas.

En la sociedad brahmánica eran los animales objeto de ciertos cuidados, como animados también en cierto grado por el alma suprema y como representando las formas bajo las cuales las faltas de los hombres los condenaban frecuentemente á renacer. No tenían, sin embargo, escrúpulo alguno en matarlos. La caza era una de las principales distracciones de los reyes y de los kchatryas, y los sacrificios sangrientos se practicaban generalmente. Asoka puso fin á este estado de cosas.

«Cada día — dice uno de sus edictos — cientos de animales son muertos con loables intenciones, y este piadoso edicto reconoce que existe en efecto el derecho de matarlos con un fin útil. Pero como es difícil determinar la intención y el fin, lo mejor es abstenerse, y en adelante no debe ser inmolado un solo animal.»

Se adoptaron medidas para asegurar el bienestar de los animales al mismo tiempo que el de los hombres.

«Las hierbas útiles á los hombres, como las que son útiles á los animales, serán transportadas y plantadas en los lugares en que no crecen naturalmente; lo mismo se hará con los árboles frutales, y á lo largo de las vías públicas se cavarán pozos y se plantarán árboles para disfrute de los hombres y de los animales.»

Bajo el brahmanismo primitivo, solamente los hombres dos veces nacidos, es decir, los de las tres primeras castas, eran llamados á disfrutar de las ventajas de la religión y á entender sus enseñanzas. Al Sudra que escuchase la predicación de un brahmán ó la lectura de los libros santos debía echársele en los oídos aceite hirviendo.

Véase ahora cómo se expresaba Asoka:

«Ministros de la religión irán á predicar á los guerreros, á los brahmanes, á los

mendigos, á los destituidos y á los demás sin ningún obstáculo, para alegría de los que están bien dispuestos y devolver la libertad á los que están prisioneros. Y los piadosos predicadores llevarán las palabras de prudencia y de satisfacción á mis hermanos y á mis hermanas, enardeciendo á los que son caritativos y redimiendo á los que gimen bajo el yugo del pecado, hasta los más extremos límites de mi imperio.»

Los más admirables preceptos de tolerancia están, en fin, inscritos en las leyes de Asoka.

«Luego - dice - ved la raíz y la substancia de nuestra doctrina: seguir la propia religión y de ningún modo injuriar ó despreciar la religión de otro. Que el respeto de las cosas religiosas subsista á despecho de la diferencia de creencias, pues obrando así se aumenta la propia fe y se fortifica la de los otros. En cada forma de religión se hallan enseñanzas buenas de practicar. El bienquisto de los dioses considera que ningún don es indiferente para el aumento de la fe y de la perfección. Por tanto, este es el objeto de todas las religiones.»

El budismo no parece que se sostuviera mucho tiempo religión del Estado como bajo el reinado de Asoka. Un siglo después de este príncipe se ve á algunos de sus sucesores volver al brahmanismo. Con todo, la nueva religión debía continuar dominante y popular durante seis ó siete siglos. Florecía aún en el tiempo del viaje emprendido á la India por el peregrino chino Fa-Hian, de 399 á 414 después de Jesucristo. Doscientos años después Hiuen-Tsang, que le siguió, comprobó la decadencia en que el budismo había caído y vió por todas partes sus templos y sus conventos abandonados y en ruinas. Aproximadamente mil años después de Asoka, el brahmanismo lo había definitivamente substituído, y el budismo había desaparecido como religión de la India. Como principio de moral, no obstante, no debió perecer. Su influencia se ha mantenido hasta nuestros días. Ella es quien ha dado origen al neo-brahmanismo, religión actual de los indos, que estudiaremos pronto.

Para visitar los lugares venerados donde Buda había nacido, había vivido, había sufrido la tentación y había pecado; para consultar á los sabios doctores y para copiar los libros santos emprendió el chino Fa-Hian su viaje á la India cuatro siglos después de Jesucristo.

Estaba entonces el budismo en su apogeo. El Pundjab, el valle del Ganges estaban cubiertos de *viharas* ó conventos á los cuales venían por millares los monjes á instruirse en todos los misterios de la religión y á entregarse á la meditación continua y profunda, goce anticipado del Nirvana. Estaban esos establecimientos sostenidos por los abundantes donativos de los fieles y por la generosidad de los reyes. Eran los centros de la autoridad y del saber. Un silencio austero reinaba en ellos, así como un orden perfecto y una regularidad absoluta en las costumbres diarias. Fa-Hian, que recibió hospitalidad en uno de esos monasterios, vió los tres mil monjes que lo habitaban reunirse para su comida sin oír el timbre de su voz ó el ruido de los utensilios de que se servían; su dignidad, la decencia y la gravedad de su manera de conducirse le llenaron de admiración.

Formáronse numerosas sectas, que se relacionaban con grandes escuelas, las del Pequeño y del Grande Vehículo. El Gran Vehículo representaba más bien la filosofía búdica, y el Pequeño Vehículo su moral. Formáronse las leyendas, crecieron, hicieron artículos de fe, organizóse un culto, y aunque ninguna religión se prestaba menos á las ceremonias exteriores, se multiplicaron las fiestas y las procesiones; las imágenes, las reliquias, las flores, los perfumes, daban poco á poco cuerpo á esa vida, imposible de comprender para la imaginación popular, que forma el fondo de la filosofía búdica.

En la constitución social y en las costumbres, la nueva religión se manifiesta por el suavizamiento de las penas, por la disminución de los impuestos, por una gran facilidad en las relaciones, por una especie de expansión general en que hallaba su centro el natural apacible y feliz del indo. Las castas subsistían como antes, separadas de hecho, pero fundidas moralmente en un hermoso espíritu de tolerancia y de dulzura. Aliviábanse las miserias, elevábanse hospitales por todas partes, y, signo de la fraternidad que une á todos los seres, varios de esos establecimientos estaban destinados á los animales.

Estos rasgos principales de la sociedad inda, tal como apare-

ciáanse á Fa-Hian, son los que caracterizan aún todos los países búdicos. Se han atenuado más tarde en la India bajo la influencia del brahmanismo renaciente, y habían perdido ya la frescura de sus primeros días cuando Hiuen-Thsang, á su vez, realizó su peregrinación en el siglo VII. El orgullo de los bracmanes marchitó esa frescura al mismo tiempo que contrarrestó las tendencias igualitarias de la nueva religión. La lucha moral contra el



ODEYPUR. — Palacio de Maharana (siglo XVII). Detalles de la fachada que da al gran patio

budismo les fué ya favorable; la necesidad que tienen todos los pueblos, y sobre todo el pueblo indo, de divinidades personales y visibles llevó poco á poco las masas al antiguo culto. En muchas provincias los viharas y los templos búdicos caían en ruinas y Buda ocupaba en las pagodas un lugar no siempre preeminente al lado de Vishnu y de Siva. Paliputra, la antigua metrópoli del budismo, estaba devastada y desierta, y Buda-Gaya misma, el lugar sagrado por excelencia, estaba habitado solamente por bracmanes.

Se habían producido cambios en el mismo sentido en lo to-

cante á la organización social. Mientras que Fa-Hian habla de la libertad de los labradores y de la insignificancia de las cargas que pesaban sobre ellos, Hiuen-Thsang, menciona el impuesto del sexto, restablecido sin duda desde entonces como en tiempo de Manu.

En cuanto á la justicia, las penas se conservaron sin embargo, generalmente, ligeras; se recurría con todo frecuentemente á las pruebas del agua, del fuego y del veneno, análogas á nuestros juicios de Dios de la Edad media.

Sorprendió á Hiuen-Thsang la escrupulosa honradez, la benevolencia, la caridad y el espíritu de tolerancia de los indos. Presenta como ejemplo las diversiones públicas que reunían por millares los hombres de todas las sectas y castas, y durante las cuales el rey distribuía á todos, á los bracmanes como á los sudras, á los budistas como á los heréticos, abundantes dones.

Pará instruirse completamente en la filosofía búdica Hiuen-Thsang residió cinco años en el vihara de Nalanda, el más renombrado de la India y que contaba hasta diez mil monjes. El peregrino chino atravesó luego la India hasta Ceylán, y después remontó á través toda la península para volver á su país siguiendo un itinerario semejante al de Fa Hian.

A partir de esta época, es decir, del séptimo siglo después de Jesucristo, el budismo debía declinar rápidamente en la India y desaparecer pronto casi enteramente. Los templos búdicos elevados después del siglo VII son extremadamente raros. Una de las causas que favoreció la desaparición de esta religión en la península fué la multitud de sectas en que se dividió. Hiuen-Thsang cuenta hasta diez y ocho, y compara el ruido de sus discusiones apasionadas al de las olas del mar. Hoy aún, en el siglo XIX, el budismo está lejos de haber llegado á la unidad de culto y de doctrina. Dos grandes escuelas, la del Norte y la del Sur, pretenden á un tiempo la ortodoxia y se llama cada una depositaria de la herencia de Buda.

Resumamos ahora en algunas líneas las ideas principales que se desprenden de este capítulo.

La primera y más importante consiste en que el budismo primitivo no constituyó de ningún modo una religión nueva, sino que fué una simple fase del brahmanismo, del que difirió sólo en su sistema de moral. Fué muy posterior á su nacimiento el desarrollo á ella paralelo de un sistema filosófico. Parece haber germinado de golpe del exceso de los sufrimientos humanos. Buda fué uno de esos grandes solitarios cuya voz remueve profundamente el mundo porque encarnan en sí el despertar de una raza.

En cuanto á la filosofía, sus raíces son más hondas. Nació cuando los ascetas bracmánicos expulsados y enflaquecidos se sostenían inmóviles al pie de los árboles, ensayando absorber todo su ser en una contemplación de increíble fijeza. También ellos, y mucho antes que Buda, habían señalado la nada como fin supremo de los esfuerzos del sabio.

Puesto que el budismo no era una religión y puesto que ninguna raza puede pasarse menos que la inda sin una religión, el brahmanismo debía fatalmente volver á ganar favor y acabar por triunfar, cuando el budismo hubiera operado sobre él su obra de transformación.

En cuanto al budismo que practican todavía hoy quinientos millones de hombres, no hay que ver en él sino una forma del brahmanismo, alejándose tanto más de su tipo primitivo cuanto más se desenvuelve fuera del mundo bracmánico, es decir, del mundo indo. Las diferencias se han acentuado con el tiempo entre las razas extranjeras; y se han borrado, por el contrario cada vez más entre la raza que ha concebido á la vez el brahmanismo y su reforma.

Relativamente á la hipótesis de las persecuciones violentas que habrían hecho desaparecer el budismo en la India, es difícil que esta antigua hipótesis pueda subsistir aún después de los documentos expuestos en este capítulo, si se ha comprendido bien por qué movimiento de entusiasmo espontáneo el budismo ha salido del brahmanismo, y después por qué lento y natural trabajo de los espíritus se ha replegado en él nuevamente.

CAPITULO IV

CIVILIZACIÓN DEL PERÍODO NEOBRACMÁNICO

CUADRO DE LA SOCIEDAD INDA HACIA EL DÉCIMO SIGLO DE NUESTRA ERA

I.º — ELEMENTOS DE RECONSTITUCIÓN DEL PERÍODO NEOBRACMÁNICO

El período que vamos á reconstituir ahora comienza hacia e octavo siglo de nuestra era, cuando el budismo casi desapareció completamente. Después de haber reinado mil años sobre el suelo de la India, la religión de Buda perdió su imperio sobre las almas; y por el hecho solo de que la religión antigua muriera podemos presentir que la sociedad cambiara. La creencia que reemplazó al budismo es el brahmanismo de las antiguas edades, pero profundamente modificado por el culto á que substituyó.

En la época á que llegamos ahora, la constitución política que había favorecido la propagación del budismo, es decir, la reunión de la mayor parte de la península bajo un solo señor, ha desaparecido hace largo tiempo. La India se ha dividido en numerosos pequeños reinos, monarquías absolutas, independientes y de ordinario rivales.

Desde el punto de vista puramente histórico, el período estudiado en este capítulo y que se extiende desde el siglo VIII al siglo XII de nuestra era, ó sea desde la desaparición del budismo hasta la época de las invasiones musulmanas, es de los más oscuros. Sin los monumentos que nos denuncian el esplendor de los reinos que florecieron entonces, sabríamos muy poca cosa. Edificios en ruinas, algunas raras inscripciones, algunas monedas, obras literarias absolutamente sin cronología, he aquí los únicos documentos que han quedado de ese período. Bastan sin

embargo para probar que esa edad nueva no fué menos brillante que la que la había precedido.

Los elementos de reconstitución de la sociedad inda hacia el siglo x de nuestra era son, pues, escasos; permiten con todo reconstituir las grandes líneas de la civilización de que vamos á emprender el estudio.

Los documentos más importantes de este período son los maravillosos monumentos de que está cubierta la India y que no ceden en nada á los de los primeros siglos de nuestra era. Ha podido verse en nuestro anterior capítulo de cuánta claridad son esos libros de piedra que abren sobre el suelo de la India sus páginas gigantescas. Unicamente por ellos podemos darnos cuenta de la transformación profunda que sufrieron las religiones de la India. Las creencias nuevas que vamos á estudiar están constituidas por la base de las antiguas doctrinas sobre las que el budismo había obtenido durante muchos siglos la supremacía. La religión primitiva reaparece, pero profundamente modificada, de una parte por el budismo, y de la otra por el espíritu de las nuevas generaciones. Esta religión, llamada neobracmánica, es la que reina aún hoy; es siempre la religión oficial de la mayor parte de la India moderna. La práctica la ha transformado sensiblemente; pero los dogmas en sí mismos no han cambiado. Estudiándolos tales como hoy se nos presentan, podemos saber con poca diferencia lo que fueron allá hace ocho siglos.

La religión de esta época nos es, pues, suficientemente conocida por los monumentos y por los libros. Los monumentos nos proporcionan igualmente documentos preciosos sobre el estado de la civilización inda en los siglos que precedieron á la invasión musulmana: no nos dan desgraciadamente sino escasas noticias sobre las instituciones políticas y sociales de este oscuro período durante el cual la India acababa de elaborar las costumbres y las creencias que aún hoy presenta.

A falta de indicaciones que no proporcionan ni los monumentos ni los libros, no nos queda más que un medio de represen-

tarnos la constitución política y social de la sociedad inda de esta época, el de averiguar si no quedará en la India alguna región preservada por su aislamiento á toda influencia extranjera y que haya conservado sin alteración sensible la organización de las antiguas edades.

Afortunadamente para nosotros esta región existe, y podemos estudiar su organización precisamente en el instante en que está en camino de desaparecer. Fuera de algunas partes del Dekkán habitadas por razas más ó menos inferiores, no se encuentra en la India entera más que una sola comarca que por su situación geográfica y el carácter independiente de sus habitantes se haya sustraído á las influencias extranjeras y haya conservado sin alteración sensible sus antiguas instituciones y sus costumbres. Esta región es la vasta comarca montañosa que hemos descrito bajo el nombre de Rajputana. Es la única parte de la India gobernada aún por los descendientes de sus antiguos reyes, la única cuyas instituciones primitivas se han conservado á través de las edades y presentan los rasgos visibles de un pasado lejano. Estudiando esas instituciones tales como se ofrecen aún al observador, tendremos, pues, todas las probabilidades posibles de obtener un cuadro fiel de la organización de los reinos de la India, habitados por poblaciones arias, hacia e siglo x de nuestra era.

2.º — LA CIVILIZACIÓN INDA HACIA EL DÉCIMO SIGLO DE NUESTRA ERA

Si pudiésemos juzgar de la civilización inda de los siglos VIII al XII de nuestra era por el desarrollo de sus artes, desarrollo revelado por los grandes monumentos que nos quedan de esa época y por algunas obras literarias, la compararíamos de buen grado con la civilización europea hacia el fin de la Edad media. El arte alcanza entonces en la India su apogeo; los maravillosos monumentos de Khajurao, del Monte Abu, etc., que examinaremos en otra parte, valen por nuestras más hermosas produc-

ciones del arte gótico; son obras espléndidas que no pueden nacer sino en el seno de una nación rica, culta, fomentadora de las artes y pródiga en grandes artistas. La fecha de los monumentos de esta época nos es perfectamente conocida. Son relativamente numerosos en el Norte de la India, desde el Rajputana á las costas de Orissa, y forman en definitiva los más seguros documentos que poseemos. Las obras literarias — dramas y poesías — son igualmente notables; pero no hay que fiarse mucho de ellos, pues es difícil frecuentemente saber, con siete ú ocho siglos de diferencia, en qué época se los escribió. Si consideramos, sin embargo, que en un país que cambia tan poco no importan los siglos á veces apenas más que los años, podemos tomar de los libros algunas noticias, limitándolas por otra parte á generalidades, que comprobaremos en seguida en fuentes más seguras.

Aunque pueda decirse de las grandes epopeyas indas, el *Ramayana* y el *Mahabharata*, que son de todas las edades, pues fueron retocadas y completadas por adiciones sucesivas durante una decena de siglos, su fondo principal es probablemente muy anterior á nuestra era, y no nos proporcionaría, por consecuencia, datos aplicables con seguridad á la época de que nos ocupamos. Los únicos á que es permitido recurrir se hallan sobre todo en las obras de teatro, principalmente las de Kalidasa y de Sandraka. La fecha exacta de su producción es desconocida, pero parece averiguado que fueron posteriores al siglo I de nuestra era y anteriores al X: por otra parte, en lo que tomaremos de ellas no hay nada que no esté conforme con lo que podemos deducir del estudio de otras fuentes. Nos limitaremos á tomar de esas obras la descripción sumaria de una gran ciudad inda y de la sociedad inda. Esta descripción se encuentra precisamente en el drama de Sandraka *El carretón de tierra cocida*, que pasa en Ojein, capital del Malwa, cuyos monumentos están hoy en ruinas. La pintura de los palacios, de las casas y de los templos da la idea del lujo más deslumbrador. No puede parecer exagerado á los que han visitado los monumentos de

Gwalior, de Khajurao y del Monte Abu. El autor desenvuelve á nuestra vista un mágico cuadro de palacios de mármol esmaltados de piedras preciosas, cuyas salas están guarnecidas de lazos de oro llenos de diamantes, de arcadas de marfil esculpido, y en que los muros están rodeados de jardines llenos de brillantes flores y de bancos sombreados. Nos habla de templos majestuosos reflejados en las aguas del río, abrigando santuarios misteriosos poblados de sacerdotisas sin velos, cuyos tobillos y brazos, rodeados de aros de plata y de oro guarnecidos de sonoros cascabeles, agítanse armoniosamente cuando ellas bailan delante de los dioses.

Una de las más ricas residencias de la ciudad es la de Vasantasena, la gran cortesana, uno de los personajes más importantes de la ciudad, pues entonces las cortesanas representaban en la India un papel tan importante como en la sociedad griega en tiempo de Pericles. La descripción de su casa, de que tomo el resumen en el texto de M. Soupé, haría aparecer bastante mezquino el lujo de nuestras más ricas cortesanas modernas.

«Ocho patios diferentes, elegantes mosaicos, brillantes tapices, arcos incrustados de marfil y adornados con banderas, columnas sosteniendo vasos de cristal, centelleantes lazos de oro, pabellones pintados, escaleras de mármol, ventanas guarnecidas por cordones de perlas; en las cuadras bueyes, búfalos, carneros, caballos, monos y elefantes; mesas de juego donde viene á sentarse lo más escogido de los libertinos de Ojein; músicos de todas clases, cantantes, bailarines, actores, lectores, todos al servicio de la dueña; vastas cocinas en actividad constante, que ofrecen al-goloso Metreya una imagen del paraíso de Indra; tiendas de perfumería y talleres de joyería, que dependiendo de la casa forman como un bazar; un ejército de criados ó de parásitos que hablan y ríen juntos, mascan almizcle ó betel y beben licores fuertes; fuentes de agua azafranada, doradas pajareras en que se agitan papagayos, grajos, cuclillos, perdices, codornices, pavos reales, cisnes; un verde parque donde están suspendidos columpios de seda.»

La sociedad, tal como la encontramos en Ojein, descansa, como en el tiempo de Megastheno y como en nuestros días, sobre el régimen de castas. Las profesiones son hereditarias y forman toda una jerarquía complicada, á la cabeza de la cual se hallan siempre los brahmanes. Entre estos últimos se encuentran asce-

tas; pero también elegantes vividores que viven alegremente, grandes aficionados al placer y las mujeres hermosas, género de vida en que nada sufre, por otra parte, su consideración en la sociedad.

El soberano es siempre un rey absoluto, cuyo poder supremo no está atemperado sino por las conspiraciones que sin cesar le amenazan y de que los kchatryas que le rodean no siempre lo-



ODEYPUR. — Cementerio real

gran preservarle. La justicia parece estar administrada con bastante equidad, á condición, sin embargo, de que una de las partes no sea un personaje demasiado alto, en cuyo caso, en la India como en Europa, es generalmente el derecho del más fuerte el que triunfa.

Una enumeración que figura en el prólogo de la pieza, prólogo compuesto, por lo demás, en una época posterior, nos enseña cuáles eran los conocimientos más estimados; un rey se envanece de su conocimiento de los *Vedas*, de las matemáticas y las bellas artes y de su talento para educar elefantes.

Podemos representarnos bastante bien, si no por el drama pre-

cedente, al menos por otros relatos indos del período brahmánico, principalmente los *Treinta y dos relatos del trono encantado*, cuáles eran las ocupaciones diarias de un rey, y por consecuencia, de los grandes señores, que procuraban naturalmente imitarle.

Despertado por la mañana al son de los instrumentos, se entregaba desde luego á prácticas religiosas y á liberalidades. Después de dedicar algunos instantes al manejo de las armas, reunía sus ministros y despachaba los negocios.

Hacia el mediodía hacía una comida precedida de invocaciones religiosas y seguida de una siesta. En seguida daba un paseo por los jardines del palacio, rodeado de sus mujeres y bayaderas, cogiendo flores, cantando y meciéndose en columpios de seda, etc.

A la tarde, nuevos actos religiosos, comida y distracciones que consistían en canto, danzas y música hasta la hora en que el soberano se retiraba al interior del harén.

La religión oficial de la ciudad de Ojein, según *El carretón de tierra cocida*, es el brahmanismo. El budismo existe aún, pero no aparece apenas sino como secta de monjes mendicantes; lo que parece probar bien que la pieza no tiene la antigüedad que se la supuso, sino que se remonta sólo á la época en que el budismo declinaba, es decir, del séptimo al octavo siglos. La tolerancia entre los diferentes cultos parece completa.

No tenemos, por lo demás, necesidad de ningún libro para saber cuál era la religión de la India hacia el siglo x de nuestra era: los templos de esa época nos lo dicen claramente. El budismo había desaparecido y había sido reemplazado por el antiguo brahmanismo.

Grandes divinidades muy borrosas en el brahmanismo primitivo, tales como Siva y Vishnu, se han convertido en predominantes y comparten entre sí los templos. Esas divinidades brahmánicas tienen, con todo, por rivales los dioses del jainismo, secta muy análoga al budismo y que debió representar en el siglo x un papel importante, á juzgar por la magnificencia de

sus templos. Jainismo, sivaísmo y vishnuísmo vivían en perfecta inteligencia y tenían una importancia igual, como lo prueba el hecho, que puede comprobarse hoy en las ruinas de Khajurao, de que sus templos, de la misma importancia, se elevan al lado unos de otros como en Europa las iglesias dedicadas á diferentes santos.

No nos extenderemos más sobre la religión inda en el siglo x de nuestra era; tiene demasiada analogía con la religión actual de la India para que se separe su estudio. Remitiré, pues, al lector al capítulo consagrado á esta última en otra parte de esta obra.

Después de esta simple ojeada sobre las partes exteriores de la antigua civilización inda, del octavo al dozavo siglos de nuestra era, vamos á intentar penetrar en la constitución política de la mayor parte de la India aria en esa época. Tomaremos por base de este trabajo, como hemos dicho más arriba, la constitución de los únicos Estados que han conservado esta antigua organización, es decir, los del Rajputana.

3.º — CONSTITUCIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DE LOS REINOS DE LA INDIA ARIA HACIA EL DÉCIMO SIGLO DE NUESTRA ERA

El país que se extiende entre el Indo, la península de Kattywar, el Chambal y el Ganges y que lleva el nombre de Rajputana, está cubierto en su mitad occidental por el desierto del Thar y en su mitad oriental por alturas áridas y selváticas de que la cordillera de los Aravulli forma la arista culminante. En esta región montañosa es donde se han mantenido casi absolutamente independientes hasta nuestros días los supuestos descendientes de los kchâtryas arios, los rajputes ó hijos de reyes.

Forman la raza más hermosa y probablemente más pura de la India. Su alta estatura, sus rasgos regulares, su piel generalmente bastante blanca, la altivez de su fisonomía, la magnificencia de sus vestidos y de sus armas, les hacen dignos de ser comparados á aquella brillante caballería de la Edad media que

abandonaba el continente europeo para ir á conquistar el Santo Sepulcro.

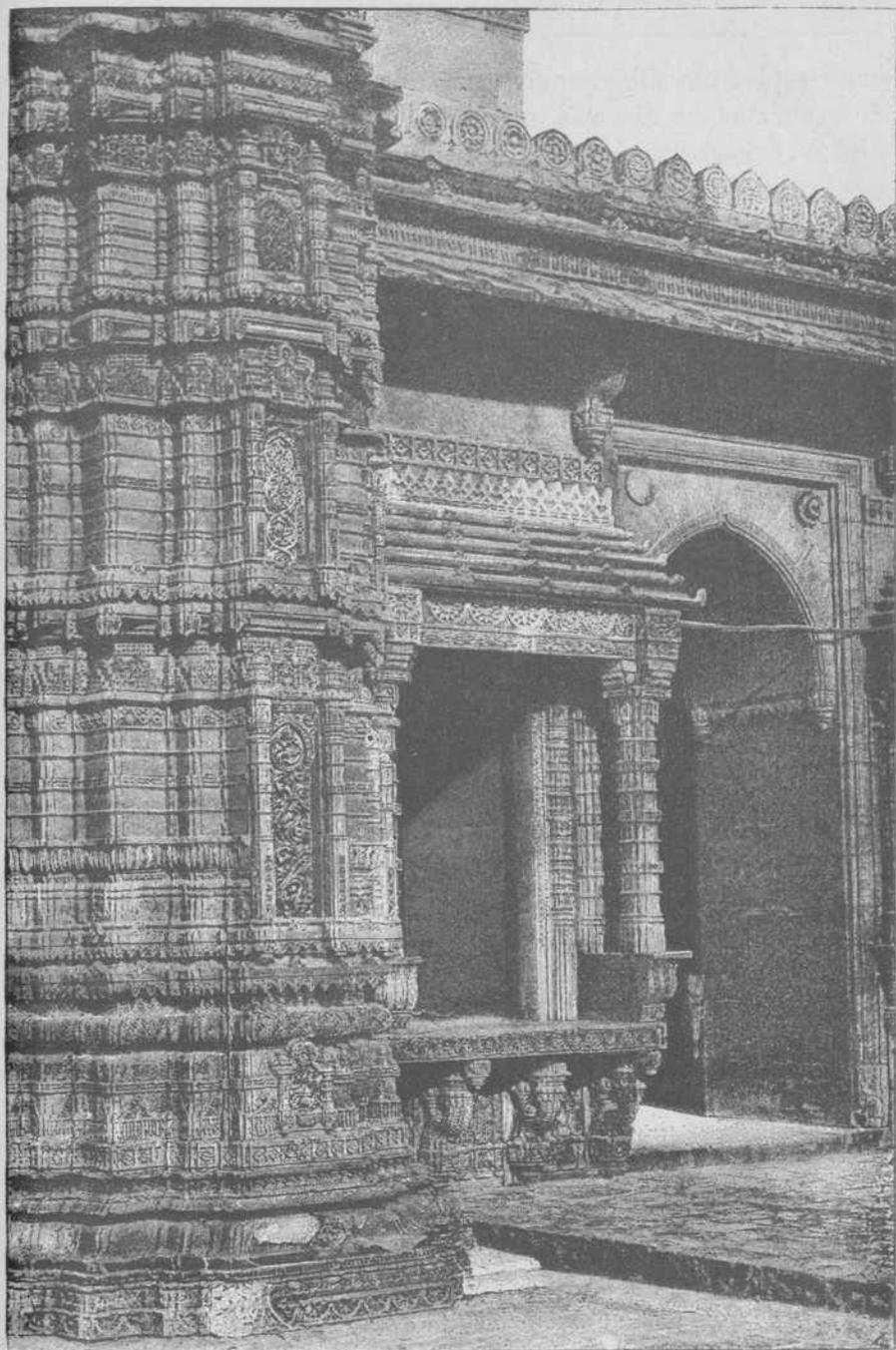
Los adornos suntuosos y las ricas telas con que cubrían sus corceles, los estandartes que despleaban en su línea de batalla, los emblemas que adoptaban y distinguían las diferentes familias, recuerdan no menos vivamente nuestras costumbres feudales y el origen de los escudos. Compréndese fácilmente que los primeros europeos que estudiaron la organización del Rajputana creyeran ver en ella la imagen de la Edad media feudal y no descubrieran las diferencias profundas que separan esta organización de la de nuestro antiguo feudalismo.

La aparente semejanza entre la organización del Rajputana y la del feudalismo no está limitada á los puntos que hemos señalado. El rajá rajpute, como en otro tiempo el duque, el conde ó el barón, vive en una fortaleza desde la que manda como dueño absoluto sobre sus dominios

A veces se desprende de una parte de sus tierras en favor de uno de sus parientes, que se hace entonces su vasallo y de que él es el soberano. Cuando uno de ellos desobedece ó atenta al honor, es degradado y perseguido; en este caso su dominio vuelve al señor. Debajo de esta aristocracia militar vive el numeroso pueblo de agricultores, gentes de casta inferior, que deben á los rajputes un censo sobre los bienes de la tierra y ciertos trabajos ó prestaciones. Estos son los sudras ó nuestros siervos de la Edad media.

Como en los tiempos de la caballería europea, la mujer ocupa entre los rajputes un lugar muy alto y desempeña un papel importante. Casi siempre fué ella la causa de las guerras entre los señores rivales. Bastaba á una mujer haber sido lesionada en sus derechos ú ofendida en su honor, para encontrar á un campeón enviando su brazalete al que juzgaba más valiente; él acogía su querella con júbilo y corría inmediatamente á las armas.

Sitios de ciudades se han sostenido para defender á una belleza perseguida por un amoroso enemigo. Prodigios de valor se



AHMEDABAD. — Mezquita de la reina de Myrzapore. (Siglo xv.)
(*Altura de la parte del minarete representada, 6^m,30.*)

han desplegado allí, y jamás, cualquiera que haya sido la fortuna de las armas, ha caído la mujer en manos del adversario. Cuando los defensores veían su causa perdida, la preparaban una hoguera sobre la que la dama subía voluntariamente con sus compañeras; después se hacían todos matar en una especie de desesperación, mientras ella expiraba en medio de las llamas.

La mujer rajpute no cedía en nada por su energía á los héroes de su raza. Más de una vez combatió á su lado y siempre supo morir antes que rendirse. Durante los dos sitios memorables de Chittor, las mujeres subieron por millares sobre las hogueras para no caer en las manos del enemigo.

La poligamia existe en el Rajputana como en todas las demás regiones de la India; pero hay allí siempre una esposa preferida, y ésta era la que en otro tiempo se quemaba sobre la hoguera del esposo cuando éste moría. A veces surgían cuestiones entre las mujeres; cada una pretendía haber ocupado el primer lugar en el corazón del difunto y estar llamada al honor de perecer en sus funerales. En cuanto al rey, la regla era que á su muerte todas sus mujeres se quemasen. Se ve aún entre las tumbas reales de Odeypur el mausoleo que encierra las cenizas de Sangram Singh y de las veintiuna mujeres que en 1733 se quemaron sobre su hoguera.

Exceptuada la poligamia, ese respeto y casi ese culto de la mujer es todavía un punto de semejanza entre las costumbres rajputes y las de la Edad media europea. Como rasgo final indicaremos el papel del bardo, idéntico al de los trovadores y troveros que cantaban en los banquetes de los señores cristianos y celebraban los torneos, las cortes de amor, la hermosura de las damas y las buenas estocadas.

Nada de extraño, pues, tiene, lo repetimos, que una sociedad así organizada pareciera desde luego á los observadores la imagen acabada de la sociedad feudal tal como florecía en Europa en el instante de las cruzadas. Vamos á ver ahora las diferencias profundas que se ocultaban bajo estas apariencias.

El estado de la sociedad rajpute corresponde no tanto al feu-

dalismo cuanto al grado de civilización que le precedió inmediatamente en la evolución natural de una sociedad.

El trabajo de agrupamiento que parte del individuo aislado y salvaje para llegar á nuestros grandes Estados modernos tan compactos y tan complicados, pasa en general por una serie de fases de las que las principales son: la familia, la tribu, el clan, la organización feudal y, en fin, la nación.

El sistema rajpute no es el del feudalismo, sino el del clan.

El clan no es en principio sino la familia ensanchada; pero es casi imposible á la familia llegar al clan sin pasar por la tribu.

Supongamos que en una sociedad salvaje y simplemente dividida en familias, una de esas familias produce un individuo osado, aventurero y dominante. Supongamos que en el momento en que llega á la edad de hombre estalla una querrela, que la tierra está demasiado ocupada ó simplemente que él desea buscar fortuna en otra parte. Naturalmente, no va á salir solo. Comienza por llamar á los hombres de su familia, sobre los cuales tiene ya autoridad y que le seguirán con entusiasmo; vecinos, aventureros fracasados, criminales rechazados por cuantos les rodean, se unen desde luego á ese pequeño núcleo. Se alejan, se apoderan por la fuerza, ó de otro modo, de un trozo de tierra sobre el cual se establecen; levantan alrededor una muralla, y para distinguirse de las poblaciones vecinas y hostiles, todos los miembros de la pequeña partida toman el nombre del jefe, como si todos fuesen sus hijos. Es la historia de Rómulo y de sus compañeros, la de David en la caverna de Adullam.

La tribu artificial así formada por la reunión de aventureros de origen diverso bajo la dirección de un jefe, no resultará un clan propiamente dicho sino el día más ó menos lejano en que, olvidadas las diferencias de origen, puedan los descendientes de esos aventureros decirse y creerse descendientes del fundador primitivo del grupo. El jefe natural será entonces el mayor de los herederos verdaderos de ese fundador.

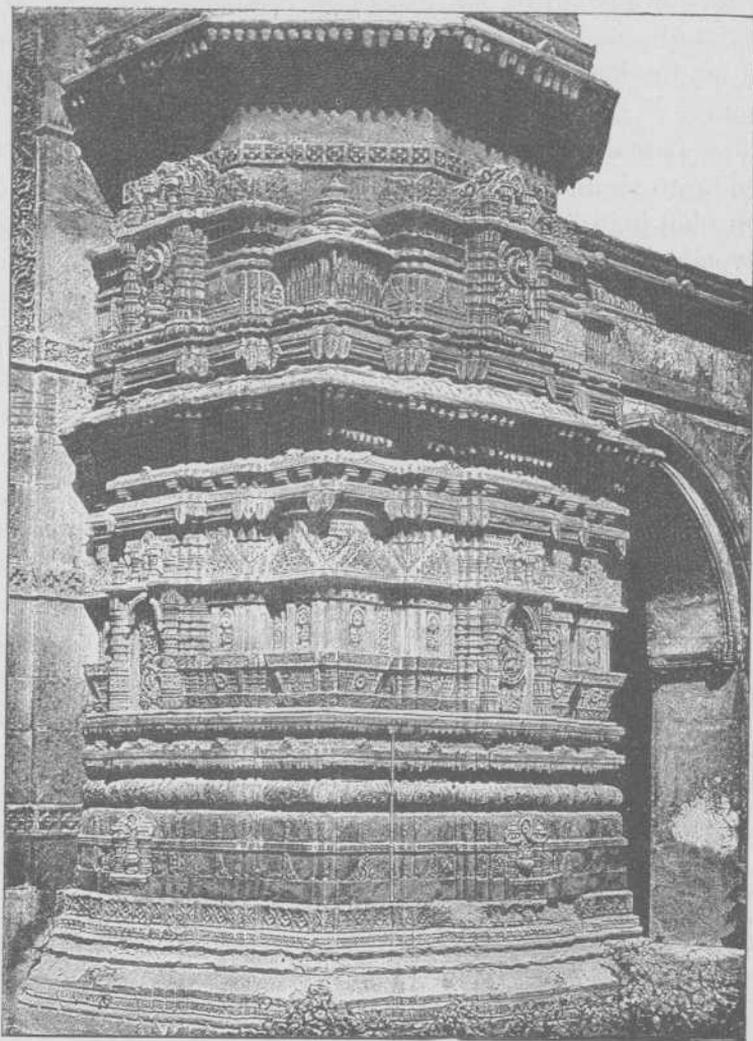
No es, pues, sino por una pura ficción, como se ve, por la que los individuos de un mismo clan se consideran como descendien-

tes de un antepasado común. Pero por ficticia que esta concepción sea, basta para diferenciar profundamente el clan rajpute, del ducado ó del marquesado feudal. Mientras los vasallos del duque ó del marqués eran los inferiores del señor y no se unían á él sino por su debilidad que les había obligado á buscar su apoyo y á sufrir su yugo, los miembros del clan rajpute se consideran como los hermanos y como los iguales de su señor. Su nobleza es igualmente antigua. Tienen derecho á todas sus atenciones y le consideran como un hermano mayor hablando á sus hermanos menores, cuyos intereses son los mismos que los suyos y á quien no prestan su espada sino para la protección de sus intereses comunes. Sólo en caso de guerra, enfrente del enemigo, es absoluta su autoridad como general en jefe de todo el país.

No pudiendo esta función de jefe del ejército, la primera de todas en un Estado militarmente organizado, ponerse en manos de un niño, se interrumpe á veces la sucesión por herencia en los clanes rajputes cuando la herencia eleva al trono un rey incapaz de mandar efectivamente. Esta es la principal razón que puede dar el poder á los miembros menores de las ramas. Frecuentemente es el rey moribundo, ó sus viudas cuando ha expirado, quienes escogen el heredero adoptándolo. Pero es preciso que esta elección sea ratificada por los demás miembros del clan.

Esta sólida organización, por la que los rajputes de cada clan se consideran como los miembros de una misma familia, su bravura, la naturaleza montañosa de su territorio, les han permitido siempre conservar su independencia. Los mogoles, á pesar de la toma de su capital Chittor, los consideraban más como aliados que como súbditos, y los ingleses les tratan con los mayores miramientos. El Maharana de Odeypur es descendiente de esos soberbios soberanos que rehusaron toda alianza matrimonial con hijas de soberanos mogoles en el tiempo de su apogeo; fué el único príncipe indo que cuando la proclamación de la reina de Inglaterra como emperatriz de las Indias osó negarse á asistir á la reunión general de los

príncipes indígenas y devolvió al virrey el gran cordón de la Estrella de la India, declarando con menosprecio «que ninguno de



AHMEDABAD. — Mezquita de la reina de Saringpoore. (Siglo xv.)

(*Altura de la parte del minarete representada, 5^m,65.*)

sus antepasados había jamás llevado emblemas de servidumbre.» Aunque no sea militarmente un príncipe muy importante,

el Maharana de Odeypur goza, no sólo entre los reyes de los clanes rajputes, sino en la India entera, de una supremacía debida á la antigüedad de su raza (1) y al esmero con que se ha conservado pura de toda mezcla.

La ley fundamental del matrimonio entre los rajputes es la exogamia, es decir, el matrimonio fuera del clan. Esta ley es absoluta, y para mantenerla más visible y más fuerte practican hoy aún el rapto simulado de la novia. Antes, en efecto, los mozos de un clan iban á conquistar á punta de espada sus esposas al clan vecino.

La dificultad de preservar á sus hijas de un mal casamiento, puesto que podían ser capturadas por un clan de nobleza menos pura y menos antigua, y los grandes gastos que el padre de la prometida estaba obligado á hacer para celebrar las bodas, introdujeron entre los rajputes la costumbre bárbara del infanticidio de las niñas, que comienza hoy apenas á desaparecer.

Aunque podemos considerar á los rajputes como indos que, protegidos por la situación geográfica de su país, han podido conservar y fortificar los hábitos de su raza al abrigo de las invasiones extranjeras, no hay que creer, sin embargo, que toda la India ofrecería hoy el espectáculo de los Estados rajputes si hubiera seguido libremente su evolución sin ser sometida al yugo de los conquistadores extranjeros.

(1) Desde el punto de vista legendario el clan de los Sisodias, clan de la familia reinante de Odeypur, pertenece á la raza *solar* y se supone descender de Rama, encarnación de Vishnu, el dios-sol; pero aparte de este origen fabuloso tiene una antigüedad histórica muy remota. Según los datos proporcionados por el pandista Rana Pratap, que me sirvió de guía durante mi estancia en Odeypur, datos conformes, por otra parte, á los que da Todd en su *Historia del Radjestán*, el fundador del clan de los Sisodias fué un cierto Bappa Rawul. Este primer rey del Meywar estableció desde luego hacia el año 700 de nuestra era su capital en la ciudad hoy desierta de Nagda. Se apoderó en seguida de Chittor, que subsistió capital de Meywar hasta su toma por los mogoles. Odeypur se convirtió en seguida y ha quedado capital de este Estado. [La familia del Maharana actual reina, pues, auténticamente desde hace doce siglos. No existe en Europa ninguna familia soberana de antigüedad semejante. Existe aún menos en la India, donde todas las dinastías actuales son casi modernas, pues se formaron á la caída del imperio mogol.

Razonando así se olvidaría, en efecto, la influencia de un factor, el espíritu de secta, poco importante aún en la época del renacimiento general del brahmanismo, pero que no habría dejado de influir en seguida independientemente de toda intervención extranjera, para alterar el sistema del clan. Esta disposición regular que permitiría comparar los Estados rajputes á las células de una colmena yuxtaponiéndose en una construcción geométrica, se ha mantenido en el Rajputana, no solamente porque el enemigo no ha impuesto allí de ningún modo su ley, sino también gracias á la tibieza religiosa de ese pueblo belicoso, tibieza debida sin duda á sus ocupaciones militares, en un medio bastante áspero que no predispone apenas á los desvaríos metafísicos.

Fácil es evidenciar la influencia disolvente que habría ejercido por consecuencia el espíritu religioso en el resto de la India sobre la constitución del clan, demostrando que ese espíritu produce en el orden moral un efecto semejante del todo al que en el orden civil y militar acarrea la formación del clan. Las innumerables sectas que surgen cada día en la India desde hace siglos se forman cada una poco más ó menos como puede formarse un clan. Un utlaw, un hombre deshonorado, que ha perdido su casta, se lanza audazmente á cualquier reforma religiosa, hace prosélitos, y si es hábil ó afortunado, si sabe llegar á alguna fibra sensible de los corazones, se convierte en fundador de secta. Así que la secta está suficientemente reconocida y establecida, se convierte en una casta.

Véase, pues, un nuevo círculo de afinidad, la casta, que se crea fuera del primer círculo de afinidad, el clan, con leyes diferentes y á veces contrarias. Todo verdadero indo pertenece á la vez á una casta y á un clan. No le es permitido casarse fuera de su casta, ni en el interior de su clan. Se ve ya á qué organismo complicado habría podido llegar la India y qué confuso y extraño cuadro presentaría hoy á nuestros ojos europeos, si las circunstancias la hubieran permitido perseguir en libertad á la vez su ideal social y su ideal religioso. No ha alcanzado apenas sino

el último, y la diversidad infinita del sistema de las castas es ya de por sí suficiente para confundir nuestras imaginaciones occidentales.

La especie de cristalización que tiende, cuando no se la turba, á transformar una multitud confusa de bárbaros en clanes distintos, no ha podido producirse y mantenerse entre los rajputes sino por razón de la tibieza religiosa más arriba mencionada. Puede observarse aún esta cristalización en su comienzo en ciertos pueblos salvajes de la India, como los bhiles. Pero en ellos el clan no está rigurosamente cerrado, no es apenas sino la tribu en el interior de la cual están no obstante prohibidos los casamientos.

Todo nos autoriza á suponer que la mayor parte de la India aría presentaba en el siglo x el cuadro que ofrecen aún en nuestros días los Estados independientes del Rajputana, y por esto los hemos escogido como tipos de la organización política y social de la India antes de la conquista musulmana.

No podemos, como lo hemos hecho en otro capítulo, completar las indicaciones que preceden con los relatos de viajeros extranjeros. Las relaciones de viajeros árabes de una época algo posterior, tales como las de Ibn Batutah, nos enseñan poca cosa. La de Marco-Polo, el único europeo que visitó la India en el siglo XIII, no es más completa. Merecen, sin embargo, ser mencionadas, pues son los únicos documentos extranjeros que tenemos sobre la India meridional en el siglo XIII.

Las noticias que nos proporciona Marco-Polo se refieren principalmente á la civilización dravidiana del Sur de la India, de la que no hemos, por falta de documentos suficientes, hablado en este capítulo. El célebre viajero encontró sobre la costa de Comandel poblaciones negras que vivían desnudas y adoraban las vacas. Estaban divididas en castas. Los parias comían sólo carne de buey; se les empleaba como carniceros para matar los demás animales, pues la muerte de todo ser era considerada como un crimen.

Marco-Polo admiró el esplendor de las pedrerías con que se

adornaban esos negros y que procedían probablemente de las minas de Golconda.

Hablaban esos pueblos, que se extendían en el interior del Dekkán, la lengua tamul y estaban divididos en los cinco reinos de que hemos hablado en nuestra exposición histórica, y de los que los cinco reyes eran en tal momento hermanos todos.

Los reyes tamules se vanagloriaban del número de sus mujeres; tenían hasta quinientas; todas expiraban sobre la hoguera cuando moría su esposo.

Marco-Polo visitó también la costa de Malabar, entonces habitada por audaces piratas, y el Konkán, donde halló poblaciones de dulces costumbres, notables por su honradez y su veracidad.

En el Guzerat admiró el número y la riqueza de las ciudades, el floreciente comercio y las industrias especiales, tales como la del cuero bordado é incrustado, que trabajaban los habitantes con arte maravilloso. Sorprendióle el respeto que tenían á los animales y á los bracmanes. Vió bracmanes que iban desnudos y vivían de limosnas: eran Yoguis, que se encuentran aún hoy; seres horrorosos á la vista, que olvidaban los cuidados más elementales del cuerpo, dejaban crecer su barba, sus cabellos y sus uñas, se martirizaban en público y ofrecían el más repugnante de los espectáculos.

Marco-Polo nos refiere sobre todo detalles exteriores. No es un observador como Hiuen-Thsang ó Fa-Hian. El relato de su viaje nos enseña, en suma, poca cosa.

A pesar de la falta de datos históricos, hemos llegado á reconstruir en gran parte el edificio de la sociedad inda en el siglo x. Y es que para hacerlo teníamos algo más que memorias contemporáneas; poseíamos en los Estados del Rajputana una página viva, arrancada de la historia de la India durante la época que queríamos describir y conservada intacta hasta nuestros días. Era preciso apresurarse á descifrar y comprender esa página, pues la civilización moderna, menos brutal que las conquistas, pero no obstante más destructora, no tardará en borrarla.

CAPÍTULO V

CIVILIZACIÓN DEL PERÍODO INDO-MUSULMÁN

CUADRO DE LA SOCIEDAD MUSULMANA EN LA INDIA HACIA EL SIGLO XV

I.º — INFLUENCIA EJERCIDA POR LOS MUSULMANES EN LA INDIA. LAS RAZAS MUSULMANAS DE LA INDIA

El período musulmán de la historia de la India comienza en el siglo XI de nuestra era y no termina políticamente hasta el siglo XVIII. Gracias á los historiadores musulmanes, es mucho más conocido que ninguno de los anteriores.

Durante los setecientos años que duró la dominación musulmana la India fué sometida más ó menos completamente á conquistadores de razas diversas, árabes, afghanos, turcos y mogoles; pero profesando todos la religión y las instituciones de Mahomet y sus sucesores.

Hiciéronla esos conquistadores sufrir en su lengua, sus creencias y sus artes transformaciones profundas, de las que puede asegurarse que aún duran, puesto que más de cincuenta millones de indos siguen hoy la ley del Corán, y en una gran parte de la península se habla una lengua derivada principalmente de la de los antiguos dueños.

He insistido ya en uno de los capítulos de esta obra, consagrado á la historia de la India, en la influencia considerable que han ejercido los musulmanes en todas las regiones donde han clavado su bandera. En Egipto, por ejemplo, han realizado una tarea en la que habían fracasado los griegos y los romanos: la de transformar enteramente la lengua, la religión y las artes de un pueblo que poseía la civilización más antigua del mundo. A su contacto los hijos de los Faraones olvidaron hasta tal punto

su pasado, que se han hecho luego precisos todos los esfuerzos de la ciencia moderna para reconstituirlo.

La transformación de una parte de la India bajo la acción de los musulmanes estuvo lejos de ser tan profunda como lo fué la de Egipto. La acción de los vencidos sobre los vencedores tuvo más fuerza en la península que en ningún país sometido al yugo de los sectarios de Mahoma.

La nueva civilización que los afghanos, los turcos y los mogoles llevaron á las cuencas del Indo y del Ganges, después de haber influido enérgicamente en la que subsistía ya allí, fué á su vez por ésta modificada. De la mezcla de esas dos civilizaciones nació una tercera que participaba tanto de la una como de la otra y que designaremos con el nombre de civilización indo-musulmana.

No han faltado al período indo-musulmán historiadores. Pero aunque no poseyésemos sobre él ningún documento escrito, los numerosos monumentos que ha dejado en la península nos demostrarían suficientemente la influencia, variable según las regiones, que los musulmanes han ejercido. Son esos monumentos bastantes para demostrarnos dónde predominó esa civilización y dónde fué, por lo contrario, victoriosamente combatida por el genio indo. Los diferentes estilos de los templos y de los palacios nos indicarán además de qué comarcas diversas aportaron su ideal artístico las diferentes dinastías musulmanas que reinaron sobre la India. La historia de los musulmanes de la India podría leerse claramente en los grabados de esta obra consagrados á su arquitectura.

Los pueblos musulmanes que invadieron la India en diversas ocasiones bajo Mahmud de Ghazni, bajo Tamerlán, bajo Barber, etc., no pertenecían á una raza única. Los primeros eran afghanos y turcos, los últimos mogoles, bien que sin duda ya más ó menos mezclados. En cuanto á los primeros discípulos de Mahoma, los árabes, no fundaron jamás establecimientos importantes en la península, á pesar de que vinieron frecuentemente de su país por el mar de Omán y que sostuvieron un co-

mercio constante, fundaron factorías y á veces hasta conquistaron territorios por la fuerza de las armas á lo largo de las costas occidentales y hacia la embocadura del Indo.

Las grandes oleadas de invasores musulmanes que se precipitaron durante tres ó cuatro siglos sobre la India por la puerta siempre abierta de Kabul constituyen la última invasión turania. Turanios sobre todo eran aquellos compañeros de Baber, esos mogoles de cara aplastada, de tinte oscuro, de ojos pequeños y vivos y hundidos aunque horizontales, de pómulos salientes, de cabellos lacios y negros y de barba rala. Hermanos de los hunos de Atila y de los kalmucos del Ural, difieren profundamente de los afghanos de mejillas enjutas y de nariz encorvada, y de los turcos de grandes y abiertos ojos, de color blanco y fisonomía regular é impasible.

Los mogoles habían ya conquistado casi toda el Asia y amenazado á Europa cuando llegaron á la India. Nunca fué más vasto imperio fundado con mayor rapidez. Un viento de ambición extraña y loca había pasado sobre ese pueblo mientras guardaba sus rebaños en los pastos monótonos é inmensos de la Siberia. Se había precipitado de golpe sobre el mundo para apoderarse de él, persiguiendo un sueño que difería de la fría y metódica avidez de la república romana tanto como del entusiasmo religioso de los árabes; sueño de dominación universal por el solo gusto de dominar, por ver á los pueblos doblarse ante su bandera, para oírlos proclamar la gloria del nombre mogol y reconocer sobre el género humano entero la soberanía del gran Khan, su jefe supremo.

Los nombres de Gengis-Khan y Tamerlán se elevan en la historia como sombras fantásticas, ceñida la frente por una aureola de color de fuego y de sangre. Hay en su papel espantoso y gigantesco un aspecto incomprensible que lo engrandece aún. Es el contraste entre la ferocidad y la tolerancia, entre el orgullo que castiga con matanzas la menor resistencia y la dulzura que hacía inclinar á los feroces conquistadores delante de los dioses de los vencidos, entre la fría barbarie que los hacía levantar

pirámides con las cabezas de los vencidos y su amor á las le-



AHMEDABAD. Mezquita de Moafiz-Khan. (Siglo xv.)
(Altura de la parte del minarete representada, 12^m,70.)

tras, á las artes y las ciencias, que transformó varios de esos implacables vencedores en literatos y en sabios.

La religión primitiva de los mogoles era, como casi todos los cultos primitivos, la adoración de las fuerzas de la naturaleza. El sol, la tierra y el caballo constituían los principales dioses ante los cuales se inclinaban. Adoptaron sucesivamente en seguida la mayor parte de las creencias de los pueblos de que se hicieron dueños, juntando esas creencias unas á las otras. Si se los cuenta entre los invasores musulmanes de la India, es porque en el momento en que penetraron en la India venían de hallarse largamente en contacto con pueblos que profesaban el islamismo, persas, afghanos y turcos, y se habían impregnado fuertemente de la civilización árabe, dominante entonces en todo el Oeste del Asia.

Su extrema tolerancia religiosa se avino perfectamente con la de los indos.

Durante toda su dominación se hicieron esfuerzos en la raza conquistadora como en la conquistada para fundir tantas creencias diversas y formar de ella una religión única. Esta fué la obra emprendida por el reformador Nanak, fundador de la secta de los sikhís, por el emperador Akbar mismo y por muchos otros. Todas las tentativas no lograron dar á la India una religión única; pero las multitudes de sectas continuaron viviendo unas al lado de las otras en buena inteligencia.

Veremos, estudiando las religiones modernas de la India, lo que fué del islamismo en esta comarca, y qué transformaciones profundas debió sufrir una religión monoteísta para adaptarse al genio politeísta de los pueblos que la adoptaron. Nos referiremos en este párrafo sólo á las influencias etnográficas resultado de las invasiones musulmanas.

No es posible sostener que estas invasiones hayan dado origen á ninguna raza nueva. Los invasores eran demasiado poco numerosos para no fundirse pronto en la masa de los pueblos vencidos. Ellos mismos eran ya de sangre muy mezclada.

Con su espíritu de conciliación y de tolerancia se apresuraron los mogoles á unirse á las poblaciones que encontraron establecidas en la India. Procuraron con avidez los casamientos con las

hijas de los rajputes. Su fisonomía, ya modificada por sus alianzas con los afghanos y los turcos, se transformó pronto completamente. Los retratos de los emperadores mogoles, tales como nos han llegado en gran número de los manuscritos, ofrecen generalmente rasgos más prolongados, más regulares que las caras aplastadas, de nariz chata y gruesos labios de los mogoles propiamente dichos.

Entre los numerosos grupos de mahometanos que subsisten aún en la India y forman un total que pasa de cincuenta millones, es preciso distinguir los que descienden más ó menos de familias musulmanas y los que descienden de indos en otro tiempo convertidos.

Los primeros, en mucho los menos numerosos, se acercan más ó menos al tipo turco. Forman una clase turbulenta y miserable, que pasa su vida llorando el tiempo en que eran los dueños del país y esperando el día en que la ley del Profeta triunfe de nuevo.

En cuanto á los musulmanes indos, son mucho más numerosos y difieren poco, por el tipo y por las costumbres, de sus hermanos brahmánicos.

Para resumir en algunas líneas lo que precede, puede decirse que si la influencia etnográfica de los musulmanes en la India fué débil, su influencia intelectual fué, por lo contrario, considerable. En los monumentos y las obras artísticas fué pujante; en la religión y la lengua se deja todavía sentir. Se deduce tal aserto claramente, no sólo de este capítulo, sino sobre todo de los que consagraremos á los monumentos, á las religiones y á las lenguas de la India.

2.º — LA CIVILIZACIÓN MUSULMANA EN LA INDIA

Hemos resumido en nuestro capítulo de la historia de la India los principales hechos históricos relativos á los reinos musulmanes de esta comarca. Recordemos solamente que sobre los setecientos años de la dominación mahometana, el imperio mo-

gol, el único generalmente de que hablan los libros, no duró sino dos siglos. Durante una parte de esos dos siglos varios reinos musulmanes del Dekkán continuaron subsistentes. Sólo durante algunos años, y precisamente en la víspera de la caída del imperio mogol, se reunió la totalidad de la India bajo la ley de un soberano mogol.

Trazar aquí la historia de la civilización musulmana en la India sería rehacer la historia de la civilización árabe, á cuyo estudio hemos ya consagrado un volumen. Los musulmanes de la India no hicieron sino llevar á la península la civilización de los árabes, más ó menos modificada por su paso á través de la Persia. Transformóla todavía su mezcla, en grados diversos según las leyes y los tiempos, con la de los pueblos invadidos.

Las instituciones políticas que los musulmanes aportaron fueron igualmente las de los antiguos reinos árabes. Poseían esas instituciones las cualidades que habían asegurado la prosperidad de esos reinos, y de igual modo los defectos que habían producido su decadencia. Todos los Estados musulmanes en la India y en otras partes fueron siempre monarquías absolutas, en las cuales el soberano reunía en sus manos todos los poderes religiosos, militares y civiles; poderes delegados á gobernadores sin garantía, que procuraban pronto hacerse independientes y fundar á su vez otros reinos. Todas esas grandes monarquías absolutas en que todos los poderes están reunidos en una sola mano se adaptan perfectamente á las necesidades de poblaciones bárbaras y ofrecen una pujanza formidable para conquistar; pero no pueden sostenerse sino á condición de estar dirigidas por hombres superiores. Mientras los tuvo el imperio mogol á su cabeza, alcanzó un alto grado de prosperidad. Cayó en seguida que le faltaron. Raros en todas partes los hombres superiores, el destino fatal de esos grandes imperios orientales fué siempre mantener una existencia efímera.

Con la civilización de los árabes, aportaron los musulmanes á la India un gusto depurado por las ciencias, las letras y las artes. Los monumentos de sus antiguas capitales, Ahmedabad,

Gor, Delhi, Bijapur, etc., prueban con cuánta atención protegían las artes. Las biografías de los soberanos musulmanes nos los presentan estimulando igualmente las letras y las ciencias y cultivándolas ellos mismos, no solamente en las grandes ciudades, sino aun en los reinos de poca importancia. Así, por ejemplo, al comienzo del siglo xv, Firuz Shah, rey del pequeño reino de Golconda, á pesar de las guerras que tenía que sostener contra el imperio de Bijanagar, cultivaba la botánica, la geometría, la poesía y no se rodeaba más que de sabios, de poetas y de historiadores.

Los soberanos mogoles siguieron sus tradiciones, comunes á todos los imperios musulmanes de Europa, de Asia y de África, según hemos demostrado en obra anterior.

No pudiendo volver á relatar la historia de las diversas civilizaciones musulmanas en la India, nos limitaremos á trazar el cuadro sumario de la que más ha brillado, es decir, de la de los mogoles. Los relatos de sus historiadores, y los de los europeos que visitaron la India durante su reinado, nos permiten darnos perfecta cuenta de su administración y de la organización de su imperio. Los monumentos que nos han dejado permiten juzgar el estado de las artes durante su dominación.

El imperio mogol de la India comienza cuando Baber se apodera, en 1526, de Agra, gobernada entonces por un príncipe afgano de la dinastía de los Lodi. Murió soberano del Indostán y de Kabul. Su hijo Humayún hubo de sostener muchas luchas para mantener su imperio. Hasta el tercer emperador, Akbar, que ascendió al trono en 1556 y reinó cincuenta años, no alcanzó su apogeo la pujanza mogol. Este príncipe, una de las más grandes figuras de la historia, trató de igual modo á los indos y á los musulmanes, favoreció los matrimonios entre los dos pueblos, dando él mismo el ejemplo en sus uniones, y si no triunfó en su tentativa de fundir las dos religiones, consiguió al menos combinar las arquitecturas de los pueblos sometidos á su ley. Extendió sus conquistas y administró muy sabiamente, según puede verse por la gran obra que publicó por su orden su

visir Abul Fazl. Hizo medir el territorio y estimar la superficie y la calidad del suelo de cada provincia, y basó el impuesto sobre su producción: un tercio sólo de los productos debía rentar al Estado, lo demás pertenecía al cultivador. Abolió muchas gabelas y pagó á sus oficiales en dinero en vez de asignarles territorios.

Bajo sus sucesores, Jehangir, Shah Jehán y Orengzeb, el imperio siguió prosperando; pero la intolerancia del último y sus guerras contra los reinos musulmanes del Dekkán prepararon la caída del poderío mogol; y cuando Orengzeb murió en 1707, la India, como hemos visto en un capítulo anterior, cayó en una profunda anarquía.

El nombre de Gran Mogol ha quedado sinónimo en Europa de poderío absoluto y de fausto deslumbrador.

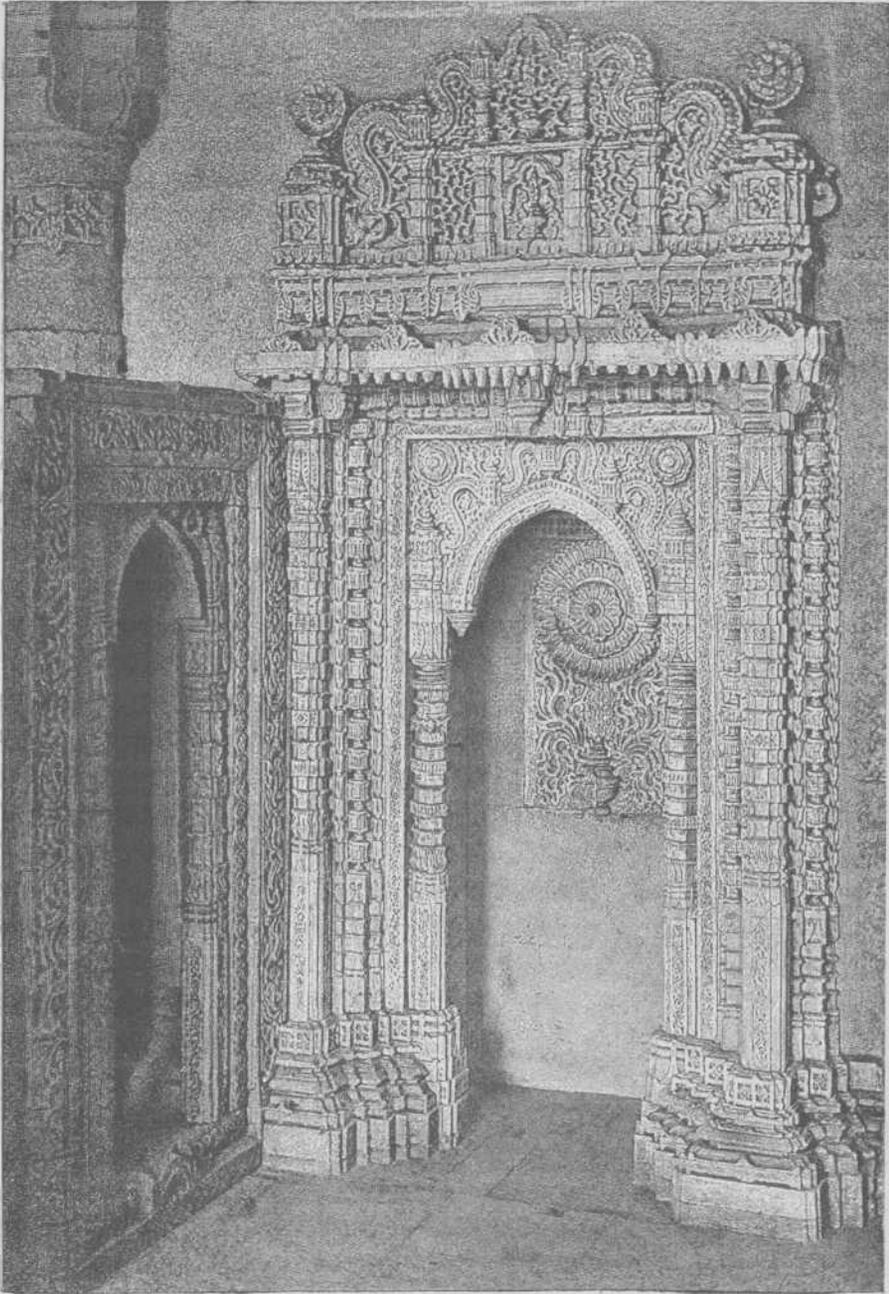
Esta apreciación está perfectamente fundada.

El poder del emperador mogol era absoluto y lo aprovechaba para hacer afluir á su corte los tesoros de todas clases de un país, entonces extremadamente rico y derrocharlos en seguida en magnificencias jamás superadas.

Tenía el soberano á su lado ministros á que estaba obligado á consultar en todos los asuntos importantes. En realidad su capricho era única ley del imperio. Los poderes civiles, militares y religiosos estaban, como en todos los soberanos musulmanes, reunidos en su mano. Era la sombra viviente y temible de Dios sobre la tierra, el todopoderoso representante de Alá.

Sus ministros, los administradores de sus provincias, sus jefes de ejército, en una palabra, todos los omrahs ó grandes señores mogoles eran sus criaturas, que elevaba ó hundía con una palabra.

No existía aristocracia mogol hereditaria. Los títulos y los bienes eran distribuidos á gusto del emperador, que los quitaba á voluntad y que los heredaba cuando aquel que los había recibido moría. Un hombre que había gozado del favor del soberano, que había disfrutado las rentas de provincias enteras, que había ejercido el derecho de vida y muerte y que había vivido



AHMEDABAD. — Mirab en mármol de la mezquita de Moafiz-Khan
(La altura total de la parte esculpida es de cerca de 3 metros.)

en la opulencia, dejaba su esposa y sus hijos en una miseria absoluta. Todo lo que por ellos podía hacer era ponerlos en la calle mientras vivía y atraer sobre ellos la generosidad del emperador, que á veces continuaba respecto de ellos el favor dispensado al padre ó al menos les señalaba una modesta pensión.

El emperador mogol vivía muy en público, y si despojaba frecuentemente á sus súbditos, al menos no les regateaba el placer de verle y les ofrecía una representación casi continua.

Por la mañana aparecía en su balcón y se dejaba contemplar y aclamar por la muchedumbre. La aparición en el balcón todas las mañanas no se suprimía sino en caso de enfermedad grave del soberano. Reaparecía sobre la misma terraza al mediodía para presenciar combates de elefantes y diferentes ejercicios militares ó de otra clase que se verificaban en la plaza del palacio.

A la tarde celebraba el *darbar*, especie de recepción en que el emperador estaba obligado á escuchar á todos los que tenían algo que decirle. En realidad era bastante difícil acercársele; dos ó tres gradas, rodeadas de balaustradas doradas y llenas de señores y guardias vestidos con vistosos uniformes, separaban la multitud del trono imperial. Pero el espectáculo de esta magnífica asamblea y del monarca, cuya fisonomía parecía casi sobrenatural con el centelleo de las pedrerías, bastaba al pueblo y le hacía olvidar el precio á que pagaba un momento de deslumbramiento y de entusiasmo mezclado con un respeto rayano en espanto.

En el imperio mogol, como por lo demás en la mayor parte de los reinos musulmanes, todas las riquezas artísticas estaban concentradas en la capital. Oprimidas por gobernadores ávidos, las provincias vivían en un estado bastante miserable y se sublevaban con frecuencia.

El emperador Jehangir, hijo de Akbar, escribe en sus memorias:

«En Delhi supe que una rebelión estalló en Kanudje. Envié fuerzas para sofocarla. Treinta mil rebeldes fueron muertos,

diez mil cabezas enviadas á Delhi; diez mil cuerpos colgados por la cabeza en las ramas inferiores de los árboles de muchas grandes calles. A pesar de las frecuentes matanzas, las revueltas se renovaban constantemente en el Indostán. No hay una provincia del imperio en la cual no haya sido muerto durante mi reinado ó el de mi padre un medio millón de personas.»

La necesidad en que se encontraban los emperadores de conocer en todo momento lo que pasaba en las provincias, les hizo organizar un sistema de correos que funcionaba con rapidez y con regularidad y que continúa funcionando aún en muchos puntos.

Los factores eran corredores á pie que se relevaban de trecho en trecho á todo lo largo de las principales vías; el borde de los caminos difíciles estaba indicado por piedras blancas visibles de noche, á fin de evitar toda equivocación á los corredores.

El estado de las vías parece que era excelente bajo los mogoles. Tavernier, que viajó por la India hacia la mitad del siglo xvii, pretende que los caminos estaban allí mejor conservados que en Francia ó en Italia. Se hacía uno transportar de un lugar al otro, sea en un palanquín llevado por dos corredores ágiles, sea en un carro tirado por bueyes. Estos antiguos y pesados medios de transporte son aún los únicos usados actualmente en las diferentes regiones en que no se han establecido todavía los caminos de hierro, es decir, en la mayor parte de la India.

La seguridad de los viajeros estaba garantida por escoltas de soldados, responsables cerca de sus capitanes de todo accidente ocurrido á aquellos á quienes acompañaban. Los hombres que habían cuidado ó defendido mal á un viajero no eran recomendados más como guardias por su jefe y perdían por esto mismo su empleo.

El buen estado de las vías y la facilidad de las comunicaciones se encontraban sobre todo en el Norte de la península. El Dekkán, más alejado del centro del imperio y jamás sometido á él por completo, no estuvo nunca tan bien dividido.

Todas las tierras del imperio mogol eran consideradas como de propiedad personal del soberano. Estaban divididas en dos categorías: las unas dadas por el emperador á sus jefes militares con la condición de mantener sus tropas y de pagar además una suma anual al tesoro; las otras arrendadas á colonos mediante una renta anual. Los colonos, como los virreyes, ejercían un poder absoluto sobre las poblaciones que gobernaban. Sus exacciones eran, naturalmente, frecuentes. El labrador, cansado de trabajar siempre en provecho de otro, perdía todo interés en el cultivo y ni labraba ni cosechaba sino por fuerza y bajo el látigo. El que llegaba á adquirir algo, lo enterraba en el suelo y fingía la mayor miseria, temeroso de ser arbitrariamente despojado.

El viajero Francis Bernier, que residió doce años en Delhi á mediados del siglo XVII, bajo el reinado de Shah Jehán, y de quien tomamos estos detalles, pinta con muy sombríos colores la tiranía y la venalidad de los gobernadores de provincia y el miserable estado del pueblo.

La justicia era mal administrada. Los jueces, como los ministros del rey, sus cortesanos y sus mujeres, se dejaban convencer principalmente por regalos. Akbar, es verdad, había hecho colgar en su palacio campanas que cualquiera podía tocar para quejarse de algún agravio sufrido injustamente; pero era sabido que el que recurriese á este medio se exponía á las terribles represalias de personajes poderosos, y raramente servía para remediar abusos.

En la imposibilidad el emperador de gobernar por sí mismo sus vastos Estados y de vigilar á sus virreyes, enviaba por todas partes inspectores que debían seguidamente darle cuenta; pero estos no denunciaban apenas sino á aquellos gobernadores demasiado pobres ó demasiado avaros para pagar un buen informe.

La organización del ejército dejaba igualmente mucho que desear. Reemplazado el sistema de Akbar de pagar á los soldados en dinero por el de hacer donaciones de tierras á los emires

á condición de sostener un cierto número de soldados, y temporales esas donaciones, resultaba que los que las obtenían no cuidaban sino de enriquecerse rápidamente gastando en las tropas lo menos posible. Con frecuencia licenciaban á los soldados y vendían los caballos. Cuando era preciso presentarse en una revista, alquilaba el emir caballos y vestía y armaba esclavos. El emperador no ignoraba estas supercherías, pero cerraba ante ellas los ojos y se contentaba con cambiar frecuentemente sus gobernadores y sus generales á fin de que no tuviesen tiempo de adquirir demasiadas riquezas y de hacerse bastante poderosos para recurrir á la rebelión.

A pesar de esta organización imperfecta, los repetidos éxitos de los ejércitos musulmanes sobre los ejércitos indos prueban la superioridad de los primeros. En la época de las primeras conquistas en el Dekkán, en el siglo xv, se ve al bajá de Bijanagar admirarse de no vencer jamás á los musulmanes y reunir una asamblea de khatryas y de bracmanes para descubrir la causa de sus constantes derrotas, cuando tenía más soldados, más tierras y más dinero.

Hablaron los bracmanes los primeros y declararon que era sin duda la voluntad divina. Pero los khatryas reconocieron que los musulmanes eran mejores arqueros que los indos, y agregaron que los caballos persas ó árabes formaban otra caballería que los poneys del Dekkán. Desde entonces todos los esfuerzos de los rajás indos tendieron á atraer musulmanes á sus ejércitos. Llegaron á incorporárselos en gran número y á proporcionar algunos fracasos á los reinos musulmanes del Dekkán, siempre desgarrados por sus luchas intestinas. Los éxitos de los indos duraron, por lo demás, hasta el día en que los reinos musulmanes olvidaron por un instante sus querellas para coligarse contra ellos.

Ocurrió esto hacia el final del imperio mogol, cuando, más raras las guerras, los ejércitos musulmanes se desorganizaron y cayeron en el mal estado que hemos indicado, á consecuencia de la indiferencia y la avaricia de sus jefes. Resultaron en las

manos de los emperadores instrumento insuficiente las revueltas de los indígenas, y las de los virreyes comenzaron á abatir la pujanza mogol.

Orengzeb, que vivió en guerras continuas, había tomado el partido de no abandonar más su campo. Llegó, agotando el tesoro secreto de sus predecesores, á rodearse de fuerzas inmensas, de una artillería considerable y de una caballería bien organizada. Pasó sus días en medio de este ejército tan brillante como formidable. Sus mujeres, sus joyas, sus espléndidas vestiduras eran transportadas tras él á lomo de elefante, protegidas por los cañones y las espesas filas de sus guerreros y precedidas de quemadores de perfumes.

Cuando el emperador hacía alto, se levantaban las tiendas con rapidez sorprendente. Parecía surgir de la tierra una ciudad con sus calles bien alineadas, sus plazas, sus encrucijadas y sus fortificaciones. Estaba el plan trazado de antemano y cada tienda de campaña tenía señalado su lugar.

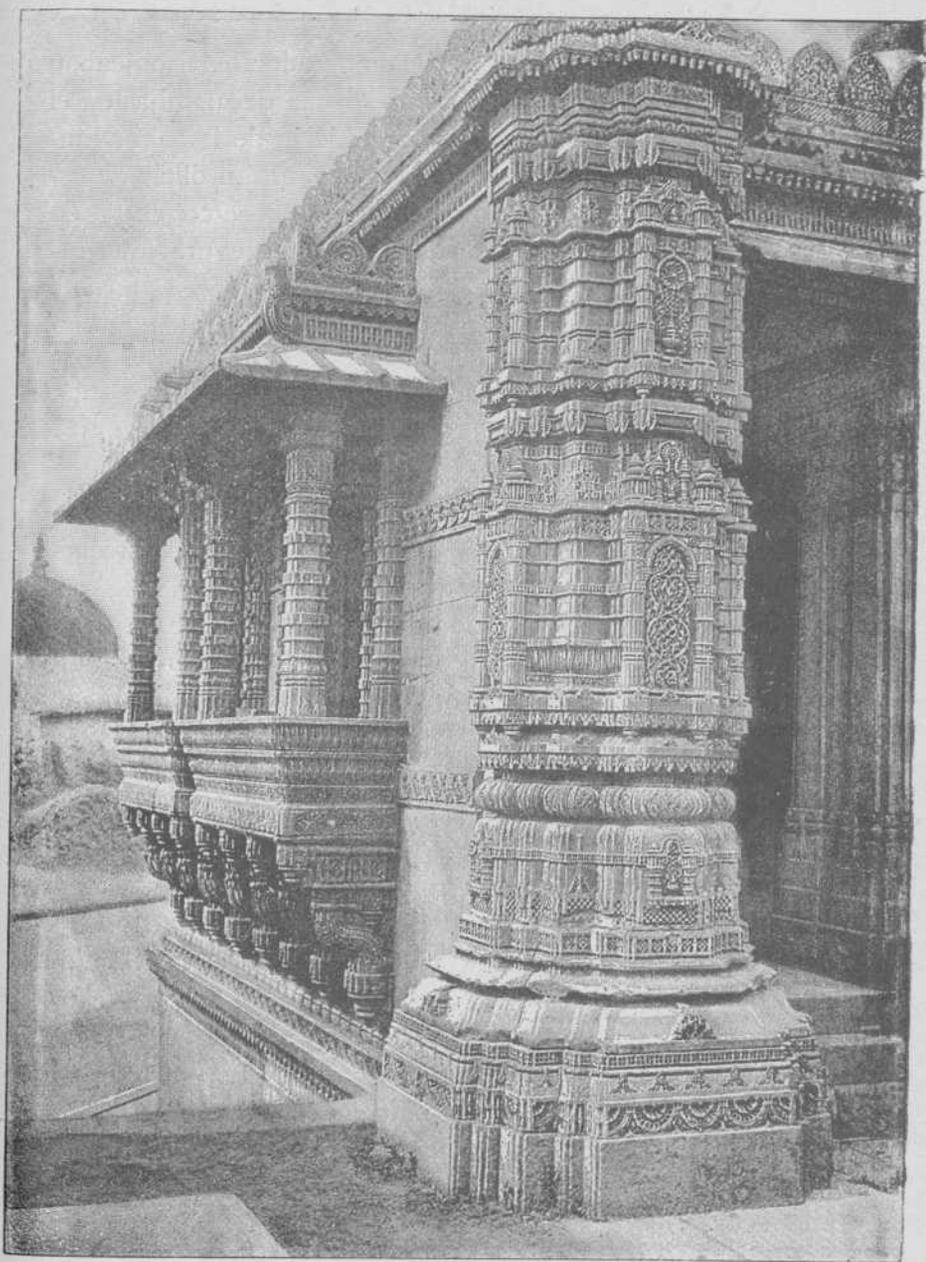
Movibles palacios ofrecían al monarca todas las comodidades de los más espléndidos edificios. Resultaba el campo de Orengzeb la verdadera capital del imperio.

Desempeñaban las mujeres papel muy importante en la corte de los Grandes Mogoles.

Por sus uniones con princesas indas, y sobre todo con las hijas de los jefes rajputes, los emperadores mogoles — los primeros al menos — intentaron fusionar las dos razas; estimularon las uniones de este género contratadas á ejemplo suyo por los musulmanes.

El número de las mujeres era ilimitado para los Grandes Mogoles, que en este como en otros muchos puntos no respetaban gran cosa la ley de Mahoma. Shah Jehán tuvo hasta dos mil mujeres en su harén; tan elevada cifra no le parecía, por otra parte, suficiente, pues no desdeñaba buscar á veces sus queridas entre las mujeres de sus emires. Excitó así vivos disgustos, pues el adulterio estaba anatematizado entre los mogoles.

Si temían mucho los grandes señores en cuanto á sus esposas



AHMEDABAD. — Mezquita Rani Sipri. (Siglo xv.)

(Altura de la parte representada 4^m,50.)

las atenciones demasiado solícitas del emperador, les lisonjaban cuando eran dirigidas á sus hijas. Colocar una de sus hijas en el *mahal* ó harén imperial era la gran ambición de los altos funcionarios. Como concubina podía ejercer allí el útil oficio de espía. Si llegaba á agradar más completamente y se convertía en *begum* ó reina, adquiriría una gran influencia y aseguraba la fortuna de su familia.

Mujeres viejas, empleadas como dueñas ó vigilantes del harén, eran frecuentemente potencias con las cuales los virreyes y hasta los soberanos extranjeros sabían contar. Venales como todo el que poseía el menor poder dentro del imperio, vendían fácilmente su protección.

La magnificencia desplegada en el harén era prodigiosa. Cada mujer tenía sus esclavas y sus danzadoras; cada una estrenaba diariamente un traje y un adorno nuevos.

Las unas, las *begums*, cuyo nombre significa «libre de todo cuidado,» estaban alimentadas por los cocineros del emperador; las otras, las concubinas, debían proveer á su sostenimiento con los donativos que recibían.

Para la más querida y la más llorada de sus numerosas esposas hizo el emperador Shah Jehán construir aquel mausoleo espléndido, el Taje Mahal, todavía objeto de admiración. Es en efecto uno de los más maravillosos monumentos que el mundo posee.

Los mogoles, como los demás musulmanes cuya civilización continuaron, tuvieron siempre gran afición á las letras, las ciencias y las artes. Artistas, sabios, poetas, eran, cualquiera que fuera su origen, bien recibidos en su corte. Los monumentos que los mogoles han dejado y cuya magnificencia no ha superado el Occidente llenan aún de admiración. No eran menos cultivadas en su imperio las ciencias; fundaron escuelas y observatorios astronómicos. Su afición á la astronomía era muy antigua. En 1259, el khan de los mogoles, Hulagu, hizo venir á su corte á los más distinguidos sabios árabes y levantar en Megarah un gran observatorio. Cuando Tamerlán fijó en Sumar-

kanda la sede de su gigantesco imperio, se rodeó igualmente de sabios, y á mediados del siglo xv, su nieto Olug-Beg hizo allí construir un observatorio provisto de magníficos instrumentos, entre los cuales había un cuarto de círculo que tenía, dicen, la altura de Santa Sofía, y gracias al cual hizo personalmente observaciones astronómicas muy precisas. Las publicó en una obra importante en que se trata de las más graves cuestiones de astronomía y que contiene posiciones muy exactas de las estrellas (1).

No se mostraron sólo los Grandes Mogoles protectores de las letras y de las ciencias; varios de entre ellos, como acaba de verse, las cultivaron con éxito. La afición á las letras y en particular á la poesía estaba muy extendida entre ellos; algunos escribieron libros notables. El célebre Tamerlán, que hizo, dicen, edificar en Bagdad una pirámide con cien mil cabezas humanas, fundó escuelas, cultivó las ciencias y escribió obras importantes. Sus descendientes, Baber, Jehangir, etc., tuvieron las mismas aficiones. Las Memorias de Baber, que se han comparado con justicia á los *Comentarios* de César, pueden ser consideradas como uno de los mejores modelos de esta literatura.

(1) Aún se ve en Delhi uno de los observatorios construídos durante el período mogol. Fué elevado hacia 1720 por el emperador mogol Mohamed Shah, por Jai Sing Rajá de Jaipur, que á su calidad de rajá unía las de astrónomo, ingeniero y matemático. Contiene un gnomon que tiene 17^m,25 de altura y 31^m,72 de base. Ese mismo rajá perfeccionó el observatorio de que aún se ven las ruinas en Benarés y publicó catálogos de estrellas. Los instrumentos de estos observatorios eran seguramente primitivos si se los compara á los de los observatorios modernos; pero gracias á sus dimensiones permitían observaciones precisas con métodos muy sencillos. Sirva, para dar una idea, el de determinar por medio de un gnomon formado de un muro vertical dividido en grados, sobre el que proyecta el sol la sombra de un estilo fijado perpendicularmente á ese muro, la oblicuidad de la eclíptica y la latitud de un lugar. Las observaciones del sol, repetidas diariamente, dan en grados la mayor y la menor altura cenital del astro: la mitad de la diferencia entre esos dos números será la mayor declinación del sol y por consecuencia la oblicuidad de la eclíptica. Rebajando esa cifra de la mayor distancia cenital, se tendrá la latitud del lugar. Así fué como el astrónomo citado más arriba halló por la mayor declinación del sol 23° 28', cifra sensiblemente exacta, casi en menos de medio minuto.

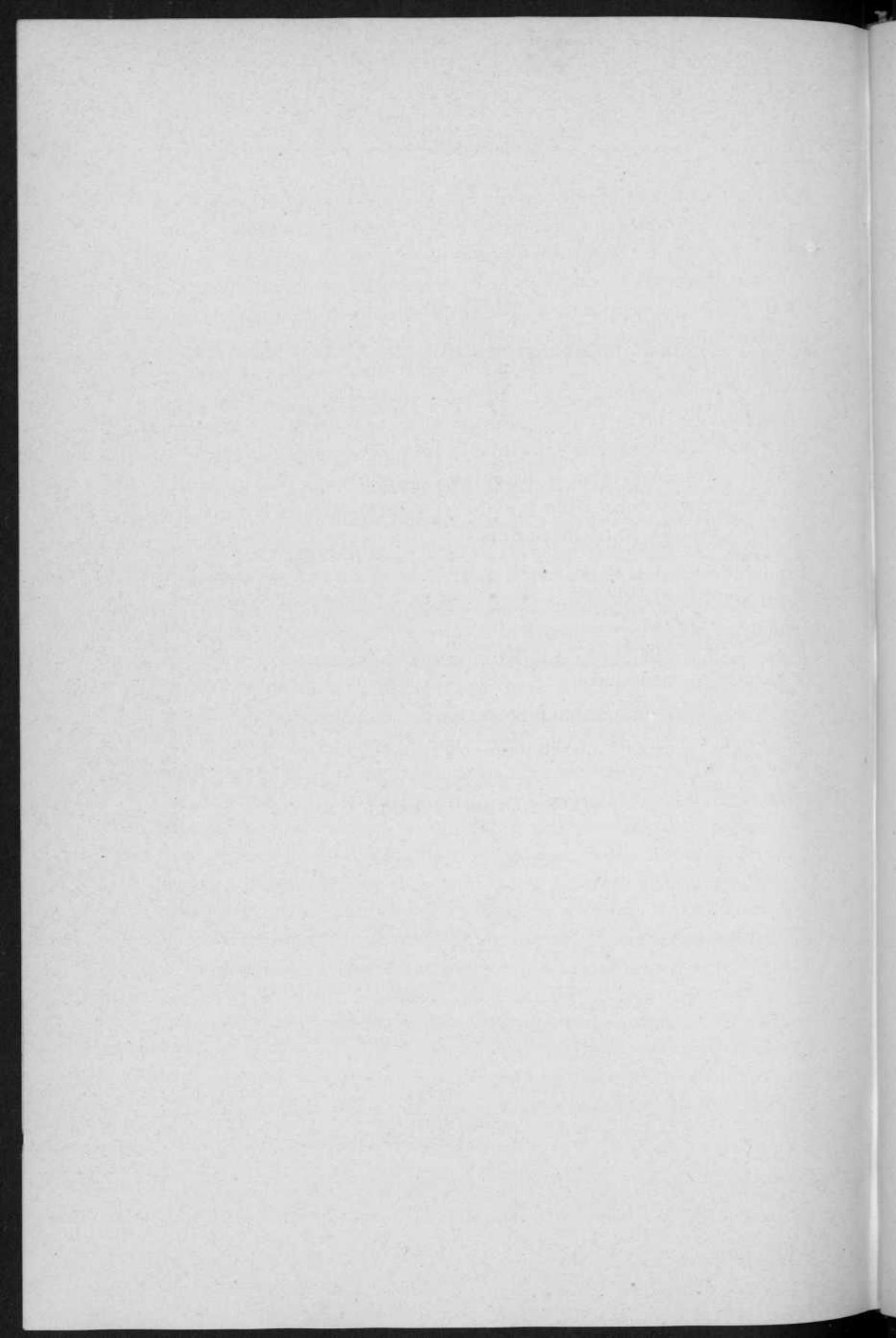
Nos enseñan más ellas solas sobre esa mezcla de barbarie y de civilización que constituye el fondo del carácter mogol, que todos los libros de los historiadores. Nada de más curioso estudio que la figura de este emperador Baber, promovedor de la pujanza mogol en la India, tal como aparece en sus Memorias. Ese descendiente de Gengis-Khan y de Tamerlán, ese rudo guerrero que levantó como sus antepasados pirámides de cabezas cortadas, era al mismo tiempo un literato consumado. Hablaba el mogol, el árabe y el persa y componía versos en esta última lengua. Era un asiduo lector de libros de ciencia, de literatura y de historia, afición que no le impedía ser gran jugador, gran bebedor y en ocasiones un alegre compañero siempre dispuesto á sacrificarse por sus amigos. Sin dejar de saber ser, cuando llegaba la ocasión, el gran señor, invitaba á veces á los embajadores venidos á su corte á dejar todas las ceremonias y á disfrutar con él un día de placer. Aceptaba lo mismo una noche de orgía que una discusión sobre una cuestión de ciencia, de lógica ó de teología. En cada página de su libro, lleno de las más excelentes notas críticas y de un inalterable buen humor, prueba sin ninguna pedantería conocimientos extensísimos. No pierde jamás la ocasión de hacer un chiste ó de aplicar una palabra ingeniosa. Perseguido un día de cerca por tres caballeros que le seguían hacía cuarenta y ocho horas después de una batalla perdida, se detuvo, se volvió, se puso en guardia ante ellos y les dijo, truhanesco y altivo: «Quisiera verdaderamente ver, bravos señores, cuál de vosotros osará tocarme el primero.» El aplomo irónico del valiente capitán desconcertó de tal modo á los tres asaltantes, que se batieron inmediatamente en retirada.

Este hombre audaz, espiritual y sabio, uno de los más poderosos conquistadores del mundo, encarna verdaderamente el genio á la vez aventurero, refinado y bárbaro de su raza. Soberano de una aldea á los doce años, murió á los cincuenta emperador de las Indias, que había conquistado con doce mil hombres.

Todo paralelo entre los pueblos del Oriente y los del Occidente será siempre equivocado y hará difícil relacionar el perío-

do mogol con ninguno de los que ha atravesado Europa. No podría seguramente compararse con el período feudal. Un caballero mogol y un barón cristiano tenían sin duda aficiones igualmente absolutas y sanguinarias; pero el primero llevaba ventaja sobre el segundo por su cultura intelectual y por su amor entusiasta á las letras, á las ciencias y á las artes. No veo apenas otro período que el del Renacimiento que pueda compararse con la época mogol. Un gran señor mogol y un confederado francés se habrían confundido por su amor á las aventuras sangrientas, á las grandes estocadas, á las empresas amorosas, á las joyas, á las ricas telas, á los versos ligeros, y por su profundo menosprecio á ese rebaño humilde que formaban en Europa los siervos y en la India los sudras.

FIN DEL TOMO PRIMERO



ÍNDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN ESTE TOMO

	Páginas
<i>Introducción.</i>	5

LIBRO PRIMERO

LOS MEDIOS

CAPÍTULO I - <i>El suelo y los climas.</i> - 1.º Fisonomía general de la India.	15
2.º El Indostán.	19
3.º El Dekkán.	25
4.º Fisonomía de las grandes cuencas de la India.	28
5.º Los climas.	41
- II - <i>Fisonomía de las diversas comarcas de la India.</i>	49
1.º Himalaya oriental (Nepal, Sikkim y Bhután).	50
2.º Bengala.	53
3.º Audh.	54
4.º Himalaya occidental (Cachemira).	55
5.º India mahometana (Pundjab, Rajputana, Sindh, etc.).	58
6.º Provincias de la India central y costa de Orissa.	62
7.º Dekkán.	63
- III. - <i>Flora, fauna y producciones minerales.</i> - 1.º La flora.	67
2.º La fauna.	71
3.º Producciones minerales.	76

LIBRO SEGUNDO

LAS RAZAS

CAPÍTULO I. - <i>Origen y clasificación de las razas de la India.</i> - 1.º Cómo nacen y se transforman las razas.	79
2.º Principios de la clasificación de las razas. - Valor comparado de los caracteres anatómicos morales é intelectuales que permiten clasificarlas.	83
3.º Formación de las razas de la India. - Sus divisiones fundamentales.	87
- II - <i>Razas de la India septentrional ó Indostán.</i> - 1.º Poblaciones del Himalaya.	99
2.º Poblaciones del Assam.	107
3.º Poblaciones del valle del Ganges.	112
4.º Poblaciones del Pundjab.	120
5.º Poblaciones del Sindh y del Rajputana.	125
6.º Poblaciones de Guzerat y de la península de Kattywar.	133

	Páginas
CAPÍTULO III. - Razas de la India central y meridional.	136
1.º Maharattes.	136
2.º Caracteres generales de las razas dravidianas.	138
3.º Poblaciones del Konkán.	142
4.º Poblaciones de las costas de Malabar (Naires, etc.).	143
5.º Poblaciones de los Nilghirris.	147
6.º Grupos diversos de poblaciones salvajes del Sur de la India.	154
7.º Poblaciones de las provincias centrales ó Gondwana.	155
8.º Poblaciones de Amarkantak, del Chota Nagpore y de Orissa, Koles, etc.	164
IV. - Caracteres morales é intelectuales comunes á las diversas razas de la India. - 1.º Condiciones de medio y de existencia que han producido las analogías que se observan entre las diversas poblaciones indas.	175
2.º Caracteres morales é intelectuales comunes á la mayoría de los indos.	180

LIBRO TERCERO

HISTORIA DE LA INDIA

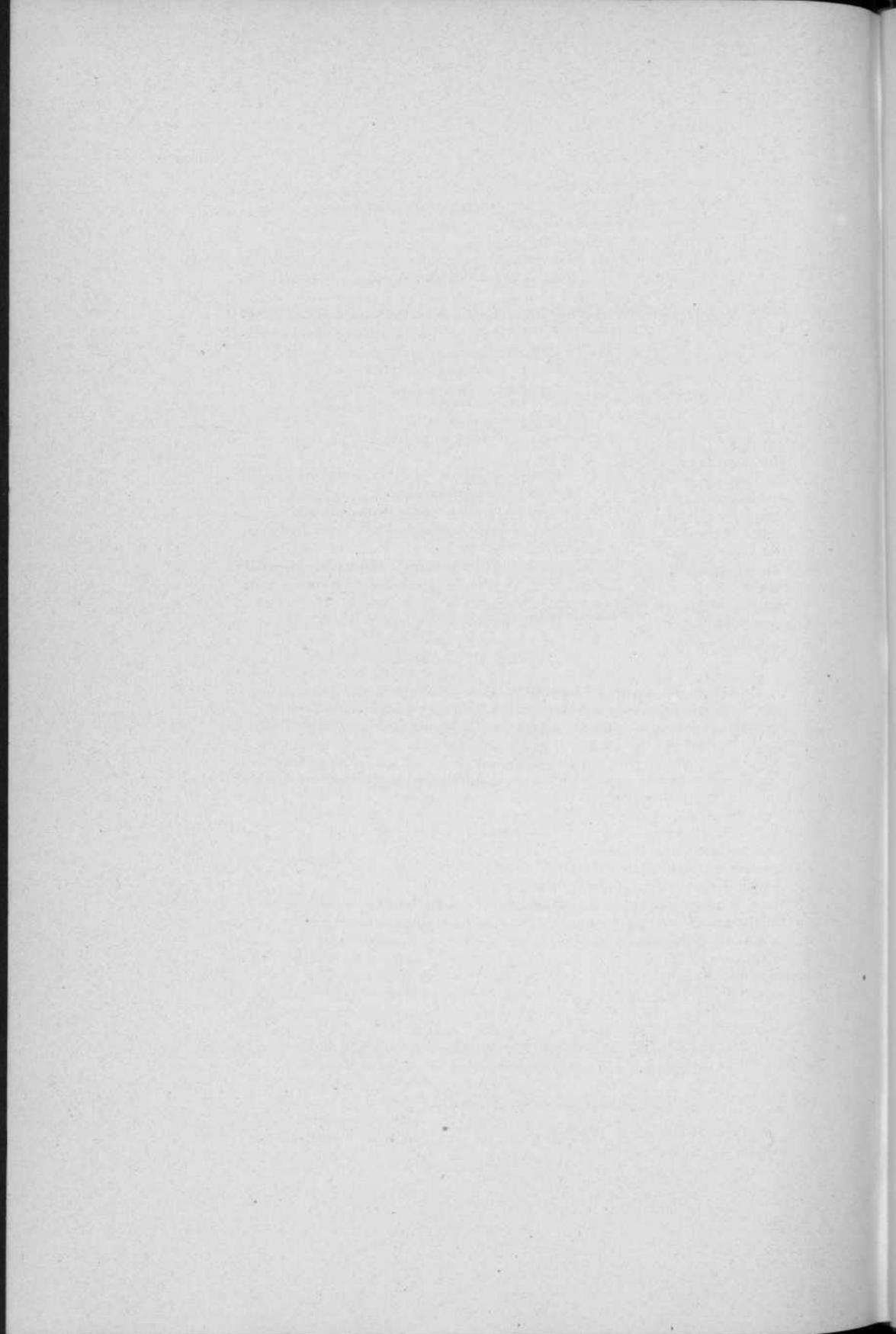
CAPÍTULO I. - Historia de la India antes de las invasiones europeas. - 1.º Fuentes de la historia de la India.	191
2.º Período védico.	194
3.º Período búdico.	196
4.º Período neobracmánico.	204
5.º Período musulmán.	205
6.º Historia del Sur de la India.	217
II. - Antiguas relaciones de la India con el Occidente. Invasiones europeas y conquista de la India. - 1.º Relaciones de la India con Europa durante la antigüedad y la Edad media.	225
2.º Primeros establecimientos europeos en la India.	230
3.º Lucha de los franceses y de los ingleses en la India.	232
4.º Cómo fué conquistada la India.	234

LIBRO CUARTO

EVOLUCIÓN DE LAS CIVILIZACIONES DE LA INDIA

CAPÍTULO I. - Civilización del período védico. - 1.º Elementos de reconstitución de las civilizaciones de la India. División en períodos.	241
2.º Fuentes de reconstitución de la civilización del período védico.	245
3.º Orígenes de los arios.	246
4.º La familia en los arios.	250
5.º Instituciones políticas y sociales de los arios.	256
6.º La vida entre los arios.	261
7.º Concepciones metafísicas y religiosas de los arios.	266
II. - Civilización del período brahmánico. - 1.º Documentos que permiten reconstituir el estado de la sociedad inda, tres siglos aproximadamente antes de nuestra era.	278
2.º División de la sociedad inda en castas, Derechos y deberes de cada una de ellas.	281
3.º Ciudades y monumentos.	290

	Páginas
4.º Gobierno y administración.	292
5.º Administración de la justicia, leyes y costumbres.	296
6.º Ejército y táctica militar	301
7.º Agricultura y comercio	304
8.º Condición de las mujeres	307
9.º Creencias religiosas de los indos tres ó cuatro siglos antes de nuestra era.	312
CAPÍTULO III. — <i>Civilización del período búdico.</i> — 1.º Documentos que permiten re- constituir el cuadro de la sociedad inda hacia el cuarto ó quin- to siglos de nuestra era.	
2.º La leyenda búdica.	320
3.º La religión búdica.	321
4.º El culto búdico según los monumentos	331
5.º Desaparición del budismo en la India	341
6.º Las especulaciones filosóficas del budismo.	349
7.º La sociedad búdica.	356
— IV. — <i>Civilización del período neobracmánico.</i> — 1.º Elementos de recons- titución del período neobracmánico.	361
2.º La civilización inda hacia el décimo siglo de nuestra era	368
3.º Constitución política y social de los reinos de la India aria hacia el décimo siglo de nuestra era	370
— V. — <i>Civilización del período indo-musulmán.</i> — 1.º Influencia ejercida por los musulmanes en la India. Las razas musulmanas de la India	375
2.º La civilización musulmana en la India.	386
	391



ÍNDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO

VISTAS Y PAISAJES

	Páginas
Orillas del Jhelum en Cachemira.	17
Vista tomada en el monte Abu (Rajputana).	23
Lago sagrado en una pagoda del Sur de la India.	29
Desfiladero de las rocas de mármol sobre el Nerbudda cerca de Jubbulpore.	37
Templos y columnas monolíticas, calle principal de Patán (Nepal).	51
Puente de rimas de maderos en Srinagar (valle de Cachemira).	57
Gran lago de Odeypur (Rajputana).	59
Ruinas del palacio de Sirkhej en las orillas de un lago de las cercanías de Ahmedabad.	61
Vista tomada en Bijapur (Dekkán).	65
Elefantes empleados en el transporte de carga.	73
Camello de viaje.	75

TIPOS DE RAZAS

Tipo indo del siglo II antes de nuestra era. (De un bajo relieve de Bharhut).	89
Tipos indos del siglo II antes de nuestra era. (De un bajo relieve de Bharhut.	91
Tipos indos del siglo II antes de nuestra era. (Copia de unas estatuas de Bharhut)..	93
Mujeres montañesas del Assam.	101
Indígenas de Kulu Himalaya (alto valle de Bias)..	103
Naga-Raja y su pueblo adorando reliquias sagradas. (Disco de la cerca de Amravati).	109
Tamerlán, según un manuscrito indo.	111
El emperador mogol Shah Jehán dando audiencia. (De un manuscrito indo).	115
Ali Adil Shah, rey musulmán de Bijapur. (De un manuscrito indo).	117
Mercader ambulante de Benarés.	125
La reina de Bhopal (India central).	129
El rajah de Jubbulpore, sus ministros y su séquito.	131
Minas, tribu semisalvaje del Rajputana.	135
Oficiales árabes de Hyderabad..	139
Toda de los Nilghirris.	149
Irulas de los Nilghirris.	153
Indos de casta inferior, conductores de palanquín.	159
Salvajes del Chota Nagpore..	167
Bayaderas de una pagoda del Sur de la India.	169
Mujeres indas amasando harina.	171
Mujer del Sur de la India fabricando con estiércol panes de combustible.	173
Mujer inda del Sur de la India majando arroz..	177

ESCULTURAS

Bajos relieves y estatuas de Bharhut.	89, 91, 93
Disco de la cerca de Amravati.	109
Kartikeya, estatua existente en un nicho del templo de Bhuwaneswar (Orissa).	181

	Páginas
Rhagavati, estatua existente en un nicho del templo de Bhuwaneswar (Orissa)	183
Siva y Naga, bajo relieve del gran templo de Hullabid (Mysore)	185
Naga y Nagui, representación simbólico-legendaria del culto de la serpiente.	187
Durga y el buey Nandi, Siva y Parvati, representaciones escultóricas del templo subterráneo de Badami.	189
Edictos de Asoka, esculpidos en la peña de Girnar.	193

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS (1)

I. — ARQUITECTURA BÚDICA

1. Monumentos primitivos de la India (templos subterráneos)

<i>Bhaja</i> (cerca de Karli). Interior de un monasterio budista cavado en la roca.	195
<i>Ajunta</i> . Santuario de un templo subterráneo.	199
<i>Ajunta</i> . Fachada de un templo subterráneo.	201
<i>Ajunta</i> . Pilar de uno de los templos subterráneos.	203
<i>Ajunta</i> . Capitel de uno de los templos subterráneos.	205
<i>Ajunta</i> . Estatuas de Naga y Raja en uno de los templos subterráneos	207

2. Monumentos búdicos construídos sobre el suelo

<i>Bharhut</i> . Bajos relieves y estatuas.	89, 91, 93
<i>Bharhut</i> . Motivos de ornamentación de un edificio indo.	209
<i>Sanchi</i> . Vista general del tope.	213
<i>Sanchi</i> . Vista en conjunto de la gran puerta septentrional del tope.	215
<i>Sanchi</i> . Detalles de escultura.	217, 219, 221, 223
<i>Amravati</i> . Disco de la cerca representando á Naga-Raja y su pueblo adorando reliquias sagradas.	109
<i>Amravati</i> . Bajos relieves.	227, 229, 231, 233, 235, 237
<i>Sarnath</i> , cerca de Benarés. Ruinas del tope.	239
<i>Buda-Gaya</i> . Gran templo restaurado.	243
<i>Buda-Gaya</i> . Antiguas esculturas delante del gran templo.	247

3. Monumentos greco-índos del Noroeste de la India

<i>Martand</i> (Cachemira) Ruinas de un templo.	251
<i>Peshawer</i> Esculturas greco-búdicas.	255
<i>Muttra</i> Estatua greco-búdica.	257

II. — ARQUITECTURA NEO-BRACMÁNICA DEL NORTE Y DEL CENTRO DE LA INDIA

1. Arquitectura del Nordeste de la India

<i>Udayagiri</i> (provincia de Orissa). Fragmento de la fachada del monasterio budista de Rani-Naur.	259
<i>Udayagiri</i> . Bajo relieve representando un rapto, esculpido en la parte superior del monasterio budista de Rani-Naur.	263
<i>Bhuwaneswar</i> (provincia de Orissa). Templo de Parasurameswara.	267
<i>Bhuwaneswar</i> Templo de Rajarani.	271
<i>Bhuwaneswar</i> . Detalles de ornamentación del templo de Rajarani.	275

(1) Los grabados referentes á esta sección están colocados por el orden de clasificación que el autor indica en el capítulo *Los monumentos*, que forma parte del tomo segundo de esta obra

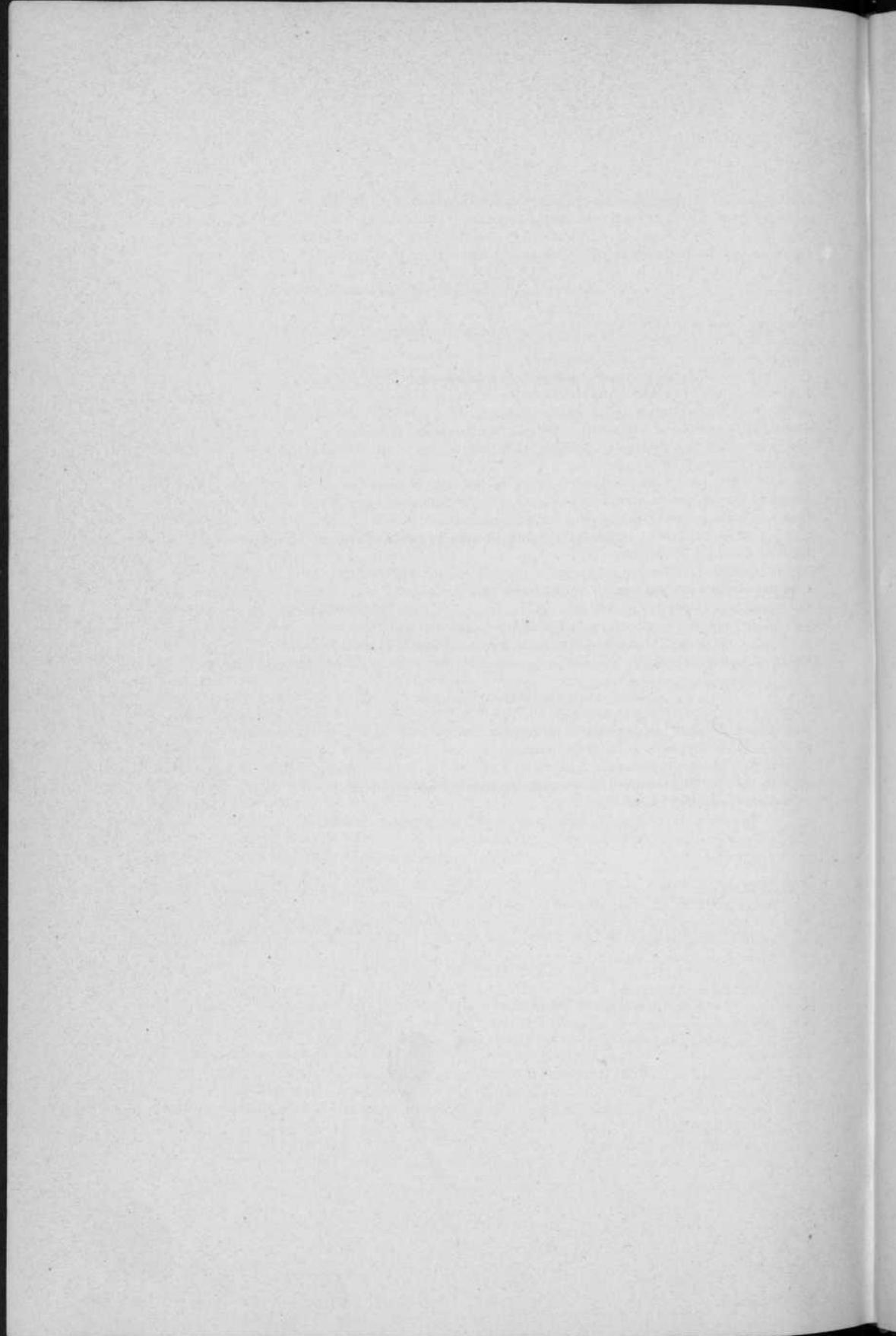
<i>Bhuwaneswar</i> . Nicho esculpido en el templo de Rhagavati.	279
<i>Bhuwaneswar</i> . Estatuas de Kartikeya y Rhagavati.	181, 183
<i>Jaggernoth</i> (Orissa). Entrada principal del gran templo.	283
<i>Jaggernoth</i> . Interior del templo de Gurcha Bari.	287

2. *Arquitectura del Rajputana y del Bundelkund*

<i>Khajurao</i> . Ruinas del templo de Ganthai.	291
<i>Khajurao</i> . Templo de Siva	295
<i>Khajurao</i> . Plano del templo de Khandaria.	299
<i>Khajurao</i> . Detalles de un capitel del templo de Laksmangi.	303
<i>Khajurao</i> . Templo de Moosardhara. Detalles de ornamentación.	309
<i>Monte Abu</i> . Vista exterior de los templos jainicos.	23
<i>Monte Abu</i> . Templo de Vimala Sah. Cúpula de mármol del santuario.	313
<i>Monte Abu</i> . Interior del templo de Vreypal Teypal.	317
<i>Gwalior</i> . Templo Téli Mandir.	313
<i>Gwalior</i> . Gran templo de Sas Bhao después de demolida la parte superior.	327
<i>Gwalior</i> . Pórtico que da acceso á una de las salas del templo de Sas Bhao.	331
<i>Gwalior</i> . Vista interior del pequeño templo de Sas Bhao.	335
<i>Gwalior</i> . Palacio de Man Mandir. Galería de uno de los patios interiores.	339
<i>Chittor</i> . Torre de la Victoria.	343
<i>Nagda</i> . Columna del templo de Banka.	347
<i>Omkargi</i> . Columnata del templo de Siddeswahra.	351
<i>Binderabun</i> . Templo de Gobindeo.	355
<i>Binderabun</i> . Detalles del templo de Gobindeo.	359
<i>Odeypur</i> . Palacio de Maharana. Detalles de la fachada que da al gran patio.	365
<i>Odeypur</i> . Cementerio real.	373

3. *Arquitectura del Guserat*

<i>Ahmedabad</i> . Mezquita de la reina de Myrzapore.	377
<i>Ahmedabad</i> . Mezquita de la reina de Saringpore.	381
<i>Ahmedabad</i> . Mezquita de Moafiz-Khan.	389
<i>Ahmedabad</i> . Mirab en mármol de la mezquita de Moafiz-Khan.	395
<i>Ahmedabad</i> . Mezquita Rani Sipri.	401



CATÁLOGO

DE OBRAS PUBLICADAS POR LA CASA EDITORIAL

DE MONTANER Y SIMON.—BARCELONA

SECCION DE HISTORIA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE, ARQUITECTURA, PINTURA, ESCULTURA, MOBILIARIO, CERRÁMICA, METALISTERIA, GLÍPTICA, INDUMENTARIA, TEJIDOS. — Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno y se envían prospectos á quien los solicite.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA, DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII, por *D. Modesto Lafuente*, continuada hasta nuestros días por *D. Juan Valera*, con la colaboración de *D. Andrés Borrego* y *D. Antonio Pirala*. — Notable edición ilustrada con más de 6.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección *numismática española*. — Seis magníficos tomos en tamaño folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino, y canto dorado. — Su precio, 310 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — *Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro, distribuída en 25 tomos lujosamente encuadernados, á 5 pesetas uno.*

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA.—EL CONSULADO Y EL IMPERIO, obras escritas por *M. A. Thiers*, con un juicio crítico de la Revolución y sus hombres por *D. Emilio Castelar*. — Edición ilustrada con grabados intercalados en el texto y láminas tiradas aparte. — El precio total de los cinco tomos, que constituyen el completo de la obra, es de 120 pesetas, pagadas en plazos mensuales.

HISTORIA DE LA AMÉRICA ANTECOLOMBINA, escrita por *D. Francisco Pl y Margall*. — Magnífica edición ilustrada con cromolitografías y grabados que representan monumentos, vistas, retratos, ídolos, antigüedades de toda clase, etc., etc. — Se vende encuadernada en dos tomos, de unas 1.000 páginas cada uno, al precio de 85 pesetas.

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA (SAVONAROLA-LUTERO-CALVINO Y SAN IGNACIO DE LOYOLA), por *D. Emilio Castelar*. — Edición ilustrada con láminas en colores y grabados en acero. — Esta obra consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadernados ricamente con tapas alegóricas y se vende al precio de 120 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales.

HISTORIA UNIVERSAL, escrita parcialmente por veintidós profesores alemanes bajo la dirección del eminente historiador *Guillermo Oncken*. — Historias generales de los grandes pueblos. — Estudios de las grandes épocas. — Monografías de los grandes hechos. — Biografías de los grandes hombres. — Traducción directa del alemán por reputados escritores, revisada por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Edición ilustrada espléndidamente con grabados intercalados, mapas, facsímiles rarísimos, monedas, armas, y el completo de las cromolitografías que constituyen la magnífica obra *Historia del traje en la antigüedad y en nuestros días*, publicada en alemán por el profesor FEDERICO HOTTENROT. — Consta de 16 tomos y se venden al precio de 320 pesetas, pagadas en plazos mensuales.

HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS, desde su primer período hasta la administración de Jacobo Buchanan, por *J. A. Spencer*, continuada hasta nuestros días por *Horacio Greeley*, traducida por D. E. Leopoldo de Verneuil. — Tres tomos ilustrados, que se venden encuadernados al precio de 90 pesetas, pagadas en plazos mensuales.

GRAN DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO, de CIENCIAS, ARTE Y LITERATURA, escrito por los más renombrados *hombres de ciencia y artistas de España y América*. — Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas; monedas y medallas de todos los tiempos, etc., etc., etc. La obra consta de 25 tomos (26 volúmenes) encuadernados, y se vende al precio de 711 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales.

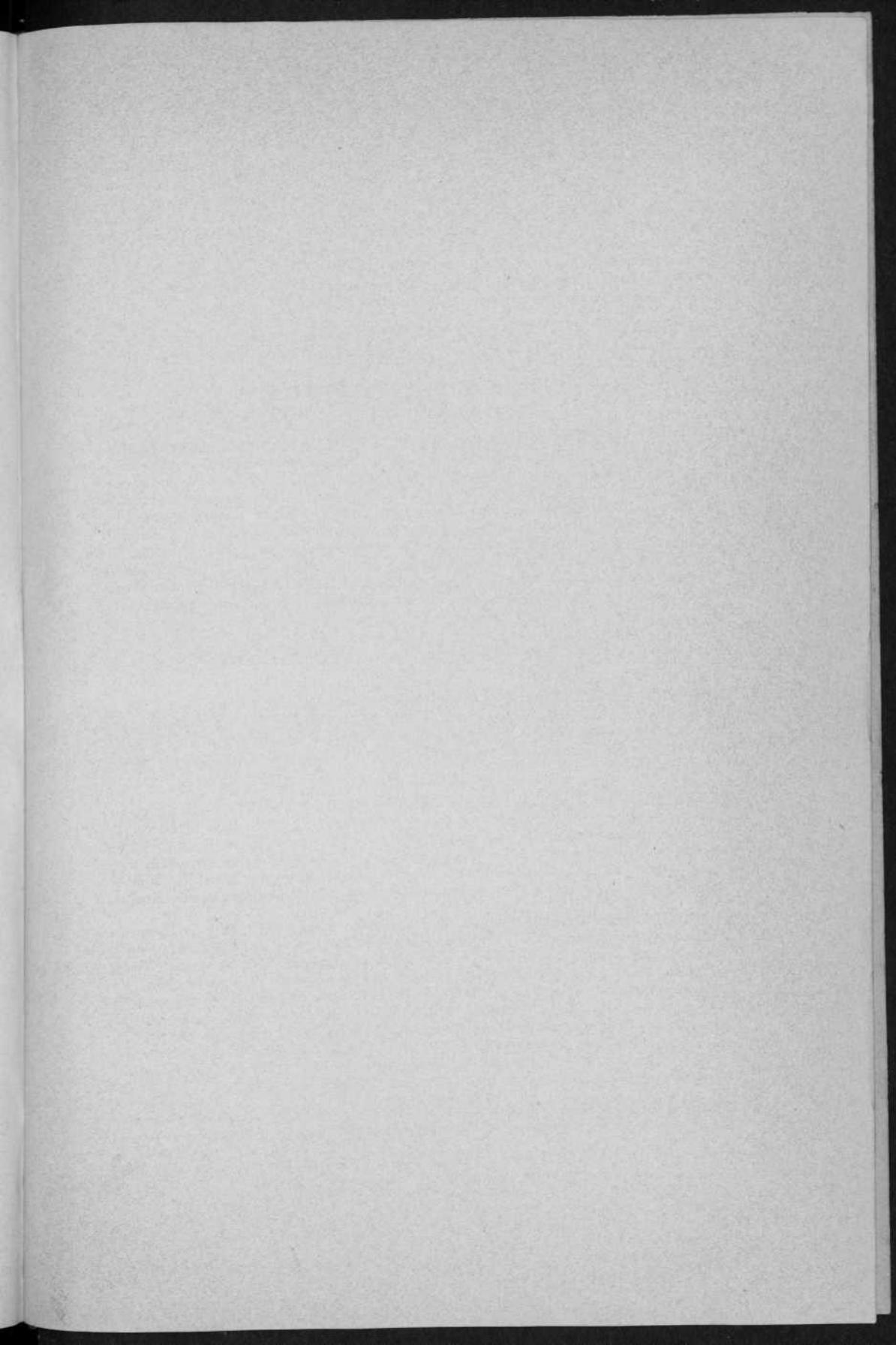
SECCIÓN DE OBRAS CIENTÍFICAS

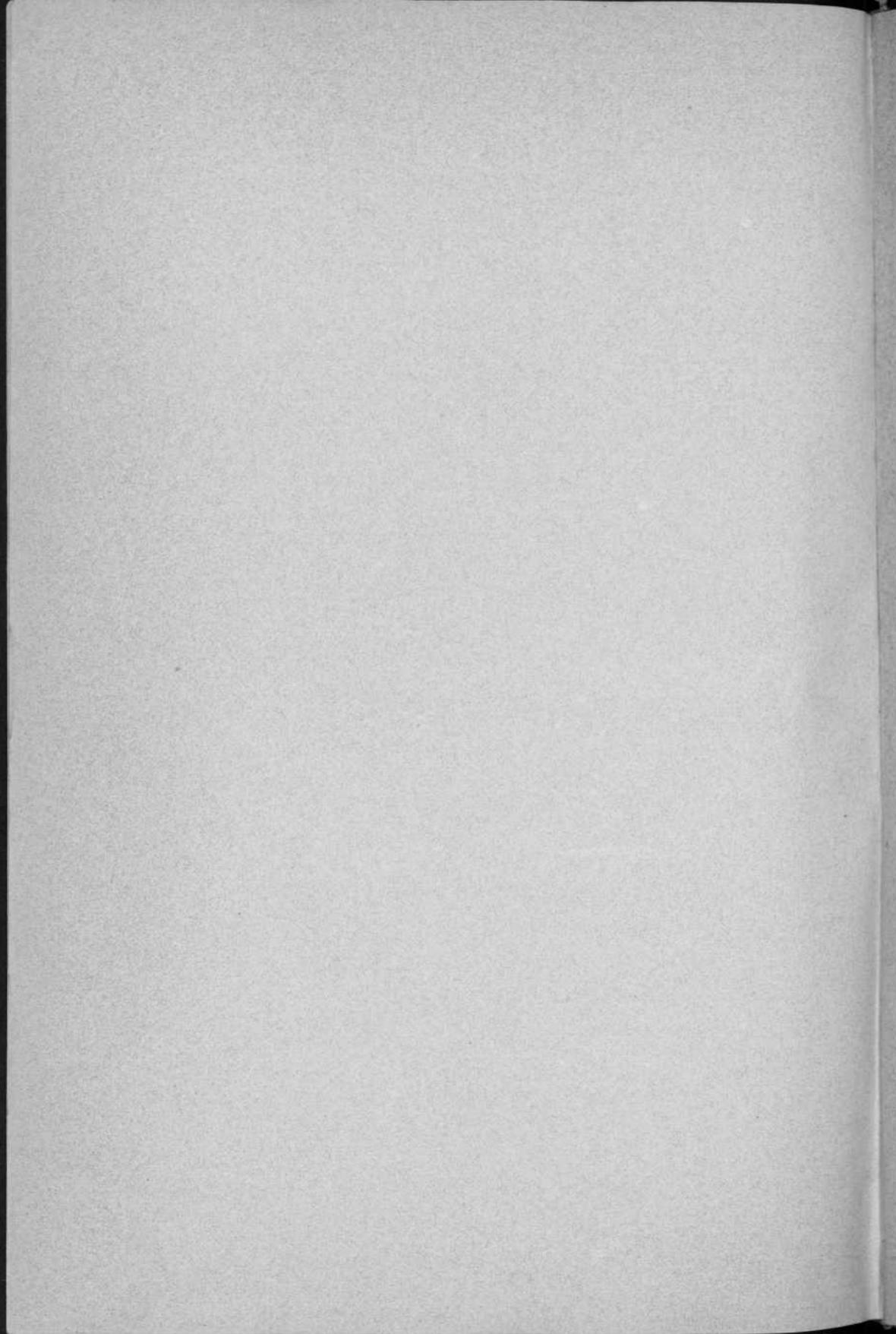
EL MUNDO FÍSICO, por *Amadeo Guillemin*, traducción de *D. Manuel Aranda y Sanjuán*. — GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, LUZ, CALOR, ELECTRICIDAD, MAGNETISMO, METEOROLOGÍA y FÍSICA MOLECULAR. — Ilustrada con numerosas viñetas intercaladas en el texto. — Esta lujosa edición consta de tres tomos ricamente encuadernados y se venden al precio de 45 pesetas.

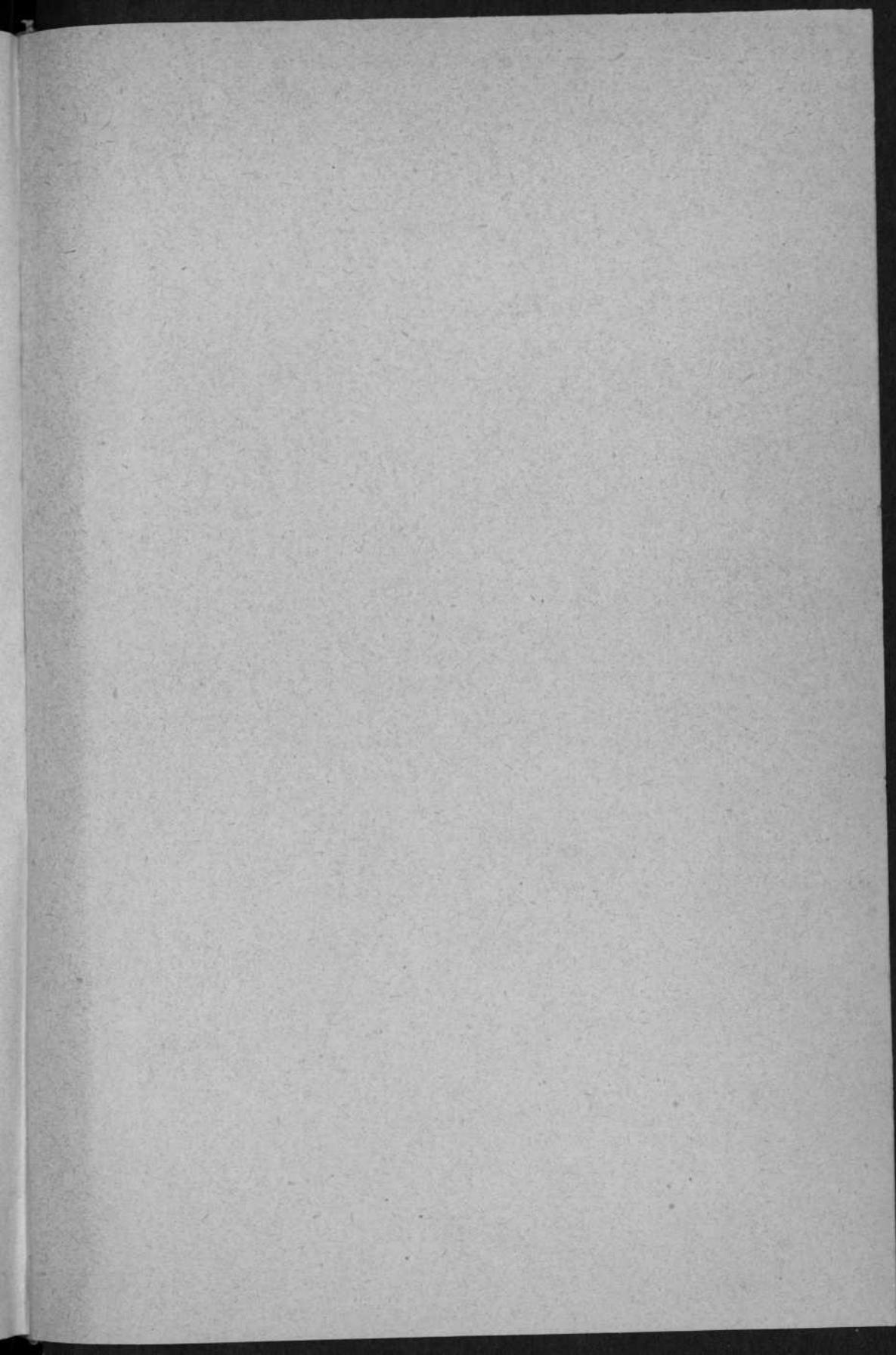
EL MUNDO ANTES DE LA CREACIÓN DEL HOMBRE. — ORIGEN DEL HOMBRE. — PROBLEMAS Y MARAVILLAS DE LA NATURALEZA Ó FORMACIÓN DEL UNIVERSO. — HISTORIAS POPULARES DE LA CREACIÓN Y TRANSFORMACIONES DEL GLOBO. — Obras escritas por *L. Figuer* y *W. F. A. Zimmermann*, traducidas por *Enrique Leopoldo de Verneuil*. — Esta interesante obra está dividida en dos abultados tomos profusamente ilustrados. — Su precio es de 60 pesetas el ejemplar encuadernado, pagadas en doce plazos mensuales.

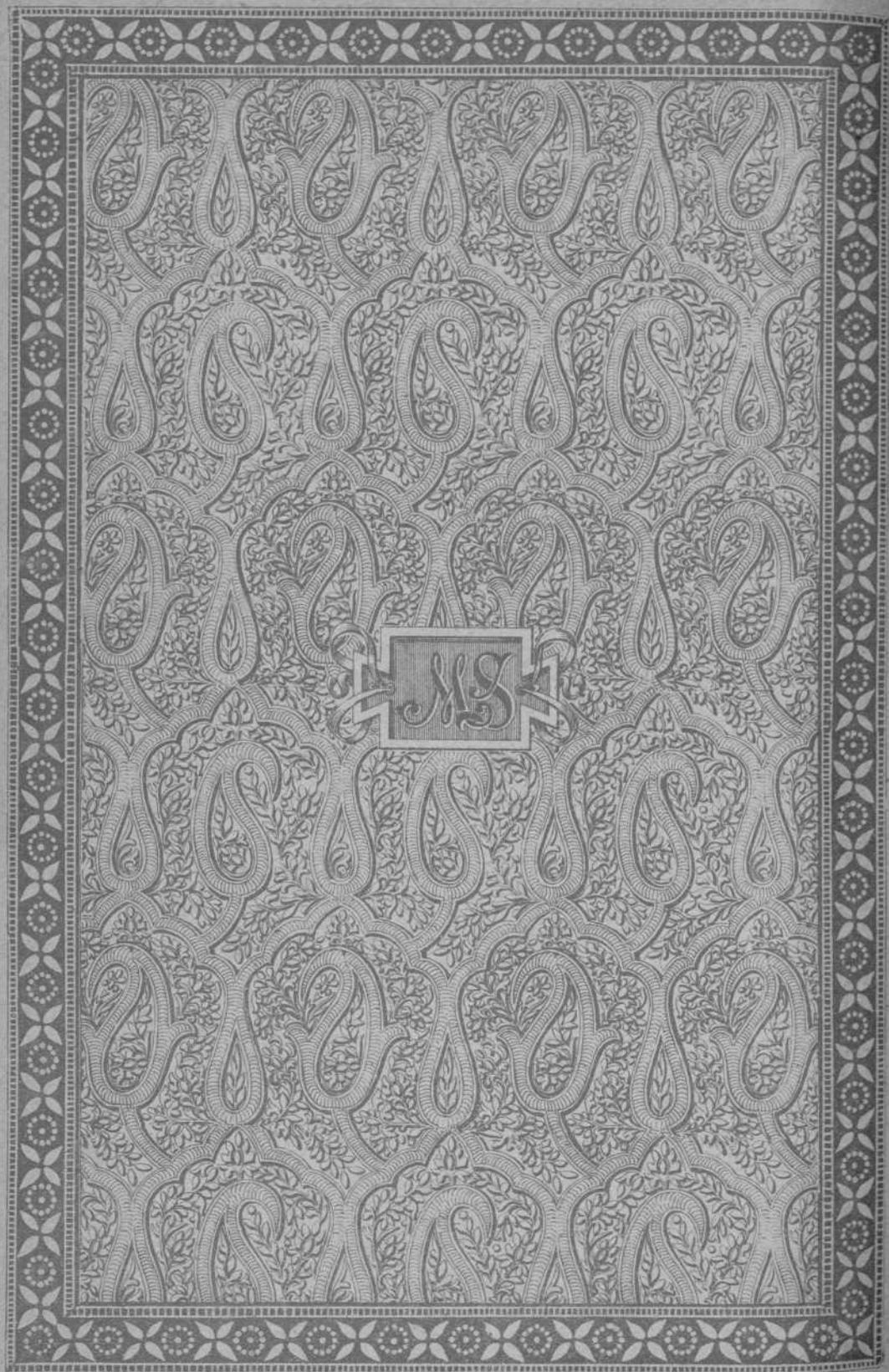
HISTORIA NATURAL, novísima edición cuidadosamente corregida y profusamente ilustrada. — División de la obra: *Antropología*, por el doctor *P. Topinard*; *Zoología*, por el doctor *C. Claus*, catedrático de Zoología y Anatomía comparada de la Universidad de Viena; *Botánica*, escrita por el catedrático de la Universidad de Barcelona *D. Odón de Buen*; *Mineralogía*, por el *Dr. Gustavo Tschermak*, profesor ordinario de Mineralogía y Petrografía en la Universidad de Viena; *Geología*, por *Archibaldo Geikie Ll. D., F. R. S.*, Director general de la Comisión geológica de Inglaterra é Irlanda. — Lujosa edición, la más notable, completa y económica de cuantas en su género han visto la luz en Europa, ilustrada con MILES de preciosos grabados: la obra consta de 13 tomos, que se venden al ínfimo precio de cinco pesetas en toda España.

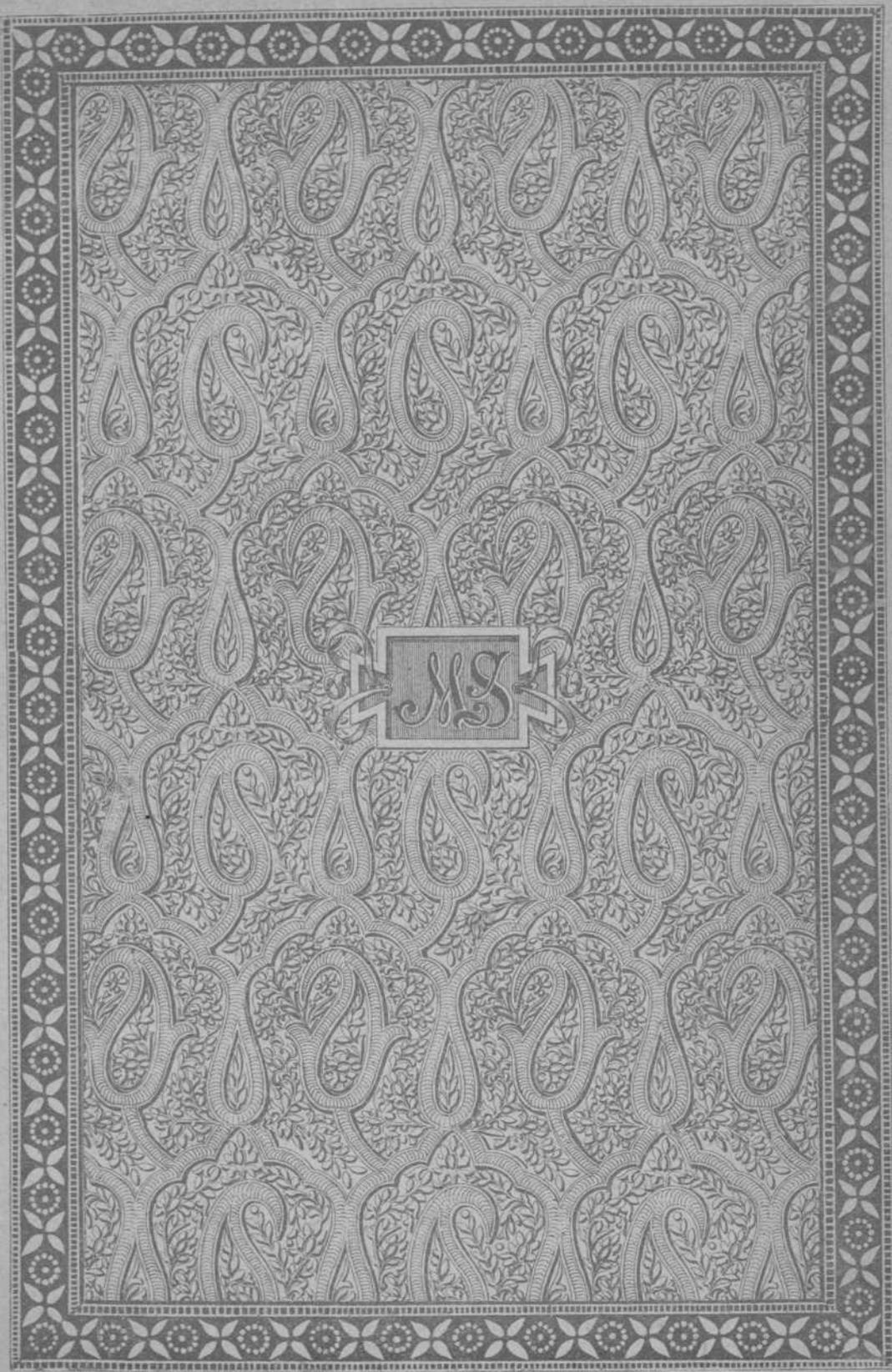
LAS RAZAS HUMANAS, obra escrita en alemán por el profesor *D. Enrique Ratzel*. — Edición ilustrada con centenares de magníficos grabados. — Dos abultados tomos ricamente encuadernados, 30 pesetas.















GUSTAVO LE BON
—
LAS CIVILIZACIONES
DE LA
INDIA



EDICIÓN ILUSTRADA
—
TOMO I

20325